



PEK VER SO

DALIA CROSS

PEER

VER

SO

Copyright © 2026 Dalia Cross

ISBN: 978-84-09-82881-4

Portada: Amparo Tárrega

Corrección: Amparo Tárrega

Maquetación: Amparo Tárrega

Primera edición: marzo 2026

Título: Perverso

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones sin pura coincidencia.

Escucha la música que ha inspirado el libro en la Playlist de Spotify:

#Perverso

[https://open.spotify.com/playlist/3ky2MOzvGrYEnl1ZcrsaRa?
si=ba5572381a58491b](https://open.spotify.com/playlist/3ky2MOzvGrYEnl1ZcrsaRa?si=ba5572381a58491b)

Si quieres saber más sobre
Dalia Cross me tienes en:

Instagram

https://www.instagram.com/daliacross_libros/

TikTok

[https://www.tiktok.com/@daliacross_libros? r=1& t=ZN-
943VapTcdug](https://www.tiktok.com/@daliacross_libros?r=1&t=ZN-943VapTcdug)

iGracias por comprar esta novela!

Índice

[PERVERSO](#)

[PRÓLOGO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Epílogo](#)

Epílogo II
GRACIAS:

AVISO DE CONTENIDO

Esta novela contiene escenas que pueden herir e incomodar la sensibilidad de algunas personas. Lee con atención las advertencias y si estos temas te resultan demasiado perturbadores, o afectan a tu bienestar emocional, por favor, abandona el libro.

Advertencias

Lenguaje ofensivo
Sexo explícito
Referencias al maltrato infantil
Violencia física y verbal
Personajes de moralidad gris
Asesinatos
Uso de armas de filo y fuego
Invasión de intimidad
Relaciones sexuales de dudoso consentimiento

A ti, que entiendes que la oscuridad también seduce, que el peligro puede atraer y que no todas las almas quieren ser salvadas.

Te elegí antes de que supieras cuál era mi nombre.
No intentes escapar y sigue leyendo, conejita.

PRÓLOGO

La luz se filtra entre las vigas y dibuja cicatrices sobre mi piel, marcándola con los escasos rayos de sol que se cuelan entre las nubes.

Parpadeo repetidamente, intentando mantener los ojos abiertos para no caer de nuevo en la negrura de la inconsciencia. Tengo la cabeza embotada y apenas logro enfocar lo que me rodea. Me pesan las piernas, los brazos, todo. Ni siquiera sé dónde estoy, pero el graznido de las gaviotas y el fluir del agua me hacen presagiar lo peor. También escucho risas, el murmullo de unas voces que no reconozco.

—¡Eh, mirad, esa se ha despertado! —exclama alguien desde la distancia. Una voz de mujer que tampoco he escuchado en mi vida —. ¡Vaya viaje te has pegado, chica!

¿Se refiere a mí? ¿Está hablando conmigo?

Me llevo una mano a los ojos y los froto con fuerza, obligándome a salir de esta niebla que me mantiene en estado catatónico. Cuando vuelvo a abrirlos, creo reconocer la pesada estructura que se alza sobre mi cabeza. El puente de la calle Wells. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Apoyo las palmas de las manos en la hierba y hago un esfuerzo sobrehumano por incorporarme hasta quedar sentada. Frente a mí, el río Maumee, por el que una bandada de patos nada ajena a las lagunas que ahora mismo invaden mi mente.

No sé qué hago bajo el puente ni cuánto tiempo llevo inconsciente en la orilla del río; me cuesta pensar con claridad, tengo demasiado frío. A pesar de que septiembre acaba de comenzar, las temperaturas en Fort Wayne han caído en picado, al igual que en el resto del estado de Indiana.

Me froto los brazos en busca de calor y miro a mi alrededor, intentando encontrarle una lógica a todo esto. Sin embargo, cuando giro la cabeza hacia mi derecha, descubro a un hombre. Está tan cerca que podría tocarlo con solo estirar el brazo.

Tampoco lo conozco.

Es mayor que yo y tiene el cabello moreno y largo, pero lo cubre con una gorra oscura, moteada de suciedad, que está a punto de caérsele al suelo. Su ropa no tiene mejor aspecto; desprende un olor a alcohol y a vómito que me obliga a contener una arcada. Aunque lo que de verdad me aterra es la postura antinatural en la que se encuentra.

De pie, con el cuerpo encorvado hacia adelante, como si estuviera a punto de desplomarse, pero sin perder el equilibrio por completo. La cabeza y los brazos le cuelgan hasta casi rozar la hierba, con las rodillas semiflexionadas. Parece una estatua. Como si se hubiera quedado congelado.

Sé lo que le ocurre. Por desgracia, en las calles de Fort Wayne, cada día es más común ver a gente bajo los efectos del fentanilo.

—¡Oye, chica! —la voz de la misma mujer de antes capta mi atención. Con la respiración alterada, la busco con la mirada. Está junto a unos sintecho que fuman marihuana, mientras varios de ellos mantienen posturas tan rígidas como la del hombre que tengo a mi lado.

Es alta, rubia y tendrá más o menos mi edad. Lleva un vestido de lana con varios jirones y el cabello recogido en una coleta deshecha. Me mira fijamente, dando un par de pasos en mi dirección. Sujeta un cigarro en la mano derecha y me sonríe con un interés perturbador reflejado en sus pupilas.

—¿Tienes más droga? —pregunta amigable.

—¿Droga? —Niego con la cabeza y me pongo en pie con dificultad—. Yo no me drogo.

—Joder, ¿la habéis oído? —les dice a los demás, quienes se echan a reír y me observan con una mezcla de burla y condescendencia—. Lleva toda la noche con un colocón de la hostia y ahora dice que no se droga. ¿No será que no quieres compartir con nosotros?

Vuelvo a negar con la cabeza, cada vez más asustada y agobiada, porque no recuerdo nada.

—No sé cómo he llegado aquí.

—Yo sí. —Sonríe—. Te puedo asegurar que ibas colocada hasta la médula. ¿Qué te metiste?

Me humedezco los labios y fijo la mirada en la hierba que hay a mis pies, intentando hacer memoria, pero mi cabeza todavía está demasiado embotada.

—No lo sé.

—¿Quién te vendió esa mierda? Parecía buena.

—No me acuerdo. —¿Compré droga?

—¿Esa sangre es tuya? ¿Estás herida?

—¿Qué sang...? —Las palabras se me quedan atascadas en los labios cuando reparo en mi camiseta.

Sangre.

Mucha.

Mancha la fina prenda a la altura de mi estómago y salpica mis tejanos, en los que luce oscura y reseca. Me paso la mano por el abdomen buscando una herida y descubro que mis uñas también tienen rastros de sangre seca, al igual que mis antebrazos.

La sangre no es mía.

¿Qué demonios está pasando?

¿Qué hice anoche?

Entonces, como si de un alud se tratase, varios flashazos me devuelven escenas que me erizan la piel. Veo oscuridad, oigo música, su sonrisa sombría, sus manos recorriendo mi cuerpo.

—Joder... —susurro agitando la cabeza hacia los lados—. No. No. ¡No!

Lo maté.

Esta sangre es suya.

He asesinado a Frank Lucchese y apenas recuerdo nada. Ni siquiera sé cómo salí del casino, cómo esquivé a sus hombres.

—¿Qué te pasa? Te has puesto pálida.

Levanto la cabeza de inmediato y clavo de nuevo los ojos en la mujer que tengo enfrente, quien me observa como si estuviera mal de la cabeza.

—¿Vine sola?

—Sí.

—¿No me perseguía nadie?

—Nadie. ¿Por qué te iban...? —Entonces, frunce el ceño, dejando a medias su pregunta—. ¿Qué demonios has hecho? ¿No irá la policía tras de ti?

—¡No, no, no! —En realidad, no lo sé. ¡He asesinado a una persona, maldita sea!

Trago saliva convulsivamente y escudriño nuestro alrededor, asegurándome de que nadie me acecha. Estoy en peligro. Van a matarme. Los hombres de Lucchese estarán buscándome para vaciar sus pistolas en mi cabeza y despedazar después mi cuerpo sin vida.

Doy varios pasos hacia atrás, notando que el aire apenas pasa por mis pulmones. Entonces, echo a correr por la orilla del río sin una dirección concreta, ignorando a la drogadicta, que sigue llamándome porque no entiende qué estoy haciendo.

No puedo deambular por la ciudad. Me encontrarán y se vengarán por lo que hice. Siento el cuerpo débil, tembloroso; ni siquiera puedo pensar con claridad. Estoy aterrorizada, pero me niego a dejar de correr. Debo alejarme de Fort Wayne o el próximo cadáver que llegue a la morgue será el mío.

No me detengo ni cuando el ardor en las piernas me avisa de que estoy llegando al límite de mis fuerzas. No soy capaz de calcular el tiempo que paso corriendo, pero el pecho me quema y me falta el aliento. Así que cuando ya no puedo más, me oculto tras el tronco de un viejo árbol que crece en la orilla del río y cierro los ojos, intentando recuperar la energía.

Palpo, con un temblor incontenible en las manos, los bolsillos de mis tejanos. He perdido la cartera con el dinero y el pasaporte, o quizá me los quitaron ellos. Lo que sí noto es la dureza de mi teléfono móvil contra el muslo.

Pulso sobre la pantalla, pero el aparato está apagado.

¿Lo apagué yo?

No lo recuerdo. Quizá lo hice para que no pudieran geolocalizarme.

Ya sé que no debería encenderlo, pero no se me ocurre qué más hacer. Todavía no pienso con claridad, tengo la mente adormecida y estoy demasiado nerviosa.

En cuanto el teléfono encuentra señal, irrumpen en la pantalla decenas de mensajes de Savannah. Ella sabía que iba a ver a Frank Lucchese e intentó convencerme de que no lo hiciera. Pero no me quedaba otra salida. Ojalá la hubiese tenido.

Leo sus mensajes. Parece desesperada, muy preocupada por mí. No he dado señales de vida desde hace más de quince horas. Pulso su número y me llevo el aparato al oído. No tarda ni dos segundos en responder. La voz ansiosa de Savannah a través de la línea me hace cerrar los ojos. Al fin alguien familiar.

—¡Quinn, joder! —exclama derrochando preocupación—. ¿Dónde coño te habías metido? ¿Sabes lo angustiada que he estado?

—Lo he matado —respondo sin apenas voz. Tiemblo tanto que no puedo ni articular palabra.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has matado a Lucchese?

—Creo que sí. Llevo la ropa llena de sangre y recuerdo algunas cosas.

—¿Cómo que algunas cosas?

—No sé. Me he despertado a orillas del Maumee. No me acuerdo de casi nada de lo que pasó anoche.

—¿Ese puto mafioso te drogó? ¡Mierda, Quinn! ¿Por qué cojones no me hiciste caso? ¡Te dije que no fueras a su club!

—Tenía que hacerlo.

—¿Dónde estás?

—Sigo en el río. No puedo regresar a la ciudad, ellos me encontrarán. —Miro a mi alrededor y trago saliva con desesperación—. Tengo que colgar.

—¡No, espera, Quinn!

—Si me han pinchado el teléfono, también irán a por ti.

—No podrán, este número es seguro.

—¿Cómo que seguro?

—Es una larga historia, te la contaré luego.

—¡No, no, tengo que colgar, Savannah! Necesito pensar qué hacer. No puedo volver a casa, estarán vigilándola.

—Mándame tu ubicación.

—¿Para qué?

—Voy a buscarte.

—¡No te metas en esto! —le advierto, sintiendo auténtico terror por ella—. ¡Esta situación es culpa mía! ¡No vas a ayudarme!

—¡Quinn Marie Granger, no seas imbécil! ¡No te dejaré tirada, necesitas ayuda! ¡Voy a por ti! —Bufa antes de continuar—: Escúchame bien. No te muevas de donde estás. Mándame tu ubicación y, en cuanto terminemos de hablar, apaga el teléfono y tíralo al río. Llegaré en menos de dos horas.

1

Quinn

El frío del cristal en la mejilla logra que la realidad no se desdibuje en mi mente. Afuera, el mundo pasa a ráfagas ante mis ojos; cada curva, granja o árbol solitario en el camino parecen susurrarme lo que me obligo a ignorar: esa verdad que me niego a aceptar y a la que, tarde o temprano, tendré que enfrentarme.

Jamás podré regresar a Fort Wayne. A casa. A todo lo que conforma mi mapa de lo familiar. La pasada noche, mi destino cambió de forma drástica cuando me adentré en el casino de Frank Lucchese en busca de la libertad. Pero el precio que tendré que pagar es demasiado alto para que merezca la pena.

Me llevo una mano a la mejilla y enjugo las lágrimas que corren por ella, incapaz de reprimirlas.

Estoy temporalmente a salvo. El Chevrolet de Savannah me aleja del cruel desenlace que habría sufrido de haberme quedado en la ciudad. Pero quizás es lo que merezco por arrebatarme la vida; que sus hombres se abalancen sobre mí y venguen su muerte.

Se escapa un suspiro de mis labios y cierro los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, todo haya sido una pesadilla, aunque me temo que eso no va a pasar.

—Eh... —La delicada voz de Savannah llama mi atención, logrando que despegue la mejilla de la ventanilla. Noto la palma de su mano sobre el muslo, dándome ánimos, y su rostro sonriéndome con cariño—. No dejaré que te pase nada, ¿vale?

—No deberías meterte en esta mierda —respondo sin apenas fuerzas—. Es demasiado peligroso.

—Eso lo decido yo. No voy a dejarte sola, Quinn.

—No tendría que haberte llamado. Te he involucrado en mis problemas.

—Habría ido a buscarte de todas formas, así que deja de culparte. Dice la verdad.

No hay nadie en el mundo más leal que Savannah Rivers. Habría movido cielo y tierra hasta encontrarme. Es la mejor persona que conozco. Ha estado a mi lado en los momentos más jodidos de mi vida, apoyándome, haciéndome sentir querida e importante. Siempre.

Supe que había encontrado un tesoro nada más conocernos, a los once años, cuando coincidimos en aquel campamento cristiano en Ohio al que mi padre me apuntó al acabar las clases. Éramos tan distintas, tan diferentes en todo... y, aun así, nos volvimos inseparables.

Tras aquel verano, ninguna regresó a ese campamento. No volvimos a vernos hasta cinco años más tarde, porque vivíamos en estados diferentes, pero nunca perdimos el contacto. Hablábamos a diario, nos enviábamos regalos y nos lo contábamos todo; incluso organizábamos quedadas a medio camino cada vez que nuestros padres nos prestaban sus coches.

Sin embargo, cuando el año pasado sucedió aquello..., mi realidad cambió. No pude salir de Fort Wayne nunca más. Mi vida se detuvo en seco, sin aviso, despojándome de todo.

Apoyo la mano sobre la de Savannah y la miro con una sonrisa agradecida. Ella nunca me ha abandonado. Ha hecho por mí mucho más que mi propia familia.

La niña divertida y habladora que conocí en Ohio, esa que siempre vestía de rosa y trenzaba su largo cabello negro con lazos de colores, se ha convertido hoy en mi salvación.

Todavía conserva la sonrisa pilla de entonces, aunque sus rasgos se afilaron en la adolescencia. A sus veinticinco años, Savannah Rivers es una mujer preciosa de brillantes ojos grisáceos y cuerpo esbelto, que sigue haciéndome reír a carcajadas con sus locuras y tonterías. No hay noche que no dé gracias a Dios por tenerla en mi vida.



Nunca he viajado fuera del estado de Indiana, salvo por ese año que mi padre me envió a aquel campamento, de modo que al cruzar el cartel que nos da la bienvenida a Michigan, mi atención se pierde en el paisaje que nos rodea. Cambiante, embriagador. Bosques frondosos, dunas de arena y lagos de agua dulce.

En mi interior bulle una mezcla de emociones que no sé expresar, aunque el miedo y la culpa son las que predominan.

Savannah respeta mi silencio durante el resto del trayecto. Supongo que mi nerviosismo es demasiado evidente y ha decidido darme una pequeña tregua.

Tras casi dos horas de viaje, llegamos al condado de Benzie, a nuestro destino. El pueblo de Elberta emerge ante nosotras, flanqueado por espesos bosques que el otoño ha teñido de rojo y un inmenso lago de aguas cristalinas, donde los barcos permanecen amarrados en los muelles de las casas, construidas en piedra y madera.

—Bienvenida al sitio más aburrido del mundo —comenta ella mientras atravesamos la diminuta población en la que no se vislumbra ni un alma por las calles.

Las casas se alinean serpenteando entre colinas y árboles centenarios. Todo está silencioso, sereno. Parece haberse detenido en el tiempo; es el tipo de escenario que se graba en la memoria como una fotografía. Mi amiga detiene el motor frente a una de las viviendas.

Es una construcción de madera, pintada en un tono azul muy suave. Un porche espacioso recorre la fachada, sostenido por columnas sencillas, que da a un jardín delantero en el que solo crece la hierba y donde una moto negra de gran cilindrada está resguardada dentro de un pequeño cobertizo.

—¿Tú vives aquí?

—Esta es mi casa. —Se encoge de hombros—. Bueno, y la tuya a partir de ahora. Esos gilipollas no te encontrarán en la vida. A Elberta nunca viene nadie; es el puñetero culo del mundo.

—Parece acogedora.

—Llevo viviendo aquí desde que nací. —Me indica con la cabeza que salga del coche—. Vamos, seguro que querrás darte una ducha y limpiarte toda esa sangre.

—Por favor —asiento.

—Luego, prepararé café y me lo contarás todo.

Nada más cruzar el umbral, el aroma de la madera añeja nos envuelve con la suavidad de una caricia. Avanzamos hacia la sala principal, presidida por un sofá descomunal de tela colocado frente a una chimenea de ladrillo en la que aún no hay leña.

—Sígueme, te llevaré a tu habitación. —Agarra mi mano y tira de mí por el pasillo—. No es muy grande, pero tiene aseo propio y unas vistas impresionantes al lago. Era la de mi abuela.

El dormitorio que voy a ocupar está al fondo, frente a las escaleras que llevan al embarcadero. Es cierto que la estancia es pequeña, pero también lo era mi cuarto en Fort Wayne, y aquel era aún más viejo. Esta habitación, aunque apenas tiene muebles, es acogedora y cálida. Sobre las sábanas hay extendida una manta de lana lista para ser utilizada cuando caiga la noche y, junto a la ventana, una butaca de cuero envejecido.

—En el aseo hay gel y toallas. —Abre la puerta del baño y me invita a pasar—. Tómame el tiempo que necesites. Te dejaré ropa limpia sobre la cama.

—No sé cómo darte las gracias por esto, Savannah.

—Te prohíbo que lo hagas. Si yo estuviera en tu situación, harías lo mismo por mí. —Me da un beso en la mejilla—. Te espero en la cocina.

Cierra la puerta al salir. Cuando me quedo a solas, apoyo la espalda contra la pared y dejo que las lágrimas vuelvan a bañar mis mejillas. He pasado tanto miedo...

Esta mañana desperté medio ida, atontada, sin recordar del todo lo que sucedió en el casino; sin embargo, con el paso de las horas, los recuerdos han vuelto. Al menos, la mayoría. Y con ellos la angustia por lo que ese hijo de puta quiso hacerme.

Pero lo maté.

Lo maté, joder.

Y ahora deben de haber puesto precio a mi cabeza. No pararán hasta que me encuentren y me despedacen para vengar a Frank.

Bajo la ducha, dejo que el chorro de agua caliente golpee mi cabeza, llevándose poco a poco la sangre que mancha mi cuerpo. Me froto con saña, enrojeciéndome la piel en un intento por borrar cualquier rastro del malnacido que ha estado jodiéndome la vida durante este último año.

Me quedaría siglos lamentándome y llorando bajo el agua. Pero no quiero abusar de la hospitalidad de Savannah ni agotar el agua caliente.

Al abrir la puerta, encuentro sobre la cama unos tejanos de tiro alto y un jersey de punto marrón. Somos de la misma estatura, quizá yo algo más alta, pero compartimos la talla de ropa. Ni siquiera me molesto en secarme el pelo antes de abandonar la habitación. Me reúno con Savannah en la cocina, donde está terminando de hacer café.

Como el resto de la casa, es una estancia rústica con vistas privilegiadas al lago Betsie.

—¿Quieres un consejo? Sécate el pelo si no quieres pillar un resfriado. —Se aproxima con la cafetera humeante y dos tazas. Me hace una señal con la cabeza para que me siente—. Sin toda esa sangre, vuelves a ser mi Quinn. ¿Te encuentras un poco mejor?

Me encojo de hombros y tomo asiento junto a ella.

—No sé si «mejor» es la palabra.

—Entonces, te lo preguntaré de otra forma: ¿cómo estás?

—Asustada. Confusa. Enfadada. Viviendo una puta pesadilla.

—Tendrías que haberme hecho caso —responde con voz suave mientras vierte el café—. Quinn, lo que hiciste ayer fue un maldito suicidio.

—Sabes que no tenía otra alternativa.

—La tenías. Yo te la di. Te ofrecí venir conmigo.

—Huir no me parecía la solución. Creí que él... —Recorro el borde de la taza con el índice y me muerdo el labio inferior—. Tenía una vida allí. Mi vida. Intenté que Frank se apiadase de mí.

—Esos gilipollas de la mafia no se apiadan de nadie.

—Lo conocía desde que era una niña. Siempre fue amable conmigo. Nunca pensé que intentaría...

Las palabras se mueren en mis labios. Lo sucedido en su casino me pesa tanto como una montaña aplastándome el pecho. Es una sensación horrible, la peor que he experimentado nunca. El aire empieza a faltarme en los pulmones y el agobio se hace insoportable.

Savannah se da cuenta de que estoy a punto de volver a echarme a llorar, porque, de inmediato, apoya su mano en mi antebrazo, dándome apoyo, logrando que el oxígeno comience a fluir de nuevo.

—¿Qué te hizo, Quinn? ¿Qué pasó?

—Se negó a darme más tiempo para devolverle el dinero —le explico a media voz—. Me ofreció pagárselo de otra forma.

—¿No te estarás refiriendo...?

—Prostitución. —La miro a los ojos. Los míos brillan por la humedad de las lágrimas—. Quiso obligarme a alternar en el casino durante cuatro años para saldar la deuda. Pero me negué y no le gustó; empezó a amenazarme, a gritar. Dijo que lo haría de todos modos, que sería su puta y la de sus hombres, que debía estarle agradecida por permitirme seguir viviendo.

—Hijo de perra.

—Cuando quise marcharme, no me lo permitió. —Paso los dedos por mi hombro derecho—. Me... clavó algo en el brazo.

—Entonces sí que te drogó. Ese cabrón quiso obligarte privándote de tu voluntad. —Bufa con nerviosismo—. ¿Qué pasó después? ¿Cómo lograste escapar?

—No me acuerdo —admito con pesadumbre—. Tengo lagunas a partir de ahí. No sé cómo esquivé a sus hombres ni cómo llegué al río. Mi último recuerdo nítido es el cuerpo inerte de Frank, cuando me lo quité de encima y me levanté del suelo con su pistola en las manos. La sangre encharcaba las baldosas de su oficina.

—¡Dios, Quinn! ¡Joder, cuánto lo siento! —Me abraza con fuerza y yo apoyo la mejilla en su hombro, dejando que las lágrimas vuelvan a mojar me el rostro—. Ya estás a salvo, ¿vale?

—Es peligroso que esté aquí. Podrían hacerte daño por mi culpa.

—Nadie te va a encontrar —declara con seguridad—. Jamás buscarán en Elberta. Es imposible. Aquí nunca viene nadie.

—Aun así, debería irme y...

—¡No vas a ninguna parte! Este es el mejor escondite del mundo. Jamás te abandonaría, aunque tuvieras a toda la jodida mafia de América tras de ti, ¿te queda claro? Así que vas a quedarte y no quiero escuchar más excusas. Cuando se calmen las aguas, te haremos una identificación falsa para que puedas conseguir trabajo en el pueblo.



El resto de la mañana lo paso sumida en un nerviosismo que se niega a abandonarme. La paranoia que se ha instalado en mi cabeza es tan incapacitante que incluso me niego a acompañar a Savannah a la tienda de ultramarinos.

No quiero pisar la calle nunca más. No puedo volver a salir porque, si esos mafiosos me encuentran, pondré a mi amiga en peligro, y ella no se merece morir por algo que me he buscado yo.

Cuando me quedo a solas en la casa, me hago un ovillo en el sofá del salón y mezo mi cuerpo adelante y atrás, intentando encontrar un poco de paz, tratando de recordar esas partes oscuras que mi cabeza ha bloqueado por la droga.

Tengo los ojos fijos en la televisión. Le pedí a Savannah que pusiese la CNN. Necesito saber si los hombres de Frank han denunciado su asesinato a la policía y si estoy en busca y captura, aunque, de momento, no hay ninguna noticia al respecto. La incertidumbre es incluso peor para mi débil salud mental. Creo que acabaré volviéndome loca.

La ansiedad es insoportable.

Savannah está tardando demasiado en volver de la tienda. Dijo que serían unos minutos y ya ha transcurrido más de media hora. Abandono el sofá y me acerco con cautela a la ventana, esperando verla.

—¿Por qué tardas tanto, Sav? —susurro entre dientes, con la respiración agitada y trabajosa.

Me llevo las manos a la cabeza, intentando mantener la poca calma que me queda. Tengo la sensación de que el mundo que me rodea se ha convertido en un lugar peligroso que quiere hacerme daño. Es como una trampa. No estaré a salvo en ningún sitio mientras siga viva.

En vez de tumbarme de nuevo en el sofá, me acerco hasta la robusta chimenea, en cuya repisa descansan tres fotografías con marcos preciosos.

En la primera, Savannah aparece muy sonriente, abrazada a un chico que intenta taparse la cara con una mano; no obstante, una amplia sonrisa asoma entre sus dedos.

Alargo el brazo para coger la foto y observarla más de cerca. El chico del retrato despierta mi curiosidad y quiero ver si puedo distinguir mejor sus rasgos. Sin embargo, antes de que pueda agarrar el marco, una repentina presión en el cuello me deja sin respiración.

Me ahogo. A pesar de que tengo la boca abierta, el aire no llega a mis pulmones.

Intento liberarme de lo que sea que me está asfixiando. Pero, de pronto, mis dedos topan con el tacto de otros dedos. Una piel áspera y caliente que se enrosca contra mi yugular y me impide respirar.

La presión aumenta. Un poco más y me romperá el cuello.

De improviso, un violento tirón hacia atrás me hace chocar con un torso enorme; tan musculoso y duro como una pared de piedra.

—Vaya, vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —ronronea amenazante una oscura voz masculina que me eriza el vello.

No puedo respirar y estoy tan paralizada que me limito a intentar ordenar el maremoto de preguntas que se agolpan en mi cabeza.

¿Me han encontrado? ¿Los hombres de Lucchese han dado con mi paradero?

Un terror helado me recorre entera. Va a matarme. Seguirá apretando mi garganta hasta que acabe tirada a sus pies como una muñeca rota, sin vida. Esa será su venganza por haber disparado a Frank.

Las lágrimas bañan mis mejillas por el miedo; sé que este es el fin. Un minuto más y todo terminará para mí. Mas, cuando estoy a

punto de desfallecer, el asesino me suelta el cuello y me empuja con brutalidad hacia la pared colindante a la chimenea, logrando que el golpe me deje todavía más aturdida.

Entonces, me obliga a dar media vuelta, quedando cara a cara. Cuando mis ojos se posan en la figura que tengo delante, otro escalofrío me recorre la espalda.

Ante mí hay un hombre de casi dos metros, de cuerpo fuerte, hombros anchos y una presencia tan imponente como la misma muerte. Viste unos tejanos que se pegan a sus muslos y una sudadera negra con capucha, la cual proyecta una sombra macabra sobre la mitad de su rostro.

Tiene la mandíbula marcada por la fuerza con que aprieta los dientes, labios gruesos pero amenazantes y unos ojos grises, tan fríos como el mármol de una tumba. Observan, calculan, planean.

En la mano derecha lleva un puño americano de metal con el que no duda en amenazarme, acercándolo a mi cara. Al ver que me encojo de miedo, una sonrisa vacía curva sus labios y apoya la otra mano en la pared, junto a mi cabeza, acorralándome por completo.

—Menuda sorpresa —dice entre susurros que me hielan la sangre—. He encontrado a una conejita perdida.

Acaricia mi cuello con el puño americano y una de mis lágrimas moja sus dedos. El frío metal en mi yugular me raspa donde sus dedos han estado a punto de asfixiarme.

—Por favor...

—Shhh... —Apoya el metal contra mis labios y se queda mirándome la boca con oscura indiferencia—. ¿Sabes qué les pasa a las chicas malas como tú?

—Yo no quería hacerlo, lo juro —me defiendo entre lágrimas.

—Creo que ya es tarde para disculpas. Te has metido en la guarida del lobo. —Enreda una mano en mi pelo y tira de él con brutalidad para acercar nuestras caras. Su tibio aliento choca contra mis labios—. Ahora tendrás que pagar las consecuencias.

—¿Vas a matarme?

—Ajá. —Clava sus ojos helados en los míos y aprieta de nuevo el puño americano contra mi garganta—. ¿Tus últimas palabras?

—No, por favor. Podemos llegar a un acuerdo. Seguro que tú no quieres...

—Sí que quiero. —Me agarra con fuerza la barbilla y me obliga a levantar la cabeza. Sus pupilas se pasean por mi rostro con indiferencia—. Me va a encantar escuchar tus gritos.

—¡No quería hacerle eso a Frank, lo juro! ¡Él me obligó a...!

—No sé quién coño es Frank, pero ese gilipollas tendrá que esperar a que decida si te permito seguir respirando cuando acabe contigo.

Parpadeo varias veces, porque sus palabras no me cuadran. Entre la bruma del miedo y el dolor, algo se revela en mi cerebro. ¿Por qué dice que no conoce a Lucchese? ¿Qué sentido tendría todo esto si no fuese uno de sus hombres?

—¿No...? ¿No has venido por Frank?

—Aquí las putas preguntas las hago yo —declara cortante—. ¿Qué ibas a robarme?

—¿Qu...? ¿Qué? —El desconocido vuelve a apretarme el cuello y cierro los ojos aguantando el dolor—. Nunca he robado nada.

—No me tomes por imbécil, nena. Si mi paciencia se agota, las cosas pueden ponerse muy feas para ti. Mucho más que feas. —En sus pupilas grises hay una oscuridad y una perversión que me hacen contener el aliento—. Ahora vas a contestar como una conejita buena. ¿Te han enviado los Nyctra?

—No sé quiénes son. No conozco a esa gente.

—¿De verdad quieres jugar a esto? Si no abres la puta boca y cantas como un pajarito, te destrozaré hasta que ni tu propia madre pueda reconocerte. ¿Eso es lo que quieres?

Niego con la cabeza convulsivamente y me muerdo el labio inferior mientras las lágrimas no dejan de mojar mis mejillas.

—Para, por favor. Estoy diciendo la verdad.

—¡Y una mierda! ¿Te ha enviado Vargas a espiarme?

Abro la boca para responder de nuevo, pero, de repente, se escucha un portazo y un golpe sordo en el suelo de la entrada.

—Pero ¿qué demonios está pasando aquí? ¿Qué significa esto?

Una tercera voz se cuela de forma atropellada, ansiosa. Es Savannah, quien acaba de soltar la bolsa con la comida a sus pies y

se acerca a nosotros con el rostro desenchajado.

El desconocido gruñe entre dientes al reconocerla.

Despega la mano de mi cuello y mira a mi amiga con gesto de advertencia, para que no dé ni un paso más.

—Vete de aquí, Sav. Ya.

—¿Que me vaya? ¿Estás de coña? —Savannah lo agarra por el brazo y tira de él para separarlo de mí, con una fuerza que me sorprende en una tía tan menuda. Está cabreada; mira al hombre como si quisiera sacarle los ojos con las uñas. No parece tenerle miedo, y debería. Necesito advertirle que huya cuanto antes, avisarla del peligro, pero estoy tan conmocionada que mis labios no me obedecen—. ¡Apártate de ella! ¡Ahora, ya! ¡Estoy hablando en serio, Zane! ¡Suéltala!

—¡Esta zorra se ha colado en busca de algo! ¡Se merece un castigo! ¡Puede ser una Nyctra!

—¡Esta «zorra», como acabas de llamarla, es mi amiga Quinn! ¡Y no se ha colado porque yo la he invitado!

Cuando mi cerebro conecta toda la información, los miro a ambos con los ojos horrorizados.

Zane.

Lo ha llamado Zane.

¿Zane, como su hermano? ¿Como ese hermano al que metieron en la cárcel hace cuatro años?

Es imposible. Recuerdo las lágrimas de tristeza y desesperación de Savannah cuando me lo contó por teléfono. Me aseguró que la condena era injusta y que no se merecía estar entre rejas por algo que no había hecho.

Este Zane no puede ser él. Su hermano no es el loco que ha estado a punto de asfixiarme entre amenazas terribles.

Cuando mis ojos se fijan una vez más en él, descubro esa misma frialdad y vacío que ha mostrado desde que se abalanzó sobre mí como un sádico sin alma. Ni siquiera se molesta en disculparse; por el contrario, frunce el ceño y me contempla de arriba abajo, como si no le gustase una mierda lo que está viendo.

—Quinn, ¿estás bien? —Savannah me habla con esa suavidad y dulzura tan propia de ella. Pero estoy temblando; estoy tan nerviosa

que mi amiga no tarda en darse cuenta. Se pasa una mano por el cabello y maldice en voz baja—. Discúlpalo, de verdad, Zane no quería...

—¡No hables por mí! —ruge él entre dientes.

Me abrazo a mí misma sin poder despegar los ojos de esas pupilas grises como la ceniza, de ese semblante que promete dolor y sufrimiento, pero Savannah se pone delante y señala a su hermano con el índice.

—¿Pero qué coño te pasa, Zane? ¿Has perdido la maldita cabeza? ¡Es nuestra invitada!

—Que yo recuerde, no he invitado a nadie a mi casa. Y tú tampoco tendrías que haberlo hecho sin mi permiso.

—¡No necesito el permiso de nadie, así que compórtate como una persona, no como un animal! —Después se gira hacia mí, intentando infundirme la tranquilidad de la que ahora mismo carezco—. ¿Puedes volver a tu habitación? Tengo que hablar con mi hermano un segundo. Enseguida me reúno contigo, ¿vale?

2

Quinn

Siguen discutiendo. Llevo quince minutos encerrada en el dormitorio y sus voces furiosas se filtran a través de las rendijas de la puerta. Sobre todo la de Savannah. Ella es la única que grita; su reprimenda es constante, rabiosa. La conozco demasiado bien y sé que no dejará el tema hasta que él admita que tiene razón, algo que dudo mucho que ocurra, porque a Zane le da bastante igual la situación. Se limita a responder con ese tonito pasivo-agresivo con el que se ha dirigido a mí desde que se me abalanzó en el salón.

No entiendo sus palabras, pero están hablando de mí. He escuchado mi nombre en varias ocasiones, seguido siempre por alguna réplica despectiva del loco de su hermano.

Me llevo una mano al cuello y hago una mueca al rozar la piel, todavía caliente y muy sensible tras el ataque. Pensé que iba a matarme, y quizás habría sido lo mejor: acabar con mi vida y con esta incertidumbre. De todas formas, si no me mata él, lo harán los hombres de Lucchese tarde o temprano.

Camino hasta el armario y fijo los ojos en el espejo antiguo. Mi cuello está enrojecido y las marcas de sus dedos se están amoratando.

—Maldita bestia —susurro, pasando la yema del dedo por la huella. No quiero ni imaginar qué me habría hecho si Savannah no hubiese llegado a tiempo para frenarlo, pero tengo claro que la cosa no habría acabado bien.

De repente, un fuerte portazo fuera de la habitación me sobresalta. Después, el silencio.

Ya no discuten. No se oyen sus voces.

Paso una vez más los dedos por mi cuello y suspiro al dar media vuelta para sentarme en la cama. Estoy demasiado nerviosa.

—¿Quinn? —La voz de mi amiga, seguida por un suave traqueteo, me saca de mis cavilaciones.

Ni siquiera tengo que responder; Savannah abre la puerta y entra con el semblante avergonzado. Camina suavemente hasta que toma asiento sobre el colchón. En sus ojos detecto el bochorno y la culpabilidad por algo de lo que ella no tiene la culpa.

—Oye, perdona a mi hermano, últimamente está un poco...

—No tienes que disculparte por él —la interrumpo con voz plana y sonrío para infundirle calma, aunque, en el fondo, soy yo quien necesita un tranquilizante para elefantes.

—Zane no va atacando a la gente así porque sí, te lo prometo. No es mala persona. Es que... es muy sobreprotector conmigo y no sabía que tú estarías aquí. No pude hablar con él antes de ir a recogerte. Odia que entren desconocidos en casa.

—Entonces, lo mejor para todos es que busque otro sitio donde esconderme de Lucchese.

—Quinn, no.

—Sí. Te estaré eternamente agradecida por haber venido a rescatarme de Fort Wayne, pero no puedo quedarme si él no está de acuerdo.

—Lo está, ¿vale? —responde con voz ansiosa—. Te quedas con nosotros, así que hazte a la idea.

—¿Seguro que no ha puesto inconvenientes por lo que ha pasado con Frank?

—No vamos a abandonarte. —Aprieta mis manos entre las suyas, tratando de transmitirme una seguridad que flaquea. Después se muerde el labio al fijarse con detenimiento en mi cuello. Su expresión vuelve a lucir avergonzada—. ¿Te duele mucho? Esos moratones tienen mal aspecto.

—Estoy bien, se irán en unos días.

—Joder, te juro que lo siento muchísimo, Quinn.

—No es culpa tuya —le quito importancia; sin embargo, frunzo el ceño cuando una duda se me encasquilla en los labios—. No sabía que Zane hubiera salido de la cárcel. No dijiste nada la última vez que hablamos por teléfono.

—Bueno, es que, en realidad, está bajo libertad condicional. Por el día, hace trabajos comunitarios y puede salir, pero por la noche debe regresar a prisión. Suele pasarse por aquí varias veces a la semana para verme, pero no sabía que vendría hoy. —Se encoge de hombros y sonríe—. Gracias a Dios, solo le quedan tres semanas de condena y será libre por fin. Estoy deseando que vuelva a casa.



La primera semana en Elberta transcurre marcada por los nervios y la inseguridad.

No me atrevo a pisar la calle. Estoy convencida de que los hombres de Frank darán conmigo y que mi amiga pagará las consecuencias por ayudarme. Me he convertido en una ermitaña; ni siquiera me acerco a las ventanas.

Por desgracia, no estoy acostumbrada a vivir entre cuatro paredes. Hay momentos en los que me agobio y el aire me falta. Ya he sufrido varios ataques de pánico que me dejan al borde del colapso, sobre todo cuando me quedo sola.

Savannah trabaja en una cafetería junto al lago y pasa muchas horas fuera, por lo que intento ocupar las horas muertas adecentando la casa y preparando la comida para cuando regrese, pero mi mente se empeña en jugarme malas pasadas, proyectando escenarios catastróficos donde termino con un tiro en la frente y los sesos esparcidos por el suelo.

Echo de menos mi vida. Mi hogar. Todo lo que tenía antes de lo sucedido en el casino, que no era mucho, pero era mío.

Desaparecí sin avisar a nadie, sin despedirme de mis compañeras de la lavandería, ni achuchar por última vez a los perros de la protectora donde era voluntaria varias veces por semana. Mi existencia se ha quedado en pausa y sé que no podré recuperarla.

La única parte positiva, si es que existe alguna, es que el hermano de Savannah no ha vuelto a aparecer por la casa. No he tenido noticias de Zane Rivers desde el incidente del salón, y las marcas de mi cuello están desapareciendo, tornándose amarillentas.

Pero sé que tarde o temprano volverá.

Le quedan dos semanas de condicional antes de regresar definitivamente. Entonces tendré que hacer de tripas corazón y pasar por alto sus amenazas, su agresión y esa sonrisa de depredador que me pone los pelos de punta. No tengo a dónde ir. No puedo permitirme que me odie o que me eche, porque entonces sí que estaré muerta.

—Oye, Sav, a tu prima le pasa algo. —Una vocecilla burlona interrumpe mis pensamientos, obligándome a prestar atención a quienes tengo delante.

Al llevar la mirada al frente, me encuentro con tres pares de ojos que me observan fijamente, haciéndome sentir incómoda.

—La verdad es que es un poco rarita, ¿no? —comenta otra voz. Es Briar Hoshino, una antigua compañera de instituto de Savannah. Tiene el pelo negro como la marta, delicados rasgos asiáticos y ojos rasgados que me examinan con curiosidad—. Siempre se queda mirando al vacío como si no existiéramos.

—No seáis imbéciles, no es rara —me defiende Savannah, dándole un codazo a Briar y a su hermana Riley, que han venido a pasar la tarde—. Es que... echa de menos su hogar.

—Yo echo de menos muchas cosas y no me quedo contemplando la nada como si quisiera cazar moscas.

—¡Riley, cierra ese puto pico! —resopla Savannah, provocando la risa de la otra.

Riley Hoshino no se parece en nada a su hermana. Es mucho más alta, pelirroja y con rasgos marcadamente eslavos. Nunca habría adivinado su parentesco si Savannah no me hubiera explicado que ambas fueron adoptadas por el médico del pueblo nada más nacer.

—Perdonadme, es que estoy un poco cansada —me excuso, forzando una sonrisa.

Briar y Riley no saben nada de mi pasado; es más seguro que nadie sepa lo que sucedió. Para ellas soy solo una prima lejana de los Rivers que busca tranquilidad y trabajo.

—El otro día escuché en la radio que una adolescente de Nebraska empezó a comportarse de forma extraña porque se le había metido un demonio —continúa la pelirroja, sentándose a mi

lado. Me clava sus enormes ojos azules—. ¿Alguna vez te han hecho un exorcismo, Quinn?

—¡Riley, joder! ¿Te quieres callar? —se queja Savannah.

—No le hagas ni caso a mi hermana, debió de caerse al nacer o algo así.

—Venga, Briar, no te hagas la inocente. Ayer me dijiste que Quinn también te parecía rara —se defiende la otra.

—Bueno, sí, pero no porque crea que se le haya metido ningún ente maligno dentro. Hay personas que son raras de nacimiento.

—Lo estáis arreglando —bufa Savannah, poniendo los ojos en blanco.

Me tiemblan los labios por el esfuerzo de no echarme a reír. Tengo que reconocer que con las Hoshino es difícil permanecer preocupada. No llevan ni diez minutos en la casa y ya me siento con ganas de seguirles el juego:

—Si os vais a quedar más tranquilas, puedo visitar a un cura para que me eche agua bendita.

—Uf, qué mal rollo. —Riley se levanta de un salto como si el sofá quemara y se persigna.

—Era una broma.

—¿A tu novio también le gastas esas bromas?

—No salgo con nadie.

—Ahora entiendo por qué —susurra Riley al oído de su hermana, que se tapa la boca para ocultar la risa.

Savannah me mira buscando mi reacción, pero al ver que me hace gracia, se relaja y ocupa el sitio de la pelirroja a mi lado. Sé que le hace ilusión que encaje en su grupo, así que estoy decidida a poner de mi parte.

—Bueno —continúa hablando Savannah—. ¿Qué era eso tan importante que teníais que contarme y que no podía esperar a mañana?

Las hermanas se miran con ojillos pillos y es Briar quien rompe el silencio:

—Anoche los perseguimos.

—¿Perseguir? ¿A quién?

—A Easton y Beau.

—¿Quiénes son esos? —le pregunto a Savannah por lo bajo.

—Unos amigos de mi hermano.

Riley se deja caer al suelo y se sienta con las piernas cruzadas frente a nosotras, sobre la suave alfombra del salón.

—En realidad Briar no hizo nada, solo me acompañó. Fui yo quien se encargó de todo.

—No deberías haberlo hecho. Si te hubieran descubierto, se lo habrían dicho a Zane y me habría caído un sermón de la hostia.

—Pero no se han enterado. Soy rápida y sigilosa como un ninja.

—¿Por qué ha seguido Riley a los amigos de tu hermano? —pregunto, sintiéndome igual de confusa.

—Porque está mal de la cabeza.

—Y porque quiero saber qué se trae entre manos el tío bueno de Beau —remata la susodicha con frescura—. Estuvimos liados hace un tiempo y ahora no sé por qué pasa de mí.

—Tendrá a otra —suelta Savannah como si nada—. Todas las chicas del pueblo babean por los Santos.

—¿Los Santos? —repito, con el ceño fruncido.

—Los llaman así. Y no por ser precisamente unos tipos celestiales —me aclara Briar, quien también acaba de sentarse en la alfombra—. De adolescentes, Easton, Zane y Beau eran la pesadilla de la Policía de Elberta.

No me extraña: si esos tipos se parecen lo más mínimo al psicópata de Zane Rivers, tendrán a todo el pueblo acojonado.

—Pero eso era antes —interviene Savannah, defendiendo a su hermano—. Todos hemos hecho tonterías en la adolescencia, ¿no? Ya no son unos críos, se han reformado.

—Pero ahora están más buenos que antes y no voy a permitir que ninguna zorra me quite a Beau. No os imagináis cómo folla.

—Joder, Riley, qué puto asco. Easton y Beau son para mí como hermanos. No puedo pensar en ellos de ese modo —se queja Savannah.

—Suerte que nosotras sí. —La pelirroja nos sonríe de oreja a oreja—. Bueno, ¿qué? Entonces, ¿no quieres saber qué hacen tus *casi* hermanos cuando no están sembrando el caos por el pueblo?

—No deberíamos meternos en sus asuntos. —Sin embargo, aunque se hace la digna, a los pocos segundos de responder, Savannah bufa y pone los ojos en blanco, incapaz de contener la curiosidad—: ¡Venga, habla de una vez y acabemos con esto! ¿Qué has descubierto?

—¡Es que es superfuerte! Casi me da algo cuando los seguí y entré en ese sitio.

—¿Qué sitio?

—Un club sexual. De esos en los que todos follan con todos.

—¿Aquí, en Elberta? Te lo estás inventando —sentencia con seguridad.

—En Frankfort, al otro lado del lago —apoya Briar a su hermana—. Estuve en la puerta esperando a que Riley saliera.

—A Easton y Beau no les hace falta ir a ningún club de esos. Pueden tener a las mujeres que quieran.

—Allí pueden tener a muchas a la vez.

—¡Tenemos que ir! —salta Riley con determinación—. ¡Quiero que Beau me vea! ¡Que se muera de celos cuando me toque otro hombre! ¡Tenéis que acompañarme!

—Si Zane se entera de que voy a un sitio de esos...

—Joder, Savannah, tienes veinticinco malditos años. Eres mayorcita como para que tu hermano te prohíba cosas.

—Me moriría de vergüenza si me descubriesen allí.

—Había mucha gente con máscara. Easton se puso una antes de...

—¿De qué?

—No creo que quieras saberlo. —Le guiña un ojo.

Savannah aprieta los labios, mira a las Hoshino, y finalmente niega con la cabeza, dispuesta a ignorar su curiosidad.

—Me es indiferente. Lo siento por ti, Riley, pero no pienso acompañarte a ese sitio. Además, conozco bien a Beau, y si ha decidido que no quiere seguir acostándose contigo, no creo que puedas hacer nada para que cambie de opinión.



Soy la culpable de que Savannah apenas pise la calle cuando termina de trabajar, y me siento mal.

No estoy preparada todavía para salir y se niega a dejarme sola. Doy gracias de que al menos las hermanas Hoshino nos visitan bastante a menudo, pero están empezando a hacer preguntas incómodas y no sé cuánto tiempo podré seguir encerrada sin levantar sus sospechas.

Me paso las horas muertas mirando las noticias en busca de la que tanto temo. Esperando que la Policía difunda mi cara en todas las cadenas de televisión y ponga un precio a mi cabeza. Pero, aunque esa noticia nunca llega, no puedo confiarme. Me he acostumbrado a vivir en alerta. Y, a pesar de que el nerviosismo y el miedo empiezan a apaciguarse desde hace unos días, hay algo en mi mente que me obliga a no bajar la guardia.

Por otro lado, reconozco que mi amiga tenía razón cuando aseguró que Elberta era un lugar seguro. Aquí nunca pasa nada.

Es un pueblo muy pequeño al que solo vienen turistas en verano; y cuando llegan los meses de frío, la población mengua hasta que apenas quedan trescientos vecinos, porque muchos de sus habitantes viajan a sus segundas residencias, al sur del país, en busca de temperaturas más cálidas. De hecho, han pasado dos semanas desde que llegué, y el frío es cada vez más intenso, y eso que solo estamos a primeros de octubre.

—¡Eh, niña! ¿Esto es vuestro?

Una entrañable voz a mi espalda logra que despegue la vista de la colada que estoy tendiendo en el jardín trasero de la casa.

No necesito mirar para saber que se trata de nuestra vecina. La señora Miller. Una septuagenaria viuda que vive justo al lado y que aprovecha cada ocasión para intentar sonsacarme información sobre nuestras vidas.

Cuando giro la cabeza, la veo con una chaqueta de Savannah en las manos y una sonrisa bonachona de la que he aprendido a desconfiar. Por nada del mundo quiero convertirme en la comidilla del pueblo.

—¿Cómo ha llegado la chaqueta hasta su casa, señora Miller? —pregunto, acercándome a la valla que separa ambas propiedades,

desde donde se asoma.

—Ha sido el viento. Lleva toda la noche soplando con mucha fuerza.

—Gracias —digo, cuando me entrega la prenda.

—¿Está Savannah en casa? —me interroga, mirando fijamente hacia la puerta de entrada, esperando descubrir algún secreto escabroso que comentar con el primer vecino que se encuentre por la calle.

—Se fue a trabajar hace unas horas.

—¿Y tú no trabajas, hija? ¿Cómo podéis manteneros con un solo sueldo? La vida está demasiado cara.

—Nos va bien. —Tras sonreírle una vez más, regreso junto al tendedero.

—¿Ha salido ya tu primo Zane de la cárcel? —continúa preguntando, pero ahora lo hace más fuerte para que la escuche desde la distancia.

—Muy pronto.

—Qué pena nos dio que lo encerrasen. En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Sus padres eran buenas personas, no merecían que su hijo acabase así. Pero... —suelta una risilla—... ya se veía venir. Ese chico era demasiado problemático. Aún me sorprende que no lo matasen en alguna de las peleas en las que se metía.

Termino de colgar el último pantalón en las cuerdas y le sonrío con tensión.

—Que pase un buen día, señora Miller.

—Oh, sí, está bien —asiente, desencantada de no haber podido sonsacarme nada—. Dile a Savannah que venga a mi casa cuando termine de trabajar, he hecho tarta de melocotón. Bueno, venid las dos y os invito a merendar.

—Se lo diré cuando vuelva.

Al cerrar la puerta, me apoyo en la madera y suelto un bufido de alivio.

Una de las cosas buenas de haberme criado en una ciudad como Fort Wayne es que nadie se metía en los asuntos de los demás. El trato con los vecinos era cordial pero escaso, apenas nos conocíamos, puesto que nuestro ritmo de vida era muy acelerado.

En Elberta, la forma de vivir es más tranquila y social. No estoy acostumbrada a que todo el mundo se crea con el derecho de preguntar intimidades tan alegremente.

Consulto el reloj de muñeca y compruebo que son las doce del mediodía. Savannah vendrá del trabajo en dos horas, así que me dirijo hacia la cocina para ver qué preparo para comer.

Voy tan distraída mirando hacia el suelo y recordando la incómoda conversación con la señora Miller que no me doy cuenta del obstáculo hasta que casi me choco con él.

Mas, cuando me percató de la gran barrera que tengo delante, se me corta la respiración de golpe y mis ojos se abren por el estupor.

Doy un paso hacia atrás al reconocer esa sonrisa helada que tan bien recuerdo. Mis pupilas encallan dentro de su mirada gris, tan vacía e inquietante como un silencioso cementerio.

El aire que atraviesa mi garganta ha adquirido una densidad incómoda, y mis labios tiemblan por la inseguridad.

Hoy no lleva la capucha de la sudadera sobre la cabeza, así que sus facciones afiladas están al descubierto, rígidas y desafiantes frente a mí.

La luz acaricia su cabello. Es muy oscuro y corto. Un mechón rebelde le roza la frente, enmarcándole la mirada.

Zane Rivers es magnético, pero su belleza no es perfecta ni delicada. Tiene el rostro de alguien que podría destruirte con un solo roce. De quien disfruta sembrando el caos a su alrededor.

Está apoyado en el marco de la puerta de la cocina, cortándome el paso, con los brazos cruzados sobre el pecho y una actitud fría e indiferente que me recuerda demasiado a nuestro primer encuentro.

—¿Qué hay, conejita? —Su voz ha adquirido un matiz cautivador, mientras su mirada se pasea descarada por mi cuerpo, haciéndome sentir desnuda, aunque llevo puestos unos tejanos de su hermana y el jersey con el que hui de Fort Wayne—. Otra vez a solas, ¿eh?

—Savannah está trabajando —respondo casi en un susurro, abrazándome a mí misma tras dar otro paso hacia atrás. Su enorme presencia me incomoda. Zane es tan alto y fuerte que no queda espacio en mi campo de visión para nada más que él.

Tengo la boca seca y la saliva se me queda atorada, negándose a bajar por la faringe al recordar sus dedos en mi garganta.

—Así que tú eres la famosa Quinn Granger.

—¿Famosa yo? —Frunzo el ceño.

—Llevo escuchando tu nombre desde que Savannah era una cría y mi madre la envió a ese estúpido campamento cristiano. —El gris helado de sus pupilas se posa de nuevo sobre mi cuerpo. Después, la sonrisa se le ladea en el rostro—. No te imaginaba así.

Abro la boca para responder, pero de mis labios no sale ni una palabra. Me pone demasiado nerviosa; mis latidos se han vuelto locos dentro del pecho.

—¿Me... me dejas entrar en la cocina? Tengo que preparar algo de comer antes de que llegue tu hermana.

—Savannah comprenderá que no hayas podido terminar a tiempo. —Apoya una mano en el marco, bloqueándome el paso—. ¿No te parece, *prima*?

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Tendría que querer algo? —Eleva una ceja, burlón—. ¿O es que la conejita tiene ganas de que terminemos lo que empezamos el otro día?

—No vas a volver a acercarte a mí.

—¿Ah, no? —Entonces lo hace: se acerca amenazante hasta que me tiene encajonada contra la pared del pasillo, con sus manos apoyadas a cada lado de mi cabeza—. ¿Me lo vas a impedir tú, Quinn Granger?

Noto contra mis labios su tibio aliento y respiro a trompicones, evitando mirarlo a los ojos.

—Zane...

—¿Tienes miedo?

—Sí, así que basta ya.

Escucho su risa ahogada. Una risa grave y cruel como la del mismísimo demonio, que se me clava en los tímpanos. Entonces se acerca tanto a mi rostro que siento cómo su nariz me roza la mejilla.

—Solo eres una niñita de ciudad que se esconde en mi casa como una maldita cobarde —susurra en mi oído.

—Por favor...

No dejo de pensar en las palabras de Savannah, en lo afectada que parecía cuando condenaron a este psicópata por la muerte del marido de su madre. Ella me aseguró que era inocente, que había sido una condena injusta y que su hermano jamás le haría eso a nadie. Sin embargo, ahora mismo no me queda ninguna duda de que Zane Rivers sería capaz de cometer el peor de los delitos.

Aparta una de las manos que tiene apoyada en la pared y me roza la piel de la mejilla con dos dedos. Me sorprende la suavidad con la que lo hace; dista mucho de la forma en la que me trató el primer día.

—Mírame, conejita. —Ni siquiera intento resistirme. Es demasiado peligroso y esta vez Savannah no está aquí para ayudarme. Así que, con un temblor irremediable en las piernas, levanto la cabeza y mis ojos se topan con los suyos. La indiferencia con la que me contempla me pone el vello de punta—. No sé qué coño has hecho para que alguien esté persiguiéndote, pero si por tu culpa algo le ocurriese a mi hermana, puedes darte por muerta.

—Quise irme —me definiendo—. Intenté convencerla de que lo mejor era separarnos, pero se negó a que me marchase.

—Por desgracia, mi hermana es demasiado buena para su propio bien. Siempre se encariña de los animalillos más problemáticos. Se empeña en cuidarlos. En protegerlos. —Pasa la lengua por sus dientes superiores con actitud amenazante—. Así que si yo fuera tú, me andaría con cien ojos, Quinn Granger; voy a estar vigilándote.

—Jamás haría nada que pusiera en peligro a Savannah.

—Me alegro por ti. Porque, desde este momento, tu vida depende de la de mi hermana. —Agarra mi barbilla y me obliga a levantar la cabeza para que no aparte la mirada—. Si ella sufre el mínimo rasguño por tu culpa, cavaré tu tumba con mis propias manos.

Una lágrima resbala por mi mejilla y asiento convulsivamente. Este tío me aterroriza. Es mucho peor de lo que imaginaba. Es un completo loco con el que no me va a quedar más remedio que convivir. Y lo peor es que me ha convertido en el blanco de sus amenazas.

—Por último, un pequeño consejo —continúa, al tiempo que baja lentamente su mano por mi mandíbula hasta que me roza el cuello

—. Mantente alejada de mí, ¿de acuerdo? Me gusta demasiado cómo se ven las marcas de mis manos en tu piel. Y eso podría ser un problema.

3

Quinn

Durante los siguientes días, reúno el valor suficiente para salir a la calle. Bueno, siendo fiel a la realidad, es Savannah quien me brinda el empujón que me falta.

Al principio, no es más que una vuelta a la manzana, pues la paranoia de que esos mafiosos den conmigo no deja de taladrarme el cerebro. Me han hecho falta tres semanas para aceptar que nadie va a venir a buscarme a Elberta. Los hombres de Lucchese jamás localizarán mi paradero; es una posibilidad remota, como encontrar una aguja en un pajar. Así que, poco a poco, me deshago del miedo y voy recuperando la confianza.

Ahora soy capaz de salir sola para ir a la tienda; paseo por la orilla del lago e incluso estoy a punto de conseguir un puesto de camarera en la cafetería donde trabaja mi amiga.

La Quinn nerviosa y asustada que llegó a Michigan con la certeza de que acabaría asesinada en cualquier cuneta empieza a transformarse en esa misma chica que era antes. Están regresando mis ganas de vivir, la ilusión por volver a sentirme activa y ayudar a Savannah con los gastos de la casa.

El señor Cooper, mi futuro jefe, está deseando que me incorpore al trabajo, pues van cortos de personal después de que la cocinera decidiera jubilarse un año antes de lo previsto.

Si todo marcha bien, la próxima semana firmaré el contrato y volveré a ser una persona independiente y productiva.

Sin embargo, hay un pequeño problema del que todavía no nos hemos ocupado y que es fundamental para mi incorporación a la vida laboral.

—¿Estás segura de que podrá solucionarlo? —le pregunto a Savannah con el rostro preocupado, mientras caminamos en paralelo al lago, alejándonos de la casa mucho más de lo que me he atrevido hasta ahora.

—Segurísima. Confía en mí.

—¿Y si se niega?

—Vamos a pagarle. Además, me debe un favor.

—No quiero que te metas en un lío por mi culpa.

—No se enterará nadie, Quinn —sentencia con un convencimiento que yo no siento en absoluto.

Es la primera vez en mi vida que voy a hacer algo ilegal de forma voluntaria. Mi cerebro se rebela e intenta convencerme de que lo mejor sería buscar otra alternativa.

Pero Savannah se ha empeñado en hacerlo, me guste más o menos.

Sigo sus pasos por el extremo oeste de Elberta, hasta que nos topamos con un envejecido almacén frente al muelle que parece llevar abandonado mucho tiempo.

Mis ojos se pierden en el estucado blanco y manchado de la fachada, la persiana de hierro donde empieza a asomar el óxido y las altas ventanas tapiadas con tablones de madera.

—Hemos llegado.

—¿Aquí? —Este sitio no me da buena espina, pero mi amiga no ha dudado ni un segundo en acercarse a la persiana y zarandearla con fuerza.

—No creo que haya nadie, este almacén parece abandonado; mejor nos vamos.

—Están ahí dentro —me contradice, y vuelve a golpear, esta vez con más brío.

Entonces, como surgidos de la nada, escucho unos pasos perezosos aproximándose desde el interior. Suenan cada vez más cerca, acompañados de un suave eco que les otorga un toque tétrico.

La persiana sube de golpe y doy un paso atrás por instinto. Ante nosotros aparece un tío enorme, de cabello negro y rasgos afilados, que se limpia las manos tiznadas de grasa en los tejanos.

Se queda observando a Savannah con una seriedad impenetrable durante lo que me parece una eternidad. A mí, simplemente, me ignora.

Es un hombre joven, de rostro fuerte y bello, que parece haber sido esculpido en el hielo más puro. Sus ojos azules poseen la frialdad del acero; son imponentes, duros. Lleva el pelo tan corto como un militar en servicio.

No ha dicho ni una palabra; se limita a mirar a Savannah con seriedad, dando a entender que no le gusta que hayamos venido. Qué casualidad: yo tampoco quiero estar aquí.

Después da media vuelta y comienza a caminar hacia el interior del almacén, dejándonos plantadas en la puerta.

—Hola a ti también, simpático —se queja mi amiga, haciéndome una señal para que la siga dentro—. Podrías al menos saludar, ¿no?

El tío que nos ha abierto gira la cabeza y resopla antes de responder:

—¿Qué haces aquí? —Tiene una voz oscura y penetrante, con un timbre despectivo que no me gusta en absoluto. Me recuerda demasiado a la voz de cierto psicópata que casi me asfixia nada más conocernos.

—Estoy buscando a Beau.

—¿Sabe tu hermano que ibas a venir?

—¡No me jodas, Easton! ¿Es que no puedo visitarlos?

Easton y Beau.

Recuerdo esos nombres.

Son los amigos de Zane. Las Hoshino no dejan de mencionarlos cada vez que vienen de visita. Riley todavía intenta convencer a Savannah para que la acompañe a ese club sexual y poner celoso al tal Beau.

Camino tras ella, intentando seguir el ritmo de Easton, con la atención puesta a mi alrededor, tratando de convencerme de que estar en este lugar es una decisión lógica.

No obstante, si antes pensaba que el sitio estaba abandonado, me retracto. Las paredes están cubiertas por decenas de estanterías repletas de herramientas y piezas de coches usadas. Al fondo se divisa lo que parece un taller mecánico, en el que un auto de lujo a

medio desguazar descansa sobre una plataforma. En el extremo derecho hay una puerta de madera; no sé a dónde lleva, pero empieza a abrirse.

Por ella aparece otro hombre.

Un pelirrojo de gran estatura y complexión musculosa que viste ropa impoluta y sonríe abiertamente al descubrir a Savannah tras los pasos de Easton.

—¡Eh, princesa! ¿Qué haces aquí?

Mi amiga le dedica una sonrisa radiante y, al llegar a su altura, lo rodea con un abrazo afectuoso. Yo me quedo un paso por detrás, sin saber qué hacer más allá de guardar silencio.

Easton nos ignora definitivamente y se dirige hacia la plataforma para seguir desguazando el coche.

—¿Es ella? —Beau fija sus astutos ojos en mí en cuanto termina el abrazo, alzando las cejas con sorpresa, pues no esperaba compañía.

—¿Ella? —repite Savannah, extrañada—. ¿Cómo que *ella*?

—¿Esta no es Quinn?

—¿Me conoces? —le pregunto directamente, dando un paso al frente. No parece tan peligroso como Zane o Easton.

—No nos conocemos en persona, pero... alguien te mencionó hace unos días.

—¿Has hablado con Zane? —inquieta Savannah, sin necesidad de preguntar quién ha sido.

—Estuvo aquí anteayer. Por cierto, ¿sabes que ibas a venir?

—¿Por qué todo el mundo se empeña en que pida permiso a mi hermano para todo? —resopla ella.

—No le gusta que vengas por el taller.

—Bueno, pues que se aguante. Necesitamos tu ayuda.

Beau frunce el ceño por primera vez y se rasca el mentón, pensativo. Por su gesto, deduzco que no es habitual que la hermana de su amigo le pida favores.

—Ayuda, ¿de qué tipo?

—Para Quinn.

—¿Qué le pasa? —Me estudia con la mirada.

—Necesita una identificación falsa, y solo conozco a una persona capaz de conseguirla.

—¿Para qué la necesita?

—No es relevante. Tú consíguesela y punto.

—Esas cosas son arriesgadas, princesa.

—¡Vamos, Beau! ¡Lo has hecho mil veces! ¡Eres el mejor!

—Ya no me dedico a eso.

—Sí, ahora vendéis piezas de coches robados. También es ilegal, ¿cuál es la diferencia? —Hace un puchero lastimero para darle pena —. Sabes que no recurriría a ti si hubiera otra salida. Te necesitamos.

Él me observa una vez más, sopesando si ayudarnos o no. Después rodea los hombros de Savannah con una actitud fraternal.

—¿Has hablado de esto con tu hermano?

—¿En serio? —Lo fulmina con sus preciosos ojos grises y se zarandea para que la suelte—. Te estoy pidiendo el favor a ti, no a mi hermano. Me lo debes. Pagaré lo que me pidas.

—No voy a hacerlo sin saber qué piensa Zane. No quiero problemas. Habla primero con él y luego venid a verme.



No hace falta ser muy inteligente para saber que Zane Rivers se negará a que su hermana se involucre en un asunto de falsificación por mi culpa.

No le gusto; no me quiere en su casa. Es la excusa perfecta para echarme, pues sin identificación seguiré siendo una carga económica para ellos.

Pero ¿cómo podré ganarme la vida de otro modo? Facilitar mis verdaderos datos para un contrato de trabajo sería mi sentencia de muerte; los hombres de Frank darían con mi paradero en un abrir y cerrar de ojos.

Llevo decaída toda la tarde, desde que regresamos del almacén. Tenía grandes esperanzas en este nuevo comienzo, pero si Beau no me ayuda, me quedaré estancada, encerrada en esta casa hasta que me vuelva loca y sea yo quien me pegue un tiro en la sien.

Llevo cinco minutos removiendo el pollo frío de mi plato sin haber probado bocado. Tengo el estómago cerrado.

Savannah cena frente a mí, en la cocina, con el rumor de la televisión de fondo, aunque ninguna le presta atención.

—No me esperaba esto de Beau —se lamenta entre dientes. Incluso ella sabe que pedirle a su hermano que me ayude es una causa perdida—. Me debe un puto favor y le ha dado igual.

—Es normal, Sav. No me conoce, ¿por qué iba a arriesgarse a que lo pille la Policía por mí?

—La próxima vez que quiera follar con alguien, que ni me hable.

—¿Te acuestas con él? —le pregunto con los ojos muy abiertos—. No me habías dicho nada.

—¡No, qué va! Es que fui yo quien le presentó a Riley. Beau estuvo insistiendo un maldito mes hasta que accedí.

—Pues le ha durado poco el interés.

—Y ahora ella se ha encoñado de él. Si no fuera el hijo del puto gobernador, me lo cargaba, te lo juro.

—¿Hijo del gobernador? ¿De Michigan? —exclamo con sorpresa.

—Beau Preston Whitmer III. Su padre es Grayson Whitmer.

—Pero... vende piezas de coches robados —comento alucinando. Savannah ríe.

—Entre otras muchas ilegalidades. Digamos que nunca ha sido el ojito derecho de su padre. El gobernador tuvo que ocultar decenas de escándalos de los Santos cuando eran adolescentes.

—¿Quién lo habría dicho? Me dio la impresión de que era un buen chico.

—Ese es el mayor peligro con Beau; parece que nunca ha roto un plato, pero en el fondo es como el resto de los tíos: un cabrón. —Apoya el tenedor sobre el plato—. Se lo advertí a Riley el mismo día que los presenté, pero ha caído en su trampa y ahora babea por él.

—Entonces, definitivamente, tendré que buscar a otro que me ayude con la identificación.

—Ni de coña. ¿De verdad piensas que voy a rendirme?

—Savannah, déjalo, en serio. No quiero problemas con tu hermano ni con sus amigos.

—No vas a tener problemas. A Beau le has caído bien. Y a Easton también.

—¿Qué? ¿Easton? —Me echo a reír—. ¡Pero si ni me ha mirado!

—Si no le hubieras gustado, te habría echado del almacén al instante. Allí no entra cualquiera, y a ti te ha dejado pasar.

Genial. Le caigo bien al sesenta y siete por ciento de los Santos, pero el otro treinta y tres por ciento, con el que tengo que convivir, casi me mata.

Cuando terminamos de cenar, recogemos la mesa y metemos los platos al lavavajillas. Después nos acomodamos en el sofá del salón para ver una película. Savannah ha preparado palomitas con mucha mantequilla y, aunque sigo con el apetito cerrado, me obligo a comer unas cuantas.

—Disculpa un momento, me está llamando el señor Cooper desde la cafetería —dice a mitad de la película, levantándose con el móvil en la mano—. Páusala, no tardo.

Se pone el teléfono en el oído, abre la puerta para hablar en el porche y me quedo sola en la casa. Aprovecho para ir al aseo a lavarme las manos, porque huelen mucho a mantequilla.

El cuarto de baño que hay al lado de la cocina es mucho más espacioso que el de mi habitación y más moderno. Las paredes están alicatadas con placas de mármol blanco veteado; al fondo hay un lavamanos rústico de madera de nogal, dos amplias estanterías de almacenaje en las que descansan decenas de toallas apiladas y una gran ventana con los cristales translúcidos.

Abro el grifo del agua fría y el vello de mi nuca se eriza al mojarme la piel. A veces se me olvida que ya no estoy en Fort Wayne; aquí el agua está tan helada que te corta la respiración. Cojo la pastilla de jabón y la froto contra la palma de mis manos hasta que empieza a hacer espuma. Sin embargo, un tenue sonido a mi espalda me hace levantar la cabeza. El espejo del lavamanos refleja la imagen de otra persona entrando al aseo.

Cuando lo reconozco, yergo la espalda y me pongo tensa, tanto que la pastilla de jabón se me escapa de las manos y cae dentro del lavabo. Los latidos de mi corazón se acaban de volver locos; se me ha secado la boca, mi respiración es fuerte e irregular.

Zane Rivers se acerca por detrás a medio vestir. Sin camiseta y descalzo. Lleva únicamente unos tejanos que se ajustan a la perfección a sus muslos y una correa de cuero desabrochada. Sin

pretenderlo, fijo la atención en sus pectorales, en los coloridos tatuajes de sus brazos, en el hilo de vello que le nace bajo el ombligo y se pierde dentro de los pantalones.

Se coloca a mi lado, ante el lavamanos. Está tan cerca que su olor penetra en mis fosas nasales: una mezcla herbal y amaderada que me cosquillea en la nariz. No obstante, lo que más me altera es su expresión. Me observa fijamente, con esa fría indiferencia que me pone los pelos de punta. No me gusta comportarme como un animalillo asustado cuando está a mi lado, pero es imposible remediarlo. Nunca sé qué esperar de él.

—Parece que acabas de ver a un fantasma, conejita —comenta con voz oscura.

Me mira con la burla reflejada en sus pupilas, deteniéndose más de la cuenta en mis senos. Logra que me remueva incómoda. Lo tengo tan cerca que su brazo me roza el hombro. Es enorme. Es tan alto que todo mi campo de visión acaba de limitarse a él. Es como si en el cuarto de baño ya no hubiera nada más. Solo veo a Zane; lo demás acaba de desaparecer. No debería estar aquí. Son las once de la noche y siempre regresa a prisión a las ocho. Lo sé, me lo dijo Savannah. A no ser que... ¡No! ¿Ya han pasado las tres semanas? ¿Lo han soltado?

—No esperaba verte aquí —reconozco a media voz.

—¿Dónde? ¿En mi casa? —Alarga la mano y coge la pastilla de jabón que se me acaba de caer—. ¿Pretendes que me quede en la cárcel para siempre?

—No —miento.

Se ríe entre dientes, porque sabe que no soy sincera.

—He cumplido mi condena y espero no pisar ese sitio en mucho tiempo. A no ser que cierta personita me dé motivos para portarme mal de nuevo.

Bajo la mirada a mis manos llenas de jabón. Me he quedado tan paralizada que ni siquiera puedo seguir lavándomelas.

—Yo... solo quiero vivir tranquila.

—Bien, así me gusta. —Se enjuaga las manos bajo el agua helada y una sonrisa ladeada curva sus labios al verme sin saber cómo

actuar—. Relájate. Puedes seguir respirando. No voy a comerte... aún.

—¿Por qué dices esas cosas? —Lo miro a los ojos—. Nunca te he hecho nada. Fuiste tú quien me atacó y me acusó de ser una Byctra, Systra, o lo que sea.

—Una Nyctra —me corrige con voz plana.

—Ni siquiera sé qué es.

—Son gentuza a la que no vas a acercarte si lo que pretendes es que entre nosotros haya una convivencia pacífica.

—No los conozco.

—Ni los conocerás si yo puedo evitarlo. —Coloca los dedos índice y pulgar como si fueran un arma y finge que dispara apuntándome a la cabeza—. Recuérdalo bien, Quinn Granger.

Trago saliva con los nervios de punta y meto las manos bajo el grifo para aclararlas lo más rápido posible. Cuanto antes me vaya de aquí y lo pierda de vista, mejor para mi salud mental.

De repente, lo escucho reír entre dientes.

—Parece que tienes prisa.

—La tengo.

—¿No te apetece charlar con el hermano de tu mejor amiga un rato más?

—Si eso significa que voy a tener que estar aguantando amenazas con cada palabra que digas, no, gracias.

Zane se pasa la lengua por el labio inferior, sin dejar de contemplarme con diversión, y acerca su boca a mi rostro hasta que su respiración choca con mi piel.

—Cuando te amenace de verdad, te darás cuenta.

—¡Basta! ¡Basta, Zane! —Apoyo las manos sobre su pecho desnudo y lo empujo un poco para separarlo de mí—. ¿Por qué te comportas así conmigo? Savannah dice que no eres una mala persona. Me contó que eres inocente, que no asesinaste al marido de vuestra madre, que te condenaron injustamente.

Abre la boca para responder; sin embargo, antes de que pueda hacerlo, escuchamos pasos acercándose. Su hermana entra al cuarto de baño de mala gana, haciendo un mohín infantil con los labios.

—El señor Cooper me ha aumentado el turno de tarde. ¡No es justo! Hasta que no te incorpores voy a tener que trabajar más horas y estoy... —Calla de repente al vernos juntos. Mira a Zane con el ceño fruncido, luego a mí—. ¿Qué hacéis aquí?

Suspiro con alivio al saber que con Savannah delante él no me hará nada, y fuerzo una sonrisa.

—Yo... estaba lavándome las manos.

—¿Zane?

—Yo también. —Le guiña un ojo de un modo tan encantador que hasta yo me lo habría tragado—. ¿Ya no te acordabas de mi regreso?

—Claro que me acuerdo, tonto. Estaba deseando que volvieras a casa. —Lo abraza y apoya la mejilla en sus pectorales. Luego suspira—. Es que como cuando os conocisteis pasó aquello...

—Ya lo hemos arreglado. Lo del otro día fue un malentendido. —Me mira con ojos burlones, retándome a contradecirlo—. ¿Verdad que sí?

Estoy a punto de mandarlo a la mierda. ¿Cómo se atreve a comportarse como si fuera un tipo encantador, el hermano ideal, cuando conmigo es un maldito demonio?

Tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para morderme la lengua y forzar una nueva sonrisa.

—Todo bien, Sav.

—Me alegro, de verdad. —Nos mira a ambos con ilusión—. Me encanta que mi hermano y mi mejor amiga se lleven bien. Vamos a ser una gran familia, ¿cierto?

—Una familia muy feliz —responde él, clavando sus perversos ojos en mí.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. Me limito a asentir y a retorcerme las manos con nerviosismo. ¿De verdad se está tragando lo que dice este psicópata?

—Genial. —Abraza de nuevo a su hermano—. Zane, ¿te apuntas a ver una película con nosotras?

Que diga que no. Que diga que no. Que diga que no.

—He quedado con Easton y Beau en el almacén. Quizás otro día. —¡Bien!

—Otro día. Me lo acabas de prometer. —Le sonrío con cariño; después me mira a mí—. Termina de lavarte las manos y te espero en el salón.

Cuando abandona el cuarto de baño, me enjuago el resto del jabón con rapidez y doy media vuelta para largarme. No obstante, tras dar unos pasos, siento que algo atrapa mi muñeca y me hace frenar en seco.

Es Zane, cómo no. En sus labios sigue dibujada la sonrisa que le ha dedicado a su hermana, pero empieza a mutar y se transforma en una mueca helada que me paraliza.

—¿Adónde vas, conejita? Todavía no hemos acabado.

De improviso me empuja contra la pared, atrapándome entre el mármol y su cuerpo, y agarra mi garganta con una de sus manos.

—Zane... —le suplico con terror, intentando librarme de él.

—Shhh... Quieta.

—No, por favor, suéltame. Tu hermana puede...

—He dicho que te estés quieta —repite entre dientes. Cuando lo obedezco, saca su teléfono móvil y empieza a hacerme fotos.

—¿Qué... qué haces?

—Relájate.

—No puedo relajarme si me tienes retenida.

—No frunzas el ceño.

—Zane...

—¡Calla y relájate de una maldita vez!

No puedo hacerlo.

Estoy demasiado tensa, no sé lo que pretende. Tengo a Zane Rivers pegado a mí; una enorme mole de músculos, fuerza y masculinidad, que no deja de hacerme fotos. El corazón me late a una velocidad imposible. Creo que él acaba de darse cuenta de que estoy demasiado nerviosa, porque deja de fotografiarme y me mira a los ojos, pensando en...

No sé en qué piensa.

De repente, la mano que me sujeta el cuello asciende lentamente hasta que se apoya en mi mejilla. Sus dedos rozan la piel de mis pómulos y un inoportuno cosquilleo en el estómago me hace jadear. Me está acariciando. ¿Por qué me está acariciando?

—¿Qué haces?

—Intentar que te tranquilices.

—¿Para qué?

—Haces demasiadas preguntas. Tú solo obedece.

—No creo que pueda relajarme contigo pegado a mi cuerpo.

—¿Te pongo nerviosa? —Sonríe con chulería.

—¡No es por lo que tú piensas! —resoplo con los ojos en blanco, empujándolo para que se aparte, pero no consigo moverlo ni un milímetro—. No me gustan los tíos que me amenazan y luego me fotografían sin permiso. Y mucho menos que un desconocido me sobe la mejilla.

—Rectifica: no te gustaba, pero ahora sí —me contradice con una seguridad que me sorprende—. Noto cómo te late el corazón. Te tiemblan las piernas.

—Es por asco.

—Asco —repite con voz plana. Luego sonríe tenso—. Conque la conejita me tiene asco.

—Sí. Y no me llames así.

—Podría demostrar que mientes en menos de tres minutos.

—¿Qué ganas tú con eso?

—Nada, lo haría por pura y llana diversión.

—No me interesa, gracias.

Espero a que se aparte, sin despegar las pupilas de sus ojos helados, pero en vez de hacerlo, Zane pega su boca a la delicada piel de mi yugular y me lame con una intensidad que me hace contener la respiración. Luego me susurra al oído:

—¿Y si lo hiciera de todas formas?

—Te... te darías cuenta de que digo la verdad.

—¿Es un reto? —Vuelve a lamerme. Me agarro a su sudadera cuando siento el calor de su lengua. Clava los dientes con fuerza en mi carne, como si pretendiera marcarme.

—Zane... No, espera. —Tengo la piel de gallina. Su boca en mi cuello no es delicada; mordisquea y succiona como si estuviera hambriento.

—¿Esos temblores en tus piernas son por mí? —Sonríe. Y yo parpadeo paralizada, sin saber cómo actuar, porque, aunque sé que

esto no debería estar pasando, un potente burbujeo en mi estómago me confunde.

—Zane, tu... tu hermana puede venir y...

—Shhh... —Coloca un dedo en mi boca y con el otro brazo me rodea la cintura, pegándome a él, logrando que mis pulmones se queden sin oxígeno—. No va a enterarse. Es algo entre tú y yo.

Podría gritar. Lo sé. Podría alertar a Savannah de lo que está ocurriendo solo con levantar la voz; sin embargo, cuando Zane cuela la mano por debajo de la camiseta de mi pijama y atrapa uno de mis senos, el único sonido que sale de mis labios es el de un jadeo. Es una simple fricción, pero el aire entra a trompicones por mi nariz al sentir un delicioso cosquilleo donde está tocándome. Pellizca mi pezón y me muerdo el labio inferior para no gemir. No es dulce ni cuidadoso. Sus dedos poseen una mezcla entre la crueldad y el erotismo que me confunde demasiado.

Me acaricia, retuerce la sensible piel de tal forma que un inesperado calor coloniza mi sexo. ¿Pero qué mierda me ocurre? Cierro las piernas de golpe, las aprieto porque no comprendo qué está pasando. Entonces, se me escapa el gemido que estaba conteniendo. No puedo estar excitándome con este psicópata. Y menos cuando está tocándome contra mi voluntad.

—Pues parece que no era asco, ¿eh, conejita? —susurra muy cerca de mi boca con una oscura diversión reflejada en sus ojos.

Después se lanza de nuevo a mi garganta. La muerde.

Lo peor es que creo que me gusta porque, en vez de empujarlo, me agarro con fuerza a sus brazos y cierro los ojos abandonándome a lo que me hace. Como una jodida muñeca de trapo. Nunca había experimentado algo así.

Aunque no soy la única que está sorprendida por lo que está sintiendo. Zane respira de forma ruidosa y me observa con una mezcla de ardor y asombro cuando se lleva la mano a la polla y la descubre dura como una roca.

A pesar de saber que Savannah podría descubriarnos, ahora mismo solo pienso en lo que está haciéndome. Sus dedos castigan la piel de mis senos mientras la otra mano baja lentamente hasta la cinturilla de los pantalones del pijama.

Contengo la respiración y lo miro a los ojos, cuando encuentra mi monte de Venus. En los de él se refleja una ardiente oscuridad que no intenta reprimir. Después los desliza lentamente más abajo, hasta que los cuela entre mis labios mayores.

—¿Qué tenemos aquí? —Se muerde el labio inferior al pellizcarme el clítoris, pues mi reacción es abrir la boca y gemir silenciosamente mientras mi cuerpo tiembla descontrolado—. ¿Todo esto es por mí? Estás empapada, nena.

—Es... fisiológico —respondo con lo primero que se me ocurre, que no es gran cosa. Apenas puedo concentrarme en nada que no sea sus dedos frotándome el clítoris—. No... no te lo tengas tan creído.

Una suave carcajada escapa de sus labios.

—Tus gemidos tienen muy poco de fisiológicos, Quinn. —Pega sus labios a mi boca hasta que apenas nos separan unos milímetros—. ¿Quieres saber lo que pienso?

—No.

—Sí que quieres, pero intentas hacerte la dura. —Se relame los labios—. Pienso que estás excitada y que eso te asusta, porque yo no soy como los mierdas que te han follado en el pasado y que no sabrían distinguir un coño de un paraguas.

Frota mis labios superiores con fuerza y aspereza hasta que la humedad de mi vagina me moja los muslos. Me acaricia de arriba abajo, sin piedad. Y cuanto más lo hace, más necesito que continúe. Me restriego contra sus dedos para que siga tocándome. Dios, ¿qué me está pasando?

—Qué puta delicia. Tu coño responde a mí, sabe quién está al mando —susurra entre dientes con gran satisfacción, después me agarra por el pelo, obligándome a levantar la cabeza para que lo mire a los ojos—. No apartes la mirada. Ni se te ocurra dejar de hacerlo hasta que yo te lo ordene.

Continúa frotándome el clítoris con dos dedos, trazando círculos sobre mi delicada piel, haciéndome temblar, que todo mi cuerpo se retuerza contra su mano.

—Oh, joder... —gimo sin poder evitarlo. Mi sentido común ha explotado y desaparecido en algún rincón de mi cerebro, pero

ahora mismo no me importa nada.

—¿Alguna vez te han follado en un aseo, conejita? —susurra en mi oído, complacido por la forma en que respondo a sus caricias. Su voz suena mucho más grave y el enorme bulto de su polla se clava en mi estómago deliciosamente, demostrando que esto no solo me afecta a mí.

Es una maldita locura lo que Zane Rivers está consiguiendo. Jamás he sido una chica demasiado sexual. Me costaba horrores llegar al orgasmo cuando practicaba sexo con mis exnovios. Pero ahora estoy a punto de explotar, y ni siquiera se ha esforzado por ser considerado ni tierno.

Me ordena, me aplasta. Me penetra de improviso con los dedos índice y corazón. Y en vez de insultarlo, me limito a gemir más fuerte.

Esto es ilógico. Me está follando con la mano, con una dureza a la que no estoy acostumbrada. Bombea en mi interior sin piedad, adentro y afuera, llevándome cada vez más alto. Así que, cuando me corro en sus dedos y tengo un orgasmo brutal, todavía lo entiendo menos. Mi vagina se deshace en espasmos rápidos todavía con él dentro de mí. Apoyo la cabeza en la pared de mármol y cierro los ojos con mucha fuerza, intentando recobrarme. Mis latidos son tan rápidos que siento que se me escapará el corazón. Tengo la respiración, errática. Estoy descontrolada.

—Mírame —me ordena con voz tensa y me agarra la barbilla para obligarme a hacerlo.

Cuando mis ojos coinciden con los suyos, vuelve a sacar su teléfono móvil y me hace más fotos, pero esta vez estoy tan confusa y extasiada que me limito a dejarlo hacer. A esperar inmóvil a que se canse.

Tras una docena de flashazos, Zane observa el resultado y sonríe, satisfecho. Saca los dedos de mi interior y los chupa sin apartar la mirada. Es tan erótico que vuelvo a sentir un delicioso calor en mi centro.

—Ahora vete. Vuelve con mi hermana —me ordena de repente, apartándose como si nada.

Apoya la cadera en el lavamanos y se cruza de brazos, recobrando su habitual indiferencia. Mis ojos se fijan en su polla sin pretenderlo. La tiene dura y erguida. El bulto en sus pantalones se ve enorme.

Estoy tan confusa que me cuesta pensar.

—¿Que me vaya?

—No creerás que después de esto voy a casarme contigo o algo así, ¿verdad?

Abro la boca, porque me siento atacada y usada, y le doy un empujón con el que apenas logro que se mueva del sitio.

—Eres un gilipollas.

Paso por delante para irme; sin embargo, vuelve a agarrarme el brazo y me obliga a acercarme a él, hasta que nuestros labios están a escasos centímetros.

Por primera vez desde que lo conozco, demuestra que mis palabras le han molestado, porque sus iris toman una tonalidad oscura, amenazante.

—Voy a pasar tu insulto por alto esta vez, Quinn Granger, así que no tenses la cuerda.

—Déjame en paz o se lo diré a Savannah.

—¿Y qué crees que hará? —Se ríe—. Acabarás en la calle si te atreves a hablar mal de su querido hermano. Y ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad? Es más, voy a demostrarte lo generoso que soy. Te contaré un pequeño secreto.

—Me dan igual tus malditos secretos.

—Tómatelo como un regalo. —Se me acerca aún más y mi nariz choca con la suya—. El juez me condenó a cuatro años de cárcel por un delito de negligencia criminal al confesar que no había ayudado a mi padrastro en su lecho de muerte, cuando un ladrón se ensañó con él por no darle su dinero.

—Eso ya lo sé.

Zane sonríe con sadismo.

—Pero la puta verdad es que nunca hubo un ladrón. Yo lo maté, conejita. Lo apuñalé veintiséis veces en el corazón y le rajé el estómago hasta que sus tripas acabaron destrozadas a mis pies. Ese hijo de puta no me tocará más los huevos. —Agarra mi barbilla—. Te recomiendo que tú tampoco lo hagas.

4

Zane

Easton me agarra de los brazos y me obliga a retroceder. Tengo el rostro deformado por la rabia, la respiración muy acelerada y mi puño americano, que todavía llevo calzado en la mano derecha, gotea sangre.

Intento liberarme de su agarre y terminar con lo que he empezado, pero el cabrón es un gigante de casi dos metros y, por desgracia, tiene más fuerza que yo; así que lo único que puedo hacer para liberar la furia es escupirle al tipo que he convertido en un amasijo de golpes y sangre, todavía inconsciente en el suelo del callejón contiguo al garito de Will Featherstone.

—Zane, para —dice Beau, quien permanece a nuestro lado con actitud indiferente. Se agacha hasta quedar cerca del gilipollas al que acabo de propinar la paliza de su vida y le toma la muñeca para medirle el pulso—. Todavía vive.

—No lo hará por mucho tiempo si Easton me suelta. —Me zarandeo con fuerza; sin embargo, solo consigo que sus dedos se claven aún más en la carne de mis brazos.

—Estate quieto, joder —gruñe a mi espalda.

—Muerto no nos sirve, Zane.

—Esta piltrafa de los cojones no nos serviría en su puta vida —rumio.

—Lo necesitamos para que le lleve el mensaje a Vargas —continúa Beau mientras se limpia las manos con el pañuelo de tela que siempre lleva en el bolsillo.

—Yo le llevaré el mensaje.

—Deja de comportarte como un maldito kamikaze. ¿Quieres volver a la cárcel?

—Lo que no quiero es que ningún perro de los Nyctra se ría de nosotros. Tienen que pagar por habernos robado las piezas que les compramos a los rumanos.

—Y pagarán —asegura Easton, con el semblante tan inexpresivo como el de cualquier asesino en serie—. Nos ocuparemos de ello. Pero este gilipollas debe vivir para llevarle el recado a su jefe.

Esta tarde, mientras desguazábamos un coche en el almacén, recibimos una llamada de Radu Stanescu avisándonos de que el cargamento de piezas robadas que nos enviaron a Elberta había sido interceptado en la nacional M-22, muy cerca de Frankfort, por un grupo armado de cinco hombres dirigido por un tal Vargas, quien nos mandaba recuerdos.

—Está bien, dejaré que viva. —Le hago una señal a Easton para que me suelte. Lo hace de inmediato porque sabe que, cuando doy mi palabra, nunca la rompo. Aunque ganas no me faltan. El hijo de puta de Vargas está tocándome los cojones demasiado para su propio bien.

Cuando estoy libre, mis ojos buscan a Beau, quien me contempla sonriente.

—Estos cuatro años en la cárcel te han convertido en un maníaco, joder. Antes sabías controlarte.

—En el trullo, o te defiendes o te conviertes en la puta de los gilipollas que están al mando. Es lo primero que aprendes al entrar.

—Pero ya no estás allí, Zane, y me gustaría tenerte con nosotros unos años antes de que vuelvan a encerrarte por ser un loco de los cojones.

No respondo; me limito a reír entre dientes, igual que Easton, que aprovecha para introducir una pequeña tarjeta, con saludos cordiales para Vargas, en el bolsillo de la camisa del tipo al que acabo de dejar medio muerto.

—Vámonos antes de que venga la policía —nos urge Beau, mirando a nuestro alrededor—. Mañana trazaremos un plan para recuperar nuestras piezas.

—Y cuando lo hagamos, les daremos una lección a esos mierdas —añade Easton golpeando su palma con el puño, con una rabia salvaje reflejada en las pupilas.

—¿Lección? Los Nyctra no aprenden nunca —me quejo con hastío—. Estarían mejor muertos.

Salimos del callejón y me guardo el puño americano en el bolsillo trasero de los tejanos antes de dirigirnos hacia nuestras motos. Las hemos dejado aparcadas en la acera, justo frente a la puerta del garito de Will Featherstone, porque sabíamos que no tardaríamos en largarnos de aquí.

Monto en mi bestia negra, mi Indian Scout Bobber, que compré tres meses antes de ingresar en prisión y que ha estado esperándome estos años en el cobertizo que construí en el jardín; aguardo a que Beau y Easton arranquen sus máquinas para largarnos de aquí.

—¿Vamos al Obsidian? —sugiere Beau nada más arrancar su Harley del sesenta y nueve.

—Sí, necesito un polvo para liberar tensiones —asiente Easton, dando puño a su moto.

—Id sin mí —resoplo—. Ese tugurio me da asco.

—¿Te da asco follarte a cuatro tías a la vez? —se ríe Beau—. Es el mejor club *swinger* de Michigan, nene.

—A mí no me van esas mierdas.

—En Elberta apenas hay tías para follar; al menos en el Obsidian tenemos carne fresca —añade Easton.

—¿Prefieres seguir tirándote a la zorra de Emma Winter? Joder, Zane, pero si se la ha chupado a medio pueblo.

—No veo a Emma desde que entré en prisión —digo con aburrimiento—. Y puede follarse a quien quiera, nunca fuimos nada. Solo quedábamos para echar algún polvo.

—Todas las tías que valían la pena se largaron de aquí —se queja—. Solo queda morralla.

—Pues que os divirtáis, yo me largo a casa.

—Joder, te has convertido en un viejo aburrido —se burla Beau—. A casita con tu hermanita y su amiga.

—Que os follen.

—Por cierto. —Apoya los codos en el depósito de su Harley y me guiña un ojo—. El otro día conocimos a Quinn.

—Enhorabuena —resoplo.

—Cuando nos hablaste de ella, se te olvidó decirnos que estaba buena. ¿Por qué será, *amigo* Zane?

—¿Estás sugiriendo algo? —gruño por lo bajo.

—Sugiero que te la quieres follar.

—Si quisiera hacerlo, ya me la habría follado, así que cierra el puto pico.

—¿Eso significa que no te interesa y que tenemos el camino libre para tirárnosla? —Señala al otro—. Easton está interesado en ella. Ayer me dijo que le parece mona.

Giro la cabeza hacia Easton y el gigante se limita a encogerse de hombros, pero no desmiente las palabras de Beau. No sé por qué me entran ganas de rajarles la boca a ambos para que dejen de decir sandeces.

—Me largo —me limito a contestar—. Cuidado en ese club, no se os vayan a caer las pollas por alguna venérea.

Doy puño a la moto y les muestro el dedo corazón antes de enfilear la carretera de vuelta a casa. Lo que les he dicho es cierto: los antros *swingers* me producen rechazo. Quizá sea problema mío, pero no soporto que nadie más ande manoseando a la tía con la que intento echar un polvo.

Las orgías no me apasionan. He participado en las suficientes para saber que tantas manos y bocas a la vez me desconcentran y me ponen de los putos nervios. Siempre terminaba apartando a alguna integrante del rebaño para follármela a solas.

El camino hasta casa es corto; en apenas cinco minutos estoy aparcando la moto dentro del cobertizo. Es una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño: las distancias son ridículas y no hay tráfico.

Cuando abro la puerta de casa, descubro que las luces están apagadas. No hay rastro de mi hermana ni de su amiga por el salón. Son las tres de la madrugada y Savannah se levanta temprano para acudir a la cafetería del bueno de Cooper, donde lleva cinco años siendo camarera.

Cruzo el pasillo hasta alcanzar la puerta de mi dormitorio, situado entre el de Savannah y el acceso al muelle de la propiedad, donde hace tiempo que no hay atracado ningún barco.

Mi dormitorio es el más amplio de la casa, pues es el que ocupaba mi madre cuando todavía vivía con nosotros.

Cuando se marchó, tras la muerte de nuestro padrastro, tiré todas sus malditas pertenencias a la basura y lo amueblé de nuevo. Pero apenas he podido disfrutarlo, ya que ingresé en prisión cinco meses después de enterrar al gusano asqueroso de Bruno con el corazón reventado.

Me despojo de la chaqueta de cuero y la tiro sobre la silla junto a la ventana. Después, me saco la camiseta por la cabeza y mi torso queda al aire.

Me dirijo al cuarto de baño para lavarme la cara antes de acostarme; sin embargo, justo antes de cruzar el umbral, escucho gemidos.

Proviene de otro de los dormitorios.

Y cada vez son más intensos y desesperados.

Me paso una mano por el vello que empieza a crecer en mis mejillas y abandono la habitación siguiendo los quejidos. Vienen del dormitorio que ocupa Quinn. Al entrar, la oscuridad es absoluta y solo se filtra el débil resplandor del pasillo por la abertura de la puerta.

Ella está en la cama. Dormida. Viste ese estúpido pijama de Savannah de ositos rosas y las mantas están tiradas en el suelo, porque no deja de agitarse.

Camino hasta el borde del colchón y la contemplo con una mezcla de hastío y curiosidad. Su delicado rostro de porcelana está contraído por la angustia y de sus labios brotan súplicas que no alcanzo a comprender.

No es la primera vez que la escucho llorar en sueños. Salí de la cárcel hace una semana y cada noche la oigo desde mi habitación. Parece pasarlo realmente mal. Sus grandes ojos verdes están cerrados con fuerza; sus labios, mullidos y rosados, permanecen entreabiertos por los gemidos. Tiene la almohada abrazada y sus nudillos se ven blancos por la fuerza del agarre.

Patalea, se retuerce. Nombra a ese tal Lucchese con el que me confundió el primer día.

Ignoro qué le sucede o quién es para ella ese gilipollas al que llama, pero nunca la despierto. Me limito a observarla en silencio y regreso a mi habitación cuando se calma.

Quinn Granger no es mi problema. Yo no soy un ángel salvador ni tengo complejo de Superman. Que cada uno se saque sus putas castañas del fuego.

Follarla con la mano me gustó, sí, pero solo lo hice para poder fotografiarla con el rostro relajado y lograr mi objetivo.

Me he tirado a demasiadas tías como para dejarme impresionar por una mosquita muerta de Indiana, con cara bonita y unos enormes ojos de cierva indefensa. Si me puse cachondo con ella es porque soy un hombre. Los hombres nos excitamos por todo. Punto.



A la mañana siguiente, salgo de casa antes del amanecer para dirigirme al almacén. Hay trabajo acumulado y al hijo de puta de Beau no le gusta mancharse las manos.

Tenemos tres coches robados esperando a ser desguazados y dos Bentley de coleccionista, conseguidos en el mercado negro, que debemos terminar de restaurar; el ruso al que vamos a vendérselos está dispuesto a pagar una fortuna por ellos. Pero los Bentley tendrán que esperar hasta que logremos recuperar las piezas que nos robaron los perros de los Nyctra.

Abro la persiana del almacén y meto la moto dentro antes de volver a cerrar con llave. La aparco junto a la de Easton.

Mientras camino hacia la plataforma donde tenemos uno de los coches para desguazar, me percaté de que no hay nadie. No está ni siquiera Easton, que siempre es el primero en ponerse a trabajar porque vive en el apartamento contiguo al que se accede desde el propio almacén.

Las últimas noticias que tuve de ellos fueron anoche cuando nos despedimos en la puerta del garito. Por lo visto, la fiesta en el Obsidian se les ha ido de las manos; no es habitual que Easton

descuide nuestro trabajo. Del cabrón de Beau no me extraña; se escaquea siempre que puede y luego intenta convencernos de que estaba muy liado. Cómo se nota que es hijo de un político.

Cruzo el almacén y paso por delante de la plataforma de trabajo hasta alcanzar la puerta que conduce al apartamento de Easton.

Entonces lo escucho.

Nada más poner un pie dentro, oigo alboroto y risas femeninas mezcladas con las de mis amigos.

—Venga, no me jodas —maldigo entre dientes y me dirijo a ellos, que se encuentran sentados en los sofás del pequeño salón, rodeados de cinco mujeres despampanantes que se rozan y coquetean intentando captar su atención—. ¿Hoy no se trabaja, cabrones?

Cuando notan mi presencia, Beau levanta las manos y me sonrío de oreja a oreja, haciéndome señas con los dedos para que me acerque.

—¡Ha llegado el tercer Santo! ¿Ya te has cansado del cinturón de castidad que parece que llevas en la polla?

—¿No se supone que tenemos trabajo? —Miro a mi alrededor. Estos llevan de fiesta desde anoche. El apartamento de Easton está hecho mierda: hay manchas de lo que parece alcohol en el suelo y botellas vacías por todas partes.

—Hoy nos tomamos el día libre —continúa Beau, abrazando a dos tías que tiene a su lado—. Estas señoritas merecen toda nuestra atención. Las conocimos ayer en el club y las invitamos a nuestra pequeña fiesta privada. No se han podido resistir. Follamos demasiado bien, ¿verdad, Easton? —El otro me guiña un ojo, pero no dice nada; está demasiado ocupado magreando a la rubia que tiene sentada en su regazo—. Venga, Zane, siéntate, coño. Los Santos haciendo el mal juntos, como en los viejos tiempos. Hazlo por Vanessa. —Señala a otra de las mujeres—. Está demasiado sola y seguro que le encanta tu compañía.

Cuando observo a la morena, ella se muerde el labio inferior con sensualidad y palmea un hueco libre en el sofá para que la acompañe. Está buena y parece tener ganas de sexo. Si la cosa se

caliente, podría apartarla del grupo y follármela en el aseo de Easton.

—A la mierda. Si no puedes con el enemigo...

—¡Ese es el maldito Zane que conozco! —me aplaude Beau.

Me acomodo junto a esa tal Vanessa, que me saluda con un beso en la mejilla y me ofrece su vaso para que me vaya entonando. Lo acepto, por supuesto.

Después de todo, parece que hoy no vamos a trabajar.

Paso el resto de la mañana bebiendo y follo con ella en el cuarto de baño cuando me canso de que me sobe la polla. Al terminar, regresamos al salón con los demás y se queda dormida de puro agotamiento sobre el sofá.

No sabría decir si me ha gustado. Pero me ha servido para desfogarme y liberar tensiones. Lo que sí sé es que no repetiría. Es débil, quejica y a mí me gusta demasiado el sexo duro. Es difícil encontrar a una tía compatible conmigo en ese aspecto, y mucho más en Elberta; apenas hay donde elegir. La mitad de las mujeres a las que me he tirado me aburren y la otra mitad no me pone cachondo.

Me llevo una mano a los ojos y me los froto mientras continúo recostado en uno de los sofás. Estoy mareado. He pasado cuatro malditos años sin probar el alcohol y lo de hoy ha sido empezar por todo lo alto. Estos cabrones siguen pegándose unas fiestas de la hostia y yo estoy demasiado desfasado tras mi paso por la cárcel.

Beau aparece delante de mis narices con una caja de pizza, pero agito la mano para que se la lleve. Tengo el estómago cerrado por el alcohol.

—Vaya una borrachera llevas, nene —se carcajea al mirarme la cara.

—Menos reírte, gilipollas, y más pensar qué vamos a hacer para recuperar las piezas que nos han robado los Nyctra —gruño entre dientes.

—Lo pensaremos cuando nuestras amigas se hayan ido.

—Podríamos echarlas ya —comenta Easton, apartando sin cuidado a la tía con la que estaba follando hace un rato, que también se ha quedado dormida—. Ya no nos sirven de nada.

—Habló la sensibilidad personificada —se burla Beau—. ¿No has pensado que quizá Zane quiere echar otro polvo antes de que Vannesa se vaya?

—No quiero, despiértalas y que se larguen de aquí. Estamos atrasando cosas demasiado importantes.

—Dos contra uno —me apoya Easton, y le muestra el dedo corazón.

—Vale, vale, ayudadme a despertarlas y las acompaño a...

—¿A qué demonios huele aquí? —Una vocecilla que reconozco de inmediato interrumpe a Beau a mitad de la frase.

Cuando levantamos la mirada, vemos a Savannah en la puerta del apartamento, observando el desastre que hay a nuestro alrededor con cara de asco. Mi hermana da un paso adelante, con ojos acusadores y los brazos en jarras, como si fuera nuestra puñetera madre y no tuviese un año menos que todos nosotros.

—¿A esto os dedicáis cuando venís a *trabajar*? Joder, ¿y quiénes son esas?

—No, la pregunta es: ¿qué mierda haces tú aquí? —rujo y la fulmino con rabia. Sabe perfectamente que no me gusta que venga al almacén. No quiero que nadie la relacione con los coches y las piezas robadas.

—Hemos venido a hablar con Beau.

¿Hemos? Entonces me doy cuenta de que no está sola. Tras ella, y en un incómodo silencio, se encuentra Quinn, quien evita mirarme en todo momento y actúa como si ante ella solo estuvieran Beau y Easton.

Jodida conejita. Mi sonrisa se tuerce.

Va vestida con unos tejanos que le regalé a Savannah hace varias Navidades y una sudadera muy ancha en tono rosáceo, también de mi hermana, que disimula a la perfección sus suaves curvas y sus tetas generosas. Lleva el pelo suelto. Es de un castaño claro que se asemeja al color de las hojas secas que caen al lago. Enmarca a la perfección su delicado rostro de muñeca.

Me molesta lo bonita que es. Es demasiado perfecta, demasiado delicada para su propio bien, porque a veces me apetece destrozarla hasta dejarla hecha trizas.

—¿Cómo habéis entrado? —se inmiscuye Easton, mirándolas a ambas con el ceño fruncido. Sin embargo, sus ojos se demoran sobre Quinn. Beau tiene razón, nuestro gigante está interesado en ella.

—Estuve aporreando la persiana cinco minutos —aclara mi hermana con inocencia— y, como nadie me abrió, probé a subirla por mí misma.

—Nunca dejamos la persiana abierta.

—Ha sido culpa mía —reconoce Beau—. No cerré con llave cuando vino el repartidor de las pizzas.

—De puta madre —gruñe Easton con los ojos en blanco.

—Pues yo me alegro, porque vamos a hablar —se adelanta Savannah y agarra de la mano a Beau, llevándoselo a un rincón del apartamento.

Ni siquiera me molesto en intervenir. Sé lo que va a pedirle. Insistirá en que ayude a Quinn con su identificación falsa, pero se va a llevar como respuesta una rotunda negativa. Nadie va a relacionar a mi hermana con documentos ilegales porque no me sale de las pelotas. Con un expresidiario en la familia tenemos más que suficiente.

Al mirar de nuevo a Quinn, la encuentro cerca de una de las estanterías de Easton. En la que tiene el terrario iluminado con bombillas UVB especiales para el animal que vive dentro. Me incorporo del sofá y me acerco a ella, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza algo embotada por el alcohol.

—A nuestra serpiente le gusta comerse a las conejitas como tú —le susurro en el oído, logrando que dé un suave respingo.

Contiene el aliento al descubrir que estoy detrás de ella, y mi sonrisa se ensancha. Me encanta cuando se pone tensa por mi culpa.

—Parece peligrosa —dice a media voz, sin querer mirarme. Sus ojos se pasean por el cuerpo oscuro del reptil con una mezcla de curiosidad y asco.

—Lo es. —Paso un brazo cerca de su cintura, rozándola, y señalo sobre el cristal a la serpiente—. Es rápida y huele el miedo de las presas a las que tiene intención de devorar.

—¿Por qué tiene Easton ese bicho aquí si es tan peligroso?

—Porque Savannah no me deja tenerla en casa.

—¿Es tuya? —Levanta las cejas y gira la cabeza para mirarme, horrorizada—. Joder, no sé por qué no me extraña.

—¿Quieres acariciar a mi serpiente? —me burlo.

—Ni de coña.

—Haces bien, a ella le gustas tan poco como a mí —vuelvo a susurrarle al oído—. Y después de esto, aún me gustas menos.

—¿Después de qué? ¿Qué se supone que he hecho ahora?

—Dejar que Savannah vuelva a inmiscuirse en tu mierda, animarla a que convenza a Beau para que falsifique tus documentos de identificación.

—¿Crees que he sido yo? Entonces, déjame decirte que no conoces a tu propia hermana.

—A quien no conozco es a ti, Quinn Granger. —Agarro su cuello desde atrás y le acaricio la yugular.

—¡No me toques! —Me empuja con rabia, pero no consigue moverme de su lado—. ¡No voy a permitir que vuelvas a aprovecharte de mí!

—Hasta donde yo sé, la que se corrió en mi mano fuiste tú. ¿Me explicas qué saqué yo a cambio?

—Me hiciste fotos. ¿Para qué las quieres?

—No me voy a masturbar con ellas, no te emociones.

—Eres asqueroso.

Clavo los dedos en su cintura y pego su espalda a mi torso.

—Vuelve a decir eso y juro que nos encierro en el cuarto de baño de Easton para recordarte que lo que despierto en ti no es precisamente asco.

—¡Ale, pues a la mierda! ¡Vámonos de aquí, Quinn! —La voz iracunda de mi hermana logra que suelte a su amiga cuando pasa por nuestro lado como una marabunta.

En el rostro de Savannah se refleja el hastío y la desesperación, señal de que Beau ha cumplido a la perfección con su labor de

negarse a ayudarlas. Agarra la mano de Quinn y tira de ella, llevándosela del apartamento, hecha una furia.

—¡Espero que estés contento, gilipollas! ¡Sin tu ayuda, Quinn no podrá trabajar! —le sigue gritando a Beau, con fuego en los ojos—. ¡Ya me buscarás, ya! ¡La próxima vez que quieras follar con alguna de mis amigas, te las apañas solo, imbécil!

El portazo retumba a nuestro alrededor y cuando se marchan, Easton y yo nos quedamos mirando a Beau, que se pasa una mano por el pelo, culpable de haber enfadado a Savannah.

—Más te vale saber lo que haces, Zane. Tu hermana nunca me había hablado así y me siento el mayor hijo de puta del siglo.

—Se le pasará —le quito importancia, y tomo de nuevo asiento en el sofá, pero una sonrisa cabrona curva mis labios—. Oye, ¿qué es eso de que te ha ayudado a follar con una de sus amigas?

—¿Ya no sabes hacerlo solo, *gobernador*? —se burla Easton conmigo.

—¿Tendremos que sacarte la polla la próxima vez que conozcas a alguien? —añado, haciendo reír aún más a Easton.

—Que os den a los dos, gilipollas. Solo le pedí que me presentase a Riley Hoshino. Sé follar muy bien solito, gracias por vuestro interés. —Easton y yo seguimos riéndonos a mandíbula batiente y el otro pone los ojos en blanco—. Venga, dejémonos de idioteces y vamos a trabajar.

5

Quinn

Ya no sé qué excusa ponerle al jefe de Savannah si vuelve a llamar a casa preguntando cuándo voy a firmar el contrato para trabajar en la cafetería. Si sigo dándole largas, va a buscarse a otra. ¿Quién confiaría en alguien que nunca cumple con su palabra? Yo no lo haría.

Lo peor de todo es que, si Beau no se apiada de mí, jamás me atreveré a buscar un trabajo con mi verdadero nombre. Es demasiado peligroso. Mientras mi nombre no figure en ningún registro, será como si no existiese y los hombres de Frank seguirán sin dar con mi paradero. Intento mantenerme positiva y pensar que lo lograré; que, de un modo u otro, conseguiré salir adelante. Pero algunas veces me vengo abajo. Me siento un mueble, un estorbo y un gasto innecesario para Savannah. Entonces, odio con todo mi corazón al cabrón de su hermano. Lo odio mucho más que de costumbre, pues por su culpa Beau no va a mover ni un dedo para ayudarme. No hace falta que nadie me diga que ha sido Zane Rivers quien le ha prohibido a su amigo falsificar mi identidad; lo veo reflejado en sus ojos helados, en su sonrisa perversa y burlona cada vez que me lo tropiezo por casa.

No le gusto y no se esfuerza en disimularlo. Me siento imbécil. No sé en qué estaba pensando la otra noche. Cómo dejé que me masturbase en el aseo de casa cuando tendría que haberle dado una patada en los huevos y haberlo apartado de mí. En cambio, lo disfruté. Lo disfruté como nunca. Dejé que me follara con la mano y me diera un orgasmo bestial. Encima, por si eso no fuera poco, le permití hacerme fotos para... A saber para qué. Ni siquiera me

apetece pensarlo o me enfadaré más. ¿Quién sabe si ese degenerado ha subido mi cara a alguna aplicación sexual y miles de tíos salidos están haciéndose pajas con mi rostro en este momento?

—Savannah, tu prima vuelve a estar poseída —comenta una vocecilla que reconozco al instante.

Cuando vuelvo a la realidad, descubro a Riley Hoshino mirándome con curiosidad, con esa sonrisa cabrona a la que ya me he acostumbrado. A mi lado, sentada en el banco de madera, su hermana come algodón de azúcar sin prestar atención a sus tonterías. Sabe perfectamente que no estoy poseída. Para Briar, simplemente soy rara, sin más. Savannah pone los ojos en blanco e ignora a Riley. Está mucho más pendiente de toda la gente que pasea a nuestro alrededor.

Este fin de semana se celebra una tradicional feria local que organiza la comunidad de vecinos, para festejar la llegada del otoño. Hay pequeños puestos de comida y artesanía colocados paralelos al lago, iluminados con una romántica hilera de farolillos de colores. Junto al claro de la parroquia, una pequeña feria de atracciones clásicas, desde la que destaca la noria y un robusto cercado de madera donde mañana por la tarde se celebrará un rodeo. Pero lo mejor de todo es el delicioso olor a manzana asada y a pudín de calabaza.

—Este año no hay nadie interesante por aquí —se queja Savannah, haciendo un mohín con los labios—. Casi no ha venido gente de fuera.

—Pues yo veo a una persona superinteresante —salta Riley, señalando con disimulo a unos veinte metros, donde se encuentran Beau, Zane y Easton paseando por los puestos, sin ser conscientes de que todas las chicas los están mirando con ojos golosos.

—¿Mi hermano y sus amigos? —bufa Savannah—. Ellos son los menos interesantes de toda la feria.

—Eso es porque no te los quieres follar —añade Briar como si nada.

—¡Qué asco, coño!

—¿Habéis pensado en eso de acompañarme al club sexual? —Al ver que Savannah no se digna a contestar, Riley me mira con su

mejor sonrisa—. ¿Quinn? ¿Mi Quinnie? ¿Qué me dices?

—¿Quieres que te acompañe, aunque esté poseída? —bromeo.

—No, en serio, qué mal rollo —salta Briar, persignándose.

—Ganarías muchos puntos conmigo y te convertirías en mi mejor amiga —insiste la otra.

—A Quinn no le interesa ganar puntos de nada, no seas infantil —resopla Savannah.

—No sé si me veo yendo a un club de esos —admito, encogiéndome de hombros.

—Tú no tendrías que hacer nada. Solo me acompañas y te quedas en una esquina esperando a que yo ponga celoso a Beau.

—Suenan superdivertido —ironizo, poniendo los ojos en blanco.

—Dale una vuelta y mañana me contestas.

—¡Me voy a morir de aburrimiento esta maldita tarde! —exclama Savannah sin dejar de observar a la gente que pasa por delante—. Definitivamente, no ha venido nadie nuevo.

—Quizá, para el rodeo, vengan tíos de los pueblos de alrededor —comenta Briar cuando termina de comerse el algodón de azúcar.

—Espero que este año los juegos merezcan la pena, al menos.

—¿Juegos? —pregunto, interesada.

—Sí, participamos siempre —asiente Briar.

—Es lo mejor de la feria. Y dan pasta si quedas en primer lugar —continúa Riley—. El año pasado gané cien dólares en las carreras de sacos.

—Y se los gastó esa misma noche, emborrachándose en el baile —se burla su hermana.

—Carrera de sacos. ¿No son juegos de niños? —Sonrío.

—Eso es lo divertido —asiente Savannah—. Da igual la edad, juega todo el pueblo.

—Me encantaría ver a la señora Miller saltando dentro de un saco.

—Es tan cotilla que lo hace solo por sonsacarle a alguien algún cotilleo.

—No puedo con esa mujer —me carcajeo—, a veces pienso que...

—¡Eh, eh! —Riley llama nuestra atención y pone su mejor sonrisa—. ¡Por ahí vienen, disimulad!

—¿Quién viene? —pregunta Briar con el ceño fruncido.

—¡Los tíos buenos de los Santos! Sonreíd, chicas.

—Joder, no puedes ser más ridícula —comenta Savannah bufando.

Cuando levanto la cabeza, Zane, Beau y Easton pasan por delante. Charlan entre sí y apenas reparan en nosotras, aunque saben perfectamente que estamos aquí.

El único que nos saluda es Beau, pero solo recibe contestación de Riley, porque Briar está demasiado embobada mirándolos y Savannah está enfadada con él.

—Hola, Beau, ¿qué tal estás? —dice la pelirroja con voz dulce y carita coqueta. Sin embargo, él se limita a asentir con la cabeza y a pasar de largo. Pobre Riley. En el fondo, me da pena. Se nota que está superpillada de Beau Whitmer—. ¡A ver si quedamos algún día!

—Estoy ocupado.

—Gilipollas —susurra Savannah entre dientes. No me gustaría estar en el pellejo de Beau en este momento.

Levanto un poco más la mirada para ver cómo se alejan y, sin pretenderlo, mis ojos se posan en Zane, quien camina junto a Easton con actitud relajada y las manos en los bolsillos de su sudadera negra. De repente, vuelve la cabeza y su mirada coincide con la mía. No dice nada, se limita a contemplarme con esa intensidad sombría a la que ya estoy acostumbrada. Sus afiladas pupilas grises tienen una profundidad tan oscura como su podrida alma.

Estoy conteniendo el aliento.

No sé qué tiene Zane Rivers, pero cuando aparece todo mi cuerpo se descontrola. La parte buena es que el revoltijo de mi estómago no dura demasiado. Zane aparta la mirada con indiferencia y sigue su camino como si nada, pasando de largo en dirección al claro junto al bosque, donde van a comenzar los juegos.

—¡Dios, Quinn, me acabo de quedar helada! —exclama Briar, zarandeándome el brazo.

Cuando miro a las otras dos, las veo sonreír con pillería.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Es que no has visto cómo te miraba?

Mierda, ¿tanto se ha notado?

—No, no. Es que...

—¡Easton Walker te estaba comiendo con los ojos!

—Es verdad, no ha dejado de mirarte en todo momento —asiente Savannah, guiñándome un ojo.

—¿Easton? —Frunzo el ceño. ¿Easton me estaba mirando? Estaba tan pendiente de Zane que ni siquiera he reparado en él.

—Yo creo que le gustas, Quinnie —comenta Riley, rodeándome los hombros con un brazo—. Desde que Evangeline se fue de Elberta, nunca lo habíamos visto mirar a otra mujer.

—¿Quién es Evangeline?

—Oh, su novia de toda la vida —me aclara Briar—. Evangeline Harrington, la hija mayor del pastor Harrington. Dicen que se largó huyendo de los celos de Easton y que él la persiguió cuatro años por todo el país.

—¡Eso es mentira! —se inmiscuye Savannah, poniendo los ojos en blanco—. Eve se fue a la universidad y su relación acabó enfriándose por la distancia.

—Qué tonta. ¿Quién dejaría a un tío como Easton? —pregunta la pelirroja.

—Tuvo sus motivos.

—¡Pues cuéntenoslos!

—Cómprate una vida, Riley —resopla Savannah.

—Oye, Sav, por cierto —se inmiscuye Briar, cortando la conversación—. ¿Y qué tal Zane?

—¿A qué te refieres?

—Regresó a casa hace unas semanas, ¿todo bien? ¿Ha logrado adaptarse de nuevo a su vida sin complicaciones?

Miro a Savannah con interés, esperando a que responda. Esta pregunta sí que despierta mi curiosidad, aunque me esfuerce por parecer indiferente.

—Bueno, ya conocéis a mi hermano —responde, encogiéndose de hombros—. Siempre ha sido muy protector y receloso conmigo, pero su paso por la cárcel ha acentuado su lado controlador. Supongo que es normal por lo que ha tenido que vivir ahí dentro. Espero que se vaya suavizando poco a poco.

—Pues a mí me parece que está más bueno que nunca. Los tíos con mirada de perdonavidas siempre me han puesto a cien.

Savannah abre la boca para contestar; sin embargo, el chirrido de un micrófono nos hace encogernos y taparnos las orejas. Entonces, la voz de un hombre logra que Briar dé un salto y se levante como un resorte.

—¡Los juegos! ¡Van a empezar!

—¡Vamos a ganar pasta, quiero volver a emborracharme esta noche en el baile! —exclama su hermana, guiñándonos un ojo.

Tengo curiosidad por verlo. En Fort Wayne, durante las festividades, los únicos juegos que hay son para niños. Los adultos se limitan a hacer barbacoas y a emborracharse con los vecinos. Pero cuando nos reunimos en el claro, no veo a ningún niño. Todos son adultos que se chinchan los unos a los otros fanfarroneando de que serán los ganadores.

—¿Tú vas a participar? —le pregunto a Savannah en voz baja, pues Riley y Briar ya se han inscrito y están poniéndose los dorsales con los números diez y once.

—Claro que voy a participar, ¿tú no?

—No lo sé. —Sonrío.

—Si eres hábil, puedes ganar mucha pasta. El premio de cada juego son cien dólares.

Qué bien me vendría el dinero. Podría dárselo a Savannah mientras no encuentre solución al problema con la identificación falsa. Odio ser una carga. Empecé a trabajar incluso antes de terminar el instituto para ayudar a mi padre con las facturas de casa. No sé estar de brazos cruzados.

—Me apunto —digo de inmediato, decidida a llevarme todos los premios posibles.

—Vamos a por los dorsales.



En los tres primeros juegos, ni Savannah ni yo quedamos en buena posición. Llevo demasiado tiempo sin saltar a la comba ni dentro de sacos. Pero solo por la risa, merece la pena. El cuarto juego, el lanzamiento de tartas, lo gana Briar. Tiene una puntería

que ya les gustaría a algunos tiradores olímpicos. Donde pone el ojo, pone la tarta.

El quinto y el sexto se los llevan dos vecinos a los que no conozco, ya que son pruebas de fuerza. En el balón prisionero, la victoria es mía. Y, cuando me dan los cien dólares, lo celebro como si hubiese ganado la lotería.

—Hoy no es mi día —se lamenta Savannah tras el noveno—. Qué mala suerte, he estado a punto de ganar este.

—Todavía queda un juego —respondo, dándole ánimos.

—El décimo es imposible, nunca lo gana nadie.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque juegan ellos —se inmiscuye Briar, señalando detrás de mí. Al girar la cabeza, veo a los Santos acercándose con sendas caretas en las manos, mientras el organizador les habla y les entrega sus dorsales—. Y ahora que Zane ha vuelto todavía es peor.

—¿Qué juego es? —me intereso, sin dejar de mirar con el ceño fruncido al hermano de mi amiga.

—Zorros y mapaches.

—No lo conozco.

—Básicamente, ellos son los zorros y el resto los mapaches. Nos escondemos en el bosque y gana el premio la persona que consiga que los zorros no la atrapen durante la hora y media que dura la cacería.

—No parece tan difícil. Solo son tres.

—Pues esos tres pillan a todo el mundo cada vez que participan. Llevaban sin hacerlo desde que Zane entró en prisión, pero ahora que ha vuelto, el premio se lo repartirán entre ellos.

Me humedezco los labios, pensativa, antes de volver a preguntar:

—¿Entonces no vais a participar?

—Pues claro —dice Riley con una gran sonrisa—. El premio asciende a quinientos dólares y es mi oportunidad de hablar con Beau a solas.

¡Quinientos malditos dólares! ¿Estamos de coña?

—¡Venga, vamos! —nos anima Briar y tira de mi mano—. ¡Están repartiendo las máscaras de mapaches!

Soy rápida. Creo que puedo hacerlo. De niña, era la mejor jugando al pillapilla, así que esto no tiene que ser tan difícil. Evitar a los Santos durante una hora y media en un bosque enorme es pan comido.

Cuando nos dan las máscaras, nos las colocamos y formamos una fila mientras el organizador nos recita las reglas. Nada de subirse a los árboles, nada de violencia y nada de salir del bosque.

Frente a nosotros, Zane, Easton y Beau empiezan a colocarse sus máscaras de zorros, que son terroríficas, por cierto. Mis ojos no se despegan de la figura de Zane. Está de pie al lado de Beau, con una postura despreocupada y la fría mirada oculta bajo su máscara. Pero no sé por qué, noto sus ojos fijos sobre mí. Podría jurar que me mira con ese semblante vacío que me dedica siempre que nos encontramos. Se me acelera la respiración.

—Los mapaches tendrán tres minutos de ventaja —continúa el organizador, poniendo su cronómetro a cero—. Cuando un zorro os cace, nos informará y quedaréis descalificados; entonces regresaréis de inmediato al claro. Solo permanecerán en el bosque los mapaches que sigan libres. ¿Entendido?

Asentimos en silencio, pues todo el mundo está concentrado en trazar un plan que lo lleve a la victoria.

—Tres, dos, uno... ¡Mapaches, al bosque!

El organizador da el pistoletazo de salida y decenas de personas salen corriendo delante de mí, empujándome y haciéndome perder el equilibrio.

—Mierda —susurro, apoyando las manos en el suelo.

Echo a correr hacia la arboleda todo lo rápido que me permiten las piernas, pues solo tenemos tres minutos para alejarnos del claro y poner distancia con los zorros. En la carrera, me topo con algunos participantes que se cruzan en mi camino y buscan un escondite seguro. Yo no pienso. Solo corro. Me alejo una zancada tras otra mientras todo lo que llega a mis oídos es el ruido furioso de mi respiración. La máscara no me deja ver bien, tropiezo en varias ocasiones con las piedras.

La luz del sol se filtra débil entre las hojas, logrando que el bosque se vaya ensombreciendo conforme me adentro en él.

Entonces lo escucho: un disparo y un grito. Freno en seco cuando la voz del organizador suena por el megáfono:

—Mapache número veintitrés, eliminado. —Otros dos disparos me hacen estremecer—. Mapaches treinta y once, eliminados.

Joder. El once es Briar. Retomo la carrera directa hacia la zona más oscura. Aquí será mucho más difícil que me encuentren. Miro a mi alrededor pensando qué hacer. Los gritos siguen escuchándose tras de mí y de vez en cuando veo algún mapache corriendo sin saber a dónde ir.

Nadie tiene claro qué hacer para estar a salvo. Ahora entiendo por qué es tan difícil este juego. Pasar una hora y media corriendo es imposible. Necesito buscar un lugar seguro y guardar fuerzas para cuando las necesite de verdad.

Me fijo en todo lo que tengo a mi alrededor, debe haber algo que pueda servirme de escondite.

Entonces, de improviso, lo encuentro. Es un hueco que han formado los troncos de dos árboles. Es pequeño y seguramente claustrofóbico, pero es mi única oportunidad.

Me pongo de rodillas y gateo dentro, rezando para que no haya ningún animal viviendo allí que pueda mordirme. Por suerte, está vacío, y es más alto de lo que imaginaba; puedo sentarme recta y medianamente cómoda.

Miro mi reloj de muñeca.

Debo quedarme aquí al menos una hora antes de regresar al claro. De vez en cuando escucho pisadas por delante de los árboles donde me encuentro. Carreras desesperadas, gritos, la risa de Beau cuando pilla a alguien y dispara al aire para avisar de que otro mapache ha sido cazado. Ya van veintitrés de los cincuenta participantes. Y tan solo han pasado veinte minutos desde que empezó el juego. Los Santos son muy buenos en esto, maldita sea. Las chicas tenían razón.

Sorprendentemente, el tiempo pasa y ninguno encuentra mi escondite. He perdido la cuenta de los eliminados, pero tienen que quedar muy pocos participantes. Los gritos y los disparos cada vez se espacian más, pero siguen sonando.

Cuando faltan diez minutos para que se cumpla el tiempo, me obligo a salir. Debo regresar al claro y el camino es largo, pues estoy en lo más profundo del bosque.

Gateo hasta salir del agujero y me pongo en pie con cuidado, mirando a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie.

Apoyo la espalda en un árbol y cierro los ojos, mentalizándome de que esta es la parte más difícil, pero puedo conseguirlo. Un empujón más y los quinientos dólares serán míos.

Camino entre la arboleda con cuidado de no pisar hojas secas. Ahora el silencio es casi absoluto, a excepción de los ruidos habituales del bosque.

Cada paso, cada nuevo árbol alcanzado, cada metro recorrido, es una victoria. Voy a conseguirlo. Lo sé. Confío en mí y en mi potencial.

Pero entonces...

El ruido de una rama al ser pisada resuena a unos metros. Me escondo detrás de unos frondosos arbustos antes de que alguien me descubra y espero a que el indeseado visitante se vaya cuando no encuentre a nadie.

—Te he visto, sal de ahí —dice una oscura voz masculina a cierta distancia. La reconocería hasta debajo del maldito océano. Es Zane.

Sigo guardando silencio para ver si se dirige a mí o, por el contrario, hay otro mapache cerca. Quizá, si me quedo muy quieta, crea que ha sido su imaginación.

—Sé que eres tú, conejita, no hagas que me meta en el matorral a buscarte.

Doy una furiosa palmada en el suelo.

—¿Cómo me has reconocido?

—Porque soy la hostia de inteligente. —Ríe—. Y porque a mi hermana no le hacen tan buen culo esos pantalones.

Me levanto del suelo y aprieto los labios, desencantada por haber sido eliminada. Todavía no me ha pillado, pero lo hará en cuanto intente echar a correr.

Zane apoya la espalda en el tronco del árbol que tengo enfrente con los brazos cruzados sobre el pecho. No puedo verle el rostro, lleva la máscara de zorro puesta, pero escucho que una suave risa

escapa de sus labios al verme tan enfadada. Me arranco la careta de mapache.

—¿Desde cuándo sabías que estaba ahí escondida?

—No lo sabía, ha sido casualidad.

—Ya —resoplo sin creérmelo—. ¿Cuándo me has encontrado?

—Hace media hora —admite al fin con una suave sonrisa de depredador en el rostro.

—¿Y por qué no me has atrapado antes?

—Los buenos cazadores dejan que sus presas se confíen antes de abalanzarse sobre ellas.

—Pues tu estrategia ha funcionado. Disfruta del premio con tus amigos. —Paso por su lado, con los labios apretados, sin apenas mirarlo—. Una vez más te has salido con la tuya. Has ganado.

—¿Adónde vas? —Me sujeta del brazo y me obliga a frenar—. El juego ha terminado, pero todavía no he acabado contigo.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres mi presa y yo decidiré cuándo te marchas.

—Esto no forma parte de las reglas, Zane.

—¿Qué reglas? Aquí las reglas las pongo yo. —Tira de mi brazo hasta pegar su torso de tal forma al mío que nuestros rostros quedan muy cerca, demasiado—. El zorro merece que su mapache lo compense por las molestias, ¿no crees?

Abro tanto los ojos que tengo la impresión de que se me saldrán de las cuencas. Zane todavía no se ha quitado la máscara, así que no puedo ver su rostro, pero sé muy bien la expresión helada y sin emociones que tendrá en este momento.

—¿Qué estás sugiriendo?

Una de sus manos se apoya muy cerca de mi trasero. Sus dedos me acarician sobre la tela de los tejanos; sin embargo, los noto como si estuvieran sobre mi piel.

—Sugiero que merezco otro premio, Quinn.

—¿Qué... qué clase de premio?

—A ti.

—No estarás hablando en serio. ¿Me quieres de premio? ¿Para qué?

—Para que me devuelvas lo de la otra noche.

Cuando mi cabeza procesa el significado de su propuesta, abro la boca, indignada, y lo empujo con violencia.

—¡Eres un puto pervertido!

—A cambio, te daré algo que te gustará.

—¿Tengo cara de prostituta?

—Es un regalo.

—¡No quiero ningún regalo tuyo! Si crees que voy a hacerte una paja, la llevas clara. Ni siquiera nos gustamos, Zane.

—Podría demostrar en menos de dos minutos que lo que dices no es verdad.

—Esto no tiene ninguna lógica, joder.

—¿Es que no te acuerdas de la forma en que tu coño se tragó mis dedos la otra noche?

—Me acuerdo de tus amenazas y de que me retuviste en el cuarto de baño en contra de mi voluntad.

—¿En ese mismo baño donde hice que te corrieras a lo bestia mientras te follaba con la mano? —Sonríe con frialdad—. Conejita, si vas a exponer un recuerdo, no te saltes las partes más importantes.

—¿Entonces vas a obligarme? ¿Vas a forzarme para que te la chupe en medio del bosque?

—Haremos algo mejor, algo mucho más excitante.

Se quita la máscara al fin y sus fuertes facciones aparecen ante mis ojos. Lo miro como si tuviera ante mí el rompecabezas más difícil del mundo. No es justo que sea tan guapo. Un corazón podrido como el suyo no debería ser compatible con esta cara.

—¿A qué te refieres?

—A un último juego. —Me pone el dedo índice sobre los labios. Los acaricia, los perfila con uno de sus nudillos y traza una línea desde mi boca hasta mi mejilla—. Tienes que evitar que vuelva a atraparte.

—¿Estás de coña, Zane?

—Jugaremos a todo o nada. Si logras escapar de mí, te dejaré en paz y los quinientos dólares serán tuyos. No le diré al juez que te he atrapado. Podrás proclamarte ganadora de Zorros y mapaches.

—¿Qué pasará si no lo consigo?

—Entonces, serás mía y haré contigo lo que me apetezca. No intentarás escaparte, me obedecerás.

—¿Y si no quiero jugar? ¿Y si lo que quiero es que me sueltes y te olvides de mí?

—Tú eliges, conejita. —Sonríe con frialdad, pero con el rostro tan cerca que su aliento choca con mi boca—. ¿De verdad renunciarías a ganar el premio por cobardía?

—¡No soy una cobarde!

—Pues decide. Tienes un minuto.

Es una locura. Es una maldita estupidez que no debería ni considerar. Empiezo a conocer al hermano de Savannah. Sé que hará todo lo que esté en su mano por salirse con la suya, incluso si para eso tiene que saltarse las reglas.

Así que no puedo creer que, después de todo, esté sopesando la opción de jugar con Zane Rivers, cuando lo que tendría que hacer es darle una patada en las pelotas y huir hacia el claro. Pero, joder, es que son quinientos dólares. Podría ayudar con los gastos de casa mientras no conseguimos mi identificación falsa. Es mucho dinero, pero el riesgo también es grande. Demasiado.

Zane es rápido y escurridizo, es probable que me atrape en cuanto empiece a correr, no tendré posibilidades. Sin embargo, yo también soy rápida. Y si corro con todas mis ganas en dirección al claro, puedo conseguirlo.

Dios, es que es mucho dinero.

No puedo permitirme el lujo de dejarlo pasar así como así.

Con la duda dibujada en el rostro, miro a Zane una vez más. Él aguarda en silencio con los labios curvados en una sonrisa ladeada, divertido por mi indecisión.

—Si jugamos, yo también tengo algunas condiciones —hablo al fin con gesto serio.

—¿Qué condiciones?

—Nada de trampas, de golpes ni de zancadillas para desestabilizarme. Juego limpio.

—Concedido.

—Me darás cinco segundos de ventaja y nadie sabrá que esto ha sucedido nunca.

—Soy un puto caballero, conejita. No me gusta compartir con nadie lo que hago en la intimidad.

—Promételo.

—Tienes mi palabra. Esto es entre tú y yo.

—Bien. Entonces, acepto tu juego.

Zane me agarra las mejillas con una mano y me levanta la cara para mirarme a los ojos. En los suyos se refleja la satisfacción y el brillo propio de un cazador sabiendo que la presa está dispuesta a volver a ser cazada.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Ya no hay vuelta atrás, Quinn.

—Lo sé.

—Entonces, corre —susurra contra mi boca con la amenaza implícita—. Corre todo lo rápido que puedas y no mires atrás hasta que llegues al claro, porque cuando te cace no seré tierno ni caballeroso contigo.

Doy un paso hacia atrás, sin que nuestros ojos dejen de estar fijos en los del otro. Luego, otro paso, y otro, con la respiración acelerada y una potente electricidad recorriéndome entera.

Echo a correr.

Lo hago todo lo rápido que me permiten las piernas, alejándome de él, perdiéndome entre los árboles ahora que Zane está obligado a respetar los cinco segundos que debe darme de margen.

La adrenalina corre por mis venas a tal velocidad que siento unas ansiosas ganas de vomitar por el nerviosismo.

Trastabillo, pero me repongo al instante, obligándome a no mirar atrás, porque sé que él ya viene a por mí. Lo siento. Escucho el sonido de sus pasos a mi espalda.

Abro la boca en busca de aire y me pierdo en terreno desconocido, intentando encontrar la claridad de los rayos del sol a través de las ramas. La sangre me corre por las venas a una velocidad sobrecogedora. Tengo el pulso desbocado y si me echara la mano al pecho escucharía los latidos de mi corazón a punto de estallar.

Me arañó los brazos con los matorrales que encuentro en el camino y salto cuando una piedra de un tamaño considerable aparece ante mí. Sin embargo, a pesar de mi desesperada huida, sus pasos se aceleran a mi espalda, logrando que un grito de terror escape de mi garganta.

Al levantar la mirada, me doy cuenta de que me estoy adentrando en una parte del bosque por la que no he pasado antes. Los árboles son más altos y frondosos y la oscuridad comienza a devorarme. Cuando voy a saltar otra piedra, una mano me agarra por la coleta, tirando violentamente hacia atrás, haciéndome daño.

No quiero rendirme. Lo empujo e intento quitármelo de encima, pero solo escucho la grave risa de Zane en mi oído.

Ya sé que he sido yo quien ha puesto la regla de no agredirnos, pero me veo golpeándole y clavándole las uñas para que me suelte.

Cuanto más me resisto, más fuerte tira de mi pelo. Me lo va a arrancar, joder. Me tiemblan las piernas, esto es mucho más intenso de lo que imaginaba. Además de faltarme el aire, siento un dulce dolor en la vagina. Me duele, me tiembla, me palpita sin necesidad de estimulación. No, mierda. No puede ser que me esté poniendo cachonda con esto.

Zane me atrapa contra un árbol y noto la calidez de sus manos en mi piel. Su respiración alterada y su polla erguida contra mi estómago. Cada vez que intento soltarme, más fuerte me agarra de la coleta para que sepa quién manda.

—Te pillé, conejita —susurra contra mis labios con la adrenalina bullendo por su cuerpo—. ¿De verdad creías que iba a dejar que te escapases?

Peleo nuevamente contra él, dispuesta a no rendirme todavía, y gimo cuando aprieta el puño alrededor de mi pelo.

—Me haces daño.

—Te he cazado, ahora las reglas las pongo yo. —Siento su voz hasta en la vagina. Su vibración, su agresividad—. Quiero tus labios, Quinn. Los quiero alrededor de mi polla. Que te la tragues entera y la mames como una buena chica.

Jadeo al notar que Zane me clava todavía más el pene en mi estómago. Parece hecho de granito y es enorme.

No sé qué me está pasando, pero tengo que cerrar las piernas para aliviar el calor que empieza a formarse en mi sexo. Esto no puede estar ocurriéndome a mí: estoy poniéndome cachonda con las guarradas de este psicópata. Ha ganado el juego y me obligará a hacerle una mamada, maldita sea.

No soy masoquista. No soy el tipo de chica que se excita con el peligro. Me niego a serlo.

Intento soltarme de su agarre una vez más, pero entonces él sonríe y me muerde la mandíbula, logrando que un gemido lastimero escape de mis labios.

Se me eriza la piel de los brazos, de la espalda. El corazón me bombea tan rápido que me siento incluso mareada.

Noto sus dientes recorrer mi cuello. Lo tiene inmovilizado con una mano; no aprieta ni me priva del aire, pero lo sujeta firmemente para que sepa quién tiene el control. Su otra mano se cuela bajo mi jersey. Arde contra la piel de mi estómago. La siento dura y callosa, y acaricia mis costillas mientras su boca me come la yugular.

—Zane... —He intentado que sonase como una queja, pero es un gemido en toda regla. Ya ni siquiera puedo hablar con normalidad. Me siento débil; me arde la piel que él está tocando. Su mano se acerca cada vez más a mis pechos y yo solo puedo agarrarme a sus brazos para intentar no perder el equilibrio y caer de bruces contra el suelo.

Soy patética. Soy tan patética que, cuando me levanta el jersey y los deja al aire, mi única reacción es morderme el labio inferior y sonrojarme.

—Sabía que tus tetas serían tan perfectas como imaginaba —dice mientras se relame y se las come con la mirada—. Eres un jodido problema, ¿sabes? No tendrías que ponerme tan cachondo.

Se lanza a ellas y se mete una en la boca, devorándola con unas ansias que me hacen gemir desesperada y agarrarme al tronco del árbol donde he acabado aplastada. Sus dientes sobre mis pechos son duros y crueles. Me muerde los senos, los lame, los absorbe como su quisiera tragárselos.

Me está llevando tan alto que me correré si continúa comiéndome así. Es una maldita barbaridad.

Tengo la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados con tanta fuerza que veo cientos de estrellitas doradas y el cuerpo tembloroso. Un poco más y explotaré sin que me haya tocado siquiera entre las piernas.

Sin embargo, algo cambia de repente.

Me veo cayendo al suelo ante él, de rodillas, con sus manos en mis hombros. Empuja hacia abajo para que no pueda volver a incorporarme.

Levanto la cabeza para mirarlo, confusa, y en sus ojos hay una oscuridad tan profunda, mezclada con la excitación, que logra estremecerme de nuevo.

Una de sus manos tira de mi cabello hasta que mi boca está pegada a su polla, todavía dentro de los pantalones.

—Es mi turno, conejita.

Si pudiera pensar con claridad, le golpearía en los huevos y echaría a correr hacia el claro, pero mi mente está embotada; sentir su miembro duro y erguido contra mi mejilla me pone demasiado.

Zane suelta los botones de sus tejanos y su polla queda libre ante mis ojos. Me relamo los labios al verla. Como suponía, es enorme, venosa y en la punta del glande tiene una dulce gotita de líquido preseminal que deseo lamer.

Solo necesito un pequeño empujón para metérmela en la boca y Zane me lo da tirando de mi pelo con fuerza.

La cojo con una mano para lamer el glande, logrando que él jadee y apriete el mechón de pelo que lleva enredado en el puño. Su piel es suave y caliente, y el sabor de la gota de semen me anima a seguir lamiendo. Succiono la punta y la oprimo entre mis labios, logrando que apoye un brazo en el tronco del árbol y gruña de gusto.

Me mira desde arriba con los ojos entrecerrados y una expresión que me hace sentir poderosa. Nuestras pupilas coinciden mientras se la chupo. Parece un oscuro gigante que podría destrozar todo mi mundo si quisiera. Pero en este momento no me importa. Quiero seguir. Quiero ver cómo se estremece por mí.

Cuando me introduzco una gran parte del tronco, las manos de Zane se apoyan en mi cabeza y comienza a mover las caderas contra

mí. Al principio es lento, disfruta de la humedad de mi lengua en su polla, pero poco a poco, aumenta la intensidad con la que se mueve.

—Oooh, joder —gime, metiéndomela tan adentro que me agarro a sus muslos cuando me da una arcada—. Puedes hacerlo. No se te ocurra vomitar hasta que acabemos con esto.

Cierro los ojos, aguantando las náuseas y me dejo hacer. Cuando empuja hasta el fondo, me corta la respiración. Creo que se me desencajará la mandíbula por lo grande que es. Tengo los ojos cerrados y las lágrimas corren por mis mejillas hasta mojarme la cara, pero una oscura parte de mí no quiere que pare de follarme la boca. Que no pare nunca.

—Así me gusta, conejita. Así, joder —me anima sin soltarme el pelo—. Vas a hacer que me corra demasiado rápido. Vas a...

De repente, noto unos fuertes espasmos entre los labios y su semen me llena la boca con su almizclado sabor. En las facciones de Zane se refleja la liberación; el placer del orgasmo le deforma el rostro. No he visto nada más erótico en mi vida.

6

Quinn

El semen se me derrama por las comisuras, pero Zane no deja que caiga al suelo. Lo recoge con un par de dedos a la altura de mi barbilla y me obliga a abrir la boca de nuevo.

—Todo. Hasta la última gota.

Obedezco sin pensar, mientras los latidos del corazón siguen golpeándome tan fuerte que parecen a punto de partirme la caja torácica. Es la primera vez que hago algo así. Nunca había tenido sexo oral con un tío al que apenas conozco y al que, supuestamente, ni siquiera soporto.

Sigo de rodillas a sus pies. Me siento como una tonta que se ha dejado usar para proporcionar placer ajeno.

Tras guardarse la polla en los pantalones, el hermano de Savannah seca un par de lágrimas que humedecen mis mejillas y me ayuda a incorporarme, enredando sus brazos alrededor de mi cintura; sin embargo, me niego a sostenerle la mirada porque la vergüenza me consume. Por el contrario, le golpeo para que me suelte y le doy un empujón, tomando algo de distancia al fin.

—No me toques —susurro con rabia.

Durante unos segundos, Zane permanece muy quieto; es evidente que no esperaba esta reacción por mi parte.

—Tú aceptaste esto, conejita.

—Como vuelvas a acercarte a mí, iré a la Policía.

—¿Y qué les vas a decir? No he sido yo quien se ha metido mi polla en la boca y me la ha mamado desesperada.

—¡Vete a la mierda!

—Tengo pruebas. —Muestra su móvil y en la pantalla se reproduce lo que acabamos de hacer. Es un primer plano de mi rostro mientras se la chupo, gimiendo loca de excitación, al tiempo que él me folla la boca con todas sus fuerzas.

—¿Me has grabado, maldito enfermo? —Me lanzo hacia él para golpearlo. Le propino puñetazos en el pecho, patadas. Quiero hacerle daño, que le duela tanto que se arrepienta de lo ocurrido. La rabia me devora—. ¡Borra eso ya! ¡Ni se te ocurra enseñarle este vídeo a nadie o juro que te destrozo tu mierda de vida!

Zane enarca una ceja al escucharme, pero en ningún momento borra esa vacía sonrisa de su rostro. Mas, cuando le asesto una patada en el muslo, veo cómo contrae levemente las facciones y se lanza hacia mí, inmovilizándome de nuevo.

—Es la última vez que me pegas —ruge contra mis labios.

—¡Borra ese vídeo, Zane!

—Es mi premio por cazarte.

—¡Maldita sea, estás loco!

—Pues a ti te ha encantado comerle la polla a este loco. A lo mejor no somos tan diferentes como crees.

Lo peor de todo es que no puedo contradecirlo, porque tiene razón. Yo he consentido esto, me he dejado llevar, he aceptado jugar a pesar de que sabía perfectamente cómo acabaría la historia. Soy tan culpable como él.

Zane me suelta de improviso y tengo que apoyarme en el tronco del árbol para no perder el equilibrio. Su rostro ha recuperado esa helada indiferencia que tanto odio. Parece inalcanzable, un dios que mira por encima del hombro a los simples mortales que no le llegan ni a la suela de los zapatos.

—A la mierda —susurro entre dientes—. Me largo de aquí.

Doy media vuelta y camino todo lo rápido que mis piernas me permiten para alejarme de él. Mi cuerpo está rígido, tengo los puños apretados y los labios fruncidos en una mueca iracunda.

—¡Eh, espera! ¡Quinn!

—¡Que me dejes en paz, coño!

—¿Es que no quieres tu regalo?

—¡Por mí, puedes metértelo por el culo!

—Míralo al menos, ¿no? Me ha costado lo mío conseguirlo.

—¡Pues regálaselo a otra de tus víctimas!

—Lleva tu nombre.

Al escuchar esa afirmación, me muerdo el labio inferior, debatiéndome sobre si es inteligente seguirle el juego una vez más. Siento su presencia tras de mí, demasiado cerca. Es como un muro enorme al que no debería regresar.

Estúpida curiosidad...

Doy la vuelta de mala gana y, cuando enfrento de nuevo a Zane, lo encuentro observándome con esa odiosa chulería que me pone de los nervios, mientras sostiene un... ¿papel? entre los dedos.

Me tapo la boca al reconocer de qué se trata.

—¿Estás de coña?

—Yo nunca estoy de coña.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Compruébalo tú misma. —Alarga la mano, ofreciéndome el regalo, y no dudo ni un instante en aceptarlo.

Me tiemblan los dedos al sostenerlo y el enfado es sustituido por la incredulidad y una incipiente ilusión que me ilumina el rostro. ¡Es una licencia de identificación estatal con mi cara! ¡La maldita identificación falsa por la que hemos estado insistiéndole a Beau durante dos semanas!

Al fijarme mejor en la foto, un intenso calor me recorre el estómago. Es de la noche en que me masturbé en el cuarto de baño. Por eso estaba tan interesado en que me relajase mientras me fotografiaba. La quería para la identificación. Y joder si me relajé, porque salgo con una cara de recién follada que hace que me sonroje.

—¿Por qué? —Nuestros ojos coinciden una vez más. En él no ha cambiado la indiferencia de su semblante.

—¿Por qué, qué?

—Me has conseguido una licencia.

—¿No era lo que querías?

—¿Qué ganas con esto?

—¿Piensas que voy a ganar algo?

—Tú no haces las cosas porque sí, sin motivos, Zane.

—De nada, ¿eh?

Cierro los ojos y suspiro.

—Sí, vale, gracias. No pienses que no agradezco tu ayuda, pero me extraña.

—Ya va siendo hora de que aportes dinero en casa. No me gustan las mantenidas.

No sé si lo ha dicho para molestarme, pero una pequeña sonrisa asoma a mis labios.

—A mí tampoco me gusta que me mantengan.

—Bien.

Me muerdo el labio inferior y observo una vez más mi licencia con alivio, porque ya no tendré que seguir dándole largas al señor Cooper para empezar a trabajar en la cafetería. Acaricio la suave tarjeta de plástico donde aparecen unos datos falsos y sé que, a partir de ahora, mi vida va a comenzar de nuevo. De verdad. Por fin.

Releo todo varias veces y doy varios saltitos de pura emoción. Sin embargo, la sonrisa se me tuerce cuando me percató de algo en lo que no me había fijado: el nombre. Parpadeo varias veces para asegurarme de que no estoy leyendo mal, porque sería una broma de mierda.

—¿Zane? —Cuando mis ojos se posan de nuevo en él, compruebo que las comisuras de sus labios están curvadas hacia arriba—. Dime que es una broma, que no te has atrevido.

—¿A qué te refieres?

—¡Sabes muy bien a qué me refiero! —Le pongo la identificación a centímetros de la cara y señalo furiosa—. ¡Esto, es a lo que me refiero! ¡Quinn Bunny Rivers! ¿Bunny? ¿Estás de coña? ¡¿Cómo se te ocurre poner que mi segundo nombre es *conejita*?!

—¿No te gusta?

—¡No te rías! No se te ocurra hacerlo porque no tiene ni puta gracia. —Lo empujo, cada vez más enfadada—. ¡Es ridículo! ¿Crees que alguien me contratará para trabajar con ese maldito nombre?

—Pues claro que lo harán, los hay peores.

—¡Cabrón de mierda!

—¿Ya no te gusta mi regalo? Eres demasiado exigente.

—¡Dios, que te follen! —Vuelvo a empujarlo y lo fulmino con la mirada antes de dar media vuelta y regresar al claro con el resto—. ¡Maldito Zane Rivers!

—Eres mi conejita, Quinn, y todo el mundo tiene que saberlo.

—¿Tu maldita conejita? ¿Tuya? —La rabia me posee por completo. Estoy tan fuera de mis casillas que podría matarlo. Así que me agacho y recojo del suelo la primera piedra que encuentro—. ¡Desgraciado de los cojones!

Se la lanzo al pecho sin pensarlo dos veces, con todas mis fuerzas, para que sepa que no voy a tolerar que siga jugando conmigo. Sin embargo, no calculo bien la trayectoria y la piedra acaba golpeándole en la mejilla; el impacto hace que gire la cara y unas gotas de sangre resbalen por su mentón cuando el borde afilado le corta la piel.

Al darme cuenta de lo que he hecho, me llevo una mano a la boca y lo miro horrorizada.

—Joder... Zane. —Sigue sin moverse. Con la cabeza girada por el impacto y la sangre goteando sobre sus deportivas—. Zane, lo siento. No quería... Solo pretendía...

Entonces él me mira. Y lo que reflejan sus ojos me hace estremecer de miedo. Camino hacia atrás. Al principio despacio, porque no se mueve, pero cuando da un paso en mi dirección con esa expresión de asesino vengativo, suelto un grito aterrorizada y echo a correr hacia el claro sin mirar atrás; sé que, si me alcanza, las cosas se pondrán muy feas para mí.

Ni siquiera sé si estoy corriendo en la dirección correcta, pero mi instinto de supervivencia me obliga a seguir, a no aflojar la carrera para que no me alcance.

Le he tirado una piedra, joder. Lo he herido. Estaba tan furiosa que he actuado como una estúpida y ahora Zane me hará pagar las consecuencias. Vivo en su casa, maldita sea. ¿En qué estaba pensando? Savannah se enfadará conmigo. Incluso es posible que me ponga de patitas en la calle por haber agredido a su hermano. Dios, ¿qué he hecho?

Sigo corriendo despavorida hasta que a lo lejos vislumbro el claro y a la gente reunida en él. Salgo del bosque casi sin aliento y me dejo caer sobre la hierba, con los brazos apoyados en el suelo, intentando no morirme por la falta de aire. Estoy agotada. Creo que no había corrido tanto ni tan rápido en mi vida. Tengo los nervios de punta; no me siento a salvo ni con todo el maldito pueblo a mi alrededor.

Entonces, los escucho. Aplausos. Vítores.

Levanto la cabeza sin entender qué está pasando y descubro que todos se acercan a mí aplaudiendo, con amplias sonrisas y la ilusión desmedida de Savannah, quien se tira al suelo a mi lado y me abraza con fuerza.

—¡Has ganado, Quinn! ¡No puedo creerlo!

¿Qué? ¿Cómo que he ganado? Zane me atrapó, estoy eliminada. ¿Por qué se acerca el organizador con una medalla y un cheque enorme?

—¡Quinnie! —Riley se lanza sobre mí y me besa la mejilla—. La mapache más rápida de la historia.

—No, pero... —No sé qué contestar porque nadie parece recordar que me han eliminado. ¿Qué diablos pasa?

Frunzo el ceño, intentando aclarar la mente.

Entonces, lo comprendo.

Zane no ha avisado de que me había cazado. No disparó al aire cuando me encontró tras los matorrales. Todos creen que he logrado burlar a los zorros.

Ha debido de ser un error. Eso es.

—¡Eh, mirad, es Zane! —salta Beau, que está de pie a mi derecha—. ¡Está herido!

—¡Zane! —Savannah echa a correr hacia su hermano, preocupada, junto a los dos Santos restantes. Así que me armo de valor para levantar la cabeza y mirar en su dirección.

Lo descubro saliendo del bosque, con la máscara de zorro en la mano. En su mejilla se aprecia la sangre y el hematoma que empieza a formarse donde lo golpeé con la piedra.

Easton, Beau y Savannah lo rodean, preocupados por la herida. Su hermana lo abraza.

Ahora viene la parte donde Zane me culpa. Lo sé. En cuanto le pregunten cómo se ha hecho la herida, me acusará. Se abalanzarán sobre mí y la policía me arrestará por agresión.

—¿Qué te ha pasado? —escucho decir a lo lejos a Easton.

—Me he tropezado. —¿Qué? ¿Por qué demonios miente?—. Estaba corriendo tras un mapache y caí sobre una piedra afilada. Es solo un golpe, estoy bien.

—Zane, ¡ha ganado Quinn! —continúa su hermana con ilusión en la voz—. ¡Por fin alguien se ha llevado el premio! ¿No es increíble?

Veo que levanta la mirada y sus hostiles ojos grises se topan con los míos, haciéndome jadear. Tiene el rostro tan inexpresivo como si estuviera mirando una pared de ladrillo, en lugar de a la persona que lo ha agredido.

—Me voy a casa —dice al fin, apartando los brazos de Savannah—. Dadle la enhorabuena a la ganadora.

¿Es que no va a decirles que no he ganado? ¿No va a sacarlos de su error? ¿Qué diablos pasa? ¿Por qué no me acusa ante su hermana y los demás?

Me ha conseguido la identificación falsa que necesito; lo he insultado, pegado y golpeado con una piedra, y va a permitir que gane injustamente quinientos dólares en un maldito juego del que estaba eliminada. No entiendo nada. Tengo la cabeza demasiado embotada por lo sucedido y la presión que noto en el pecho me pesa demasiado. ¿Por qué, de repente, me siento tan mal conmigo misma?



La siguiente semana la paso especialmente nerviosa.

Casi no he visto a Zane por casa y, cuando nos encontramos, siempre está Savannah conmigo, evitando que nos veamos a solas.

La herida de su mejilla tiene mucho mejor aspecto; en apenas unos días acabará desapareciendo, pues solo le queda un pequeño corte y el moratón ya empieza a desvanecerse.

Lo peor de todo es que sigo sintiéndome culpable, pero no me atrevo a hablar con él y pedirle perdón. Me impone demasiado,

aunque sé que tarde o temprano el remordimiento me obligará a hacerlo. Yo no soy así. No voy agrediendo a las personas por gusto. Joder, si después de un mes sigo teniendo pesadillas por lo sucedido con Frank. No hay noche que no despierte empapada en sudor, llorando y con el corazón en vilo cuando sueño con su cuerpo ensangrentado tras haberle disparado a bocajarro. Es una lenta tortura que acabará consumiéndome, lo sé. Jamás me perdonaré el haberle arrebatado la vida, a pesar de las mierdas que me tocó vivir por su culpa todo un maldito año.

—Eh, Quinn, ¿te apuntas a tomarte una cerveza, después del trabajo, con Briar y Riley?

Savannah aparece a mi lado, vestida con el clásico delantal verde que usamos los trabajadores en la cafetería del señor Cooper y el cabello recogido en una coleta alta. Lleva una bandeja vacía en la mano derecha y la pequeña tableta que usamos para apuntar las comandas en la otra.

Al verla tan sonriente frente a mí, dejo de recoger los restos de comida de una de las mesas y me encojo de hombros.

—No sé si me apetece, la verdad.

—¡Venga, ánimo! ¡En el garito de Will Featherstone hay buen ambiente y karaoke!

—Es que estoy un poco cansada. Tengo que acostumbrarme a los turnos de la cafetería.

—¡Pues no acepto un no por respuesta! —Me da un suave empujón, haciéndome reír—. Te vienes con nosotras, aunque te vayas quedando dormida por los rincones.

Ni siquiera me da opción de volver a negarme, porque se aleja con su mejor sonrisa a atender una nueva mesa, en la que acaba de sentarse la señora Miller acompañada de otra mujer del pueblo con fama de cotilla. Vienen cada tarde en busca de noticias jugosas que comentar.

Suspiro y mi atención regresa a la mesa sin recoger que tengo delante. En el fondo, agradezco que Savannah me obligue a salir. Mi estado de ánimo es una mierda desde que tuve que huir de Fort Wayne. No me reconozco. Nunca he sido una persona tan seria y

melancólica. De hecho, debería estar feliz de que la vida esté brindándome una nueva oportunidad.

Por fin he encontrado un trabajo. Uno mucho mejor de lo que era la lavandería en la que trabajaba antes.

Estoy viva. A salvo. Tengo personas al lado que me aprecian y se preocupan por mí. Los vecinos de Elberta ya no me miran como a una forastera indeseable. Empiezo a formar parte de su comunidad. Conseguí su respeto tras el juego de Zorros y mapaches, cuando Zane no dijo nada y les hizo creer que no me había cazado.

Gané un jugoso cheque de quinientos dólares que entregué a mi amiga para los gastos de la casa. No me pareció honesto quedármelo; después de todo, no lo merecía. Los verdaderos ganadores fueron los Santos. Todavía no sé por qué Zane no me delató delante de todos.

Lo que sí gasté fueron los otros cien dólares que gané en el Balón prisionero. Compré algo de ropa, zapatos y una tarjeta con un número nuevo de teléfono para el móvil que Savannah me regaló, uno antiguo que ya no usa y que todavía no me he atrevido a encender. Sé que los hombres de Lucchese no sabrán que soy yo, pues incluso la nueva tarjeta SIM está a su nombre; sin embargo, necesito un poco más de tiempo para mentalizarme.

7

Zane

Easton aparca su furgoneta en la parte trasera de la nave y, antes de que retire las llaves del contacto, ya estoy fuera, oteando el terreno y ajustando el puño americano a mis nudillos.

La calle está desierta y no sé si eso es una buena señal. Parece demasiado fácil, demasiado sencillo, y desconfío. Es la tercera vez que venimos aquí, y nunca ha sido por placer.

Los Nyctra tienen su base ubicada junto a la planta industrial de acero y carburo de Frankfort, escondida en medio de los pequeños talleres que orbitan alrededor del gigante manufacturero.

—Beau, ¿estás seguro de que no hay nadie?

El susodicho sale de la furgoneta, colocándose unas oscuras gafas de sol, y se sitúa a mi lado mientras alza la mirada hacia las altas chimeneas de la planta industrial por las que emana un espeso humo grisáceo.

—Mi contacto me ha asegurado que nuestro señuelo para despistar a esos mierdas está funcionando. —Sonríe—. Ahora mismo, Vargas y sus hombres conducen por la nacional en busca de las supuestas piezas nuevas que los rumanos nos han enviado y que también pretenden robarnos.

—Pagaría por ver sus caras cuando descubran que la furgoneta que se disponen a interceptar está repleta de vibradores anales —se mofa Easton, quien apoya contra su hombro un enorme bate de béisbol de cabeza metálica con el que ya ha reventado algún que otro cráneo—. Deberíamos esperarlos aquí y darles la bienvenida con un cordial saludo. Esta preciosidad echa de menos la sangre de los Nyctra.

—Voto a favor —respondo con sus mismas ansias de molerlos a golpes—. Ese hijo de puta de Vargas no se irá de rositas tras haberse apropiado de lo que es nuestro.

—Venga, vamos —dice Beau, indicándonos el camino con la mano en la que sostiene una preciosa Magnum semiautomática—. Recuperemos nuestro material antes de que se den cuenta de la trampa. No voy vestido para pelearme con nadie.

—Siempre hecho un pincel, como buen hijo de gobernador.

—Que te follen, Easton.

Contengo una sonrisa y me cubro con la capucha de la sudadera, ensombreciendo la mitad superior de mi rostro.

Mientras nos dirigimos a la entrada trasera de la nave, aprieto el puño americano entre mis dedos al imaginar que alguno de ellos se haya podido quedar vigilando. Estoy deseando que así sea. Los Nyctra nos han tocado mucho los huevos últimamente y me apetece romper mandíbulas.

Cuando alcanzamos la puerta, Beau apunta con la pistola y revienta la cerradura para, acto seguido, levantar la persiana entre los tres. De inmediato, el fuerte pitido de la alarma rompe la calma, obligándonos a taparnos los oídos hasta que Beau dispara al aparato y el silencio vuelve a reinar.

El interior de la nave es frío y está sumido en una penumbra que no me gusta en absoluto; podrían sorprendernos antes de que llegáramos a verlos.

—Beau, busca la luz —le ordeno con voz plana, poniéndome en guardia.

Esperamos unos segundos a que la nave se ilumine y, cuando contemplamos lo que nos rodea, una sonrisa helada curva mis labios.

Los Nyctra poseen un arsenal de piezas robadas apiladas en enormes estanterías y varios Lincoln de principios del siglo veinte en fila, a punto de concluir su restauración. Su nave es tres veces mayor que la nuestra, señal de que el negocio les va de puta madre. Solo nos roban para tocarnos los cojones y quitarnos de en medio.

—Easton, ¿cuánto peso aguanta tu furgoneta? —pregunta Beau, sin despegar sus ojos golosos de la carrocería artesanal de un Rolls-

Royce Droptail.

—Puedo llamar a mi primo Thomas y decirle que venga con el camión.

—Llámalo —asiento mientras acaricio el capó de uno de los Lincoln—. Seguro que a nuestro comprador ruso le interesa una de estas preciosidades.

—Busquemos primero nuestras piezas —nos apremia Beau, señalando hacia arriba—. Hay cámaras de seguridad y la alarma habrá alertado a esos gilipollas de nuestra presencia.

—De puta madre, así Vargas verá con todo lujo de detalles cómo desvalijamos su asqueroso taller —gruñe Easton.

—¡Eh, vosotros! —Una cuarta voz irrumpe en nuestra conversación. Giramos la cabeza hacia una escalera que desciende de la planta superior y por ella vemos bajar a cinco de los Nyctra armados con sendos machetes.

—Tíos, tenemos compañía —les digo con satisfacción, golpeando los nudillos en los que llevo el puño americano contra la otra palma.

—Mierda, que voy con un puto traje de chaqueta —resopla Beau, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y quién ha dicho que te necesitamos para eliminar ratas, gobernador? —se burla Easton, colocándose a mi lado mientras empuña el bate—. Zane, ¿cuántos quieres para ti?

—Déjame tres.

—Solo vas armado con el puño.

—Me sobra para quitárnoslos de encima.

—Qué hijo de puta codicioso eres. —Me da un suave empujón con el hombro—. Está bien, yo me ocupo de los otros dos.

Los hombres de Vargas se lanzan contra nosotros de forma amenazante, blandiendo los machetes, pero lo único que despiertan en mí es una oscura euforia que no puedo contener al esquivar el primer golpe.

Los tres tíos que se aproximan son enormes y no dudarán en partirme en dos si les concedo la ocasión, pero no cuentan con el factor más importante: yo soy mucho más ágil y rápido. Y el caos me pone cachondo. Así que, cuando el segundo tío se abalanza sobre mí, hago un giro inesperado y le atrapo el brazo con el que

sujeta el arma. Se lo tuerzo hasta que se escucha el crujido seco del hueso al romperse. Aprovecho entonces para darle de hostias con el puño americano hasta que su rostro queda desfigurado y bañado en sangre. Cuando cae inconsciente, le arrebató el machete.

—¡Bien, cabrón! —me anima Easton, quien ya ha dejado fuera de combate a uno de los suyos con su monstruoso bate—. Eres un puto peligro.

Cometo el error de mirar a Easton y, de repente, noto en mi costado un intenso pinchazo; logro que no pase a más saltando hacia atrás.

—Casi lo consigues, hijo de perra —le digo a un Nyctra de pelo largo—. Pero harían falta diez como tú para tumbarme. ¡Vamos, ven aquí, gilipollas! ¡Venid los dos!



Diez minutos después, los cinco hombres de Vargas yacen inconscientes en el suelo. Arrojamus sus machetes al interior de la furgoneta de Easton, junto con las piezas recuperadas y algunos tesoros más que nos llevamos de regalo.

—Déjalo todo en el almacén, luego te pagamos tu parte. —Easton palmea la espalda de su primo Thomas, quien sube a su camión de mudanzas y se lleva el coche y la carrocera del Rolls-Royce.

Al quedarnos de nuevo a solas los tres, observamos con satisfacción el botín. Golpeo satisfecho el techo de la furgoneta de Easton; los Nyctra van a hacernos ganar mucha pasta.

—Venga, vámonos antes de que Vargas regrese. Ya deben de haberle avisado de nuestra presencia —nos apremia Beau, abriendo la puerta de la furgoneta.

—Id vosotros, yo me voy por mi cuenta —les aviso con una sonrisa misteriosa que les hace fruncir el ceño.

—¿Te vas andando?

—Y una mierda. Me llevo la Honda de Vargas. El que va a tener que empezar a andar a partir de ahora es él, porque voy a dejarlo hasta sin moto.

—Cabrón —ríe Beau.

—Entonces, ¿nos vemos luego? —se asegura Easton, arrancando la furgoneta.

—Voy detrás vuestro —asiento—. Tengo que recoger unas cosas del almacén.



Al llegar a casa, encuentro a Savannah tumbada en el sofá, todavía vestida con la ropa de la cafetería. Tiene cara de estar reventada, y no me extraña una mierda, pues llevan dos días doblando turno por culpa de un gilipollas que se puso enfermo.

Se percata de mi llegada cuando cierro la puerta de entrada y cruzo el salón. Entonces, se levanta a toda prisa y me empuja para pasar por delante.

—Me ducho yo primero.

—¿Y no se te ha ocurrido hacerlo antes de que yo llegara? —resoplo.

—Me hacía falta descansar un poco, Zane. Hoy ha sido un día de mierda.

—No necesitas trabajar. Con el dinero que traigo a casa es más que suficiente para ambos.

—Sí, claro. ¿Y qué pasará cuando me case y...?

—Me aseguraré de que tu marido tenga suficiente dinero para que siga manteniéndote.

—No quiero que me mantenga nadie.

—Y yo no quiero esperar una jodida eternidad para darme una ducha.

Mi hermana suspira y clava la vista en mi mejilla, donde hace unos días aún se notaba la rojez de la herida que Quinn Granger me hizo al lanzarme la piedra.

—Ya no tienes nada.

—Era un corte superficial.

—Y te lo curé con mucho amor. —Me propina un culazo, divertida—. Así que me ducho yo primero.

Pongo los ojos en blanco, pero termino cediendo.

—Haz lo que quieras.

—Te prometo que no tardo.

—Más te vale.

—Oye, Zane. ¿Qué llevas ahí?

Sin pretenderlo, mis ojos se posan en la caja de cartón que he traído del apartamento de Easton y que llevo bajo el brazo desde que aparqué la moto.

—Nada, cosas del taller —le quito importancia.

—Ah, vale. —Se queda conforme y se aproxima para dejarme un beso en la mejilla—. Voy a ducharme.

Una vez escucho la puerta cerrarse y la música del altavoz del baño a todo volumen, abandono el salón a paso lento, recorriendo el pasillo en dirección a los dormitorios.

En el fondo, me ha venido de puta madre que Savannah haya decidido ducharse primero, pues me deja vía libre para cumplir mi propósito. La pregunta es: ¿estará mi conejita en su habitación?

Apoyo la mano en el picaporte y empujo para abrir. No me molesto en llamar ni en pedir permiso. No lo necesito.

Nada más dar un paso al interior del antiguo dormitorio de mi abuela, la descubro dormida sobre la cama, abrazada a la almohada y con las piernas cubiertas por una manta gruesa. Al igual que Savannah, lleva todavía el uniforme de la cafetería de Cooper: jersey y pantalón oscuros bajo el delantal verde.

Cierro tras de mí sin dejar de contemplarla con ojos inquisidores. Apenas he coincidido con ella desde lo sucedido en el bosque, y ya ha pasado una maldita semana. Sé que me evita porque yo se lo he permitido. Pero no me he olvidado de lo que hizo. Y como la venganza es más dulce servida en plato frío, hoy pagará el precio de su agresión.

Mis ojos se pasean por las suaves curvas de su cintura, en la delicada piel de su ombligo, que asoma descarado al habersele subido un poco el jersey. Aprieto los puños al recrearme más de la cuenta en sus tetas, erguidas y llenas; tan suaves al tacto, tan deliciosas. Se me hace la boca agua al recordar lo mucho que me excitó devorarlas. Su rostro está relajado; las largas pestañas descansan sobre sus mejillas y tiene los labios entreabiertos.

Me acaricio la polla al recordar cómo me follé esa boca de conejita descreída. No debería estar tan excitado, pero la verdad es que me corrí con tal fuerza que todavía me cuesta creerlo. Sus labios acogieron mi polla como si hubiera nacido para hacerlo. Y sus gemidos, ese ruido en su garganta mientras me hundía en ella con desesperación... Cómo me miraba con esos malditos ojos de cierva asustada, con esa cara preciosa y delicada que debería considerarse un puto pecado.

No entiendo qué mierda me ocurre con ella. Jamás habría imaginado que la tarde de los juegos acabaría corriéndome en la boca de la amiga de mi hermana. Las chicas como ella nunca han sido mi tipo. A mí me gustan las mujeres complacientes, las que no cuestionan mis órdenes y se mueren por mi atención. Lo último que necesito es enredarme con una niñita que no tiene ni puta idea de la vida y que sueña con otro tío cada noche. Estoy empezando a detestar a ese tal Lucchese por estar siempre en sus sueños. Pero ahora es mi turno. Que se joda. Quinn está en mi territorio y seré yo quien se encargue de sus pesadillas.

Me muerdo el labio inferior cuando mis piernas rozan el colchón y alargo la mano hasta posarla en su cuello. Sonríó al notar que se remueve en sueños, pero no despierta. Entonces, dejo la caja que he traído sobre la cama, cerca de su cintura, y la abro con lentitud. Sobre las sábanas comienza a reptar una de mis serpientes. Me relamo los labios y agito levemente el cartón para que salga por completo.

—Vamos, preciosa —le susurro—. Sé educada y saluda a nuestra conejita.

El animal parece comprender mis palabras, pues se pega al cuerpo de Quinn, escalando por su costado y enroscándose en uno de sus brazos, creando un contraste bello entre su negrura y la palidez de la piel de ella.

Mientras tanto, le acaricio la mejilla. Parece de porcelana en comparación con mis dedos; es tan delicada... Me encantaría ser quien rompiera a esta muñequita; usarla, arrastrarla conmigo al infierno y dejar que ardiese perdida en su propio pecado. Pero no creo que a Savannah le gustase verme jugar de ese modo con su

querida amiga. Así que debo obligarme a controlar las ansias que Quinn despierta en mí. No repetir lo del bosque, aunque solo con recordar sus labios rebosantes de mi semen se me pone la polla como una piedra.

Con el pulgar, recorro el perfil de su mandíbula, la tersa piel que une el maxilar con el lóbulo de la oreja. No lleva pendientes; no recuerdo haberla visto nunca con ellos. Pero no los necesita. Me encanta su piel sin adornos, sin pírsines ni tatuajes.

Un movimiento cerca de su hombro me hace sonreír. Mi serpiente se enrosca como un brazalete apretado que la despertará pronto. No obstante, estoy demasiado concentrado en su boca entreabierta como para prestar atención a otra cosa. Vuelvo a acercar el pulgar y le separo los labios con la yema, dejando a la vista sus dientes blancos y alineados.

Entonces algo en ella cambia de repente. Sufre un pequeño espasmo.

Quinn abre los ojos cuando el tronco de la serpiente oprime su brazo con mucha fuerza. Al notar la fría piel del reptil, sus vívidas pupilas se encuentran con las mías.

—Zane... —susurra, intentando apartar la serpiente. En su expresión hay miedo; un terror tan profundo que la mantiene paralizada.

—Shhh, no te muevas demasiado o te morderá. —Ladeo la cabeza y le sonrío con desgana.

—Por... Por favor...

—¿Por qué debería ayudarte después de lo que me hiciste en el bosque?

—Lo siento.

—No sé si me valen tus disculpas.

—Zane...

—Fui bueno contigo.

—Lo sé. Yo...

Está tan nerviosa que apenas puede encontrar las palabras para replicar. Si continúa así, es posible que empiece a gritar y no me apetece un sermón de Savannah. Así que cojo la cabeza de la serpiente y comienzo a desenroscarla de su brazo.

Cuando se ve libre, se incorpora en la cama, quedando sentada sobre el colchón. Pero no se tranquiliza del todo, pues no guardo la serpiente en la caja, sino que la dejo sobre sus piernas. Entonces apoyo las manos a cada lado de su cuerpo y me aproximo hasta que nuestros labios quedan a escasos centímetros para susurrar:

—Te conseguí una identificación falsa, te hice ganar quinientos dólares. Y tú me lanzaste una puta piedra a la cara.

—Me arrepentí en cuanto vi que te golpeaba la mejilla. —Sus ojos me suplican; son como dos soles inmensos que lo iluminan todo—. Si es por el dinero, te lo devolveré, lo juro. En cuanto cobre el sueldo de este mes en la cafetería, será tuyo.

—No quiero el puto dinero. No lo necesito.

—Entonces, ¿qué quieres? Me he disculpado.

—¿Y puedo confiar que tus disculpas son sinceras?

—¡Claro que sí! —Se humedece los labios—. Yo... me arrepiento. Lo siento, de verdad. Eres el hermano de mi mejor amiga, Zane.

—Entonces vas a hacer algo por mí para demostrármelo.

—¿Algo? —Frunce el ceño y observa con pavor a la serpiente, que ha vuelto a ovillarse, esta vez sobre su pierna izquierda—. ¿Puedes quitarla de ahí?

—Depende. Primero tienes que aceptar.

—¿Qué quieres que haga? ¿Es... es algo sexual? —le tiembla la voz.

—Te encantaría, ¿verdad? —Sonríe con el rostro helado—. Pero esta vez no tiene nada que ver con eso.

Sujeto el borde de mi sudadera y la levanto un poco, mostrándole, además de mi abdomen firme y definido, la herida en el costado que ese hijo de puta de los Nyctra me hizo con su machete. En el almacén he intentado contener el sangrado con un vendaje, pero es demasiado profunda y no deja de manar.

Quinn se lleva una mano a los labios al descubrirla y la observa con horror, perdiendo parte del color de su rostro. ¿Puede dejar de ser tan jodidamente mona, coño?

—Necesita puntos.

—¿Cómo te has hecho eso? —pregunta con un hilo de voz.

—Digamos que los Nyctra no se alegraron mucho al descubrírnos en su taller.

—¿Y qué se supone que quieres que haga? No he cosido una herida en mi vida.

—Entonces, estás de suerte, porque esta va a ser la primera.

—Deberías ir a un médico, Zane.

—Claro, a un médico. ¿Y qué se supone que voy a decirle cuando me pregunte cómo me lo he hecho?

Ella suspira, consciente de que tengo razón.

—¿Savannah sabe que...?

—A mi hermana ni una palabra. Vas a coserlo tú.

—¡Dios, Zane! ¿Es que no entiendes que puedo hacerlo mal? —La serpiente hace un movimiento brusco cuando ella alza la voz, y Quinn se encoge de nuevo, asustada por que pueda atacarla—. ¿Puedes quitármela ya de encima? Al final me morderá y nos moriremos los dos: yo por el veneno y tú desangrado.

Su desesperación es muy evidente.

—Eres una cosita muy divertida, ¿sabes? —Entonces, sujeto la cabeza del reptil y voy desenrollándolo poco a poco de su pierna hasta que libero a Quinn de su constricción. Después, se la muestro de cerca—. Esta preciosidad jamás podría haberte matado. No es venenosa. Es una simple pitón negra.

Por la forma en que me clava la mirada, sé que le encantaría estamparme cualquier objeto en la cabeza, pero no lo hará porque después tendría que pagar las consecuencias, y no es estúpida.

Así que, mientras vuelvo a introducir la pitón en su caja para devolverla más tarde al apartamento de Easton, ella reúne todo lo necesario para coserme.

Se recoge el cabello en una coleta para despejarse el rostro y se concentra en quemar una aguja para esterilizarla. Después, observa la raja de mi costado con evidente reparo.

Sigue sentada en la cama, ahora con los pies apoyados en el suelo. Los mueve con nerviosismo, pensando en lo que está a punto de hacer.

—¿Quieres ir a por alcohol? —pregunta con voz suave.

—¿Pretendes que me emborrache mientras me coses?

—¿No se supone que eso ayuda con el dolor?

—Has visto demasiadas películas.

—Solo era una sugerencia. —Me hace una señal con la mano para que me aproxime a la cama. Después, levanta la mirada y me observa fijamente—. Zane, lo que te he dicho antes iba en serio: no he hecho esto en mi vida.

—Da igual.

Quinn abre la boca para replicar; no obstante, el único sonido que emite es un suspiro. Traga saliva, mentalizándose para la tarea, y apoya las palmas de las manos sobre mi abdomen. Siento el leve temblor de sus dedos contra mi piel.

—Mierda, vale, voy a coserla —dice para sí misma. La primera vez que me clava la aguja, está tan nerviosa que sus movimientos torpes me hacen apretar los dientes para soportar el dolor. Debe de haberse dado cuenta, porque enseguida maldice entre dientes—: Perdona, yo...

—Sigue. Acaba cuanto antes.

—¡No me metas prisa o te haré más daño!

Vuelve a concentrarse, fijando la vista en mi costado. Acaricia los bordes enrojecidos y suspira antes de presionar de nuevo la aguja contra mi piel.

Las siguientes puntadas no resultan tan dolorosas. Quizá se deba a que Quinn va ganando confianza, o puede que esté tan pendiente de ella que me olvido del daño. Tengo su cabeza muy cerca de la polla y sus manos acarician mi abdomen con una suavidad que pretende calmar el escozor de los pinchazos. Pero lo que está consiguiendo es excitarme. Mucho, de hecho. El bulto que comienza a deformar mis pantalones es de todo menos discreto, y tengo su boca a escasos centímetros; sin embargo, está tan concentrada en la herida que no lo ha notado.

El colmo es que, cuando termina la sutura, aproxima aún más el rostro para asegurarse de que ha quedado bien y su aliento en mi estómago se me antoja una puta perdición, porque recuerdo muy bien lo a gusto que me corrí entre esos labios.

—Vale, creo que ya he terminado de cos... —La frase muere a la mitad cuando la sujeto por la coleta y presiono su mejilla contra mi

polla.

Quinn me mira impresionada y noto contra el muslo el latir frenético de su corazón. Las mejillas se le enrojecen al darse cuenta de mi erección. Qué maldita preciosidad, joder.

—Zane...

Me inclino lentamente hasta que nuestros rostros quedan a la misma altura.

—Es ahora cuando yo tengo que darte las gracias, ¿verdad? —susurro incitante.

Le lamo los labios con una parsimonia que me sorprende hasta a mí, degustando cada milímetro de su piel rugosa. Ella jadea sorprendida y cierra los ojos dejándose hacer. No se resiste, no pelea. La he pillado por sorpresa. No ha tenido tiempo de urdir excusas para que la suelte. Por el contrario, su lengua se une a la mía. Y eso me hace sonreír con una satisfacción enorme. La conejita traviesa también me desea, aunque se empeñe en gritar lo contrario a los cuatro vientos.

Su dulce aroma se cuela por mi nariz, el olor de una mujer que no debería despertar nada en mi cuerpo, a la que tendría que ignorar y tratar como a un cero a la izquierda. Pero la realidad es que estoy agotando la poca fuerza de voluntad que me queda para no follármela contra cualquier mueble de esta habitación y rellenarla de semen como a un pavo de Acción de Gracias, aunque acabe desangrándome si la herida vuelve a abrirse mientras empujo como un maldito loco contra ella.

—¡Zane, ya puedes darte una ducha! —La voz lejana de Savannah irrumpe en medio del caos que ahora mismo reina en mi cabeza. Una parte de mí se resiste a dejar esto a medias, aunque ella pueda descubrir a su hermano mayor pervirtiendo como un cabrón a su amiga de la infancia.

Parpadeo varias veces, obligándome a recobrar mi claridad mental. Sonrió contra su boca y recupero el semblante indiferente antes de volver a susurrar:

—Gracias por tu ayuda, Quinn Granger.

Tiro una última vez de su pelo, pero esta vez le quito el coiletero. Su melena castaña queda libre y le enmarca el rostro como un halo

perfecto, convirtiéndola en un puto ángel al que estaría encantado de arrebatarle las alas a polvos. Me lo guardo en el bolsillo de los tejanos, como si fuera lo más normal del mundo ir robando coleteros por ahí, y doy media vuelta, abandonando la habitación sin mirar atrás.

8

Quinn

Todavía estoy en *shock* por lo que sucedió en mi habitación con Zane. De hecho, todo lo que tiene que ver con él me confunde y enfada. Tengo que hacer algo para que mi cuerpo deje de reaccionar de esa forma. No puedo ponerme a gemir como una maldita perra cada vez que me toca. ¡Ni siquiera me gusta, joder!

Sí, vale, es guapísimo. Es el tío más guapo y sexi que he visto en mi vida; tiene un magnetismo brutal. Pero también tiene la personalidad de un psicópata sin medicar. Aunque admito que eso, quizás, también despierta un poco mi curiosidad.

Lo más sano para mi salud mental y mi estancia en la casa de los Rivers es que evite cualquier tipo de relación con él. Si tengo que comprar un pestillo a prueba de balas en la ferretería del señor Jones y atornillarlo yo misma en la puerta de mi dormitorio, lo haré. Pero lo del otro día no volverá a suceder. Ni lo del bosque. Ni mucho menos lo que pasó en el cuarto de baño.

Si el hermano de Savannah padece algún tipo de trastorno mental que le hace comportarse de esa forma tan contradictoria, es su problema, pero que no me meta en sus mierdas.

He pasado cinco días sin dejar de darle vueltas al tema. Cada vez que tengo algún encontronazo con Zane, soy incapaz de concentrarme en otra cosa. Y no es justo, porque él actúa como si nada. Ni siente ni padece.

Doy un hondo suspiro y sigo empujando el carro por el supermercado, en busca de la comida que Savannah me ha encargado comprar. Son las seis de la tarde y quiero regresar a casa antes de que anochezca. Llevo trabajando en la cafetería desde el

alba; estoy agotada. Tacho el ketchup en la lista y me encamino al pasillo de los refrescos para coger bebida de cola.

Cuando estoy frente a las botellas, dudo si escoger las de cereza para molestar a Zane; es el único que bebe refrescos en casa. Sin embargo, acabo eligiendo el sabor original. No me apetece despertarme mañana con otra serpiente enredada en el cuerpo como venganza.

Hago fila en la única caja registradora que hay en la tienda, donde varias personas aguardan su turno delante de mí. Como la espera va a ser bastante larga, saco el teléfono móvil del bolsillo y me muerdo el labio al mirar el icono de una red social que tengo abandonada desde que hui de Fort Wayne.

Pulso sobre ella e introduzco mi contraseña para volver a conectarme. Es una temeridad, lo sé; mi perfil es público y los hombres de Frank podrían detectar movimientos. Así que, a pesar de que tengo muchas notificaciones pendientes, las ignoro. Lo primero que hago es cambiar mi perfil a privado y modificar mi nombre por el de Bunny Rivers. Aunque lo odio, es más seguro.

Después, empiezo a eliminar uno por uno a mis seguidores. No son muchos, y la mayoría eran conocidos del instituto o algún vecino, pero no voy a arriesgarme a que alguien se vaya de la lengua. Cuando solo quedan dos por eliminar, me doy cuenta de que uno de ellos es Savannah, a quien por supuesto dejo en la lista, y el otro es... ¿Qué? ¿Desde cuándo está él entre mis seguidores?

El nombre de Zane Rivers aparece justo debajo del de su hermana. Y la cabeza me estalla, porque estoy segura de que hace un mes no estaba ahí.

¿Zane me ha buscado en las redes sociales? ¿Por qué?

Releo su nombre varias veces y me obligo a volver a respirar con normalidad. Después, movida por la curiosidad, pulso sobre su usuario y entro en su perfil.

No tiene foto. El recuadro está en negro. Tampoco aparece nada publicado ni historias guardadas. Su *feed* está vacío. No entiendo cómo tiene más de cinco mil seguidores cuando la única información disponible es su nombre. En cambio, Zane apenas sigue a cuatro personas: Savannah, Easton, Beau... y ahora a mí.

La fila avanza cuando la cajera termina de despachar a la señora que estaba delante. Aún me quedan dos clientes antes de que llegue mi turno, así que fijo de nuevo la mirada en la pantalla.

Salgo de su perfil y me quedo varios segundos con la mente en blanco. Percibo un leve burbujeo en el estómago, pero no quiero darle mayor importancia. Pulso en las notificaciones pendientes para ver de quién se trata. No obstante, se me seca la boca al percatarme de que son todas tuyas. Además de una alerta avisándome de que Zane Rivers me sigue desde hace tres semanas, ha dado «me gusta» a muchísimas de mis publicaciones.

Una de ellas es una foto que me hizo mi antigua compañera de la lavandería, en la que salgo riendo a carcajadas sentada en un carro rebosante de sábanas por planchar. En otra, estoy abrazada a Sultán, uno de los perros de la protectora en la que ayudaba tras el trabajo. Otra de mi vigésimo tercer cumpleaños, soplando las velas con mi padre al lado y una inmensa alegría iluminándome el rostro. Brindando con Savannah. Tumbada en bikini en el césped de la piscina pública. Rodeada de mis amigas del instituto en un picnic junto al río. Bañando a otro perro de la protectora...

Zane le ha dado «me gusta» a tantas de mis fotos que no soy capaz de verlas todas antes de que llegue mi turno para pagar la compra.



Cuando salgo por fin del supermercado, el cielo se está oscureciendo y por la calle ya se ven algunos niños disfrazados de monstruos, vampiros y zombis que van de casa en casa pidiendo caramelos. Halloween nunca ha sido una de mis festividades favoritas, pero tengo que reconocer que Elberta está preciosa decorada para la ocasión. Incluso la señora Miller ha puesto telarañas en sus ventanas. Le vienen bien para que nadie la descubra cotilleando a los vecinos.

Mientras camino de vuelta a casa, cargada con las bolsas, pienso en que esta noche las chicas querrán ir al garito de Will Featherstone a pasar un rato y que Savannah ya ha sacado su

maleta con los disfraces para que elija uno. La parte buena es que aquí no hay fiestas hasta la madrugada como en Fort Wayne, y eso me gusta.

—¡Eh, oye, espera! ¿Esto es tuyo? ¡Eh, la rubia del delantal verde!

Frunzo el ceño y freno en seco cuando una grave voz masculina se dirige a mí. O eso creo. Al girarme, un tío enorme de pelo negro y tez aceitunada se acerca con andares chulescos y una leve sonrisa en los labios. No tengo ni idea de quién es, pero parece tener más o menos mi edad. De hecho, no recuerdo haberlo visto nunca por Elberta, y eso me pone tensa porque podría ser uno de los hombres de Lucchese.

Viste con unos tejanos oscuros y una chupa de cuero negro bajo la que lleva una fina camiseta blanca.

—¿Me... Me estás llamando a mí?

—Ajá. —Se detiene cuando se percata de que retrocedo, guardando las distancias—. No veo a nadie más con un delantal verde por aquí.

—Pero yo no soy rubia.

—Te has girado de todos modos. —Me guiña un ojo, divertido, y levanta la mano mostrándome un bote de kétchup—. Esto es tuyo. Se te ha caído ahí detrás.

—Ah, gracias —respondo sin demasiada confianza y le cojo el bote—. Adiós.

—¡Eeeh, espera! ¿Adónde vas tan rápido?

—¿Por qué estás siguiéndome? —Miro hacia todos lados, en busca de alguien a quien pedir ayuda.

—No te sigo, es solo que... nunca te había visto por aquí.

—Yo a ti tampoco.

—¿Siempre eres tan seria?

—Solo con los desconocidos.

Lo escucho reír y, de repente, su mano aparece ante mis ojos para que se la estreche.

—Me llamo Gabriel. Vivo al otro lado del lago.

—Eeem, yo soy Bunny. —Le estrecho la mano por obligación. Ni de coña voy a decirle cómo me llamo de verdad. No lo conozco y no me fío de él.

—Espera, ¿Bunny? ¿Bunny, como los conejos? ¿Te estás quedando conmigo?

—Pues no.

—¿Le caías mal a tus padres o algo?

Aprieto los labios porque me ha hecho gracia, aunque no quiero admitirlo.

—Bunny es un nombre bonito.

—Sí, para tu peor enemigo.

—¿Por qué sigues persiguiéndome?

—Porque a este pueblo nunca viene nadie nuevo.

—¿Y me he convertido en tu mono de feria?

—¿Siempre eres así de fría y cortante?

Pues no. En realidad, nunca. Pero el miedo a que los hombres de Frank me encuentren me tiene paranoica. Evito al máximo a los desconocidos. No obstante, cuando miro de nuevo al tal Gabriel, suavizo la tensión con la que aprieto los labios. Es un vecino más de Elberta y yo estoy comportándome como una imbécil.

—Perdona, es que... el cambio de ciudad me tiene un poco irritable.

—Ya veo.

—Llevo viviendo aquí un mes.

—¿Tanto tiempo? Entonces el fallo es mío, debería salir más a pasear por aquí. —Me sonrío de nuevo—. ¿Y qué te ha traído al condado de Betsie? Hay sitios mucho mejores que este, y más divertidos.

—Sí, bueno, es que... necesitaba tranquilidad.

—Aquí tenemos mucho de eso. Demasiado. ¿Conoces ya a alguien del pueblo? Puedo presentarte a mis amigos.

—Vivo con mis primos —miento, intentando que mis palabras suenen naturales.

—¿Quiénes son? Seguro que los conozco.

—Savannah y Zane Rivers.

—¿Conque prima de Zane, eh? Nos conocemos desde niños, pero le perdí la pista cuando lo metieron en la cárcel.

—Ya lo han soltado.

—Sí, eso me han dicho. Aquí las noticias vuelan.

Cuando estoy a dos calles de casa, freno en seco y vuelvo a sonreírle, intentando no parecer tan cortante como al principio.

—Un placer conocerte, Gabriel.

—Me acabas de despachar de un modo muy diplomático, sí, señor. Me río.

—Gracias por devolverme el ketchup.

—Para eso estamos los vecinos, ¿no?

—Claro.

—Supongo que nos veremos por aquí a menudo. Nunca había conocido a ninguna Bunny, y me encantaría volver a verte, aunque solo sea para demostrarles a mis amigos que no estoy mintiendo con tu nombre.

—Nos veremos —asiento, sin poder evitar sonreír.



El garito de Will Featherstone está mucho más concurrido que de costumbre. Supongo que tiene mucho que ver que sea Halloween y que mañana nadie trabaje. Huele a cerveza derramada y a tabaco rancio. De hecho, el humo forma una densa neblina que se enreda en las vigas de madera ennegrecidas, sobre nuestras cabezas. La luz es tenue y ambarina; apenas se distinguen las fotografías náuticas que revisten las paredes.

Al igual que en el resto de las construcciones de Elberta, el suelo es de madera y cruje cada vez que alguien pasa por nuestro lado. La música suena a un volumen considerable en una emisora que solo pone rock clásico y country. Es un sitio pintoresco, el único bar donde tomar algo en el pueblo, ya que la cafetería donde trabajamos Savannah y yo cierra a las cuatro de la tarde.

A nuestro alrededor, algunos vecinos beben, bailan y juegan al billar disfrazados de los típicos personajes de las pelis de terror. La mayoría lleva tal borrachera que, en lugar de dar miedo, lo que provocan es pena.

—No, en serio, cuando tenga pasta, pienso largarme de aquí —comenta Savannah, apurando su cerveza tras recolocarse los cuernos de diablesa que lleva puestos a juego con su disfraz.

—¿Y adónde vas a ir? En Elberta se vive bien —pregunta Briar, quien lleva un sencillo traje de india.

—No sé, ¿Nueva York? ¿Los Ángeles? ¿Nevada? Cualquier lugar con más vida que esto.

—No hay nada mejor que este pueblo y lo sabes —interviene Riley, apoyando con fuerza su vaso. Ha bebido bastante y una sonrisilla tonta le baila en los labios. De hecho, apenas queda rastro de su disfraz de Estatua de la Libertad, solo la túnica—. Aquí están los tíos más buenos, el clima más guay y el lago más grande del mundo.

—El lago más grande está en la frontera con Canadá —resopla su hermana.

—Ya habló la maldita sabelotodo.

—Riley, deja de beber —resopla Savannah y le arrebató el vaso.

—Estoy de putísima madre.

—No, en serio, no bebas más —le aconsejo con voz suave.

—¿Esperas que le haga caso a una japonesa poseída?

—Voy de Cleopatra, idiota.

—Pues yo quiero bailar. —Se levanta de su silla y trastabilla hasta que se apoya en mi muslo.

—Siéntate y deja de hacer el ridículo —le riñe Briar, cruzándose de brazos—. Mañana todos le irán con el cuento a papá.

—¡Tenemos veinticinco malditos años! ¿Qué más me da?

—Tu padre es el médico de Elberta, no le jodas la reputación, anda —le aconseja Savannah, pasándole una botella de agua.

—Qué aburridas sois.

La conversación vuelve a calmarse y yo saco mi teléfono del bolsillo para entrar en mis redes sociales. Llevo haciéndolo sin parar desde que descubrí a Zane entre mis seguidores. A veces, solo miro su nombre en la lista para asegurarme de que no lo he imaginado. Otras, me siento tonta por malgastar el tiempo contemplando un simple nombre en la pantalla.

—¡Chicas, no miréis hacia la puerta! —salta Riley, abriendo los ojos de golpe—. ¡Los Santos están aquí!

—Los que faltaban —resopla Savannah—. Tengo a mi hermano y a sus amigos hasta en la sopa.

—Dios, Sav, ¿cómo dices eso? Con lo guapos que son —suspira Briar, mirándolos de reojo.

Yo también lo hago, pero con disimulo.

Zane, Beau y Easton saludan a varios vecinos que toman una cerveza en la mesa más alejada. No van disfrazados. De hecho, son los únicos que visten normal, pero, aun así, llaman mucho más la atención que el resto. Poseen un aura que los hace resaltar.

De improvisto, el hermano de Savannah gira la cabeza y nuestros ojos colisionan durante unos segundos. Se me corta la respiración cuando lo veo sonreírme con esa chulería desbordante. Aparto la mirada como un resorte, con el corazón latiendo a un ritmo imposible. No sé qué demonios me ocurre; es la primera vez que un tío hace que mi cuerpo y mi mente se contradigan de esta forma. Había decidido ignorarlo, joder, no ponerme cardíaca con una maldita mirada.

Doy un pequeño sorbo a mi cerveza y finjo prestar atención a la conversación entre Savannah y Briar, como si fuera lo más interesante en el mundo. Pero entonces...

—Buenas noches, señoritas —es Beau. Mierda. Lo descubro a mi izquierda, sonriente, con esa formalidad con la que nos tiene acostumbrados y ese semblante de chico poderoso que derrocha seguridad.

—Hola, Beau —lo saluda Riley, mirándolo casi con adoración, como si en el bar no hubiese más gente. Sin embargo, él apenas le presta atención; sus ojos se posan en la hermana de su amigo.

—Savannah, ¿no me dices nada?

—¿Y qué quieres que te diga?

—No lo sé, un «hola» estaría bien, ¿no? Que yo sepa, todavía somos amigos.

—Un buen amigo que me dejó tirada cuando le pedí un pequeño favor —refunfuña ella.

—Sabes por qué lo hice. —La rodea por los hombros y la besa en la frente, de forma fraternal—. Estaba atado de pies y manos, princesa.

—Te faltan huevos. No pasa nada.

—Tío, te ha calado —se ríe Easton, de pie a su lado.

—Tú cállate, gigante. A lo tuyo.

Zane está tras de mí.

Percibo su presencia a mi espalda, aunque permanezca en silencio. No lo veo, me niego a girarme, pero sé que está ahí. Si echase el cuerpo hacia atrás, podría apoyarme en él. Sin embargo, sigo recta, con el cuerpo tenso como una barra de hierro y los latidos desbocados desde que lo he descubierto en el bar.

Cuando Beau se da por vencido con Savannah, se marchan hacia una de las mesas de billar para echar una partida; entonces meuerzo a dejar de ser tan patética y a respirar con normalidad.

—Van a ir a ese club —murmura Riley, mirando a Beau sin ningún disimulo.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi amiga, apoyando los codos sobre la mesa.

—Que Beau va a ir al club sexual esta noche —repite convencida.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—No me lo ha dicho nadie, pero lo sé. —Nos mira a todas con una leve sonrisilla—. Tenemos que ir.

—Conmigo no contéis —salta su hermana, poniendo los ojos en blanco—. Ya te acompañé una vez.

—¡Ni siquiera entraste!

—¡Que no voy!

—Yo tampoco —sentencia Savannah, negando con la cabeza.

—¡Sav! ¡No puedes dejarme sola en esto!

—¡Oh, joder, claro que puedo! —se ríe—. No quiero que nadie me descubra allí. Y mucho menos mi hermano o sus amigos. Además, no me apetece ver a ninguno de ellos follar con nadie, puedes estar segura. Acabaría traumada para toda la vida.

—Pues no mires.

—Riley, vete a la mierda.

La pelirroja pone cara de pena, pero como sabe que no va a convencerla, cambia de táctica. Se gira hacia mí y me sonrío con un mohín de niña buena.

—¿Quinn? ¿Quinnie? ¿Mi Quinnie querida?

—Deja de llamarla así —bufa Briar, cruzándose de brazos.

—¿Me acompañas tú? —continúa la otra, tomando mi mano e ignorando a su hermana—. ¿Por favor?

—No se me ha perdido nada en ese sitio, Riley —respondo con voz serena.

—Ya lo sé, solo quiero que alguien me acompañe.

—No sé si aguantaría mucho tiempo viendo esa clase de cosas.

—Solo será un rato, te lo juro. El tiempo justo para poner celoso a Beau y que se dé cuenta de que me quiere a mí y no a las fulanas esas con las que folla.

—Beau pasa de ti —se entromete su hermana.

—¡Tú, cállate, nadie te ha preguntado!

—No vas a arrastrar a Quinn a ese sitio —habla ahora Savannah.

—¡Es ella quien tiene que contestar, no vosotras! ¿Quinnie? ¿Qué me dices?

Me mira con esa carita de pena y súplica que me siento en un gran aprieto. Mierda. Sé que es una locura, pero también está mal dejar que Riley vaya sola. No sabemos si es peligroso. Podrían aprovecharse de ella, echarle algo en la bebida o yo qué sé. Joder, no quiero ir, no quiero ir, no quiero ir, pero...

—Está bien, yo te acompaño. —La señalo con el dedo índice—. Un rato y después nos vamos a casa.

—Un ratito de nada, prometido.

—Y si la cosa se pone turbia, nos largamos incluso antes.

—Te doy mi palabra. —Entonces salta y me abraza fuerte—. ¡Ay, Quinn, sabía que eras una tía guay! ¡Qué buena amiga eres, la mejor, no como otras!

Cuando me suelta, noto el peso de la mirada preocupada de Savannah sobre mí. Sé que no le gusta que vaya, pero somos mayorcitas y no va a prohibírmelo.

—¿Estás segura? —pregunta en voz baja.

—No, pero no podemos dejarla sola.

—Joder, llevad el teléfono siempre encima por si necesitáis...

—Savannah, es un club sexual, no la Matanza de Texas —resopla Riley.

—¡Tú cállate, al final te has salido con la tuya y vas a hacer que Quinn se meta en ese sitio! ¡Y todo por ir detrás de un puto tío que

no te hace ni caso!

—Sí, sí, sí... —Apenas le presta atención—. ¿Nos vamos, Quinn? Hay que conseguir un taxi que nos lleve a Frankfort.

—Primero voy a casa a cambiarme de ropa. Ni de coña iría a ese sitio con un disfraz de Cleopatra. Cuanto menos llamemos la atención, mejor.

—¿Por qué tan pronto? —se entromete Briar, a quien tampoco le gusta la idea de que su hermana regrese a ese club—. Los Santos todavía no se han ido. Ni siquiera sabes si van a aparecer.

—No quiero que piensen que los seguimos. Cuando Beau me encuentre en el club, creará que ha sido una feliz coincidencia. Lo tengo todo calculado.

9

Quinn

No sé qué estoy haciendo aquí.

Cuando el taxi nos deja frente a la entrada del Obsidian, tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no dar media vuelta y regresar a Elberta con el rabo entre las piernas. Ahora más que nunca dudo de mi decisión de acompañarla.

Es una auténtica locura, joder. Podría ponerme en peligro si alguien me reconociera, si alguien me relacionase con Frank Lucchese. Pondría en riesgo incluso a Savannah.

Mis ojos se clavan en el oscuro cartel donde reza el nombre del club y trago saliva al sentir la mano de Riley enredarse con la mía, empujándome hacia el interior del recinto.

—¿Los de seguridad nos dejarán pasar? —le pregunto en voz baja, casi temblorosa—. Todo el mundo va bien vestido y nosotras llevamos deportivas.

—Somos mujeres y estamos buenas; no pondrán ninguna pega.

—Y si es tan exclusivo, ¿no necesitaremos una invitación para entrar?

—Te lo repito, Quinn: somos mujeres y estamos buenas. Esa es la única invitación que necesitamos.

—Genial —bufo entre dientes, con la esperanza de que nos prohíban el paso y tengamos que marcharnos.

—Es un sitio chulísimo, a mí me encantó. Y hay más tíos buenos de los que he visto en mi vida. Beau tiene suerte de que esté loca por él, porque aquí hay variedad, y de la buena.

Al llegar a la puerta, mis ilusiones se desmoronan mucho más rápido de lo que jamás habría imaginado. Los dos guardias ni

siquiera se lo piensan cuando aparecemos frente a ellos y nos hacen una señal para que entremos.

Riley da un par de saltitos cuando cruzamos las pesadas puertas de hierro y vuelve a tirar de mi mano hasta que entramos en una amplia sala iluminada por lámparas doradas de diseño que penden sobre las mesas. Para mi total sorpresa, aquí no hay nada obsceno ni escandaloso. Solo personas conversando entre cócteles y risas que entremezclan miradas cargadas de deseo. De hecho, esto no tiene pinta de club sexual, sino un bar *lounge* bastante exclusivo.

Sofás de terciopelo oscuro, mesas bajas, música envolvente, una atmósfera de intimidad y unas gruesas cortinas al fondo que, presumiblemente, conducen a las salas privadas... a las que no tengo la mínima intención de entrar.

—¿A que no era para tanto? —comenta ella con ligereza, conduciéndome hacia uno de los sofás para tomar algo—. La verdadera aventura está al otro lado de esas cortinas, Quinnie.

—¿Tú cruzaste al otro lado?

—Sí, pero apenas miré. A ellos no les importa. Hay salas con espejos para *voyeurs*. —Me guiña un ojo—. Vi a Easton. Le encanta exhibirse.

—¿Lo viste follando?

—Llevaba una máscara que le ocultaba el rostro, pero era él. Lo sé. Se estaba tirando a una tía por detrás mientras ella se la chupaba a otro.

—Joder.

—Al que no encontré fue a Beau. No estaba allí. Las salas sin espejos son privadas y no se puede entrar si ninguno de los participantes te invita.

—¿Y...? ¿Y Zane? —Mis labios actúan por sí solos. No sé por qué he preguntado por él. Me arrepiento al segundo, justo después de pronunciar su nombre.

—¿Zane? Pues no sé. —Frunce el ceño—. Supongo que también andaría por aquí. No me fijé, estaba demasiado ocupada buscando a mi chico.

Un camarero nos trae un cóctel coronado por una divertida sombrilla y nos indica que nos invita el caballero trajeado que nos

saluda desde la barra. Es de mediana edad, tiene el cabello salpicado de canas y una poblada barba oscura perfectamente recortada.

—Mira, Quinn, ya tenemos un admirador —comenta Riley, elevando el cóctel y brindando con él desde la distancia. Yo ni siquiera toco el vaso. La forma en la que ese tío nos mira es rara—. ¡Bebe al menos, no seas desagradecida!

—No sé si me gusta esta situación, Riley.

—¡Es una simple copa, no pasa nada!

Sé que la duda reflejada en mi rostro debe de ser evidente. Acepto la copa a regañadientes y doy un pequeño sorbo, degustando el fuerte sabor del ron. Al verme aceptar su regalo, el hombre de la barra sonríe complacido y se levanta de su asiento, aproximándose a nosotras.

—¡Joder, que viene! —le advierto a Riley, palmeando su muslo.

—Ya, es normal, querrá hablar un poco y romper el hiel... ¡Dios! ¡Quinn, no mires! ¡Están aquí! ¡Los Santos! —Bufa para calmar los nervios y se muerde el labio, eufórica—. ¡Sabía que vendrían! ¡Espérame aquí!

—¡Eh! ¿Pero adónde vas? —Entro en pánico al verla incorporarse.

—¿Adónde crees? ¡A las salas! Tengo que llegar antes que Beau.

—¡No puedes dejarme sola! —Por el rabillo del ojo descubro al tipo de los cócteles cada vez más cerca—. ¡No me dejes con él!

—No seas dramática, tú solo habla y ya está.

Y se larga.

Y yo tengo que obligarme a controlar las ansias de salir huyendo que me invaden en este preciso instante. ¿Cómo coño he permitido que Riley Hoshino me convenciese para venir a este sitio? ¿Y qué mierda de amiga me deja sola después de haber aceptado acompañarla?

Me lo tengo merecido, maldita sea. Esto me pasa por tonta, por no hacerle caso a Savannah.

Desde el sofá, la veo apartar la cortina y desaparecer de mi vista tan campante en las salas *swingers*, dejándome a mí sola para apañármelas con el marrón.

Entonces, un movimiento frente a mí me alerta de que vuelvo a tener compañía. Cuando levanto la mirada, descubro al tipo de la barra premiándome con su mejor sonrisa. Es alto, agradable a la vista, pero la forma en que me observa sigue sin gustarme nada. Parece que acaba de encontrar un dulce caramelito que tiene intención de devorar.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunta con una voz grave que me incomoda.

No sé qué contestar. Me he quedado bloqueada. No puedo hacer más que mirarlo y abrir la boca sin que las palabras logren brotar de mis labios.

—Es... es que... yo...

—Te has quedado muy sola.

—Mi amiga viene enseguida.

—Puedo hacerte compañía mientras tanto y hablar de... ieeeh! — De repente, el tipo sale despedido hacia un lado cuando alguien lo empuja con violencia. Está a punto de caer al suelo; si no lo hace, es gracias a que logra sujetarse a un pilar—. ¡¿Pero qué demonios te pasa?!

Cuando mis pupilas colisionan con las de Zane, su rostro está deformado por una ira tan inmensa que me hace estremecer. El hermano de Savannah da unos pasos hacia el otro, con esa expresión vacía y carente de emociones que tan bien conozco.

—Largo de aquí —susurra entre dientes.

—¿De qué vas? ¡Me has agredido! ¡Voy a llamar a seguridad!

—Hazlo, si quieres acabar con el cuello partido en tres, gilipollas.

—¿Pero qué cojones...? ¡No te conozco de nada!

—No se te ocurra volver a acercarte a ella. ¡No le hables ni la mires!

—¡Ha aceptado mi copa! ¡Si tu chica no sabe lo que significa eso, deberías explicars...!

—¡Que te vayas, hostias! —Alarga el brazo hasta la mesa donde descansa mi copa y le lanza el alcohol que queda dentro a los pies—. Aquí tienes tu mierda de cóctel.

Zane no le quita la vista de encima hasta que el tipo desaparece por la puerta de los servicios para secarse el alcohol que le ha

empapado los pantalones. Continúa de pie frente al sofá, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, los ojos convertidos en dos bolas de fuego helado y la mandíbula rígida como el acero.

Su figura es tan alta e imponente que todo se me antoja mucho más pequeño a mi alrededor. Oscuro, perverso, controlador. Es como un diablo que se ha propuesto llevarme con él al infierno.

—Levántate de ahí —ruge sin siquiera mirarme.

No tiene que repetirlo dos veces.

Aunque me cueste admitirlo, me alivia que Zane esté conmigo en el club al que me ha arrastrado mi supuesta amiga. Sí, es un maldito psicópata que va a terminar volviéndome loca. Pero es un psicópata conocido. El mal menor.

Una vez a su lado, mis ojos y los suyos vuelven a encontrarse, y lo que leo en ellos me hace jadear. Jamás lo había visto tan furioso.

—¿Qué coño haces en este puto sitio, Quinn?

—Estoy... Estoy acompañando a Riley. Ella me pidió...

—¿La maldita Riley Hoshino, que no tiene ni tres neuronas funcionales en la cabeza, te dice que vengas a este antro y a ti te parece bien?

—No quise dejarla sola.

—Pues ella no se lo ha pensado dos veces para dejarte a ti —susurra, acercando su rostro al mío.

—No hace falta que me lo restriegue más. Ya me he dado cuenta.

—Y encima se te ocurre beber de la copa de ese cabrón.

—No pensé que eso significase nada.

—¡Aquí cada gesto significa algo! ¡No sé dónde piensas que estás!

—¡No me grites, Zane! —le planto cara, perdiendo los nervios—. ¡Sé dónde me he metido, ¿vale?! ¡No soy tonta!

—Ahora mismo, lo dudo.

—¡Bien, pues entonces ya puedes marcharte! ¡Ninguno de los dos queremos que pierdas el tiempo con una tía tan tonta como yo!

—No hasta que cruces esa puerta y desaparezcas de este lugar.

—A ver si lo he entendido: ¿tú puedes estar aquí pero yo no?

—Exacto.

—Joder, eres un egoísta de mierda.

De improviso, aferra mi brazo y me pega a él con tal fuerza que mi nariz choca con la suya. En sus ojos se refleja un fuego que lo devora todo y su aliento golpea mis labios sin piedad.

—Vete. De. Aquí.

—¿Y si no quiero hacerlo? —me envalentono—. ¿Y si lo que de verdad me apetece es entrar en una de esas salas y que me destrocen, que me follen más duro que nunca? ¿También me lo vas a impedir?

Durante una milésima de segundo, veo a Zane abrir los ojos por lo que acabo de soltar. Lo he pillado por sorpresa y, por primera vez, descubro algo más en él que enfado y agresividad. Sin embargo, el destello dura demasiado poco; recupera su semblante inexpresivo de inmediato.

—¿Eso es lo que te gusta? ¿El sexo duro?

—Puede —respondo con frescura.

—¿Quieres que esos gilipollas de ahí dentro te usen como a una puta mientras varios enfermos miran a través de un cristal?

—¿Por qué no?

Zane no contesta; se limita a escrutarme, procesando mis palabras. Lo he dejado sin habla, y para mí eso ya representa una victoria. Por primera vez, le he ganado una batalla al hermano de Savannah.

—Muy bien, conejita —responde con voz tensa—. Si eso es lo que quieres, haremos que tu deseo se cumpla.

—¿Q... qué? —Ahora la sorprendida soy yo. ¿De verdad ha dicho lo que acabo de escuchar?

—Vamos, camina.

—¿A... adónde?

—A una de las salas. —Aferra mi brazo, obligándome a seguir su compás implacable.

—¡Espera, espera, Zane! —En mi rostro se refleja el pánico—. ¡Zane!

—¿Qué pasa ahora?

—Es que...

—¿No me digas que ya te has arrepentido y vas a escaquearte como una sucia cobarde?

Se está mofando de mí. Lo percibo en el brillo malicioso de sus ojos. Sabía desde el principio que mis palabras eran un farol y que solo lo decía para retarlo. Me está echando un pulso. El maldito Zane Rivers quiere comprobar hasta dónde soy capaz de llegar antes de rendirme y pedirle ayuda.

Joder, ¿de verdad he provocado yo esto? ¿De verdad me he metido yo sola en la boca del lobo?

Sé que lo más sensato sería admitir que estaba mintiendo e irme a casa con el rabo entre las piernas, pero esa forma tan chulesca que tiene de mirarme hace que me rebele y me apetezca coserle la boca con hechos.

Voy a hacerlo. Mierda. ¿Por qué no aprendo a callarme de una maldita vez?

Zane se ha detenido. Espera a mi lado con esa sonrisa oscura y la certeza de que echaré a correr de un momento a otro. Y me niego a concederle ese gusto.

—Sé caminar sola, no necesito que me cojas del brazo —replico, dando un fuerte tirón para soltarme.

Entonces avanzo con paso firme hacia las pesadas cortinas que separan el bar del lugar al que juré no entrar jamás. Pero allá voy, aunque sé que es el mayor error de mi vida y que me arrepentiré en cuanto me vea rodeada de extraños desnudos, dispuestos a ponerse en fila para follarme.

Espero al menos no vomitar.

¿En qué momento se ha torcido tanto esta maldita noche de Halloween?

No miro atrás, pero sé que me sigue. Zane me pisa los talones en silencio, esperando mi rendición. Trago saliva frente a las cortinas. Me prohíbo dejar que el miedo gane la partida. Las aparto y entro en esta nueva estancia.

Nada más cruzar el umbral, noto que las luces son mucho más tenues y rojizas. Estoy en un amplio salón decorado con sofás circulares y envuelto en una música hipnótica, rodeado de puertas: algunas cerradas, otras abiertas.

En la pared de la derecha, un gran cuadro con las tres normas fundamentales del club: respeto, consentimiento y confidencialidad.

Maldita sea, ¿dónde se ha metido Riley? Necesito que aparezca, que me rescate de este lugar. Que se haya cansado de jugar a esta mierda y me pida volver a Elberta. Ella es mi única tabla de salvación. No obstante, en esta sala no hay nadie. Todo el mundo ha entrado en las habitaciones y a mis oídos llega un débil murmullo y gemidos lastimeros de placer.

Me obligo a seguir adelante, adentrándome en el lugar.

Tras recorrer unos metros, las encuentro: unas cristaleras transparentes que exhiben lo que ocurre dentro de uno de los cuartos.

Dentro, tres mujeres comparten una cama inmensa; dos morenas y una castaña. Están dándole placer a un mismo hombre. Todos desnudos, se tocan sin pudor. Una de ellas le come la polla con un hambre voraz; sus labios se tensan cada vez que lo acoge en su boca, lubricando con su saliva el falo erguido. Las otras dos lo besan y se acarician buscando su propio éxtasis.

Trago saliva con la garganta reseca. Los gritos y los gemidos se filtran en mis oídos como una melodía embriagadora. Me muerdo el labio inferior cuando el hombre se corre en la boca de ella. Un latigazo de placer me recorre el vientre; tengo que apretar las piernas con fuerza para aliviar lo que empiezo a sentir.

Una de las morenas eleva la mirada y me sonríe sugerente. Sabe que los observo y, lejos de molestarse, me hace un gesto para que me una a ellos. Niego débilmente con la cabeza, rechazando su invitación, y doy un paso hacia adelante, para continuar. No obstante, una de las puertas se abre y de ella aparece un tipo enorme con una máscara oscura ocultándole los ojos.

Viste únicamente unos tejanos oscuros. Descalzo. Sin camiseta. Deja al descubierto un torso perfecto y musculoso que no me resisto a mirar.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos por aquí? —pregunta Easton con una voz grave y oscura, acercándose con una elegancia felina que me obliga a retroceder. En las distancias cortas, parece todavía más alto. Es un verdadero gigante.

Al intentar retroceder, choco con otro muro que me impide la huida. Zane. Estoy atrapada entre sus cuerpos mientras Easton se

acerca más y más.

—¿Esto es lo que quieres, conejita? —susurra el hermano de Savannah en mi oído, al tiempo que apoya el mentón en uno de mis hombros.

No puedo contestar. Mi mente ha decidido abandonarme justamente ahora. Lo único que puedo sentir es a Zane a mi espalda, su cuerpo duro, sus manos que comienzan a ceñirse a mi cintura. Veo el torso musculoso de Easton y su rostro cubierto por la máscara.

Empiezo a temblar. No sé si es anticipación o miedo. Tampoco sé si quiero ser el juguete de estos dos hombres. Easton es muy sexi, pero hay algo en él que me frena. No termina de excitarme. Conforme más se aproxima, más me pego a Zane para guardar las distancias con el otro. Me cobijo en su calor, en sus manos grandes sobre mi cintura.

Easton sonrío con una oscuridad depravada y levanta la mano para acariciarme el brazo. Está deseando tocarme, puedo verlo en la intensidad de su mirada tras la máscara. Sin embargo, justo antes de rozar mi piel, Zane se lo impide. Le aparta la mano y niega con la cabeza en silencio, contundente.

—¿No? —pregunta el otro, arqueando las cejas.

—Ve a divertirte a otra parte, East —ordena, dando un golpe de cabeza hacia la sala de la que acaba de salir.

El gigante se queda en silencio, clavando sus ojos oscuros en mí con mucha intensidad. Siento que me observa como si fuera la primera vez que me ve de verdad, como si hasta ahora no me hubiera prestado atención. Luego, traslada su mirada a Zane y una lenta sonrisa curva sus labios.

—Qué hijo de puta. —Escucho su risa queda mientras se da la vuelta y se aleja—. Divertíos, cabrones.

Cuando volvemos a estar a solas, cierro los ojos y suspiro aliviada. Y sé que algo tiene que funcionar mal en mi cabeza para sentir tranquilidad con Zane Rivers todavía pegado a mi cuerpo. Él es el mayor peligro al que puedo exponerme dentro en este maldito club. Sin embargo, hay algo en su forma de tocarme, en el modo que

rodea mi cintura, que me hace desear que no se aparte, que siga reclamándome con esa enfermiza posesividad.

Sí, definitivamente mi mente debe haber cortocircuitado, porque cuando noto que su mano se abre sobre mi abdomen y me aprieta contra él, me limito a suspirar, esperando que no se detenga. Y no tiene intención de hacerlo; sus dedos encuentran el camino bajo mi jersey para acariciar la piel de mi vientre. Siento el calor de su aliento en mi nuca, su respiración profunda en mi espalda y la dureza de su polla apretada contra mis glúteos.

Zane alarga el brazo hasta pulsar un interruptor. Al instante, el cristal de la habitación se vuelve opaco. Ahora solo nos refleja a nosotros, de pie en la semioscuridad. Él pegado a mi espalda mientras me toca bajo el jersey. Mirándome con tal intensidad que mis piernas tiemblan de pura anticipación.

Sus dedos descienden lentamente hasta el borde de mis pantalones, acariciando la fina piel de mi monte de Venus. Sonríe al ver que apoyo la cabeza sobre su hombro.

—¿Regresamos a casa? —susurra en mi oído, provocándome un escalofrío que me eriza los brazos.

—No.

Sus dedos se internan en mis pantalones y rozan la unión de mis labios, haciéndome jadear sin remedio. Nuestro reflejo en el espejo, con Zane tocándome de esa manera, es la imagen más estimulante que he visto nunca.

—¿Quieres que te folle, Quinn?

—No lo sé.

—No me mientas. —Me muerde el cuello con hambre voraz y presiona sus dedos sobre mi sexo hasta dar con mi clítoris, sensible e hinchado por las ganas—. Eres una conejita mala, ¿sabes?

Estimula el delicado botón entre mis piernas y un gemido lastimero se escapa de mi garganta.

—Zane...

—Estás empapada, joder. —Acelera el ritmo de sus dedos sobre mi sexo al tiempo que aprieta más la polla contra mí para que note lo cachondo que está—. ¿Estás así de mojada por mí?

No puedo responder; la velocidad con la que me masturba me obliga a gemir con desesperación y a cerrar los ojos, hundiéndome en un océano de placer como nunca he experimentado.

—Abre los ojos, Quinn. No se te ocurra cerrarlos —me ordena mientras me sujeta la barbilla con la otra mano—. Mírate en el cristal. Míranos. Quiero que veas con todo lujo de detalles cómo voy a follarte el coño con los dedos. Cómo te corres en mi mano como una buena chica.

Introduce dos dedos en mi profundidad, penetrándome con dureza, arrancándome un grito. Zane no es dulce, no es delicado conmigo, sino todo lo contrario. Me muerde el cuello, me inmoviliza para tenerme donde él quiere, me masturba con rabia. Y esa mezcla de placer y dolor está a punto de hacerme estallar. No sé cómo lo logra, pero lleva mi cuerpo a un límite que desconocía.

Nuestro reflejo es lo más erótico que he visto en mi jodida vida. Su brazo, bronceado y fibroso, se mueve a un ritmo frenético. Su rostro, hermoso y cruel. Sus ojos grises con esa tonalidad helada, que ahora parece arder en un fuego que nos consume a ambos. Su cuerpo alto y fuerte, pegado a mi espalda, se siente como una enorme mole de granito que impide que haga el mínimo movimiento.

Zane observa cada una de mis reacciones a través del espejo. Por la forma en que aprieta los dientes, sé que disfruta de lo que ve. Me acaricia los pechos por encima del sujetador, amasándolos y pellizcándolos con una cadencia que me vuelve loca. Gruñe al notar mis pezones duros y muy erguidos.

Entonces, me corro. Me desintegro en un orgasmo bestial en sus dedos. Gimo desesperada, retorciéndome contra él mientras sigue bombeando en mi interior, llevándome tan alto como aquella noche en el baño.

El placer se va y vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro, sin dejar de mirarnos en el espejo con la respiración irregular y jadeante. No puedo pensar; apenas me sostengo en pie. Por eso, cuando Zane me obliga a girarme para encararlo y me empuja contra el cristal, mi única reacción es contener el aliento. Se me ha volatilizado el cerebro, el sentido común ha estallado en mil pedazos.

En sus pupilas arde un torbellino de deseo que es incapaz de disimular. Acaricia mi cuello con una mano, obligándome a alzar la vista. Quiere que vea cómo se chupa los dedos con los que me ha follado. Zane los relame a placer, gimiendo en voz alta, excitándose de nuevo como si no acabase de correrme por todo lo alto. Luego, se aproxima y me lame los labios, haciéndome estremecer. Presiona sus dedos contra mi boca hasta que la abro.

—Chupa —me ordena con una voz intensa y oscura que no admite réplica—. Mámame los dedos. Quiero que paladees tu propio sabor, que degustes la exquisitez de tu coño. —Cierro la boca en torno a ellos, obedeciendo sin apartar la mirada de la suya.

Una sonrisa perversa curva sus labios al ver cómo se los succiono. Clava su polla contra mi vientre y gruñe, perdiendo el control.

—¿Te gusta chupar? —Asiento sin dejar de hacerlo—. ¿Te gustaría que, en lugar de mis dedos, fuera mi polla? —Vuelvo a asentir, esta vez con más brío. Zane se muerde el labio inferior y acaricia mi mejilla. Después, niega con la cabeza—. Esta noche no, Quinn. Esta noche voy a destrozarte hasta que me supliques perdón por haber venido a este puto club.

De repente, me hace girar con tal fuerza que mi mejilla termina aplastada contra el cristal.

—Es mi turno —me susurra al oído con una euforia evidente. Tira de mis pantalones y me propina un azote sonoro en el trasero, haciéndome contener el aliento—. Me toca conseguir mi propio placer.

Vuelve a palmearme los glúteos y ríe entre dientes cuando gimo por el escozor. Sus manos ascienden hasta enredarse en las presillas de mis tejanos. Tira hacia abajo, deslizando la dura tela por mi piel y dejando al descubierto la carne nívea de mi trasero, la cual pellizca tan cerca de mi sexo que ahogo un nuevo gemido.

—Me muero por saber si eres tan suave como pareces. Tan delicada. —Introduce de nuevo un dedo en mi interior—. Será todo un placer corromperte, Quinn Granger.

Mete una pierna entre mis muslos, abriéndome para él, y escucho el chasquido de la hebilla de su cinturón al soltarse. Cada sonido,

cada movimiento de Zane, cada roce, es una descarga de adrenalina para mi cuerpo.

Contengo el aliento cuando me penetra de un fuerte empujón, abriéndose paso sin piedad por mi conducto.

Dios, la siento enorme. Tanto como si me hubieran empalado sin piedad. Tengo la carne de la vagina muy sensible por lo de antes, así que, cuando empieza a bombear con una potencia devastadora, cierro los ojos y me muerdo el carrillo, entregada a esa mezcla arrolladora de dolor y placer con la que siempre juega Zane.

—Es jodidamente bueno —gime descontrolado, mordiéndome el cuello—. Eres muy estrecha, conejita. Maldita sea... Me encanta cómo me ordeñas la polla.

Sus manos en mi cintura le sirven de palanca para impulsarse con más fuerza y alcanzar el fondo. Bombea contra mi sexo como un auténtico maníaco. Jamás habría creído que esto fuera posible, pero empiezo a sentir que un nuevo orgasmo va a barrerme muy pronto.

Mi mejilla se desliza por el cristal. Tengo que apoyarme en él con ambas manos para no salir despedida, aunque Zane me sujeta con firmeza. Clava sus dedos en mi costado mientras sigue follándome como el animal desbocado que es.

Estoy tan perdida en mi propio placer que no me percato del cambio hasta que abro los ojos.

El espejo ya no es opaco. No nos reflejamos en él. Por el contrario, vuelvo a ver a las mujeres de antes mientras follan con ese tipo. Zane ha pulsado el interruptor y ahora todos podemos observar lo que hacen los demás. Mis ojos coinciden con los de la morena tumbada en la cama. El hombre embiste contra ella con la misma ferocidad con la que Zane lo hace conmigo. La veo retorcerse de gozo. En otras circunstancias, sería una situación incómoda y rara, pero me lo hace tan fuerte y de una forma tan desesperada que apenas pienso en ello.

Mi aliento empaña el cristal. Mi cuerpo tiembla con cada nueva embestida. Acerca sus labios a mi oreja hasta que lo escucho susurrar:

—¿Esto era lo que buscabas, Quinn? ¿Querías que unos desconocidos te vieran follar? —No puedo responder, me siento

demasiado abrumada por lo que está haciéndome—. ¿Estás contenta?

—Zane... —es lo único que brota de mis labios, además de gemidos desesperados.

—En tu puta vida vas a regresar a este club. Si vuelvo a verte por aquí, más vale que te escondas donde no pueda encontrarte.

10

Zane

El orgasmo engulle a Quinn mientras sigo empujando, desbocado dentro de ella. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta; su mejilla resbala arriba y abajo por el cristal debido a la intensidad de mis embestidas.

Escuchar sus gemidos desesperados al tiempo que su coño me estruja la polla entre fuertes espasmos, hace que también me corra con una violencia acojonante. Solo entonces la saco y me la meneo con brío, manchándole el culo con mi semen y creando un dibujo abstracto sobre su piel. Exprimo sobre ella hasta la última gota antes de apoyar los brazos en el cristal, a cada lado de su cuerpo, para que mi respiración recupere su ritmo normal.

Con los ojos cerrados y el cuerpo sudoroso, intento comprender qué ha sido esta puta locura y por qué me he corrido con más fuerza que en toda mi vida.

Me he follado a decenas de mujeres. La mayoría, más experimentadas que la amiga de mi hermana, pero nunca me había vuelto tan loco empujando contra un coño. La habría partido por la mitad, joder; habría sido capaz de destrozarla por las ganas con las que se lo he hecho. Desde que me la mamó en el bosque, no he pensado en otra cosa que en abrirla de piernas y enterrarle la polla hasta que me pidiera clemencia.

Y lo que más me perturba es que no me ha suplicado que pare. Pensé que Quinn Granger sería como la mayoría de las mujeres y se asustaría al ver la forma en que follo. Que resultaría ser otra princesita delicada y quejica de las que no soporto. Pero no, maldita

sea. ¿Cómo ha pasado esto? Y lo más grave: ¿por qué deseo seguir haciéndoselo el resto de la noche?

Alargo el brazo hasta un dispensador de papel colgado en la pared lateral y le limpio los restos de mi corrida en su culo.

—Recolócate los pantalones antes de que venga alguien —le ordeno mientras me sujeto la correa de los tejanos.

Quinn no contesta. Se limita a obedecer en absoluto silencio, apartándose de mí ahora que la he soltado. Una vez termino de ajustarme los tejanos, apoyo la cadera en la pared y me cruzo de brazos, esperando a que termine.

Desde que nos hemos corrido, la conejita no se ha dignado a mirarme. Me da la espalda y sigue abrochándose los botones como si fuera la tarea más complicada del mundo.

—No tengo toda la noche —insisto, deseando sacarla de aquí cuanto antes.

—Nadie te ha pedido que te quedes.

—¿Perdona?

—Digo que, si tienes prisa, ahí está la puerta. —Se gira por fin, encarándome con el rostro contraído por la culpa—. No hace falta que me esperes.

—Te quiero andando delante de mí hasta que cruces esa puta cortina —exclamo entre dientes.

—No eres mi padre para ordenarme nada, Zane. Soy mayorcita para elegir qué hago con mi vida.

—Yo que tú, dejaría de tocarme los huevos. —La tomo del brazo hasta que nuestras caras quedan muy cerca—. Si tengo que repetírtelo una vez más, no seré tan bueno contigo como hasta ahora.

—¿Que has sido bueno conmigo? ¡Pfff! —Da un tirón para soltarse y comienza a caminar hacia la salida, apartando con un fuerte empujón las cortinas que separan esta sala del resto del bar.

Lo que le he dicho va en serio. Si la descubro otra vez en esta mierda de club, no respondo de mis actos.

Aún noto burbujear en mi estómago la mala hostia que me entró cuando me di cuenta de que Quinn ya no estaba con Savannah en el garito de Will. Sé que mi hermana quiso encubrirla. Me costó tres

intentos y dos amenazas que me confesara la verdad: que su querida amiga de la infancia había venido al Obsidian para acompañar a la imbécil de Riley Hoshino. Casi quemo el puto garito con todos dentro. Así que, por mis cojones, Quinn Granger no vuelve a pisar este tugurio.

Cuando salimos a la calle, el aire helado me golpea el rostro como un cuchillo afilado. Quinn deja de caminar al llegar a uno de los árboles frente al club y se cruza de brazos, con una furia gélida en sus enormes ojos verdes.

La imito. Me planto frente a ella y también me cruzo de brazos, sonriendo con burla y socarronería.

—¿Y ahora qué quieres? —pregunta con voz tensa—. Ya estoy fuera como has ordenado. Así que déjame en paz.

—Monta en la moto. —Señalo mi Indian, aparcada en la acera junto a las de Beau y Easton.

—Tengo que esperar a Riley.

—¡Que montes en la puta moto, Quinn! ¡No vas a quedarte en la calle a las tantas de la madrugada! ¡Nos vamos a casa!

—No la dejaré sola. Si tanto odias este sitio, puedes... ¡Aaah! ¡Zane! ¿Pero qué cojones...? —Me la echo al hombro a pesar de que patatea y me golpea la espalda—. ¡Zane, bájame! ¡Te juro que, como no me sueltes, llamo a la policía!

—Hazlo. Estoy deseando ver sus caras cuando descubran tu identificación falsa.

La dejo caer sobre el sillín y monto delante, introduciendo la llave en el contacto. Cuando mi bestia ruge, giro un poco la cabeza para mirarla.

—Agárrate a mi cintura. —No responde; se limita a hacer un mohín infantil y a cruzarse de brazos, ignorándome—. Te vas a caer.

—Tengo buen equilibrio, gracias, no neces...

Doy puño a la moto y la pongo a dos ruedas, cortando en seco su respuesta. Quinn suelta un grito de terror al sentir que cae hacia atrás y enreda las manos en mi cintura, abrazándome con todas sus fuerzas.

—Así está mejor.

—¡Cabrón! —me insulta al reconocer la burla en mi voz, pero no se suelta. No permito que lo haga, pues recorremos el camino de vuelta a gran velocidad. Me salto tres semáforos, no respeto un Stop y le doy una patada a un cubo de basura dos calles antes de llegar, volcando el contenido en el suelo.

Nada más aparcar en el cobertizo, Quinn desmonta y me empuja con una intensa rabia que no es capaz de reprimir.

—¡Imbécil! ¡Eres un puto loco! —Da media vuelta y entra en casa sin mirar atrás. Me está tocando los cojones, pero estoy cansado y no tengo ganas de otro numerito, menos aún con Savannah delante. Así que me limito a dejarlo estar y a disfrutar de la panorámica de su trasero redondito hasta que cruza la puerta.

Quito las llaves del contacto y entro en casa siguiendo sus pasos. Nada más poner un pie dentro, veo a mi hermana cruzar hacia el salón con el ceño fruncido y una mirada extraña.

—¿Y a ti qué te pasa? —rumio al pasar por su lado.

—¿Qué le has hecho a Quinn?

—¿Qué se supone que le he hecho?

—Ha llegado muy rara y se ha encerrado en su habitación sin querer hablar conmigo. —Suspira y me mira con agobio—. No tendría que haberte dicho que fue al Obsidian. Lo que haga no es nuestro problema, Zane.

—Error. Vive en mi casa, con mi hermana. Lo que haga tu amiga sí es mi puto problema. —Me quito la chupa de cuero y la lanzo sobre el sofá.

—Al menos dime que no has sido demasiado duro con ella.

—Está perfectamente, ¿no la has visto? Ya se le pasará el berrinche. —Le doy un beso en la frente—. Me voy a la cama. Mañana tenemos mucho trabajo en el taller.



La lluvia cae con fuerza sobre el tejado de chapa del almacén, por lo que la música que suena desde la pequeña radio que tenemos en la estantería apenas se escucha.

Dicen en las noticias que es posible que este fin de semana caigan las primeras nevadas, lo que significa que habrá retrasos en las piezas que esperamos para terminar de restaurar el Lincoln que le robamos a los Nyctra.

Me habría encantado estar allí para verle la cara de gilipollas a Vargas al darse cuenta del engaño; y de que, además de las piezas, el coche y la carrocería del Rolls-Royce, también me llevé su moto. Sé que le costó años comprarla, y ahora es mía. Eso le pasa por tocarnos las pelotas. Estoy deseando ver su próximo movimiento, porque lo habrá. Conozco a ese imbécil; no dejará pasar la ocasión de vengarse, y cuando ocurra, estaré esperándolo para reventarlo a palos.

Me saco de la boca el último tornillo y aseguro el nuevo catalizador. Llevo con esto más de una hora. Easton tiene el elevador ocupado con un Pontiac GTO, y trabajar tirado en el suelo es más complicado, pero por fin he terminado con esta preciosidad.

Dejo el destornillador dentro de la caja de herramientas y observo el resultado mientras me limpio las manos con un paño; de repente, alguien me agarra de la pierna y tira con fuerza, haciendo chirriar las ruedas del carro de mecánico. Al salir de los bajos del coche, veo sobre mi cabeza la sonrisilla cabrona de Beau y a Easton sujetándome todavía.

—Día de cobro, señorita —canturrea el hijo del gobernador, agitando un fajo de billetes.

—¿Ya ha pagado el ruso? —Me incorporo del suelo, terminando de limpiarme las manos y apoyo la cadera en la carrocería.

—Otro cliente satisfecho. —Beau, como buen hijo de político, se ocupa de los negocios, los pagos y de conseguir piezas robadas. A él no le va la mecánica, eso es trabajo de Easton y mío—. Cincuenta mil para cada uno.

—No sé cómo permitimos que este vago cobre lo mismo —se queja Easton mientras cuenta su parte—. El trabajo sucio lo hacemos nosotros.

—No te quejes, gigante. Sin mí no habría piezas ni clientes —se defiende Beau, golpeándole el hombro—. Yo soy el intermediario,

Zane se ocupa del trabajo fino y tú eres el cabrón con la fuerza bruta.

—Sigue sin parecerme justo.

—Tienes razón, East. En cuanto se descuide, le robamos su parte —me burlo, y Beau me saca el dedo corazón.

—Idos a la mierda.

Nos reímos; nos encanta joderlo cada vez que cobramos un trabajo. Pero la realidad es que somos un tándem; el negocio no existiría si faltase alguno de los tres.

—¿Has terminado con el catalizador? —se interesa Easton.

—Ha costado, pero sí. Esta preciosidad ya no olerá a gasolina quemada.

—Estupendo. ¿Unas cervezas?

—Claro, gobernador, no vaya a ser que te deshidrates de tanto tocarte los huevos a dos manos —se burla nuestro gigante, haciéndonos una señal con la cabeza para que lo sigamos hasta su apartamento.

Al llegar, ellos toman asiento en el sofá y yo, cerveza en mano, me dirijo al terrario de mi serpiente.

—Ayer me di cuenta de que esa culebra estaba mudando la piel —comenta Easton, tras darle un trago a su botellín—. Qué puta grima.

La pitón está a punto de desprenderse de la piel vieja, y eso significa que sigue creciendo. La saco y tiro un poco hasta que logro desprenderla.

Cuando vuelvo a dejarla en su sitio, sonrío al recordar a cierta conejita aterrorizada mientras la serpiente se enredaba en su brazo.

—A la tía que traje ayer le encantó tu bicho —comenta Easton, apurando su cerveza—. Creo que le gustó más la serpiente que yo.

—A todas las mujeres les gusta mi serpiente. —Le guiño un ojo, divertido. Me siento frente a ellos, subiendo las botas encima de la robusta mesilla auxiliar.

—Pero no es recíproco, ¿eh, Zane? A ti ya no te gustan todas —me pincha Beau.

—¿De qué mierdas hablas?

—Easton me contó lo del Obsidian.

—¿Y qué pasó allí? —Me hago el remolón.

—Joder. —Se ríe, apoyando los codos sobre sus piernas—. Lo primero que pasó fue que entraste en el club. A ese club al que supuestamente tenías tanto asco. Llevabas años sin pisarlo. Incluso desde antes de ir a prisión.

—¿Y qué?

Beau sonríe con malicia.

—¿Te follaste a la amiga de tu hermana?

—¿A qué viene esa pregunta? —Empiezo a ponerme tenso—. ¿Ahora controláis lo que hago?

—¿Para qué mierdas preguntas, Beau? Está bien claro lo que pasó —se ríe Easton—. Si ni me dejó tocarla. La quiso solo para él. Este hijo de puta ya le ha dado un bocado a la única carne fresca que tenemos en Elberta desde hace años.

—¿Y eso te molesta, gigante? —lo reto con hostilidad.

—No me molesta. Tendré mi turno con la dulce Quinn más adelante.

—¿Ah, sí? ¿Estás seguro? —lo interrogo con voz helada.

—Uuuh, Easton, la cosa se pone seria —comenta Beau, mirándome con una sonrisa misteriosa en los labios—. Parece que el tema es espinoso para nuestro psicópata.

—Siempre nos hemos pasado a las mujeres, ¿por qué iba a ser diferente con Quinn? Cuando Zane acabe con ella, será mi turno.

—Si tienes cojones, tócala —respondo impasible, pero apretando el botellín tan fuerte que los nudillos se me ponen blancos.

—¿Eso es una amenaza?

—En toda puta regla.

—Está marcando territorio —advierte Beau.

—¿Estás marcando territorio, Zane? —me interroga Easton, entrecerrando los ojos.

—Parece ser que sí —respondo hostil.

Easton me sostiene la mirada en silencio, tan serio como yo. No pienso apartar los ojos. Ni de puta coña. Entonces, como de la nada, una honda carcajada escapa de su garganta, contagiando a Beau, mientras yo los miro con una mezcla de confusión y asco.

—¿Te lo dije o no, gobernador? —habla Easton, dándole un codazo—. Nuestro Zane está interesado de verdad en la nueva.

—Joder, y tanto. Ha faltado muy poco para que te moliera a hostias.

—Es que es tan putamente evidente...

—¿Por qué mierda habláis como si no estuviera, gilipollas?

—¡Porque te has pillado por una tía! —se mofa Beau.

—¡No me he pillado por nadie!

—¿Y las miraditas que le echas cada vez que la ves? ¿Eso también lo hemos inventado?

—Hemos follado, sí. Pero ya está.

—¿Entonces puedo ir a por ella o no?

—¡Y te retuerzo la polla hasta metértela por el culo, hijo de puta!

—exclamo, lanzándole el botellín a la cabeza.

Easton lo esquivo y el vidrio estalla contra el suelo. Ellos siguen riendo y yo me paso la mano por el pelo para no tirarme encima y quitarles a hostias esas sonrisillas burlonas.

Me siento confuso por actuar así, porque, desde que la masturbé en el baño, me he repetido que no me gusta. Que lo de la otra noche fue un simple polvo, curiosidad, nada especial.

No sé por qué me jode tanto que alguien se fije en ella, pero la realidad es que no quiero que la miren, que le hablen y mucho menos que la rocen, porque soy capaz de destrozar a quien se atreva a intentarlo.

El único con derecho a jugar, corromper y destrozar a esa conejita soy yo.



Cuando llego a casa ya es de noche. Estoy bastante cansado tras el día en el almacén. Lo bueno es que el Lincoln estará listo en una semana para el ucraniano con el que habló Beau por videoconferencia hace unos días.

Tras lo sucedido con Easton y Beau en el apartamento, ninguno ha vuelto a sacar el tema. He tenido tiempo de calmarme.

La parte mala es que sigo sin entender por qué Quinn despierta estas ansias tan brutales de posesión. No sé si es la novedad, si la cárcel me ha jodido la cabeza del todo o si me he obsesionado. Me

da igual. Lo importante es que Beau y Easton ya tienen claro cuáles son los límites. Ahora solo falta explicárselo al resto del mundo y a la propia Quinn.

Me ducho rápido y, vestido únicamente con unos pantalones de algodón, voy descalzo a la cocina, desde donde escucho el murmullo de mi hermana y el traqueteo de los platos. No suelo cenar aquí, pero esta noche esos dos van de cacería al Obsidian, así que he vuelto pronto.

Al entrar, tengo que frenar para no chocar con Savannah.

—¡Aaah, Zane! ¡Qué susto! —exclama cuando me descubre frente a ella y me sonríe abiertamente—. No sabía que vendrías a cenar.

—Easton y Beau tenían algo que hacer.

—¿Somos tu plan B?

—Algo así —bromeo.

—Eres un hermano de mierda, que lo sepas —responde con una sonrisa—. Siéntate. Quinn y yo seremos buenas y compartiremos nuestra cena, aunque no te la merezcas.

—Qué afortunado soy.

—Mucho. —Me besa la mejilla y me abraza—. Coge un plato. Voy a recogerme el pelo, vuelvo ahora.

La veo salir y suspiro, sintiéndome culpable por esos cuatro años lejos. Cuando maté a nuestro padrastro, Savannah se quedó sola. Lo perdió todo, hasta nuestra madre huyó horrorizada. Abandonó a la única persona inocente, a la víctima. Espero no volver a cruzármela, porque si algún día me la encuentro, va a arrepentirse de haberme llevado nueve meses en su vientre.

No se preocupó por su hija tras la muerte de Bruno; simplemente desapareció. Fui yo quien se aseguró de que no le faltara nada desde prisión.

Easton y Beau le entregaban mi parte de las ganancias para que pudiera hacer frente a los gastos de la casa, pues con su ridículo salario de la cafetería no le llega ni para cubrir medio mes.

Mis amigos la vigilaron en mi ausencia, manteniendo a los Nyctra lejos. Se portaron como hermanos. Fueron cuatro años de soledad en la estatal, pero si el tiempo volviera atrás, mataría mil y una vez más al cabrón que se casó con nuestra madre, y lo haría con

muchísima más saña, lo destrozaría y no le dejaría ni un hueso sin partir, porque ese diablo merecía más sufrimiento del que tuvo.

Aparté a un perro desgraciado de nuestras vidas, de la vida de mi hermana. Y lo único que siento es no haberlo matado antes y haber librado al mundo de semejante escoria.

Una vez escucho a Savannah alejarse por el pasillo, levanto la mirada hacia la mesa y descubro que cierta personita ya no está sentada; se ha alejado y mira por la ventana, ignorándome concienzudamente.

Me muerdo el labio inferior al contemplar su cuerpo de arriba abajo. Quinn va vestida con unos ligeros pantaloncitos de pijama en color rosa, con los que se le transparentan las bragas, y una blusa de tirantes a juego que deja a la vista sus delicados hombros. Lleva el pelo recogido en una coleta medio deshecha y la curva de su cuello me resulta tan sexi como el resto de su anatomía. Tengo un serio problema con el cuello de mi conejita. Es mi talón de Aquiles, lo reconozco: tan delicado, suave y huele tan bien...

Camino a paso lento en su dirección. Me coloco tras ella y apoyo los brazos a cada lado de su cuerpo, encajonándola contra la encimera.

—¿También vas a compartir tu cena conmigo? —le susurro en el oído, y me relamo, disfrutando al ver cómo se le eriza la piel de la nuca.

—¿Me queda otro remedio?

—Puedes ser tú mi cena.

—¿De qué coño vas? —Gira sobre sus talones y levanta el rostro enfadado, clavando sus intensos ojos verdes en los míos—. ¿Te divierte esto, Zane?

—Me diviertes tú.

—¿Tengo cara de payaso?

—Tienes cara de ser mía.

Quinn se queda muda durante unos segundos, sorprendida por mi declaración. Abre la boca para responder, pero le tiemblan los labios y titubea:

—Esto... Esto es ridículo. Tú... Tú y yo... no nos soportamos.

—Y, aun así, la otra noche acabamos follando como dos putos desesperados.

—Eso no se repetirá. Fue un error. Eres el hermano de mi mejor amiga. No puedo hacerle eso a Savannah. —Traga saliva y frunce el ceño antes de continuar—: No entiendo por qué te comportas así. Me amenazas, me confundes con tu actitud. A veces tengo la sensación de que estás loco.

Su respuesta me hace reír.

—Hazte la dura, pero ambos sabemos que te mueres por repetir.

Abre la boca, pero antes de que pueda responder, vemos por el rabillo del ojo a Savannah entrar en la cocina. Quinn me empuja, toma distancia y finge una sonrisa, como si nada hubiera pasado.

—Vamos a cenar, estoy hambrienta —dice mi hermana—. Copper nos ha hecho limpiar a fondo y podría comerme un ñu.

Quinn se sienta a su lado y yo frente a ella, con ganas de echármela al hombro y encerrarla hasta que admita que le encantó lo del club. Joder, quizá lo haga.

—Hoy he estado pensando en Acción de Gracias —comenta Savannah, sirviéndome pollo—. Falta poco y no sabemos cuántos seremos ni dónde la vamos a celebrar.

—Easton va a organizar una fiesta en su apartamento, no te preocupes.

—¿Easton? —pregunta, horrorizada—. ¿Easton Walker? Pero si no es capaz de hacer la lista de la compra. Me huelo que este año nos quedaremos sin comer.



Me levanto de madrugada a beber agua. Camino descalzo y con el torso al aire. La casa está cálida por la calefacción. Dejo el vaso y fijo mi atención en la ventana; caen pequeños copos sobre el lago, señal de que mañana amanecerá con una fina capa blanca sobre Elberta, que no nos dejará hasta la próxima primavera.

Seguro que Beau se correrá de gusto con esta primera nevada. El cabrón es un apasionado del esquí. Él y su familia de millonetis lo practican desde siempre.

Contemplo durante unos segundos cómo la nieve se derrite sobre la superficie del agua y salgo de la cocina.

La casa está a oscuras y en silencio total. El único sonido que llega a mis oídos es el ruido blanco que Savannah reproduce en un pequeño altavoz para dormir. Sin embargo, cuando estoy a punto de entrar en mi habitación, escucho algo más.

Gemidos y ruegos desesperados que se han convertido en algo demasiado habitual para mí. Y vienen desde el dormitorio de Quinn.

La conejita sigue teniendo pesadillas.

Abro la puerta y la encuentro abrazada a la almohada, con las mejillas bañadas en lágrimas. La manta está en el suelo y la blusa del pijama se le ha subido hasta dejar su ombligo al aire.

Se nota el sufrimiento en su rostro. Tiene los ojos cerrados con fuerza, los labios fruncidos y la respiración tan rápida como si acabase de correr una maratón.

Me acucillo junto al colchón, a la altura de su rostro, y apoyo una mano en su mejilla. Mis dedos se pasean por su pómulo, juegan con sus pestañas húmedas y bajan lentamente hasta que comienzo a perfilar su boca.

Solo entonces, Quinn da un hondo suspiro al sentir el tacto de mis dedos y empieza a relajarse. Siempre lo hace cuando estoy aquí. Cada vez que me siente. Sé que mañana no se acordará de nada; cuando está despierta rehúye de mí, pero ahora su subconsciente sabe a quién pertenece y se siente segura, aunque no entienda por qué.

Su respiración se normaliza, no llora ni suplica, incluso ha dejado de apretar los labios. Vuelve a estar en calma. La miro con el ceño fruncido, intentando leer sus pensamientos. No obstante, no sé qué le pasa. Vengo cada noche a calmarla y escucho sus lloros sin entender qué le ocurre con ese tal Frank Lucchese al que le ruega piedad. He buscado información; es dueño de un casino en Fort Wayne y tiene líos de drogas, pero no sé qué relación tiene con Quinn.

Savannah me dijo que vino a Elberta huyendo de alguien, y que necesitaba nuestra ayuda. Supongo que es por ese tipo y estoy empezando a cansarme.

No permitiré que esta situación continúe, ni que Quinn siga pronunciando el nombre de otro hombre cada noche. No me sale de los cojones. La única persona que le robará el sueño a mi conejita seré yo.

11

Quinn

La cafetería se llena a partir de las nueve de la mañana y el ritmo se vuelve frenético, como de costumbre. Elberta es un pueblo muy pequeño, pero los vecinos apoyan los comercios locales, así que los negocios prosperan y se mantienen a flote.

El personal que trabaja en la cocina prepara las comandas con diligencia, y los camareros volamos para dejarlas en las mesas con nuestra mejor sonrisa, en busca de una generosa propina.

—Quinn, marchando el pedido de la ocho.

—¡Voy! —Le paso a Savannah la vajilla sucia que he recogido de una mesa que acaba de quedar vacía para que se ocupe de lavarla, y le sonrío a Bob, el nieto del jefe, una vez me llevo la comida que acaban de preparar.

En mi camino me cruzo con una compañera, con la que tengo que hacer malabares con la bandeja para no chocar, y continúo la marcha hasta la mesa situada junto al gran ventanal por el que se ve el lago. Fuerzo una sonrisa cuando llego frente a la señora Miller, nuestra vecina, que viene religiosamente cada mañana a desayunar con una de sus amigas cotillas para ver si pueden sacar información jugosa sobre algún pobre desgraciado. Y hoy, por desgracia, esa desgraciada soy yo.

Ambas mujeres me miran de arriba abajo mientras les dejo los platos sobre el mantel de cuadros. Me hacen sentir incómoda, pero ya estoy acostumbrada a su descaro.

—Que aproveche —les digo con amabilidad.

—Quinn, querida, sírreme un poco más de café antes de marcharte —me pide la señora Miller.

—Claro, ¿usted también quiere, señora Hollister?

—Un poco, gracias.

—Hace tiempo que no veo a tu primo por casa —continúa nuestra vecina en busca de chismes—. ¿No me digas que han vuelto a meterlo en la cárcel?

—Zane está ocupado, pero sigue en Elberta —respondo por obligación mientras relleno su taza.

—¿Y trabaja? ¿O tenéis que mantenerlo vosotras?

—Yo creo que ese chiquillo no trabajará en su vida —añade la señora Hollister con una sonrisa maliciosa.

—Y su pobre hermana... esclavizada en este tugurio por él.

Aprieto los labios y me obligo a continuar sonriendo. No quiero que mi jefe me ponga de patitas en la calle por hablarle mal a un cliente, pero si por mí fuera...

—Sí trabaja, señora Miller.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde?

—Seguro que en algo ilegal. Esos delincuentes nunca se reforman del todo. Estará metido en algún asunto turbio con sus dos amigos —añade la otra.

—El gobernador Whitmer debe de estar muy preocupado; su hijo se junta con gente demasiado problemática. Beau debería seguir los pasos de su padre y dejar de lado a esos maleantes de Easton Walker y Zane.

—Que pasen una buena mañana —me limito a decir, forzando una vez más la sonrisa, y doy media vuelta alejándome a toda prisa.

No sé cómo puede soportarlo Savannah. Yo cada día tengo más ganas de derramarles el café sobre sus cabezas de brujas. Cuando regreso a la barra, me doy cuenta de que mi amiga sonríe entre dientes y me hace una señal para que me acerque a los fregaderos. Sigue lavando platos con diligencia y buen humor.

—¿Qué tal el interrogatorio?

—Me han preguntado por Zane. Estaban muy interesadas por saber si trabaja.

—La próxima vez, diles que se ha hecho trapeceista de un circo itinerante.

—¿De verdad te hace gracia que se metan de ese modo en vuestros asuntos?

—Es nuestro pan de cada día, Quinn. Es lo que tiene vivir en un pueblo como Elberta. Todos se creen con el derecho de opinar sobre nuestra vida.

—¡Quinn, tu hora de descanso! —El señor Cooper, nuestro jefe, interrumpe la conversación y no me da lugar a responderle a Savannah.

—Ya voy. —Me quito el delantal y lo cuelgo tras la barra.

—Venga, a descansar —me anima ella, guiñándome un ojo—. Enseguida te acompaño; tengo que esperar a que Mary Beth se coma el sándwich para que pueda sustituirme.

Para llegar a la sala donde descansamos los trabajadores, hay que cruzar el pasillo de los servicios y pasar por un alargado patio interior en el que no hay más que tierra y los restos de la nieve que cayó la pasada noche. A estas horas está completamente vacía, y en la mesa solo hay un vaso de cartón con los restos de un café a medio terminar que alguno de mis compañeros no ha tirado a la basura.

Me siento en el extremo más cercano a la ventana y miro distraída el lago mientras desenvuelvo el sándwich que me preparé en casa. El cielo está ennegrecido y amenaza tormenta. Es muy posible que siga nevando. Lleva siete días haciéndolo de forma intermitente, pero en muy pequeñas cantidades.

Tras darle el primer bocado al sándwich, saco del bolsillo el teléfono y entro a mis redes sociales, en las que todavía no sigo a nadie más que a Savannah. Sin embargo, en la pantalla aparece el icono de que tengo un par de notificaciones. Cuando veo que ambas son de Zane, el corazón se me vuelve loco una vez más. Le ha dado «me gusta» a otras dos fotos. Muy antiguas, por cierto. Lo que quiere decir que ha estado mirando mi perfil otra vez, ya que una de ellas es la primera instantánea que publiqué cuando abrí la cuenta, cuando todavía estaba en el último curso del instituto. En concreto, la foto del día de mi graduación, en la que salgo con la toga y el birrete mirando a cámara con una sonrisa enorme.

La otra foto a la que ha reaccionado es la de la cicatriz de mi estómago, que entonces lucía enrojecida y fresca, y sobre la que escribí con boli la frase: «heridas de guerra».

Doy un suave suspiro y me llevo la mano al abdomen de forma involuntaria. Paso la yema de los dedos por ella. Ahora apenas se nota; de aquello solo queda una suave línea, algo más abultada que el resto de la piel. Cuando mis ojos se posan de nuevo en el nombre de Zane junto a mi foto, esa intensa inquietud regresa. Ya he perdido la cuenta de las veces que he entrado en su perfil en busca de actualizaciones, pero sigue sin publicar nada. Su cuenta continúa vacía.

No debería darle tanta importancia a que reaccione a mis fotos, o que busque cualquier excusa para acercarse. Esto no está bien, joder. Desde que nos conocemos, no hemos hecho más que pelearnos, masturbarnos y... hasta follarnos. De alguna forma que todavía no comprendo, hemos caído en una especie de círculo vicioso del que no sé escapar, porque, aunque me empeñe en ignorarlo, Zane siempre está ahí, dispuesto a provocarme, a obligarme a rendirme a él.

Es lo más insano en lo que me he visto envuelta nunca. El hermano de Savannah es una *red flag* con patas. Lo más triste de todo es que nunca me había corrido tan fuerte en mi vida ni había sentido ese vértigo con tan solo tener a alguien al lado. Todavía me excito cuando recuerdo lo que me hizo en el Obsidian, delante de aquella gente, con esa perversión y brutalidad que logró que mi cerebro desconectase de todo menos de él.

Zane Rivers es peligroso. Asesinó a sangre fría a su propio padrastro; es la persona que menos me conviene después de lo que pasó con Frank. Necesito seguridad en mi vida, tranquilidad, no enredarme con un asesino exconvicto que se ha propuesto volverme loca con su mierda de actitud, por muy condenadamente sexi que me parezca.



Contemplo con detenimiento la pitón negra que permanece apoyada en una rama seca del terrario y trago saliva al recordar lo agobiante que fue tenerla enredada en el brazo. Todavía se me eriza la piel cuando lo pienso.

Acabamos de llegar al apartamento de Easton empujadas por Savannah para organizar y planear todo lo relacionado con la fiesta de Acción de Gracias, que se celebrará en cinco días, y estoy tan incómoda como la primera vez que pisé este sitio.

Desde aquí se escuchan los sonidos provenientes del taller, donde Zane y el gigante de los Santos trabajan sin descanso para terminar de restaurar un par de coches de coleccionista, que luego venderán en el mercado negro a un precio muy jugoso. Sé, por Savannah, que van justos de tiempo. El comprador del coche quiere que el envío se realice en dos días, así que Zane apenas aparece por casa más que para ducharse, dormir un poco y comer antes de volver al taller.

Y luego la señora Miller se atreve a insinuar que no trabaja. Zane trabaja muchísimo, joder. Sí, vale, quizá su negocio no sea legal, y puede que también consigan piezas de coche de dudosa procedencia, pero merece cada puñetero centavo que trae a casa. Es muy bueno. He visto el Bentley que tiene entre manos y me parece una puñetera obra de arte.

—¡Vale, chicas, vamos a organizarnos!

Escucho unos golpecitos provenientes de la mesa auxiliar. Al dar media vuelta, descubro a Savannah extendiendo unos papeles sobre ella en los que hay muchas anotaciones. Riley y Briar continúan sentadas en los sofás, toqueteando sus teléfonos sin prestarle demasiada atención.

Cuando llego a su lado, mi amiga se aclara la voz:

—Bueno, acabo de hablar con Easton y, como suponía, aún no ha organizado nada para la fiesta de Acción de Gracias. —Niega con la cabeza, condescendiente—. Si no metemos las narices y le ponemos remedio, dentro de cinco días solo habrá cerveza para beber.

—Pues bebemos cerveza, mira tú qué problema.

—Cállate, Riley —resopla su hermana con los ojos en blanco.

—¿No ha comprado nada, nada? —me intereso, echándole un ojo a la lista de tareas que ha preparado Savannah.

—Los tíos pasan de estas mierdas. Aún no sé cómo se le ocurrió decir que este año la organizaba él. Solo de pensar en el poco tiempo que queda, me agobio.

—¿Tanta gente vamos a ser?

—Unos cuarenta. Así que, cuantas más personas nos impliquemos, mejor.

—Yo no confiaría en Quinn para tareas importantes. Le importó una mierda dejarme sola en el club —salta Riley con el ceño fruncido.

—¡Fuiste tú quien me dejó sola con el idiota de los cócteles, no te jode! —me defiende—. No puedo creer que encima me lo echas en cara.

—Sabías a lo que iba. Y aceptaste.

—No seas egoísta, Riley. Casi la obligaste a acompañarte —me defiende Savannah con voz seria—. Además, fue Zane quien la hizo regresar a casa.

—¿Y para qué se lo cuentas a tu hermano? Esto era algo entre nosotras —continúa Riley, molesta—. Solo pretendía darle celos a Beau.

—Pues más vale que te diera resultado, porque conmigo no cuentas para volver a ese sitio —la aviso al tiempo que me cruzo de brazos.

—No le valió para nada —nos cuenta Briar, cansada de las tonterías de su hermana.

—Bueno, a ver... La verdad es que no encontré a Beau, pero conocí a un tío.

—¿Qué?! —exclamamos todas al unísono.

—¿Cómo que a un tío? ¡Riley Hoshino, empieza a cantar por esa boquita! —le exige Savannah, acucillándose a su lado.

Ella sonríe encantada por ser el centro de atención.

—Pues eso. Entré en una sala y Brad se interesó en mí.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? ¡Que soy tu hermana, joder! ¡Que encubro todas tus mierdas ante papá!

—Es que no sabía si tenía la importancia suficiente como para hablar de él.

—¿Y la tiene? —me intereso, olvidando del todo el enfado.

—Sí. Creo que me gusta, chicas. Es muy mono, muy educado y folla como un león.

—¿Te acostaste con un desconocido?! —exclama Briar, boquiabierta.

—Ahora ya no es desconocido. He quedado dos veces con él fuera del club. Creo que le gusto.

—Espera, espera, espera. —Savannah levanta las manos para intentar aclararse—. ¿Y qué pasa con Beau?

—No lo sé. Supongo que tengo que aceptar que no le intereso, ¿verdad? —Se encoge de hombros—. No voy a estar babeando por él toda la vida.

—¡Oh, joder, creo que está madurando, chicas! —añade Briar, haciéndonos reír—. Esto sí que es un milagro de Acción de Gracias.

—Pues como no nos demos prisa y organicemos la fiesta pronto, pocos milagros más vamos a tener —nos recuerda Savannah, palmeando las hojas.

—Entonces, empecemos cuanto antes. —Me pongo a su lado—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Todo. Ir a comprar la comida, alquilar mesas y sillas, decidir quién se va a encargar de preparar las guarniciones para el pavo, de los postres. ¡Ah, y hay que hacer hueco en la bodega de Easton para meterlo todo! Su frigo es jodidamente minúsculo y aquí no hay hueco para meter tantas sillas.

—Nosotras nos encargamos de comprar la comida —se ofrece Riley, cogiendo la lista de la mesa—. Ni de coña nos metemos en esa bodega polvorienta. Tengo asma.

—A mí no me importa organizarla —me ofrezco con voz plana—. Prefiero que vayáis vosotras a comprar la bebida. Los conocéis mejor a todos y sabéis lo que les gusta beber. Yo no sabría qué marcas comprar y no quiero meter la pata.

—¿Estás segura? La última vez que entré en esa bodega, Easton la tenía hecha una pocilga.

—Sobreviviré —le aseguro, divertida.

—Vale, pues todo organizado, cada una a hacer su tarea. Cuando terminemos, vendremos a ayudarte ahí abajo, porque seguro que todavía seguirás liad...

—¡Shhh, calla, calla! —Riley le tapa la boca de repente y estira el cuello hacia la puerta del apartamento, que se ha quedado abierta—. ¿Esa que está hablando con tu hermano no es la jodida Emma Winter?

Levantamos la mirada hacia donde señala Riley y nos encontramos con una chica morena y despampanante que conversa con Zane en el taller, al lado del coche que él estaba arreglando. Es algo más alta que yo, curvilínea y con un rostro de ángel caído que haría postrarse a sus pies a cualquier hombre de este mundo.

Lleva un vestido ceñido con el que tiene que estar pasando un frío del carajo, unas botas mosqueteras que le sientan de vicio y el cabello perfectamente peinado, le cae hasta media espalda en ondas. La tal Emma apoya la mano coqueta sobre el brazo de Zane y se ríe a mandíbula batiente por algo que él acaba de decir, como si fuera lo más gracioso del mundo.

¿Desde cuándo bromea Zane? Dudo mucho que sepa siquiera contar un chiste. Al menos conmigo nunca ha sido divertido y mucho menos gracioso.

—¿Qué mierda hace ella aquí? —pregunta entre dientes Savannah, mirando mal a la recién llegada.

—¿Quién es? —No sé por qué estoy frunciendo el ceño. Ni que me molestase que Zane Rivers hable con otra.

—Es su exnovia —responde Briar en un susurro.

—¡No es su exnovia! —la corrige Savannah, molesta—. Es una zorra con la que follaba y que lleva intentando cazarlo desde que íbamos al instituto.

—Pues parece que vuelve al ataque —comenta Riley, dándole un codazo.

—Por encima de mi cadáver.

—Eso tendrá que decidirlo tu hermano, y parece que a él no le molesta la visita de Emma.

Ese comentario de Riley me hace fruncir más el ceño y fijarme mejor en la expresión de Zane. ¿Está sonriendo? ¿Ese psicópata de los cojones le está sonriendo a su exnovia mientras que a mí no ha hecho más que joderme la existencia desde que llegué a Elberta? No sé por qué están empezando a entrarme ganas de tirarle otra piedra

en toda su cara de imbécil. El cabrón sigue sonriendo. Y deja que ella le sobe el brazo con la teta.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —habla Briar, levantándose del sofá como si nada—. Si nos quedamos aquí viendo cómo Zane se lleva a Emma Winter a la cama, se nos va a echar la tarde encima.

Miro una última vez a esos dos antes de dar media vuelta, muy digna. Porque me da igual. Que haga lo que quiera. Si se entretiene con ella, a mí me dejará en paz. Y eso es lo que siempre he querido, ¿no?

—Sí, vámonos —asiente su hermana sin dejar de observarlos con asco—. Si Zane es inteligente no se dejará engatusar por esa loba otra vez.

—¡Ja! No cuentes con ello. Es un tío, y los tíos piensan con la polla.

—¡Que te calles, Riley! —Después me mira a mí—. En cuanto volvamos, iremos a la bodega a ayudarte a terminar.



Savannah se ha quedado muy corta cuando me advirtió de que Easton tenía la bodega llena de trastos. Nada más descender los diez primeros escalones que separan el apartamento de este apéndice de la casa, he tenido que andar con cuidado de no tropezarme.

Es un lugar pequeño y sombrío que solo está iluminado por una bombilla suspendida de un cable. El suelo no tiene losetas, sino que está cementado. Hace bastante más humedad que en el apartamento y sería el lugar ideal para que cualquier asesino en serie escondiera a sus víctimas.

La parte buena es que no está sucio, solo hay demasiadas cosas acumuladas por todos lados, así que almacenar aquí la bebida, las mesas y las sillas para Acción de Gracias sin organizarlo un poco sería misión imposible, porque ni siquiera se puede andar sin pisar algo.

Suspiro al mirar a mi alrededor y pongo los brazos en jarras, pensando por dónde empezar. Sé que no es necesario moverlo todo,

solo lo justo para que quepan las cosas que van a traer, pero los trastos que hay cerca de las escaleras son grandes y tienen pinta de pesar demasiado para que pueda moverlos yo sola. Hay un banco de musculación con pesas, dos estanterías, cajas repletas de piezas de coches, botes de pintura de gran tamaño... Hasta un frigorífico con bastante óxido al que no pienso acercarme.

Si hubiese sabido que tendría que meterme en este sitio no me habría puesto el vestido de lana que compré la semana pasada en la tienda de artículos de segunda mano de la señora West. No es nada práctico.

Empiezo apartando varias pilas de periódicos antiguos que se encuentran junto a la escalera, con los que he tropezado ya tres veces. Desde aquí apenas se oye un débil zumbido proveniente del taller y una voz amortiguada de mujer, que presumiblemente será de esa tal Emma, la exnovia de Zane. Savannah cree que viene de nuevo a por su hermano, que quiere cazarlo, que lo estuvo esperando el tiempo que pasó en la cárcel. Es una chica preciosa, tengo que admitirlo. Cualquiera tío estaría encantado de que Emma Winter se fijase en él. Y a Zane se le veía muy cómodo, demasiado.

Aprieto los labios al imaginarlos juntos y me siento tonta por la desagradable presión que empiezo a notar en el pecho, porque él y yo no somos nada. No me interesa. No sé por qué me pongo así. Me ha demostrado en cientos de ocasiones que es un psicópata de manual al que no debo acercarme. Solo hemos follado una vez. No es para tanto. Hay millones de tíos mejores que Zane Rivers, y más equilibrados mentalmente. Si quiere volver con su ex, me alegro.

Me obligo a dejar de pensar en lo que estarán haciendo y me concentro en seguir despejando la entrada del sótano. Es lo mejor: no darle vueltas a algo que no tiene la mínima importancia para mí.

Apartar los botes de pintura de en medio me lleva diez largos minutos, pero al fin he podido colocarlos bajo la escalera. Ahora me toca mover la primera de las estanterías, aunque dudo mucho que pueda hacerlo sola. Son de madera maciza y tienen pinta de pesar lo suyo. La parte buena es que, debido al esfuerzo, el frío y la humedad del sótano ya no me parecen tan desagradables.

Apoyo las manos en la gruesa madera y, ayudándome con las piernas para hacer palanca, empujo con todas mis fuerzas.

—¡Ah, mierda! —exclamo al darme cuenta de que no he conseguido moverla ni un centímetro—. Pues sí que pesa, joder.

Sigo empujando, aunque empiezo a hacerme daño en las muñecas. Sin embargo, de improviso, otras dos manos se apoyan sobre la estantería, junto a las mías, y el mueble comienza a desplazarse hacia uno de los laterales del sótano, llevándose con él algunas cajas que también están por medio.

Cuando vuelvo la cabeza para darle las gracias a mi inesperado ayudante, descubro a Zane pegado a mi espalda. Me tiene atrapada entre la estantería y su cuerpo. Está tan cerca que su olor, mezclado con el de la gasolina y la humedad del lugar, penetra en mis fosas nasales. Su camiseta está manchada de grasa y su torso musculoso frente a mis ojos se me antoja enorme, como una inmensa mole de granito.

—¿Por qué estás haciendo esto tú sola? —se interesa, tan cerca de mi oído que se me eriza la piel. La forma en la que curva los labios, con esa burlona crueldad, es demasiado sexual para mi propio bien; sin embargo, me obligo a actuar con naturalidad.

—Tu hermana y las demás se están ocupando de las compras.

—Quitar la mierda de la casa de Easton no es cosa tuya.

—Hay que hacer hueco para almacenarlo todo.

—Que lo haga él —sentencia con sequedad.

—¿Easton? Pero si ni siquiera se está ocupando de organizar la cena de Acción de Gracias. Savannah dice...

—Savannah tendría que meterse en sus asuntos. El gigante iba a contratar un cáterin para que se encargase de todo. Y gracias a mi hermanita, vais a trabajar como mulas.

Abro la boca al escuchar su respuesta.

—No lo sabía.

—Ya. —Se muerde el labio inferior, mirándome de arriba abajo, misterioso—. Hay demasiadas cosas que tú no sabes.

—¿Y eso qué significa?

—Que deberías irte de aquí.

Parpadeo varias veces al procesar su sugerencia.

—¿Que me vaya? Le prometí a tu hermana que...

—Te estoy dando la oportunidad de escapar ahora que puedes, Quinn.

—¿A qué demonios estás jugando? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué tendría que escapar?

—Porque, quizá, dentro de dos minutos cambie de opinión, me apetezca retenerte y sea demasiado tarde.

—¿Retenerme? ¿Para qué? —Zane curva aún más los labios y apoya una mano en la parte trasera de mi cuello, acercándose tanto a él que mis senos quedan pegados a sus costillas. Me mira con una intensidad que me acelera el corazón. Ni siquiera le hace falta hablar para entender a lo que se refiere. Roza con suavidad mi labio con el pulgar, logrando que la respiración se me descontrole. Siento tal temblor que mi sentido común se rebela. Lo empujo, intentando separarnos, pero él me agarra más fuerte con un cruel destello de diversión que me hace jadear—. Lo... lo que pasó en el club no va a repetirse.

—Entonces, te lo repito: tienes dos minutos para irte.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Bajas al sótano de casualidad y soy yo quien tiene que marcharse?

—Nada es casual cuando se trata de ti. Sabía que estabas aquí.

—¿Me has seguido?

—Pues claro.

—¿Por qué?

Sonríe.

—Porque es posible que esté empezando a obsesionarme demasiado con cierta personita que se pasea por mi casa con cara de no haber roto nunca un plato. —Acerca aún más sus labios a los míos—. Quizá me apetezca joderte tan fuerte que acabes inservible para los demás tíos.

—¿Por qué no se lo haces a tu novia y me dejas en paz?

—¿Qué novia?

—Esa tal Emma Winter. La tía despampanante con la que estabas tonteando tan feliz hace un rato. —Mi tono ha sonado resentido y la sonrisa de Zane se torna mucho más amplia. Mierda.

—¿No me digas que mi conejita se ha puesto celosa?

—¡Ya te gustaría a ti!

—Sí que lo estás. —Se ríe entre dientes y me entran ganas de patearle las pelotas—. Pero no te preocupes, me diviertes lo suficiente como para retener mi atención un largo tiempo.

—Te lo tienes demasiado creído si crees que voy a dejar que eso pase.

—¿En serio? Pues te has quedado en el sótano, a pesar de que te he dado tiempo suficiente para marcharte.

—¡Estábamos hablando, Zane!

—Te di dos minutos.

—¡Tienes que estar de coña! Me largo.

Agarra mi brazo, evitando que siga alejándome.

—Ahora es tarde. Has elegido quedarte.

—Te juro que voy a gritar.

—Hazlo.

—¿Que lo haga? ¿Por qué quieres que grite?

—Quizás sea algún fetiche, vete tú a saber. —Sonríe.

—Eres un enfermo.

Me sujeta las mejillas con una mano para que lo mire a los ojos. En los suyos, hay reto, fuego y diversión.

—Para que veas que no soy tan horrible como te has empeñado en creer, voy a darte una alternativa. —Curva la sonrisa—. ¿Quieres irte? Bien. Tienes la oportunidad de hacerlo si consigues llegar hasta la puerta sin que te atrape.

12

Quinn

Sus palabras reverberan en mi mente como un eco profundo; me cuesta un mundo procesar su significado. Estoy demasiado nerviosa, abrumada por la forma en que me mira. Parece un depredador, un cazador que aguarda el instante preciso para abalanzarse sobre su presa indefensa.

Me está proponiendo otro juego. Uno donde me concede la oportunidad de escapar si soy lo bastante rápida.

Trago saliva y miro sus ojos una vez más. En ellos arde el reto, la excitación y el peligro.

Lo peor es que tiene razón: esto es culpa mía. Me advirtió, me dijo lo que sucedería si me quedaba y yo no lo escuché. Me quedé discutiendo con él en lugar de poner distancia. Y ahora estoy acorralada. No hace falta ser demasiado lista para saber cómo terminará su juego.

—¿Qué dices, conejita? —su voz rompe el tenso silencio que se ha formado entre ambos y penetra en mis oídos como un desafío impasible al que no podré negarme.

—¿Tengo otra alternativa?

—Claro. Podrías dejar de fingir que esto te repugna.

—¿Por qué te divierte tanto esta situación?

—Las mejores presas son las que lo ponen difícil. —Se relame el labio inferior—. Devorarlas es mucho más dulce.

Trago saliva y niego con la cabeza, obligándome a no pensar en lo que acaba de decir. Estoy agotada de que mi mente se comporte como una sucia traidora y evoque lo apoteósico que fue correrme con su polla clavada tan profundo. No es posible que en vez de

atacarlo e intentar escapar, esté poniéndome cachonda. No soy tan masoquista. Tengo que marcharme de aquí como sea.

—Tu... tu hermana vendrá pronto. Déjame ir o nos descubrirá.

—Pero a ti te gusta que te vean follar.

—Lo del Obsidian era mentira.

Da un paso hacia mí con el ceño fruncido y me alejo mirando hacia todos lados, buscando la mejor forma de sortear los obstáculos y alcanzar la escalera.

—¿Cómo que me mentiste?

—No me gustan esas cosas. Yo... me sentí presionada.

—¿Por mí?

—Por la forma en la que me hablaste. —Logro llegar hasta una gran caja que me sirve de parapeto contra Zane—. No quería estar allí.

—Pues disimulaste muy bien. —Apoya las manos sobre el cartón que nos separa—. ¿Algo más que deba saber?

—No me gustó que me follaras —suelto con desesperación, al ver que Zane está bordeando la caja—. Lo único que provocaste en mí fue rechazo.

Una suave carcajada escapa de sus labios, pero es una risa molesta. Sabe que le estoy mintiendo. Entonces, me escondo tras la estantería que hace un momento hemos movido juntos.

—Sí que se te da bien fingir. —Golpea la madera en la que me apoyo y un grito se me escapa de la garganta—. ¿También fue mentira la forma en la que tu coño convulsionaba sobre mi polla cuando te corriste? ¿Tus bragas se empaparon de mentira?

—¡Déjame en paz!

—¡Quiero una puta respuesta! —El mueble se desploma contra el suelo bruscamente cuando Zane lo empuja y quedamos, de nuevo, frente a frente.

En sus ojos se refleja la furia. Ya no hay diversión en él, sino un fuego atronador que amenaza con calcinar todo lo que encuentre a su paso. Se me acaba de cerrar la garganta. Soy incapaz de tragar, de articular palabra. Las únicas funciones vitales operativas en mi cuerpo se concentran en una sola idea: huir de Zane Rivers.

Un escalofrío profundo me recorre la espalda cuando él empuja otra de las cajas, logrando que el impacto contra el suelo retumbe en la bodega. Miro hacia todos lados, desesperada, y en cuanto diviso un hueco por el que llegar a las escaleras, echo a correr con toda mi alma, sin mirar atrás. Como si la vida me fuera en ello.

Estoy tan focalizada en llegar al primer escalón que todo mi entorno se desdibuja. Es como si atravesara un túnel; solo veo el final y una larga distancia por recorrer, consciente de que un peligro inminente me persigue. Y lo peor de todo es que vuelvo a sentir ese estúpido calor en la vagina. Igual que en el bosque, cuando comenzó a perseguirme.

Al pisar el primer peldaño, empiezo a confiar en mi velocidad. Voy a conseguirlo. Alcanzaré la puerta, saldré de aquí y seguiré corriendo hasta llegar a casa, donde me encerraré en mi habitación hasta que Savannah venga a buscarme.

Unos escalones más. Es cuestión de segundos.

Estiro los brazos con la certeza de que tocaré el metal de la puerta y todo habrá terminado. Sin embargo, de repente, una mano se enreda en mi pierna izquierda, provocando que pierda el equilibrio y caiga de bruces sobre los escalones.

Grito aterrorizada cuando esa mano se cierra en torno a mi tobillo y tira de él, haciéndome resbalar escaleras abajo, a pesar de que intento agarrarme a cualquier cosa. Otro fuerte envión me hace girar hasta quedar tendida boca arriba, con el pesado cuerpo de Zane sobre el mío.

Lucho por apartarlo, por incorporarme y reemprender la huida, pero solo consigo que se ría mientras me inmoviliza los brazos sobre la cabeza. Con la respiración descontrolada, lo veo ponerse de rodillas y situarse a horcajadas sobre mi regazo, atrapándome por completo.

—¿Es todo lo que sabes hacer, conejita? Esperaba más de ti.

—¿Te pone obligar a las mujeres a someterse a tus perversiones?

—Peleo contra él para quitármelo de encima, con el cuerpo bullendo de anticipación y la humedad mojando mis bragas.

—Lo que me gusta es desenmascarar a las mentirosas. ¿Hasta cuándo serás capaz de fingir que odias esto?

—No sé de qué demonios estás hablando.

Zane me sube la falda de un tirón, dejando mis piernas al descubierto. Luego, acaricia la piel de la cara interna del muslo con la yema de los dedos; sensual, lento, provocador, muy cerca de mi delicada unión.

—Quiero que me muestres cómo gimes de mentira. Que me enseñes cómo finges correrte mientras te toco.

—¿Y qué harás cuando compruebes que digo la verdad? ¿Me dejarás en paz? —me envalentono, aunque mi interior tiembla con cada caricia de Zane. A pesar de que intento contener lo que me despierta, un temblor inoportuno se adueña de mis piernas.

—Te dejaré en paz —acepta con voz aterciopelada. Luego aproxima su boca a mi oreja y lame el lóbulo, obligándome a mordirme los labios para no jadear—. Pero si descubro que mientes, conejita, te la meteré tan fuerte que tendrán que recoger tus pedazos de esta puta escalera.

Acto seguido me arranca las bragas, deleitándose con la nívea piel de mi sexo. Sus dedos acarician mis labios mayores, logrando que mi respiración se desboque. La anticipación por el placer que es capaz de darme me tiene jadeante. Me observa con una mezcla de erotismo y oscuridad que logra desarmarme.

—Zane, espera —murmuro embargada por una excitación intensa que no logro contener—. No... no podemos hacerle esto a Savannah.

—¿Ahora lo que te preocupa es mi hermana? —bufa—. ¿Alguna excusa más?

Sí, lo es, es una excusa y él no se la ha tragado. Así que suspiro y levanto la mirada hasta que mis pupilas chocan con las suyas. Está esperando una respuesta. Por primera vez, siento que Zane también intenta descifrar lo que pasa por mi cabeza.

—Me confundes —admito a media voz, sintiéndome vulnerable.

—¿En qué?

—En todo, maldita sea. Lo mismo me ignoras y me amenazas que luego me follas como si fuera a acabarse el mundo. Esto no es sano.

—Nadie dijo que lo fuera.

—Odio cuando te comportas como si todo te diera igual.

—Y yo cuando pones excusas de mierda para apartarme de ti, porque eso no va a pasar. Me obsesionas, joder.

—¿Se supone que eso debería tranquilizarme?

—Al contrario. —Sonríe sin dejar de mirarme a los ojos con una oscuridad que acelera mis latidos—. Tendrías que haber echado a correr el primer día que te encontré en mi salón. Haberte ido lejos, tan lejos que nunca te hubiese podido encontrar, porque ahora no voy a permitir que lo hagas. Estás condenada, conejita, y más vale que te acostumbres, porque esto no es más que el principio.

¿Cómo se reacciona ante semejante declaración? Supongo que una persona normal y con un par de dedos de frente habría empezado a gritar pidiendo auxilio. Habría acudido a la policía tras lograr burlarlo. En cambio, mi única reacción es curvar los labios en una tímida mueca que se parece demasiado a una sonrisa. Mi cuerpo bulle de un modo brutal, casi enfermizo, por el tío que me tiene retenida contra los escalones del sótano de Easton.

Zane no sonríe; me mira con una fijeza que me acelera los latidos. Poderoso, con las rodillas a ambos lados de mis caderas y una mano junto a mi cabeza. La otra, encallada en mi sexo, mientras sus dedos reanudan su baile sobre mis pliegues. Esta vez no me quejo, no me resisto, dejo que me toque, que me provoque como solo él sabe hacer. Dejo escapar un hondo gemido cuando me pellizca el clítoris.

—Eso es, conejita —susurra muy cerca de mi boca—. Ríndete a mí. Deja que te demuestre lo placentero que es arder en mi infierno.

Tras un suave mordisco en el cuello, Zane desciende por mi cuerpo con una lentitud desesperante, mordisqueando y lamiendo mientras lo hace.

Cuando se coloca entre mis piernas, levanta los ojos y lo que veo en ellos me hace estremecer: hay sexo en su expresión y la promesa de que voy a disfrutarlo como nunca.

Entonces, hunde la cabeza entre mis muslos y me saborea de arriba abajo, provocando que un gemido mudo abra mi boca. Desliza la lengua por el clítoris; lento, intenso. Mi cuerpo vibra como respuesta y me muerdo los labios, tratando de no mostrar todo lo que siento. Pero creo no que funciona, porque lo veo sonreír antes de sumergirse en mi vagina una vez más para devorarme.

Estoy empapada, maldita sea. Apenas me ha tocado y mi coño es todo agua por Zane. ¿Por qué me gusta tanto? ¿Qué tiene de especial para que mi cuerpo se deshaga por él de esta manera? Succiona mis labios inferiores, dándose un festín, haciéndome retorcer hasta que un grito inesperado escapa de mi garganta. Un. Puto. Grito.

—Bingo —susurra, encantado. Es un cabrón.

Me lame los pliegues, el clítoris. Una vez, otra y otra. Juguetea con él hasta que arquea la espalda, incapaz de escapar de este remolino que está engulléndome.

Zane me está brindando tanto placer que no puedo dejar de gemir. Mientras continúa penetrándome con los dedos, lame mi centro como si estuviera muerto de hambre y yo fuera su comida preferida.

Mis caderas se agitan arriba y abajo. Mis jadeos inundan la bodega; enredo las manos en su pelo y tiro con tal fuerza que lo escucho gruñir contra mi carne, pero no piensa detenerse hasta hacerme estallar. Así que acelera el ritmo y se empapa la cara con mi humedad.

Jamás me habían comido el coño así. En mis relaciones anteriores todo había sido tibio, sin sobresaltos. Pero con Zane es abrumador. Es exigente, duro, y sabe tan bien lo que hace que en menos de tres minutos he alcanzado el orgasmo. Y lo hago entre estremecimientos y siseos, moviendo la cabeza de lado a lado, desbordada por un placer brutal que me hace caer de lleno en un profundo trance.

—Joder —susurra él, quedándose muy quieto entre mis piernas—. Joder, Quinn.

Cuando logro abrir los ojos, me fijo en su rostro. Lo que veo me arranca del estado catatónico en el que me encuentro. La barbilla de Zane gotea y el cuello de su camiseta está mojado. Nuestras miradas coinciden. En la suya se refleja la sorpresa. Se pasa una mano por la camiseta, palpando la humedad, y su sonrisa se vuelve aún más intensa. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír de verdad. Pero no entiendo nada. ¿Por qué está empapado? Mierda, ¿no le habré meado encima al correrme?

—Un *squirt* —aclara al notar mi confusión—. Un puto *squirt*.

Parpadea asimilando lo ocurrido, como si el que acabara de correrse a chorros hubiera sido él. Vuelve a hundir la cabeza entre mis piernas, lamiendo los restos de mi orgasmo como un animal salvaje. Y yo... noto por segunda vez esa llama naciente en mi sexo.

Es una locura, maldita sea. No solo le he demostrado que antes estaba mintiendo, sino que en su camiseta he dejado una prueba irrefutable.

—¡Aaah, Zane! —grito de dolor cuando clava los dientes en la cara interna de mi muslo. Intento empujarlo para deje de hacerlo, pero él me atrapa la pierna y sonrío mientras saca su móvil, con el que hace una fotografía al mordisco que ha dejado en mi piel.

Después, me mira con determinación y mete la mano debajo de mi vestido, ascendiendo poco a poco hasta que me acaricia los senos.

—Definitivamente, reclamo y tomo posesión de esta conejita. —Pellizca mi pezón, obligándome a contener el aliento—. Me perteneces desde este instante. Eres mía, Quinn Granger, y derramaré la sangre del primero que se atreva a negarlo.

Ha sonado como un conquistador que llega al nuevo mundo y lo arrasa todo hasta dejar solo cenizas. Sin embargo, antes de que pueda replicar, el sonido de voces acercándose nos sobresalta.

—¡Quinn! ¡Ya hemos vuelto! —Es Savannah. Mierda.

Al reconocer a su hermana, miro a Zane con súplica para que se quite de encima. Debo recolocarme la falda antes de que entre en la bodega. Lo último que necesito es tener que explicar algo que ni yo misma comprendo.

Cuando Savannah y las chicas bajan, ya me he puesto las bragas y finjo desplazar una caja como si tal cosa. Como si su hermano no acabara de follarme con la boca de forma apoteósica. Ese mismo hermano que, por cierto, ni se ha molestado en disimular. Se marcha con una sonrisa chulesca, las manos en los bolsillos y se despide de las demás con un apático gesto de cabeza.

La parte buena es que se han tragado la excusa de que había llamado a Zane para que me ayudara con la estantería, aunque Briar me haya mirado de una forma extraña. Espero que no sospeche nada; no estoy preparada para uno de sus interrogatorios.



Tras otra hora despejando la bodega, nos rendimos y regresamos a casa. Hay demasiado trabajo pendiente como para perder el tiempo en ese sótano húmedo, así que Savannah ha hablado con Easton para informarle de que la cena de Acción de Gracias será en nuestra casa: es más espaciosa, está ordenada y tenemos un frigorífico en condiciones para guardarlo todo. El gigante se ha limitado a gruñir y a dar media vuelta, ignorándonos, pero no se ha negado al cambio de planes. Cuando Savannah Rivers se empeña en algo, los Santos no dudan en consentirla, aunque se las den de tipos duros.

Pasamos el resto de la tarde en la cocina, adelantando las guarniciones del pavo y congelándolas para que lleguen perfectas a la fiesta. Riley y Briar se han marchado hace una hora, pero agradezco la tranquilidad de estar a solas. Tengo la cabeza embotada por lo ocurrido con él y las hermanas Hoshino son un auténtico terremoto.

—Con esto ya está todo listo, solo nos faltarían los postres —comenta Savannah, repasando sus notas—. Pero los haremos mañana cuando vengan las chicas.

—¿Qué hay de las mesas y las sillas?

—El señor Brown dijo que podíamos recogerlas el jueves a primera hora.

—¿Eso no es demasiado tarde?

—Sí, pero las tiene alquiladas hasta ese día. —Suspira y se apoya junto a mí en la encimera—. Necesitaremos manos extra.

—Es que cuarenta personas es mucha gente.

—El año pasado fuimos treinta y uno y ya me pareció una barbaridad. —Se ríe—. Pero fue divertido porque nos conocíamos todos; amigos y familia de los Santos. Siempre celebramos las fiestas juntos, sobre todo desde que encarcelaron a Zane. Sé que él les pidió que no me dejaran sola y siempre les estaré agradecida. Beau y Easton se preocuparon mucho por mi seguridad cuando él no estaba.

—Parecen buenas personas.

—Sí. —Asiente con una sonrisa, aunque luego frunce el ceño—. Pero no sé quiénes son los nueve invitados extra de este año. Supongo que será cosa de Zane. ¡Oh, Dios! ¡Espero, por su bien, que no haya invitado a la zorra de Emma Winter!

—No te cae bien, ¿eh? —A mí tampoco, y eso que no la conozco.

—No la soporto. Es una maldita bruja; egoísta, manipuladora y con doble cara. Hace lo que sea por salirse con la suya. Está obsesionada con Zane. Hace un año me amenazó porque no quise decirle el nombre de la prisión para que pudiera pedir un vis a vis y seguir follando con él.

Me obligo a ignorar el pinchazo de malestar que siento en el estómago al imaginarlos juntos. Sin embargo, por más que me empeño, mi mente ha decidido joderme y hacer justo lo contrario.

—¿Tanto tiempo han estado saliendo?

—Nunca han sido novios; Zane se la tiraba de vez en cuando y Emma se ha autoproclamado su chica por toda Elberta. —Suspira—. Tenía la esperanza de que mi hermano dejara de pensar con la polla y la alejara de nosotros, pero creo que tendremos que acostumbrarnos a su cara de amargada.

—¿Por qué?

—¿Es que no has visto sus redes sociales? Ha subido una foto de ella. —Me pasa su móvil y señala la pantalla—. Fíjate.

Cuando cojo el teléfono, hay una parte de mí que se resiste a mirar. Tras lo ocurrido en la bodega, no sé cómo voy a reaccionar ante una foto de Emma Winter en el perfil de Zane. Aun así, me obligo. Necesito abrir los ojos y demostrarme a mí misma la clase de perverso y mentiroso que es.

Así que, trago saliva y miro la pantalla, donde aparece la reciente y única publicación que Zane Rivers tiene en su red social. Sin embargo, al fijarme bien, tengo que agarrarme a la encimera para no acabar de bruces en el suelo, porque un intenso vértigo me posee. Acaba de tambalearse el universo a mis pies.

No es ella.

La de la foto no es la jodida Emma Winter. Es una imagen oscura, apenas se aprecia nada más que penumbra... y mi muslo al desnudo

con los dientes de Zane marcados en él como un tatuaje. Es la instantánea que me hizo en la bodega de Easton, después de que me corriese. Y la ha subido a su perfil en redes sociales. Pero lo que de verdad me hace estallar es la frase que reza al pie: «Ella es mía, que nadie se atreva a acercarse».

—¿Has visto? —Iloriquea Savannah con un mohín—. Pensaba que mi hermano era más inteligente, joder. Se la está tirando otra vez.

No puedo responder. Soy incapaz de articular palabra. Intento procesar la foto, su advertencia. Trato de controlar el hormigueo en mi estómago y la marabunta de pensamientos y emociones que no alcanzo a descifrar.



El día de Acción de Gracias amanece lluvioso, así que cargamos los paraguas en la camioneta de Savannah para recoger las mesas y sillas alquiladas. En casa todo está preparado; solo falta meter el pavo al horno y preparar las guarniciones. Siempre me encantó este día, sobre todo, cuando mi padre estaba conmigo. Cocinábamos algo rico, poníamos la foto de mi madre sobre la mesa y celebrábamos que nos teníamos el uno al otro. No había más familia; los hermanos de mi madre viven en Nebraska y solo los vi una vez a los cinco años, y a la familia de mi padre nunca la conocí, pues se distanció tras la muerte de mis abuelos. Éramos nosotros contra el mundo.

Va a ser raro para mí celebrar Acción de Gracias rodeada de tanta gente a la que no conozco, pero quizá me ayude a olvidar las mierdas que he tenido que vivir este último año.

Una vez descargamos todo en el jardín de casa, me despido de Savannah, que tiene el día libre, y cojo el bolso con el delantal del trabajo, pues me queda por delante un largo turno de ocho horas sirviendo café y tortitas con sirope en la cafetería del señor Cooper.

Hoy me toca cerrar el local, así que no regresaré a casa hasta pasadas las cinco de la tarde. Hay que dejarlo todo limpio y organizado para el siguiente día.

Mientras camino junto al lago, siento la necesidad de mirar atrás para asegurarme de que nadie me sigue. Dudo que algún día vuelva

a sentirme a salvo. Saludo a dos vecinos que pescan en el muelle y me subo la cremallera de la chaqueta; aunque ya no llueve, el ambiente es frío debido a los restos de nieve de la pasada semana y a que sopla un fuerte aire noroeste que corta la piel.

A lo lejos, alcanzo a ver la cafetería, y a varias personas que entran en ella para tomarse un café y calentarse de este incómodo frío.

Aprieto el paso. Me gusta estar en mi puesto de trabajo un rato antes, por si sucediese algún imprevisto.

Sin embargo, al pasar junto a la antigua pescadería, escucho que alguien chista, llamando mi atención. Cuando giro la cabeza hacia una de las esquinas del viejo local, descubro a cierta persona apoyada con una sonrisilla divertida.

—¿Qué hay, Bunny Rivers? Creía que te había tragado la tierra. ¿No me estarás evitando?

Los ojos sensuales de Gabriel me contemplan de arriba abajo con interés. No se mueve, pero su estatura y su complexión resultan imponentes. No había vuelto a verlo desde que lo conocí en el supermercado, pero hay algo en él que me da cierta confianza. Parece simpático.

—¿Por qué tendría que evitarte?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Tus primos te han prohibido verme?

—Quizá lo harían si les hubiera hablado de ti.

—¿Ni me has mencionado? —Se lleva la mano al corazón y finge una mueca de dolor—. Nena, eres muy cruel. No he dejado de pensar en ti.

—¿Esa mierda te funciona con alguna mujer? —Me río entre dientes—. Habría esperado algo más original.

—¿Por qué no te tomas algo conmigo y lo intento de nuevo? —Abandona la fachada de la antigua pescadería y se acerca con andares felinos y seguros—. Te invito a una cerveza.

—¿Pretendes emborracharme en la primera cita? Muy mal, Gabriel.

Suelta una suave carcajada que resuena a nuestro alrededor.

—Pues un café.

—No puedo, tengo que trabajar.

—¿Dónde?

—Allí. —Señalo la cafetería—. Y ya debería estar en mi puesto. Vas a hacer que llegue tarde.

—Así que el viejo Cooper te ve a diario y yo no.

—Llora si te sientes mejor.

—Qué cruel eres conmigo, Bunny.

Niego con la cabeza, conteniendo la risa. Gabriel me cae bien. Es un tipo divertido y tiene una sonrisa cabrona y contagiosa que resulta de lo más atrayente.

—Debo irme.

—¿Y un desayuno? ¿Qué me dices?

—Gabriel, tengo que trabajar. —Retrocedo sonriendo y me despido con un gesto—. Quizá la próxima vez.

Le doy la espalda, aprieto el paso y camino hacia la cafetería sin mirar atrás. Tengo que darme prisa o el señor Cooper me descontará el tiempo de retraso. No puedo permitirme cobrar menos dinero del que ya cobro.

Sin embargo, me doy cuenta de que alguien camina a mi lado. Es Gabriel de nuevo, que acompasa sus pasos con los míos.

—¿En serio? —Frunzo el ceño, divertida y extrañada a la vez—. ¿Sabes lo que significa tener un trabajo?

—Lo sé, pero creo que tú no me has entendido a mí.

—¿Ah, no?

—Mi invitación no es una sugerencia, Quinn.

Freno en seco al oír mi nombre real, porque en ningún momento se lo he dicho. Un mal presentimiento se enreda en mis tripas.

—¿Cómo sabes...?

—Ven conmigo. —Y entonces, escucho el martillo de una pistola al ser cargada. Me está apuntando con un arma directamente al estómago y la eterna sonrisa de sus labios ha dado paso a una mueca helada que me congela la sangre—. Vamos, camina.

—Ga... Gabriel, ¿qué demonios? —El miedo me eriza la piel. No puedo moverme, me ha quedado bloqueada, incapaz de apartar la vista del arma—. ¿Qué quieres? ¿Vas a matarme?

—Posiblemente. Depende de ti.

—¿Es por Frank Lucchese? ¿Eres uno de ellos? —Dios, me han encontrado. Gabriel trabaja para Frank. Ha dado con mi paradero. Estoy muerta. Van a hacerme pagar por su muerte—. Yo... Te juro que yo no quería...

—No sé quién coño es ese Frank, pero puedes estar segura de que lo averiguaré. ¡Camina! —No entiendo nada. ¿No es uno de sus hombres? Ahora mismo no sé qué pensar. Esta situación no tiene ninguna lógica.

—Siento hacerte pasar por esto, Quinn Granger, porque tú no tienes la culpa de nada, pero alguien debe pagar lo que el hijo de puta de tu novio me ha hecho.

—¿No... novio?

—No te hagas la tonta, nena, porque no lo eres. Zane no se liaría con ninguna estúpida.

—¿Zane? —Frunzo el ceño—. Yo no...

—¡Vamos, date prisa! —Presiona la pistola contra mi estómago y me empuja hasta que me saca del muelle—. A ese coche.

—Gabriel... No... No sé qué está pasando ni qué problema tienes con Zane. Jamás lo he escuchado nombrarte. Te lo juro.

—Me extraña. Él y los mierdas de sus amigos no hacen más que joder mis negocios. La última vez que se metieron en mis asuntos, me hicieron perder mucho dinero.

—¿Negocios? —Lo miro con los ojos brillantes por las lágrimas acumuladas y la respiración irregular de puro terror—. ¿Eres...? ¿Tú eres...?

—Gabriel Vargas, para servirte. —Me da otro empujón y choco contra la carrocería de un Mustang negro—. Métete dentro.

—Vargas —susurro, recordando a la perfección el apellido que tanto ha maldecido el hermano de Savannah—. Eres de los Nyctra.

Él asiente satisfecho ante mi rostro deformado por el miedo. Luego, se acerca tanto que su aliento choca con mi rostro.

—Esta vez, el cabrón de Zane me ha tocado demasiado los cojones como para dejarlo pasar. Así que tú te vienes conmigo y no te irás hasta que mande a tu novio al infierno de un tiro en la frente.

—Me agarra la barbilla con una mano, haciéndome daño, y me obliga a mirarlo a los ojos—. Y más le vale no tardar en venir a

verme, o la que morirá serás tú, pequeña zorra. ¡Ahora entra al puto coche, ya!

13

Zane

El primo de Easton acaba de llevarse el Bentley en el camión, así que por hoy he terminado.

Son las doce de la mañana y Beau ha llegado al almacén conduciendo una camioneta repleta de piezas nuevas que necesitaremos para poner en marcha un viejo Camaro del 69 que compramos en el mercado negro, y por el que nos pagarán una fortuna cuando esté arreglado.

Dejo la caja de herramientas a los pies del elevador y me limpio las manos antes de dirigirme al apartamento del gigante, donde ambos están tomándose una cerveza viendo el clásico partido de Acción de Gracias entre los Lions y los Cowboys de Dallas. Desde el taller puedo escuchar sus carcajadas y sus insultos cuando algún jugador falla una jugada.

En cuanto cruzo la puerta, descubro a Easton tirado en uno de los sofás con las piernas sobre la mesa auxiliar y un bol de cacahuets apoyado en el estómago, mientras Beau permanece de pie frente al televisor mirando fijamente la jugada.

Abro el frigorífico y saco una cerveza antes de dejarme caer en el otro sofá, aunque a mí el partido me da igual. Le cogí asco al fútbol cuando estaba en la cárcel, porque era lo único que nos permitían ver los domingos.

—Eh, psicópata, ¿quieres cacahuets? —pregunta Easton, alargando el brazo para que coja del bol.

—Paso.

—¿Ya se ha ido Thomas con el Bentley?

—Acabo de ayudarlo a subirlo al camión.

Saco el móvil del bolsillo para ver las notificaciones que tengo pendientes. Son todas de mis redes sociales; en concreto, de la foto del muslo de Quinn con las marcas de mis dientes.

La mayoría de las reacciones son de tías a las que apenas conozco, que han puesto caritas tristes. Y de Savannah, que ha reaccionado con un emoji vomitando.

La conejita todavía no ha reaccionado, pero sé que lo ha visto. Hace unos días cogí su teléfono mientras dormía y encontré mi nombre en su historial de búsqueda. Mi pequeña *stalker* cree que no sé que espía mi perfil. Ha visto la foto de su muslo y mis palabras reclamándola, y no me ha exigido que lo borre. Muy interesante.

Aunque lo mejor de todo, lo que más me gusta, es que ha cambiado su nombre en las redes sociales por el de Bunny Rivers.

Mi conejita y mi apellido. Como en su identificación falsa. Ella todavía no lo acepta, pero Quinn Granger es completamente mía. Solo es cuestión de tiempo que se dé cuenta.

—¡Venga ya! ¡Pedazo de mierda con patas! —grita Beau, tirando su bote vacío de cerveza al suelo cuando los Lions fallan un lanzamiento—. ¡Hasta yo lo habría hecho mejor, inútil!

—¡Coge el puto bote del suelo! —exclama Easton con los ojos en blanco—. Vas a limpiarlo con la lengua de gobernador chupapollas que tienes.

—¡Este partido es ridículo, joder!

—Los políticos siempre con pataletas cuando os ganan a algo.

—El político es mi padre, imbécil —resopla y le enseña el dedo corazón.

—Mira a Zane, no grita ni arma escándalo.

—Es que a él se la suda el fútbol.

—A Zane se la suda todo —se carcajea el gigante—. A veces parece un muñeco de plástico.

—Que te jodan —respondo con una sonrisa fría.

—Maticemos *todo*, porque últimamente hay cierta personita que le alegra mucho la polla. —Beau agita las cejas—. ¿Desde cuándo anuncias tus polvos en las redes sociales, psicópata?

—Desde que me sale de los huevos, por ejemplo.

—Nunca habías reclamado a ninguna tía abiertamente antes de que apareciera Quinn Granger por Elberta.

—¿Y qué? ¿Te molesta?

—¿A mí? Joder, no. —Beau se cruza de brazos y se acerca al sofá donde me encuentro—. Aunque tú sí que deberías llevar cuidado no vayas a obsesionarte demasiado con la amiga de tu hermana. Te estás tomando muchas molestias por esa tía, y eso sí que es raro en ti.

Abro la boca para responder, pero no sé qué decir porque, en cierto modo, Beau tiene razón. Nunca me había interesado una mujer como para reclamarla, ni para marcar territorio con mis propios amigos. Es la primera vez que siento estas ansias de posesión.

Jamás me gustó tanto nadie, ni tampoco me había comido un coño mejor que el suyo. Y eso puede ser un problema; yo no soy de los que se encariñan con una vagina.

—No es para tanto —le quita importancia Easton—. Al final, Zane se cansará. La amiga de Savannah es la novedad.

—¿Tú crees?

—Tiene razón, así que cállate ya la puta boca —sentencio entre dientes.

—Si me callo, no podré decirte lo que han averiguado mis hombres sobre ese tal Lucchese al que me pediste que investigase.

Me levanto del sofá como un resorte al escuchar sus palabras y lo agarro por el cuello de la camisa, acercándolo a mi pecho con la mirada inyectada en fuego. Le dije que consiguiese información sobre ese gilipollas hace una semana. Nadie tiene más contactos que el cabrón de Beau Whitmer.

—¿Qué sabes?

—Vas a arrugarme la camisa, Zane.

—Abre la puta boca y te suelto.

Se queda unos segundos en silencio, sonriendo con suficiencia, pero finalmente asiente:

—Frank Lucchese es el dueño del casino más grande de Fort Wayne. Emigró desde Nápoles a los veinticinco años y se casó con la hija de un empresario de Indiana quien, por cierto, se suicidó

misteriosamente después de parir a su segundo hijo. Tiene sesenta y un años, antecedentes por extorsión y blanqueo de dinero y una cordial amistad con Romeo Mancuso, el capo de la Camorra americana.

—¿Y qué tiene que ver ese hijo de puta con Quinn?

—El padre de ella trabajó de crupier en el casino de ese tío hasta que murió.

—¿Se lo cargó Lucchese?

—Estaba enfermo.

—¿Qué le pasó?

—No hemos encontrado información sobre su enfermedad. Joey Granger no tenía seguro médico. Ese puto mafioso tiene a sus empleados en unas condiciones de mierda.

—¿Qué más sabes?

Beau niega con la cabeza y se encoge de hombros.

—Nada más por el momento. No hemos conseguido averiguar la relación que lo unía a Quinn, además de ser el exjefe de su padre. Frank Lucchese está desaparecido y su hijo mayor se ocupa ahora de administrar el casino y los demás negocios.



Después de que esta mañana Beau me dijese lo que ha averiguado, no hago más que darle vueltas a esa información para intentar encontrarle sentido. Pero estoy casi como al principio. Y me cabrea.

Me da igual si es un pez gordo de la mafia o el hijo perdido de un marajá. Si me entero de que ese cabrón ha tocado a mi conejita, sea de la forma que sea, mi próxima condena en prisión será perpetua, porque no pienso dejar ni un rastro de su ADN, ni del de su familia, en el mundo.

No soy un tío paciente; estoy haciendo de tripas corazón para no mandarlo todo a tomar por culo y plantarme en la puerta de ese maldito casino para sacarle la verdad a hostias.

A las cinco de la tarde monto en la moto para regresar a casa. Conozco lo suficiente a Savannah como para saber que andará

histórica intentando que la cena de Acción de Gracias salga al dedillo. Es demasiado perfeccionista, y me extraña que no se haya pasado el día llamándome para que fuera ayudarla con los preparativos. Pero ahora tiene a Quinn y le toca a ella apaciguar a la leona.

Cuando aparco la moto en el cobertizo del jardín, frunzo el ceño al darme cuenta de que la puerta de casa está abierta. Es demasiado pronto para que los invitados a la fiesta empiecen a llegar.

Recorro el camino de hierba y subo los cuatro escalones que me separan de la entrada. Nada más cruzar el umbral, descubro las mesas a medio poner, las sillas apiladas en un rincón del salón y los manteles doblados sobre el sofá.

Frunzo el ceño por este desorden. Ya tendría que estar todo organizado, las sillas colocadas y los cubiertos sobre la mesa. Savannah nunca dejaría para última hora estas mierdas.

—¿Sav? —Tiro la chaqueta de cuero sobre el sofá y miro a mi alrededor, porque esto me da muy mala espina.

Entonces, de improviso, escucho pasos acelerados que provienen de la cocina. Mi hermana entra al salón con el rostro desencajado y el teléfono en la oreja. Cuando me descubre, un atisbo de alivio se refleja en su rostro.

—Está bien, señor Cooper. Sí, sí, lo sé. Hasta luego, gracias. —Al colgar, corre a mi encuentro con desesperación—. ¡Zane, gracias a Dios!

—¿Por qué está todo sin montar?

—Ya no sabía a quién llamar. Iba a buscarte al almacén. —Me agarra por la sudadera y da varios tirones, ansiosa.

—¿Qué pasa?

—¡No sé dónde está! ¡Lleva sin dar señales de vida desde esta mañana!

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Quinn! —exclama con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No la encuentro!

Esas tres últimas palabras me hacen erguir la espalda con rigidez y prestar toda mi atención a lo que dice mi hermana.

—¿Cómo que no la encuentras?

—¡Se fue a las nueve a la cafetería, como siempre, pero no ha regresado al terminar su turno! ¡Su teléfono da señal, pero ella no contesta! ¡La he llamado cientos de veces, Zane! ¡Acabo de hablar con el señor Cooper y me ha dicho que Quinn no ha ido a trabajar hoy!

—¿Has hablado con Briar y Riley?

—No está con ellas. —Se lleva las manos a la cabeza con el miedo reflejado en las pupilas—. La he buscado por toda la maldita Elberta. ¡Ha desaparecido!

Mi cabeza funciona a tres mil revoluciones por segundo. Estoy intentando encontrar la solución, un lugar donde la conejita haya podido ir.

—¿Y el muelle? ¿Has buscado por...?

—¡Por cada rincón, en casa de cada vecino, en cada comercio! ¡Le pregunté a la señora Miller y ni ella lo sabe! ¡Dios, Zane, no quiero ni pensar que la hayan encontrado!

—¿Encontrado? ¿Te refieres a...?

—¡A ese mafioso del que Quinn vino huyendo!

Un intenso flashazo me ciega durante unos segundos al comprender lo que dice mi hermana. Joder. Lo tenía delante de mis narices y nunca se me ocurrió que Savannah pudiese saber lo de Lucchese. ¡Claro, maldita sea, son amigas!

Movido por una ansiosa necesidad, la agarro por los hombros para que me mire a los ojos y la obligo a responder:

—¿Qué tiene que ver ese tío con Quinn? ¿Por qué la persigue?

—Ella... le debía dinero —contesta con voz temblorosa—. Estuvo dos años pagándole todos los meses; trabajaba en tres sitios a la vez para poder pagarle. Pero hace un tiempo Frank Lucchese le dio un ultimátum. Le advirtió que quería el resto de la deuda de golpe o la obligaría a venderse para él hasta que se lo cobrase.

Cierro los ojos y me obligo a no destrozar todo lo que nos rodea. La rabia que acaba de poseer mi cuerpo es tan inmensa que dudo que pueda controlarla durante mucho tiempo.

Voy a matarlo.

Ese hijo de puta va a morir, y cuando acabe con su vida ataré una cuerda a sus pies y lo arrastraré con mi moto alrededor de su

asqueroso casino para que todos vean la clase de alimaña asquerosa que es.

Creo que mi rabia es demasiado evidente, porque Savannah se apresura a continuar:

—Lucchese está muerto, Zane.

—¿Muerto? —la interrogo con voz helada.

—La última noche que Quinn pasó en Fort Wayne fue a verlo. Intentó que le diera más tiempo para pagarle, que se apiadase de ella, pero la drogó y quiso obligarla a prostituirse en contra de su voluntad.

—¿Qué?! —trueno entre dientes.

—Quinn lo mató. La droga todavía no había hecho efecto del todo en su organismo cuando le arrebató la pistola y le disparó en el estómago. Después de eso apenas recuerda nada. Se despertó tirada bajo un puente y me llamó muerta de miedo y con la ropa llena de sangre. Entonces fui a por ella y la traje a casa. Si se quedaba en Fort Wayne, los hombres de Frank la encontrarían y la matarían para vengar a su jefe. —Savannah se apoya en el respaldo del sofá—. Pero creo que al final la han encontrado. Quinn no se iría así como así. No desaparecería sin despedirse ni...

—Voy a por ella.

—¿Qué? ¿Al... casino?

—A donde mierdas se la hayan llevado. —Doy media vuelta y cruzo el salón con el cuerpo rígido y unas ansias asesinas de acabar con todo ser humano que se ponga en mi camino hasta que la encuentre.

—¡Pero Zane, es peligroso! ¡Hay que llamar a la policía, estamos hablando de una mafia!

—¡Me la suda esa puta mafia!

—¡No hagas locuras, joder!

—La traeré conmigo antes de la cena —me limito a decir con voz helada.

Mas cuando acabamos de traspasar la puerta de la entrada, Savannah y yo tenemos que detenernos para no chocar con dos personas que vienen en nuestra dirección a toda prisa. Son Easton y Beau. Y en sus rostros percibo que algo tampoco anda bien.

—¡Zane! ¡Los Nyctra!

—Ahora no puedo, gigante. —Paso de largo sin apenas prestarles atención—. Encargaos vosotros de ellos. Voy a Fort Wayne a por Quinn. Ha desaparecido. Savannah cree que han sido los hombres de Lucchese.

—¡Eeeh, espera, joder! —Beau me coge del brazo y me obliga a frenar en seco. Cuando lo encaro, en mi mirada hay tales ansias asesinas que levanta las manos para apaciguarme—. ¡Se la ha llevado Vargas!

—¿Cómo que Vargas?! —rujo con la respiración a un ritmo acojonante.

—Varios de los Nyctra han venido al almacén con sus motos haciendo mucho ruido. Cuando Easton ha salido ya no estaban, pero habían dejado esta nota con tu nombre en el suelo.

El gigante me enseña el papel y se lo arranco de las manos. Lo abro con una violencia atronadora. Ante mis ojos aparece la ordenada letra de Gabriel que confirma lo que dicen mis amigos:

*Tengo a tu putita. Si aprecias su vida, ven a verme.
Tienes hasta las seis.*

G. Vargas.



Ni diez minutos después aparco la moto frente al taller de los Nyctra. No espero siquiera a que Beau y Easton bajen de la camioneta del gigante para dirigirme hacia la nave.

Me da igual que dentro esté todo el puto ejército de Vargas, puedo destrozarlos sin ayuda. Y lo haré si se han atrevido a tocarle un pelo a Quinn.

Aprieto los nudillos de mi mano derecha, donde llevo el puño americano. Va a correr la sangre, lo sé, y estoy deseando que ocurra. Desde que entré en prisión tengo unas ganas brutales de cruzarme con Gabriel y reventarlo hasta que solo quede de él un trozo sanguinolento de mierda en el suelo.

La persiana del taller está levantada. Sabe perfectamente que no voy a dejar pasar su provocación. Me espera.

No hay nadie custodiando la entrada, así que la cruzo sin pensar, adentrándome en la enorme nave repleta de piezas robadas y coches antiguos de la que sale un fuerte ruido metálico.

A diferencia de la última vez que estuvimos aquí, la luz inunda el lugar, y veo al fondo, junto al elevador, a varios tíos bajo un coche que desmontan con cuidado una línea vieja de escape.

—¡Vargas, hijo de puta! —rujo sin dejar de avanzar hacia ellos.

Los Nyctra vienen a mi encuentro con aspecto amenazador, armados con barras de hierro y cuchillos. La rabia me come por dentro por las ansias de abalanzarme sobre ellos y descargar toda la ira acumulada.

Beau y Easton me pisan los talones. Se colocan tras de mí, en el centro de la nave.

—Vaya, vaya, vaya, pues sí que has venido pronto. —Una voz muy familiar me hace fijar las pupilas en la silueta solitaria que se acerca a nosotros con la chulería y la elegancia de un tigre. Gabriel me sonríe con una expresión helada y mira después a Easton y Beau, satisfecho—. Y has traído al resto de los Santos. Bien.

No ha cambiado nada desde la última vez que lo vi; puede que esté un poco más fuerte, pero sigue siendo el gilipollas moreno con cara de cabrón soberbio que tan bien conozco.

Tiene las manos y la camiseta manchadas de grasa, pues estaba trabajando en el coche del elevador, pero su expresión es igual de amenazante que la mía.

—¿Dónde está? —susurro entre dientes, apretando el puño americano entre mis dedos.

—¿Te refieres a tu *prima*? —Suelta una carcajada y niega con la cabeza—. Puede que hayáis podido engañar al resto del pueblo con esa mentira de mierda, pero yo os conozco demasiado bien. Nunca has tenido familia en Indiana.

—¿Dónde... coño... está? —Doy un paso hacia él—. ¡Quiero verla ya!

—Eh, eh, tranquilo. Tu puta está bien.

—No me toques los huevos, Vargas, y trae a Quinn antes de que pierda la poca paciencia que me queda.

Gabriel sonríe entre dientes al darse cuenta de que estoy aguantándome las ganas de saltar sobre él y molerlo a hostias. Entonces gira un poco la cabeza hacia uno de sus hombres:

—Trae a la chica.

—Y más vale que no le hayáis tocado ni un puto pelo si queréis seguir conservando la cabeza sobre los hombros.

—Creo que no estás en posición de amenazar, Rivers. —Señala a los siete tíos que tiene a su espalda—. Estáis en nuestro territorio, os ganamos en número, vamos armados y la tenemos a ella.

De repente, un grito ahogado inunda la nave y, cuando levanto la cabeza, veo a Quinn arrastrada por otro de los Nyctra, intentando soltarse. Va vestida con la ropa negra que utiliza para trabajar en la cafetería, la coleta deshecha y el rostro demacrado de haber estado llorando. Pero no parece haber sufrido ningún daño.

Cuando me descubre frente a ella, el alivio suaviza su rostro. Me sonríe mientras una lágrima resbala por su mejilla.

—¿Te han hecho algo? —le pregunto en cuanto el gilipollas que la trae la deja al lado de Gabriel.

—Estoy bien.

—Zane, me insultas —ríe Vargas, rodeando a Quinn por los hombros—. Yo trato muy bien a mis invitados.

—¡No la toques! —Echo a andar hacia él para romperle la cara; sin embargo, alguien me frena en seco. Es Easton, que me está agarrando de los brazos—. ¡Suéltame, gigante!

—No hagas locuras, Zane. Piensa antes de actuar.

—¡Lo que pienso es matar a hostias a este hijo de perra y acabar de una vez!

La risa de Vargas retumba a nuestro alrededor y penetra en mis oídos como un odioso eco. Cuando vuelvo a mirarlo, él le da un suave codazo a Quinn antes de decir:

—¿No te parece ridículo, Bunny? Y pensar que hace años yo era uno de ellos. —Nos contempla con burla—. Gabriel Vargas, el cuarto Santo. Me da náuseas solo de recordarlo.

—Quinn no tiene nada que ver en esto, Gabriel —dice Beau con voz conciliadora, quien da un paso adelante y se coloca a mi lado—. Deja que se vaya.

—Ya, bueno, unas por otras. Mi moto tampoco tenía culpa y os la llevasteis.

—¡Nos robaste las putas piezas que venían de Rumanía! ¡Llevas intentando jodernos el negocio desde hace cuatro años! —se inmiscuye Easton, quien todavía me sujeta, a pesar de que intento soltarme por todos los medios para abalanzarme sobre Vargas—. ¡Tú empezaste esto, Gabriel!

—¡Dale las gracias al psicópata de vuestro amigo! —Me señala con una rabia desbordante—. ¡Al asesino exconvicto en el que confiáis! ¡En el que confiaba yo! ¡A ese hijo de puta que llegó a ser mi hermano! ¡Al que se cargó a mi padre de veintiséis puñaladas en el corazón a sangre fría!

—Tendría que haberle dado más —respondo con una helada altivez—. Debería haberle destrozado la cara hasta que nadie pudiera reconocerlo nunca. Veintiséis puñaladas fueron muy pocas para lo que se merecía. Ese desgraciado que te engendró se atrevió a tocar a mi hermana. Y tanto tú como mi madre lo defendisteis sabiendo la clase de monstruo que era.

—¡Mi padre era lo único que tenía en este puto mundo, Zane!

—¡Nos tenías a nosotros!

—Destrozaste una familia. ¡Destrozas todo lo que tocas! ¡Tu madre estaba rota de dolor!

—No nombres a esa perra que abandonó a su hija cuando más la necesitaba.

—Linda se fue por miedo a su jodido hijo. Tuve que darle cobijo en mi casa.

—¿Vive contigo?

—Desde hace cuatro años.

—Bien. Los traidores mejor juntos. —Sonrío—. Así es más fácil erradicarlos.

Miro de reojo a Easton y doy un último tirón a los brazos. Él me suelta al fin. Sabe que tarde o temprano me liberaré y haré aquello para lo que he venido. Mi atención regresa a Quinn. Puedo ver la

sorpresa en su rostro al descubrir el parentesco que hay entre Vargas y yo, pero parece mucho más serena que al principio. En su rostro ya no se ve el miedo.

—Ven aquí, conejita —le digo con suavidad.

Ni se lo piensa. Está deseosa de separarse de los Nyctra; sin embargo, Gabriel la agarra del brazo, frenando su avance, y me mira con determinación.

—Todavía no hemos terminado, Rivers.

—¡Aparta las manos de ella, pedazo de mierda! ¡No toques lo que no te pertenece! —exploto, empujándolo con una violencia que lo hace tambalear. No me importa que los Nyctra también hayan dado un paso hacia adelante, apuntándome con los cuchillos—. Ya estoy aquí, Gabriel. Vamos a arreglar esto como hombres. Tú y yo, nadie más.

—¿Me estás proponiendo una pelea? —Sonríe.

—¿No te apetece que te reviente la cara?

—Lo que quiero es que me devuelvas lo que nos habéis robado. Y mi moto.

—Y yo que te den por el culo. —Le hago una señal con las manos para que se acerque, mientras la rabia y la excitación por lo que está a punto de ocurrir se enredan en mi estómago—. Ven aquí, Gabriel. ¿No querías vengar al hijo puta de tu padre? Entonces dejemos de jugar a los ladrones e intentar jodernos el negocio, y terminemos de una vez.

—Zane, ¿estás seguro? —pregunta Beau a mi espalda, sabiendo que esto solo puede ir a peor.

—Llévate a Quinn de aquí —asiento.

—¿Reglas? —pregunta Vargas, remangándose el jersey mientras da un paso hacia adelante. Después se coloca sendos puños americanos, con tantas ganas de pelear como yo.

—No hay reglas. El que muera, pierde.

Beau separa a Quinn de Vargas, poniéndola a salvo junto a ellos. Los Nyctra retroceden varios pasos, dejándonos el suficiente espacio para pelear, así que me muerdo el labio inferior y me coloco frente a mi hermanastro con la determinación reflejada en el rostro.

Somos de la misma altura, pero Gabriel es más corpulento. Me da igual. Por muchos músculos que tenga, yo soy más ágil y rápido, y tengo demasiadas ganas de darle de hostias como para que me importe nada más.

De repente, el silencio coloniza el almacén. Nadie habla; solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones y el eco de las botas de Gabriel al acercarse, amenazante. Lo espero sin moverme, con los hombros rígidos, la mandíbula apretada y una mirada que anuncia que ya no hay vuelta atrás. No hay necesidad de palabras; es él quien arremete primero con un puñetazo directo a mi cara, que desvío con el antebrazo. Contrataco con rapidez, le propino un golpe seco que le hace retroceder.

—Buen perro, dando marcha atrás —me burlo entre dientes.

—Eres un puto bocazas, Rivers.

Nos movemos en círculo, estudiándonos, midiendo la distancia. Entonces Gabriel vuelve a atacar; esta vez lanza un derechazo que me alcanza en la mejilla y me hace tambalear. Pero no permito que me afecte, a pesar del dolor, porque arremeto hacia él, descargando varios golpes cortos que lo obligan a cubrirse en cuanto alcanzo su cara.

El ritmo se acelera entre puñetazos y el choque de nuestros cuerpos. Cada impacto en su cara de gilipollas es una victoria que disfruto demasiado. Me relamo la comisura al notar el sabor metálico de mi propia sangre y lo golpeo una vez más con toda la rabia que guardo desde hace cuatro años. Lo derribo de una patada y me abalanzo sobre él para darle de hostias con el puño americano. Gabriel intenta protegerse, quitarme de encima, pero no se lo permito, y la sangre de su rostro me mancha los nudillos. Voy a reventarlo, joder. No voy a parar hasta que me lo cargue.

Sin embargo, de repente noto contra mi costado un golpe que me hace caer hacia un lado y rodar por el suelo dolorido. Uno de los Nyctra le ha lanzado un bate de béisbol y Vargas me ataca con él. Nos levantamos del suelo a la vez, sangrando, mirándonos como se miraría a la muerte si la tuviésemos delante. Él me apunta con la parte metálica del bate.

Pero cuando pretendemos volver a enzarzarnos en un baile de puñetazos, un fuerte estruendo nos sobresalta a todos, desviando nuestra atención hacia la puerta. Varios coches patrulla irrumpen en el almacén de los Nyctra a gran velocidad, derrapando y rodeándonos, mientras las sirenas inundan nuestros oídos con su escandaloso pitido. De ellos comienzan a salir agentes armados que se dirigen hacia nosotros.

—¿Quién coño ha llamado a la policía?! —exclama Beau, alarmado.

—¡La pasma, Zane! ¡Vamos! —me avisa Easton para que eche a correr hacia la salida antes de que los agentes taponen la puerta.

Durante unos segundos no me muevo, sino que observo a Gabriel, decidiendo si continuamos con la pelea. Pero él, al ver el peligro en el que nos encontramos, da varios pasos atrás y echa a correr hacia el interior de la nave para huir de la policía.

—¡Zane, venga! —Ahora es Beau—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Entonces mis ojos coinciden con los de Quinn, que me mira asustada, con las lágrimas surcando de nuevo sus mejillas. Sí, tenemos que largarnos. Enredo mi mano en la suya y tiro de ella para sacarla del almacén de Vargas, donde sus hombres se enfrentan a la policía en un intento desesperado por evitar que los detengan. Algunos han desenfundado sus armas y pelean cuerpo a cuerpo contra los agentes.

Nosotros también esquivamos a varios oficiales que intentan interceptarnos para cortarnos la huida. Golpeo a uno que está a punto de tocar a Quinn y, finalmente, dejamos atrás la nave.

—Sujétate fuerte a mi cintura —le ordeno nada más montar en la moto. Ella obedece sin rechistar. Se aferra a mí cuando doy puño y salimos de allí a una velocidad de vértigo.

Easton y Beau van tan rápido en su camioneta que es imposible que los cojan, pero a nosotros nos pisan los talones.

Nos persiguen dos coches patrulla a los que me está resultando muy complicado quitarme de encima. El estruendo atronador de las sirenas me hace maldecir entre dientes y meterme por una calle estrecha y pedregosa, con la esperanza de que ellos no puedan avanzar. Por mis cojones que no dejo que nos atrapen. Si tengo que

dormir en el calabozo cuando identifiquen la matrícula de mi moto y vayan a buscarme a casa, lo haré, pero antes pondré a Quinn a salvo.

14

Quinn

Zane esconde la moto tras un matorral del jardín y se guarda las llaves en el bolsillo antes de acercarse a mí. Lleva una herida en la boca por los golpes de Gabriel y la sudadera desgarrada, pero su mayor preocupación es sujetarme la barbilla y mirarme a conciencia para asegurarse de que estoy bien.

—No he sido yo quien se ha peleado —le recuerdo a media voz, notando que mis latidos se aceleran irremediablemente por tenerlo tan cerca.

Aun estando golpeado, con sangre seca en la comisura de los labios y la mejilla algo hinchada y amoratada, Zane Rivers desprende tal sensualidad que me cuesta mantener la calma y no asfixiarme por la falta de oxígeno. Sobre todo cuando el gris de sus ojos se clava en mi boca.

—Si descubro un solo rasguño en tu piel, juro que regreso al taller de Vargas y hago una masacre con ese hijo puta y los policías que se pongan en mi camino.

—Nadie me tocó. Me encerró en una sala y me retuvo allí. Estuve sola casi todo el tiempo.

—¡Zane! ¿Estáis bien? —La voz de Beau a nuestra espalda interrumpe la conversación. Zane levanta la mirada hacia la valla que rodea la propiedad y, cuando descubre a los Santos en el jardín acercándose con rostros preocupados, suspira y me suelta la barbilla a regañadientes.

—Seguimos vivos, así que bien.

—Dimos media vuelta cuando vimos que la policía os perseguía, pero ya no pudimos encontraros. ¿Dónde coño os habíais metido?

—Me los quité de encima al entrar en el callejón de la veinticuatro. El coche patrulla no pudo seguir. —Levanta la mirada, asegurándose de que la policía todavía no ha llegado, y hace un gesto con la cabeza señalando hacia la casa—. Vamos dentro. Mi hermana estará preocupada y tengo que coger algunas cosas antes de irme. Esos hijos de puta habrán fotografiado la matrícula y vendrán a por mí.

—¿Adónde vas a ir? —le pregunto con un hilo de voz. Luego me sonrojo al ver que Beau y Easton sonríen por mi preocupación.

Por el contrario, Zane se encoge de hombros y se limita a entrelazar nuestros dedos para conducirme al interior. No sé si me acostumbraré alguna vez a este contacto. Al igual que en el almacén de Vargas, siento un intenso cosquilleo donde su mano roza con la mía. Se me ha erizado el vello del brazo y me provoca una deliciosa inquietud.

—Todavía no he pensado a dónde ir —responde con voz plana.

—Ven a mi apartamento. Allí no te buscarán.

—No, gigante. No voy a meterte en esta mierda. Seguramente pase la noche en el hotel de Henry.

—¿Vas a ir a la puta Benzonia, a un hostel de mala muerte, en Acción de Gracias?

—He pasado los últimos cuatro años en un sitio peor —le quita importancia.

Nada más abrir la puerta, Savannah se lanza a mis brazos y me estruja con una fuerza que me deja sin aliento. Tiene los ojos enrojecidos de haber estado llorando, la piel pálida y ni siquiera se ha cambiado de ropa para la fiesta. Yo también la abrazo, pero con una sola mano, porque Zane no me ha soltado todavía; sus dedos siguen entrelazados con los míos con posesividad, como si fuera lo más normal entre nosotros.

—Dios santo, Quinn, no sabes lo preocupada que estaba —me dice al oído con voz temblorosa—. Creí que esos malditos mafiosos te habían encontrado.

—Yo también confundí a Vargas con uno de los hombres de Lucchese cuando me apuntó con la pistola.

—No puedo creer que Gabriel haya caído tan bajo —comenta con rabia—. Tendría que haberte prevenido sobre él para que te alejases si te lo encontrabas por Elberta. Ni siquiera te dije quién era; pensé que se mantendría alejado. Me siento fatal. ¡He sido tan tonta!

—No es culpa tuya.

—Dime al menos que no te ha hecho daño.

—Estoy bien. Yo solo he sido el señuelo; a quien quería era a Zane.

Solo entonces Savannah me suelta y observa por primera vez a su hermano. Cuando descubre la sangre y la mejilla amoratada, se lleva una mano a los labios y se abalanza a abrazarlo, logrando con su brusca demostración de afecto que nos soltemos al fin.

—¡Zane, joder! ¿Esto te lo ha hecho él?

—No es nada.

—¿Un labio partido y la mejilla amoratada no es nada para ti?

—Tendrías que haber visto cómo le he dejado yo —responde con una chulería innata—. Va a pasar una temporada con su cara de perro desfigurada.

—Pues que se fastidie. —Savannah aprieta la mandíbula y lo mira a los ojos—. Si hubiera estado allí, le habría retorcido el cuello con mis propias manos por llevarse a Quinn.

—Esa era mi intención hasta que la policía nos ha interrumpido.

—¿La policía? ¿Ha ido la policía al almacén de los Nyctra? ¿Cómo cojones sabían...?

—Les di un pequeño chivatazo —admite Zane, curvando los labios en una sonrisa fría.

—¿Tú, psicópata? —le pregunta Beau, boquiabierto—. ¿Fuiste tú?

—El hijo de puta de Gabriel lleva jugando con fuego demasiado tiempo y con lo de Quinn ha desbordado el vaso. Ahora es a mí al que le importa tres cojones jugar sucio. Hice una llamada anónima denunciando el robo de unos coches antiguos y les di la dirección del almacén.

—Eso significa que si los pillan...

—Si los pillan, Gabriel y los lameculos que trabajan con él pasarán una temporadita entre rejas.

—¡Lo que has hecho es un suicidio, Zane! —expone Easton, dando un paso hacia él—. Si han fotografiado la matrícula de tu moto también irán a por ti. Y tienes antecedentes. Serán más duros contigo que con ninguno de ellos.

—Ya lo sé. —Sus ojos coinciden con los míos—. Por eso tengo que irme antes de que vengan. Aunque descubran que no tengo nada que ver con los Nyctra, me harán pasar unas semanas en el calabozo por la persecución.

—Pues vete ya y no vuelvas a Elberta hasta que no recibas mi llamada —le advierte Beau, sacando su teléfono, en el que comienza a teclear—. Voy a mover algunos hilos para que tu nombre y tu matrícula desaparezcan de los informes policiales.

No puedo despegar la mirada de él, de la determinación que se lee en sus ojos. No tiene miedo; lo que refleja es más bien hastío por tener que volver a irse. Y yo... no sé cómo me siento, porque en cierto modo es culpa mía. Si no hubiera confiado en Gabriel, esto no habría sucedido y Zane no habría tenido que ir a buscarme.

—Quinn, ¿estás bien? —Ante mí aparecen Briar y Riley con rostros preocupados. Ni siquiera sabía que estuviesen aquí. De hecho, ahora que levanto la mirada más allá de Zane, Savannah, Easton y Beau, descubro a varias personas más a las que he visto alguna vez. Uno es Thomas, el primo camionero del gigante, y tres tipos altos y musculosos que a veces echan una mano en el taller.

Lo que sí es seguro es que han cancelado la cena de Acción de Gracias, porque no hay ni rastro de esas otras cuarenta personas invitadas para las que llevamos cuatro días cocinando.

—Nos llevamos un buen susto cuando Savannah nos dijo que habías desaparecido —continúa Briar, entrelazando nuestras manos—. Te buscamos por todo el pueblo.

—Yo sabía que estabas bien —se apresura a decir Riley, guiñándome un ojo—. Mi hermana es demasiado dramática.

—¡Eh, mirad! —Thomas llama nuestra atención. Se encuentra frente al televisor del salón y señala la pantalla—. ¡Están hablando de lo que ha pasado en el almacén de los Nyctra!

Corremos todos hacia el aparato y permanecemos en silencio, expectantes, por lo que puedan haber averiguado. Savannah le da

más volumen para escuchar a los presentadores, que dan la noticia en un tono solemne. En la pantalla se reproducen las imágenes de las cámaras de seguridad de los coches patrulla. Están retransmitiendo en bucle fotogramas de cuando nos han sorprendido en el almacén, donde se ve el corro de personas rodeando a Zane y a Gabriel mientras peleaban.

Secuencias de los agentes deteniendo a varios miembros de la banda y... otras tantas de la persecución. La moto de Zane recorre las calles a toda velocidad mientras el vehículo policial nos persigue a un ritmo vertiginoso. Puedo reconocer mi pelo ondeando al viento y su chupa de cuero negro. Sin embargo, lo que no han logrado grabar es...

—¡La matrícula! —exclama Easton, boquiabierto—. ¡Quinn, estabas tapando la matrícula con el pie!

—Los presentadores dicen que no saben quiénes sois. Están buscando la participación ciudadana para reconoceros —se ríe Beau—. Pero, joder, las imágenes son tan oscuras que es imposible. Si no supiera que sois vosotros, ni yo podría reconoceros.

—¡Ay, Quinn! —Savannah me abraza y me da decenas de besos—. ¡Has tapado la matrícula de la moto de mi hermano! ¡Eres la hostia!

—Sí, bueno. —Sonrío y me encojo de hombros—. No sabía si iba a servir de mucho. Simplemente lo hice.

—¡Pues ha servido! ¡Ha servido!

Me echo a reír cuando Savannah me estruja de nuevo. Después levanto la mirada hacia Zane, buscando un pequeño gesto de complicidad; pero cuando me percato de la forma en que me contempla, la sonrisa se muere en mis labios. No sonrío, no parpadea; permanece rígido y con los puños apretados. No deja de observarme. Lo hace como si quisiera fundirme, como si pudiera traspasarme con sus frías pupilas, como si el gris de sus ojos fuera un cuchillo.

—¿Por qué has hecho eso? —habla con un tono de voz tan gutural que por un instante me cuesta comprenderlo.

—Yo... creí que...

—¿Sabes que ahora también te buscarán a ti por desobediencia y resistencia a la autoridad? —Viene hacia mí cruzando ante los demás

con movimientos rígidos hasta que lo tengo enfrente, tan cerca que nuestros torsos se rozan—. ¿Tienes una puta idea de la mierda en la que te has metido?

—Ni siquiera lo pensé.

—¡Ese es el problema, Quinn! ¡No lo pensaste, joder!

—Solo quise despistarlos, quise salvarte de acabar otra vez en...

—¿Salvarme? ¿A mí? —Por un momento veo la confusión en su rostro, pero no dura más de un segundo, porque de inmediato me agarra por los brazos y me obliga a ponerme de puntillas, hasta que nuestros rostros están frente a frente—. No te he pedido que lo hagas, conejita. No necesito que nadie me salve.

—Bien, pero ha sido mi decisión.

—¿Tu decisión? —Se ríe y niega con la cabeza, fulminándome. Aunque quisiera, no puedo apartar la mirada; es hipnótica. Su respiración choca con mis labios. Cálida, rápida, errática. El calor de su torso pegado al mío, la fuerza con la que su mano me sujeta—. Conque tu maldita decisión.

—S... Sí.

—Has querido salvarme. Tú a mí.

—Te repito que sí. ¿Por qué te enfadas por eso?

—¡Porque acabas de exponerte!

—Nadie sabe que soy yo. En las imágenes no se me reconoce.

—¿Y crees que no lo averiguarán?

—M... Me da igual. No tengo antecedentes.

—¡Pero sí que te persiguen unos jodidos mafiosos dispuestos a matarte! ¿Es que ya se te ha olvidado?

Abro la boca para responder, pero no me salen las palabras. Nunca he hablado con Zane acerca de Frank. Supongo que Savannah lo habrá puesto al día de todas las mierdas que hay en mi vida. Y del peligro que corren por mi culpa.

—Si con esto arriesgo vuestra seguridad, me iré.

—¿Esa es tu decisión? ¿Huir?

—Lo haré si no me queda más remedio.

—Pues a la mierda. ¡A la mierda con todo! ¡Tú no te vas a ninguna parte, ¿me oyes?! ¿Y sabes por qué? ¡Porque yo también he tomado una maldita decisión!

Ni siquiera tengo que preguntar cuál es, porque Zane se lanza a mis labios y me come la boca delante de los demás, con rabia y un hambre voraz. Sujeta mi nuca para que no pueda moverme, para obligarme a permanecer junto a él. La cuestión es: ¿quiero apartarme? Me besa con desesperación, mordisqueándome las comisuras, lamiéndome con unas ansias devastadoras. Tengo que sujetarme con fuerza a su sudadera, pues las piernas empiezan a fallarme por la excitación. Acabo de olvidar que no estamos solos; que a nuestro alrededor están Savannah y los demás. Y cuando me obliga a abrir la boca para meterme la lengua dentro, un hondo gemido escapa de mi garganta.

Respondo a su beso con sus mismas ganas, lamiendo, mordiendo, peleando contra él en esta deliciosa lucha que está poniéndome muy cachonda. Desde que lo conozco, me ha quedado muy claro que Zane despierta una parte que no conocía de mí. Un lado oscuro, obsceno y de lo más perverso que me hace rendirme a él como si fuera mi único dios. Una parte de mí que se muere por que me haga cosas sucias, me obligue a obedecerlo y a abandonar el poco sentido común que me queda.

La mano con que me sujeta la nuca se enreda en un mechón de mi pelo y tira de él, haciéndome gemir de dolor, pero ni aun así quiero que esto acabe. Por el contrario, una caliente humedad moja mis bragas. Estoy ardiendo, joder. Sobre todo por la forma en la que está comiéndome. Porque Zane Rivers no besa. Devora, exprime, reclama. Y yo estoy más que dispuesta a entregarle lo que busca en mí.

Sin embargo, el beso acaba de golpe, dejándome jadeante y temblorosa pegada a su cuerpo. Cuando mis ojos coinciden una vez más con los suyos, veo en sus pupilas un violento fuego que arrasa con todo. Respira con la misma dificultad que yo, pero ahora sus labios empiezan a curvarse lentamente en una sonrisa ladeada que me hace apretar las piernas de pura excitación.

Entonces, sin previo aviso, se agacha, enredando los brazos alrededor de mis piernas. Me alza en peso como un saco de patatas sobre sus hombros y camina hacia el pasillo de la casa, sin importarle que casi diez pares de ojos nos miren boquiabiertos. Al

ver a Savannah tan paralizada, le doy varios golpes en la espalda para que me baje.

—Zane, para.

—No —dice sin dejar de andar hacia el pasillo.

—Todos nos están mirando.

—Que miren.

—Pero... tu hermana...

—Que se meta en sus asuntos.

—¡Zane, ¿pero qué demonios haces?! —Es Savannah; acaba de reaccionar y viene hacia nosotros alarmada para frenarlo e intentar que me suelte. Sin embargo, Easton la agarra por los brazos, reteniéndola junto a ellos—. ¡No, déjame, gigante! ¡Basta! ¡Zane! ¿Has perdido la cabeza? ¡Suelta a Quinn! ¡No puedes obligarla! ¡No eres un monstruo!

—Princesa —se inmiscuye también Beau, rodeándola por los hombros en un gesto fraternal—. Aquí nadie está obligando a nadie. ¿Es que no los has visto? Esos dos están donde quieren estar y van a hacer lo que se mueren por hacer.

—¿Eso significa...?

—Que van a follar como bestias, sí —concluye Easton, mirándonos con una inusual sonrisa.



Zane cierra la puerta de su habitación de una fuerte patada, encerrándonos dentro, conmigo todavía sobre su hombro derecho, y se dirige directamente hacia la cama, donde me deja sobre el colchón. Nada más rozar sus suaves sábanas de lana, repto hacia atrás con la respiración muy acelerada, hasta que el robusto cabezal de madera me impide seguir retrocediendo.

Es la primera vez que entro en su habitación y debo decir que no es un lugar tan sombrío ni lúgubre como me lo había imaginado. De hecho, es sencillo, cálido, como el resto de la casa, aunque mucho más grande que los dormitorios que ocupamos Savannah y yo. La cama es enorme, el ventanal que da al jardín delantero está descubierto y hay un monstruoso armario del que asoma la manga

de un jersey. Lo que más me altera y me excita a la vez: el olor. Esta habitación huele a él. Es como tener la nariz hundida en el cuello de Zane Rivers.

Trago saliva cuando lo veo acercarse a la cama con pasos lentos, amenazantes. Con esa sonrisa ladeada que apenas expresa nada, todo lo contrario a sus pupilas, que son dos faros ardientes de luz que me recorren. Alarga un brazo y me acaricia el muslo. El roce de sus dedos por la tela de mis pantalones me quema.

—Zane... —hablo con la voz tomada—. No quiero que Savannah se preocupe.

—No lo hará. Yo puedo cuidarte mejor que nadie.

—¿Quieres... cuidarme?

—A menos que prefieras otra cosa. —Apoya la palma de las manos sobre el colchón, a cada lado de mi cintura, y acerca su rostro al mío tanto que se me seca la garganta—. También podría destrozarte. ¿Eso es lo que quieres, conejita? ¿Que te rompa de todas las formas posibles hasta que no quede nada reconocible en ti?

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene. Me encanta verte temblar. Pero solo por mí.

Me humedezco los labios y me quedo en silencio unos segundos, intentando comprenderlo. No obstante, si hay algo que tengo claro es que no va a hacerme daño. Lo sé.

—¿A qué ha venido lo de ahí afuera?

—¿Te refieres al beso? —Sonríe y me agarra por las mejillas—. ¿Vas a decirme que no te ha gustado?

—Me has besado delante de todos.

—Para que no quede ninguna duda de a quién perteneces.

—Yo no soy tuya, Zane. Soy mía. Solo me pertenezco a mí.

—Eres de mi puta propiedad.

—No.

—Mi. Puta. Propiedad —repite con ahínco cada vez más cerca de mis labios—. Eres mi conejita y tienes mi apellido.

—El documento con el nombre de Bunny Rivers no es válido. Todo lo que pone es falso.

—No me provoques, nena, o te arrastraré al despacho del tribunal del condado para que arregle esa mierda.

—¿Y qué ganas haciendo eso?

—Nada.

—¿Entonces?

—Puede que me apetezca.

—¿Quieres darme tu apellido?

—Y tú quieres salvarme —se ríe. Después junta nuestras bocas y atrapa mi labio inferior con los dientes, tirando de él hasta que me quejo de dolor. Cuando lo suelta, se relame y me mira satisfecho—. Eres tan jodidamente mona, Quinn Rivers... No deberías gustarme tanto. Ni ponerme tan cachondo. Ni querer salvarme —repite divertido—. Porque me temo que sucederá todo lo contrario: voy a arrastrarte conmigo a la oscuridad. A hacerte caer en mi abismo hasta que aceptes que soy el único que te tendrá, que te tocará y follará el resto de tu vida.

—¿Es otra de tus amenazas?

—Oh, sí, puedes estar segura.

Me besa. Es la segunda vez que Zane y yo nos comemos la boca desde que nos conocemos, y admito que nunca me habían besado así. Es como si quisiera devorarme. Consigue que deje de pensar, que me dé todo igual, incluso cuando estábamos rodeados de sus amigos y su hermana. Sus labios sobre los míos son posesivos y despiadados. Me muerde, me lame, me succiona. Me obliga a no despegarme de él, pues tiene enredada de nuevo la mano en mi nuca, pero, joder, es que no quiero que esto termine. Ningún hombre me había hecho sentir lo que siento cuando él me toca. Un gemido escapa de mis labios cuando me rodea el cuello y me obliga a mirarlo a los ojos. En los suyos se refleja un oscuro descontrol que me hace estremecer. Sonríe levemente, sin dejar de observarme. Me mordisquea los labios y gruñe al ver cómo me abandono a él.

—Eso es... Me encanta cuando no niegas lo que deseas. —Sus dedos me acarician los labios. Siguen el filo de la comisura y los perfila suavemente hasta que logra colarlos dentro. Me penetran la boca sin ejercer fuerza, porque se lo permito de buen grado. Cuando los tengo metidos hasta el fondo, cierro los labios en torno a ellos y

los lamo, los succiono con fuerza, con los ojos clavados en los suyos. Su respiración se dispara y la sonrisa se le acentúa. Le gusta lo que le hago; se le nota en la forma en que me mira. Tiene las pupilas dilatadas, las aletas de la nariz más abiertas y se relame la boca.

Entonces enreda la otra mano en el elástico de mis pantalones y tira hacia abajo con fuerza, llevándose consigo las bragas, dejando mi coño a la vista. Cuando apoya la mano en mi monte de Venus, se me escapa un agudo gemido de anticipación. No es la primera vez que Zane me folla con los dedos. Sé lo que esperar y lo que voy a sentir. Así que, cuando me acaricia el clítoris con el índice y el corazón, toda mi piel se eriza sin remedio y los latidos se disparan de gusto.

—Mmm... —Le muerdo los dedos que todavía siguen en mi boca y muevo las caderas animándolo a seguir.

—¿Has visto? —susurra muy cerca de mi oído, masturbándome cada vez más rápido—. Eres una conejita muy sucia, ¿lo sabías? Con dos dedos y ya estás así. No me pones las cosas fáciles, Quinn.

—No puedo remediarlo.

—Estoy descubriendo que contigo me falta la fuerza de voluntad. —Me muerde el cuello tan fuerte que grito embargada por una explosiva mezcla de dolor y placer—. Y eso no es bueno, porque puedo volverme muy loco follándote y no parar hasta que mi polla destroce este suave coñito, ¿te gustaría?

—Sí. —Asiento convulsivamente y lo agarro del cuello de su sudadera para volver a juntar nuestras bocas. Zane no pone impedimentos; de hecho, parece muy satisfecho por mi desesperación y me come los labios con mucha más intensidad que antes.

—Entonces tus deseos son órdenes, conejita Rivers.

De improviso me arranca del todo los pantalones y las bragas, que acaban tiradas en el suelo. Vuelve a comerme el cuello al tiempo que enreda los brazos en mi cintura, pegándose del todo a él, y me levanta de la cama, llevándose en volandas por la habitación, desnuda de cintura para abajo, con las piernas enredadas en sus caderas.

Cuando llegamos a la ventana, abre las hojas, dejando que el frío entre en su dormitorio, y me sienta en el alféizar, colocándose entre mis piernas, tan pegados que noto a la perfección su enorme erección contra mi estómago. En la calle todo está tranquilo y no hay gente caminando por las aceras, ni coches en la calzada. Todos nuestros vecinos deben de estar en sus casas celebrando con sus familias la fiesta de Acción de Gracias. Pero reconozco que lo que pase fuera de esta habitación me da igual. La única persona que tiene ahora mismo toda mi atención es Zane, quien me besa con un hambre salvaje y me aprieta con una fuerza asfixiante que me encanta.

Su boca desciende por mi cuello hasta que encuentra el impedimento de mi jersey. Entonces, de un fuerte tirón, lo desgarrar de arriba abajo, dejando mi fino torso al aire. El frío de la noche me eriza la piel, pero Zane no deja de mirarme con ojos hambrientos, así que un agradable calor comienza a colonizar mi cuerpo.

—Preciosa —susurra, acariciándome a la vez que sus ojos se pasean por mis tetas—. Me va a encantar follar cada parte de este cuerpecito delicioso. Reclamarlo. Correrme sobre ti y untarte entera con mi semen para demostrarle al puto mundo que eres de mi propiedad.

Ni siquiera me da opción de responder, porque se lanza a mis tetas y se las mete en la boca como un salvaje para morderlas y succionarlas con todas sus ansias.

—Oooh, Zane...—Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, dejándole hacer conmigo lo que quiera. Estoy tan cachonda que no podría resistirme ni aun queriendo. Porque la verdad es que deseo que esto pase. Quiero que me folle toda la noche, que me lo haga sin descanso, que empuje tan dentro de mí que pueda sentirlo en cada poro. Su boca sobre mis senos es exigente y cruel. Me muerde, tira de mi pezón para después calmarlo con su lengua. Es la sensación más loca y ardiente que he experimentado.

Pero Zane no se queda ahí, sino que va bajando por mis costillas, dejando un caliente rastro de saliva por mi piel hasta que llega a mi estómago, donde su mano me acaricia cerca del ombligo. Cuando bajo la mirada, descubro por qué. Está tocándome la cicatriz. La

observa con atención, con el ceño fruncido. La lame, la besa, pasa la yema de los dedos por su rugoso filo. Sé que vio la foto donde la mostraba en mis redes sociales, pero en persona es la primera vez. Y parece despertar en él una gran curiosidad. O no. Ya que, después de unos segundos mirándola, su boca sigue descendiendo por mi cuerpo, con la misma intensidad, hasta que encuentra la suave piel de mi sexo.

—Creo que voy a volverme adicto a este coño —susurra justo antes de meter la cabeza entre mis piernas y lamerlo como si estuviera sediento. Abro la boca cuando me pasa la lengua por el clítoris. Por la forma en la que me succiona y me masturba sin piedad. Lo lame de arriba abajo, una y otra vez. Mi cuerpo se encoge y tiembla por lo que me hace. Y cuando creo que lo único que me queda es esperar a que el orgasmo me derrumbe por completo, comienza a empujarme para que me recueste sobre el alféizar.

—Voy a caerme —jadeo, agarrándome a sus brazos al darme cuenta de que tengo media espalda suspendida en el aire. La caída al suelo sería de más de dos metros, además de que aterrizaría sobre las espinas del rosal de Savannah—. Zane, para.

—Shhh, te tengo sujeta —susurra contra mi coño, sin permitir que me incorpore—. Confía en mí.

—¿De verdad puedo hacerlo?

—Eso tendrás que descubrirlo por ti misma, conejita —comenta con una misteriosa sonrisa antes de volver a zambullirse en mi centro y seguir devorándome como un maldito salvaje.

Me agarro tan fuerte a sus hombros que me duelen los nudillos, pero la forma que tiene de follarme con la boca es tan demencial que mi cabeza empieza a disociar. Siento el aire helado besarme la piel, la espalda y la cabeza flotando en el abismo y la lengua de Zane lamiendo con tal maestría que apenas puedo pensar. Al cabo de unos segundos, estoy gimiendo desesperada con medio cuerpo fuera de la ventana y sus manos firmemente aferradas a mis caderas.

Entonces algo cambia.

—¡Zane! —exclamo de repente cuando me penetra de un fuerte empujón. Su polla se ha abierto camino de una sola acometida, abriéndome para él, llenándome con su enorme grosor hasta que la mete hasta el fondo—. Oooh, Dios...

—Me encanta lo estrecha que eres. —Se retira de mi interior para volver a penetrarme de nuevo con todas sus fuerzas—. Tu coño me exprime y me hace perder el puto control. Es demasiado bueno.

Aumenta el ritmo de las penetraciones y embiste contra mí con una dureza salvaje que me vuelve loca. Me masajeo los senos mientras él sigue follándome a un ritmo animal, como si quisiera fundirse conmigo y destrozarme por dentro. Pero lo único que siento es placer, un doloroso placer que está llevándome cada vez más alto. Ni siquiera me acuerdo de que estoy suspendida en su maldita ventana, ni de que cualquiera que pase por la calle podría vernos haciéndolo como dos auténticos lunáticos.

Zane se muerde los labios por la fuerza que ejerce contra mí, y me mira con dos llamas en las pupilas que me ponen más caliente si fuera posible.

De improviso enreda las manos en mi cintura y me incorpora, metiéndome de nuevo dentro de la habitación. Sus labios buscan los míos y nos devoramos desesperados al tiempo que sigue follándome contra la pared. Gimo contra su boca cuando me palmea el trasero con una mano y lo aprieta entre sus dedos. El calor que recorre mi nalga por la cachetada es de todo menos desagradable. Paso las manos por su pecho, pero todavía lleva puesta la sudadera y no puedo sentirlo, así que tiro de ella y se la saco por la cabeza, dejando su torso musculoso y sus brazos tatuados al aire. Zane Rivers es un pecado capital. Uno con el que sabes que irás derecha al infierno, pero al que no quieres resistirte. Y yo estoy descubriendo que me encanta pecar.

Paso las manos por sus pectorales, disfrutando de la dureza y el calor que desprende, y grito descontrolada cuando aumenta aún más la velocidad con la que me folla. En el costado tiene un gran moratón que no me contengo de acariciar. Se lo hizo Vargas con el bate cuando estaban peleándose. Mi cara de preocupación debe de

ser evidente, porque Zane me agarra de las mejillas y me obliga a levantar la vista hasta que encuentro sus ojos.

—No es nada.

Luego enreda una mano en mi pelo, obligándome a pegar mi rostro al suyo, y me come la boca sin piedad, instándome a responder con todas mis ganas. No sé cómo, pero terminamos follando en el suelo. Él entre mis piernas, empujando contra mi coxis con tanta vehemencia que el sonido de nuestra carne al golpear resuena por toda la habitación. Definitivamente mi cerebro ha explotado. No puedo pensar en nada más que no sea en él haciéndomelo como un loco desconsiderado y en el placer que me está dando.

Me corro. Me deshago bajo su cuerpo mientras el clímax me hace gritar y arañarle la espalda con desesperación. ¿Qué maldito delirio es este, joder? Estoy incluso mareada por la forma en la que ha hecho que llegue al orgasmo. Zane consigue su liberación poco después. Lo hace mordéndome el cuello al tiempo que saca la polla y derrama el semen sobre mi estómago, ordeñándose hasta la última gota. Después deja caer el peso de su cuerpo sobre mí y esconde la cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro, intentando recuperar el aliento.

Se me cierran los ojos de agotamiento. Hoy ha sido un día de mierda en el que incluso me han secuestrado, y la tensión que he acumulado ha dado paso a un estado semicatatónico gracias al sexo con él. Con el tío que lleva jodiéndome la existencia desde que llegué a Elberta. Con el que no puedo evitar acabar follando como si fuéramos animales. Con el que ha estado dispuesto a jugarse la vida para traerme de vuelta después de que Gabriel Vargas me retuviese en contra de mi voluntad.

Tras unos segundos recuperando fuerzas, Zane apoya los codos en el suelo, todavía recostado entre mis piernas, y me mira con una intensidad abrumadora, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

—Definitivamente tu coño es una maldita adicción.

—Qué romántico —bufo, intentando parecer molesta, aunque una sonrisa traidora curva mis labios. No puedo ni quiero enfadarme con

él después de lo que acabamos de hacer.

Todavía me cuesta respirar con normalidad. El corazón me late a mil por hora y, como tengo a Zane encima, me cuesta llenar los pulmones de aire. Me remuevo bajo su cuerpo e intento apartarlo un poco. Sin embargo, él me inmoviliza las manos y me muerde la barbilla.

—¿Adónde crees que vas?

—Me aplastas.

—Cuando te lo estaba haciendo, no parecía importarte.

—Cuando me lo estabas haciendo, ni una bomba me habría importado.

—Soy la hostia de bueno, ¿eh?

—Y también te lo tienes muy creído.

—No te hagas más la dura, conejita. Esto es recíproco. Nos gustamos y nos encanta follarnos.

—Vale, lo acepto, pero acepta tú también que a veces te comportas como un gilipollas. —Frunce el ceño, intentando parecer molesto, pero entonces noto un suave temblor en el estómago. Se está riendo—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Tú me haces gracia. Demasiada para tu propio bien.

—Deja de reírte de mí. Prefiero las amenazas —resoplo.

—Ya lo sé. El peligro te excita.

—¿De dónde sacas eso?

Zane me agarra por las mejillas para que lo mire a los ojos y me lame los labios, logrando que mis pulsaciones se desboquen.

—Si no lo hiciera, no estarías aquí. Ni tampoco querrías quedarte a dormir.

—¿Quién te ha dicho que quiero quedarme?

—Lo digo yo y es más que suficiente.

—¿Entonces mi opinión no cuenta para nada?

—No, pero te lo preguntaré si así te quedas más tranquila.

—Qué considerado.

—¿Duermes conmigo? Aunque dudo mucho que durmamos algo.

—Estás jodiendo la pregunta, Zane —respondo sin ocultar que me ha hecho gracia.

—¿Pero quieres quedarte, o no?

¿Cómo negarme? Si lo hiciera, estaría mintiéndome a mí misma, porque la verdad es que me apetece muchísimo pasar la noche con él.

Cuando nuestros ojos coinciden, un intenso sonrojo colorea mis mejillas.

—Bueno, vale. Me quedo. Aunque no vayas a dejarme dormir.

Mi respuesta lo hace reír. Es una risa grave, melódica y preciosa que me encanta. Creo que es la primera vez que escucho a Zane reír de verdad, sin cinismo, sin burla, sin amenaza. Así que no puedo evitar sonreír mientras nos miramos a los ojos como si nos estuviéramos viendo, descubriendo, por primera vez.

Estamos tan pendientes del otro que no escuchamos los gritos hasta que se hacen muy evidentes. Voces, golpes, mucho barullo que proviene del salón. Se pone rígido sobre mi cuerpo y gira la cabeza hacia la puerta. Ahora los gritos llegan claros a nuestros oídos. Es la voz de Savannah, la de los Santos y los demás, entremezcladas con otras que no conozco de nada, y el sonido de fuertes pisadas que se acercan.

—¿Qué pasa? ¿Zane?

—Escóndete bajo la cama —me ordena, levantándose del suelo y poniéndose en guardia.

—¿Por qué gritan?

—¡Bajo la puta cama! ¡Ya! —Recoge mi ropa y mis zapatos del suelo y me empuja bajo el colchón a pesar de que me resisto.

—¡Basta! ¡Para! —grito y peleo con él para que me suelte—. ¡Quiero saber qué pasa!

—¡La policía! ¡Eso es lo que pasa! ¡Vienen a por nosotros!

—Pero entonces...

—Entonces te vas a meter bajo mi cama y no vas a decir ni una palabra hasta que se vayan.

—¡Te cogerán a ti!

—No es la primera vez —le quita importancia, y después me da un nuevo empujón hasta que logra meterme bajo su cama—. ¡Ni un puto sonido, Quinn! ¡Por mis cojones que no van a hacerte nada!

Estoy a punto de responder cuando escuchamos un golpe sordo en la puerta de la habitación y la voz de varios agentes llamando a

Zane. El corazón se me va a salir del pecho, pero él parece tranquilo. Se limita a ponerse el dedo índice en los labios, mandándome callar, y se incorpora justo a tiempo de que los agentes no se den cuenta de que hay alguien más en la estancia.

—¡Zane Alexander Rivers! —Por el número de botas que veo desde aquí abajo creo que son tres policías los que rodean a Zane—. Desde este momento está bajo arresto por agresión a un agente de la ley en el almacén de Gabriel Vargas. Le ordeno que mantenga las manos donde pueda verlas y que no haga ningún movimiento brusco.

¿Agresión? ¿Han venido a por Zane porque el policía al que pegó en el almacén de Vargas lo ha reconocido? ¿Entonces siguen sin saber que fuimos nosotros los de la moto?

—¿Quiénes eran las otras personas que iban con usted? —pregunta otro de los agentes.

—Que os jodan a todos —responde Zane con un tono chulesco que enfada a los policías. No dudan en reducirlo con violencia y tirarlo al suelo para inmovilizarlo.

Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito al ver a uno de los agentes apoyar la rodilla en su cuello para que no se mueva. Mis ojos coinciden con los suyos; tiene la cabeza muy cerca de la cama, a mi lado. Pero no veo temor ni dolor en su rostro. Él me sonríe. Es esa sonrisa chulesca a la que me tiene acostumbrada, como si un delito por agresión a la autoridad no fuese nada para él. Antes de que lleguen a inmovilizarlo del todo, Zane alarga la mano y atrapa mis bragas, que han quedado a los pies de la cama. Después se las mete en el bolsillo y me guiña un ojo.

Cuando le ponen las esposas, lo levantan del suelo entre los tres y lo sacan de la habitación sin que él oponga resistencia. Una lágrima me resbala por la mejilla de puro terror. Se lo han llevado al calabozo y volverán a juzgarlo. Me pongo mis pantalones y la sudadera de Zane; mi jersey está desgarrado y a él se lo han llevado con el torso al aire.

Corro hacia la ventana para verlo una última vez antes de que se marchen. Me limpio otra lágrima al ver que uno de los guardias le golpea en las costillas con la porra para obligarlo a entrar en el

coche patrulla, mientras Savannah y los Santos los siguen intentando impedirlo. En cuanto el vehículo policial se aleja, me agarro con fuerza al quicio de la ventana, intentando controlar el temblor que sacude mis piernas.

15

Quinn

Salgo a la calle y corro hacia donde se encuentran Savannah y los Santos, que permanecen de pie sobre la acera mirando la carretera por la que ha desaparecido el vehículo policial.

Voy descalza, vestida con la sudadera de Zane, los pantalones sin abotonar y el pelo hecho un desastre, pero sé que mi amiga me necesita tras lo que acaba de ocurrir con su hermano. Me da exactamente igual mi aspecto. De todas formas, todos saben lo que ha pasado entre nosotros; no tiene sentido intentar fingir ahora.

Cuando llego a su lado, Savannah me abraza y llora apoyada en mi hombro mientras intento tranquilizarla. Beau se aleja de nosotros con seriedad, hablando por teléfono y pronunciando el nombre de Zane en varias ocasiones. Easton tiene el cuerpo agarrotado y los labios fruncidos por la rabia, pero no hace nada; se limita a estar a nuestro lado. Creo que es su forma de mostrar apoyo, porque las palabras no son lo suyo.

Y yo... Joder, yo intento mantener la calma y evitar que la ansiedad y la incertidumbre me engullan por completo.

—Otra vez no —gime Savannah, mirándome con pesar—. ¡No es justo! ¡No pueden encerrarlo de nuevo! ¡No ha hecho nada!

—Le ha partido la mandíbula a un poli —la contradice Easton—. Van a intentar joderlo, tu hermano tiene antecedentes.

—¡Tengo que ir con él! ¿A dónde se lo han llevado?

—Beau está intentando averiguarlo —responde, señalando al hijo del gobernador, que sigue conversando por teléfono a varios metros de nosotros.

—Quinn, dime qué ha pasado —me suplica desesperada—. Cuéntanos todo lo que esos polis dijeron antes de llevarse a Zane.

—Apenas dijeron nada. —Trago saliva para intentar controlar el nudo de nervios que tengo en la garganta—. Nosotros estábamos... —¿Tirados en el suelo recién follados? ¿Mirándonos como gilipollas después de decidir que dormiríamos juntos? ¿Intentando procesar el apoteósico orgasmo que acabábamos de darnos?—. Estábamos... en su habitación cuando escuchamos mucho ruido y gritos en el salón. Zane me obligó a esconderme bajo la cama para que no me vieran. Quiso protegerme. Entonces entraron, lo acusaron de golpear a un policía y se lo llevaron. Nada más.

—¡Lo tengo! —exclama Beau, levantando el teléfono sobre su cabeza. Viene hacia nosotros con una mezcla de tensión y alivio—. Se lo han llevado a la prisión del condado, en Beulah. Permanecerá allí hasta que salga el juicio.

—¿Tu contacto te ha dicho si mi hermano puede recibir visitas?

—De momento, solo podrá visitarlo mi abogado. Ya lo he avisado y va de camino a la prisión para hablar con él. —Apoya la mano en el hombro de Savannah y le sonríe con confianza—. Lo sacaremos de allí, princesa. Te lo prometo.

Los Santos nos hacen compañía hasta la medianoche, hora en la que Savannah los convence de que se vayan a sus casas. Se les nota que están agotados y necesitan descansar tanto como nosotras.

Definitivamente, ha sido un día de mierda. Solo tengo ganas de meterme en la cama y dormir para que pase pronto. Quiero dejar de pensar en lo raro que se me hace no tener a Zane en casa. Durmiendo en la habitación de enfrente. Provocándome. Llevándome a su terreno. Apartándome de todos para follarme sin piedad.

Voy a echar de menos cada minuto que no esté con él. Y me resulta extraño admitirlo después de la forma tan horrible en que nos conocimos. Sé que no debería sentir esto por alguien como Zane Rivers, pero parece que mi sentido común se ha ido al garete. Me gusta mucho. Muchísimo. Y es una estupidez negarlo porque, aunque me empeñe, cada vez que nos tocamos saltan los putos plomos. Lo peor de todo es que sé que debería ir a algún psicólogo

para que me exorcice de él y me haga volver a mis cabales, pero la verdad es que no quiero. Me encanta lo que tenemos. Y me encanta que sea con él.

—Si escucháis cualquier ruido raro, llamadnos y vendremos enseguida, sea la hora que sea —repite Beau, mirándonos a ambas con semblante serio.

—Ya he vuelto a instalar las cámaras de seguridad en el jardín —comenta Easton, señalando hacia la calle—. El sensor me avisará de cualquier movimiento sospechoso.

—Odio esto —resopla Savannah, negando con la cabeza—. Es un puto *déjà vu*. Decidme que no está pasando otra vez.

—Lo siento, princesa. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para sacar pronto a Zane, pero, por el momento, os mantendremos vigiladas, tal y como le prometimos la primera vez que lo encarcelaron. —Le hace una señal al gigante para marcharse—. ¿Te has asegurado de que todo funciona, East?

—¿Por quién me tomas? No soy un maldito principiante: cámaras encendidas y teléfonos seguros y pinchados por si Vargas decidiera ponerse en contacto con ellas para amenazarlas.

—Perfecto, pues andando. Mañana vendremos con noticias sobre Zane. Mi abogado está ahora mismo en la prisión y me llamará a primera hora con novedades.

Cuando nos quedamos a solas, Savannah se deja caer en el sofá y esconde la cabeza bajo los brazos, derrotada. La fiesta perfecta de Acción de Gracias se ha convertido en una horrible pesadilla. Tomo asiento a su lado y vuelvo a abrazarla con fuerza para que sepa que no voy a irme, que me tiene para lo que necesite, aunque mis ánimos tampoco sean los mejores.

—Sé que Beau va a sacarlo de allí —admite con un hilo de voz—. Tiene muchos contactos y logrará liberar a Zane. Pero sigue sin parecerme justo. —Me mira con ojos tristes—. No quiero volver a pasar lo mismo que hace cuatro años, Quinn. No quiero ni imaginar que vuelvan a condenarlo.

—No lo harán, ¿vale? Confía en Beau y en su abogado.

—No nos queda de otra, ¿verdad? —Suspira con tristeza y se encoge de hombros. Sin embargo, hay algo en su expresión que

comienza a cambiar. Una rigidez antinatural con la que frunce los labios—. Esto es culpa de ese jodido cadáver. ¡Zane no debería estar en la cárcel, sino su puto hijo!

—¿Cadáver? ¿Te refieres a...?

—¡Al diablo que se casó con mi madre y que me jodió la vida! ¡Al perro asqueroso de Bruno Vargas!

—Nunca me habías hablado de él.

—He preferido llevar mi estigma en silencio —se limpia otra lágrima—. Hacer como si nunca hubiese ocurrido. Como si ese hombre no hubiera sido parte de nuestras vidas. Pensaba que, si ignoraba lo que pasó, sería como si no hubiera sucedido.

—En el almacén de los Nyctra, Zane... dijo algo de una agresión.

—Me violó. —Le tiembla el labio inferior al pronunciar esa última palabra—. Ese malnacido de mierda abusó de mí hace cuatro años.

—¡Sav! ¡No! —Me llevo las manos a la boca, horrorizada, notando un gran nudo en el estómago.

—Aproveché que Zane y Gabriel no estaban, y que mi madre había ido a la iglesia, para encerrarme en mi habitación y aprovecharse de mí. —Traga saliva y baja la mirada a sus pies, con la rabia reflejada en sus grandes ojos grises—. Siempre fue un puto maltratador. Nos pegaba cuando éramos niños. Zane, su hijo y yo éramos su maldito saco de boxeo.

—¿Y tu madre? ¿No hacía nada?

—Para ella, él era el marido perfecto. La trataba como a una reina, le hacía regalos, siempre le daba la razón y ponía excusas baratas cuando los golpes que nos daba eran demasiado evidentes. Linda Rivers eligió creerle a él. Daba igual lo grande que fuese el moratón que nos hacía. La culpa era nuestra por desobedientes.

—Dios mío, no puedo imaginar lo que tuvisteis que pasar. —La abrazo, y mi visión se vuelve borrosa por las lágrimas.

—La cosa se calmó cuando Zane cumplió los dieciséis —continúa con tensión en la voz—. Fue la última vez que ese malnacido intentó pegarnos. Mi hermano se defendió de nuestro padrastro y le dio de hostias. Lo mandó al hospital con dos costillas rotas. Mi madre puso el grito en el cielo y lo internó en un reformatorio durante todo un año como castigo, por el simple hecho de defenderse de ese

maltratador. —Se humedece los labios y me mira con fijeza—. La parte buena es que, a partir de entonces, Bruno dejó de agredirnos. Le tenía demasiado miedo a Zane.

—¿Y aun así se atrevió a abusar de ti?

—Los últimos tres años de su vida, los pasó metido en el bar del señor Cavendish. Era un puto infeliz. Llegaba a casa tan borracho que mi madre tenía que ocuparse de meterlo en la cama. —Se muerde el labio inferior al recordar—. Pero aquel día mi madre no estaba. Y cuando intenté llevarlo a su habitación para que se echase a dormir, él me... —Se le quiebra la voz y un par de lágrimas resbalan por sus mejillas—. Él me...

—Vale, lo entiendo. No quiero que vuelvas a revivir aquello. —Entrelazo nuestras manos y se las aprieto con fuerza—. Es una mierda que tuvieses que pasar por algo así, Savannah.

Se seca las lágrimas y asiente forzando una sonrisa. Luego, traga saliva para continuar:

—Cuando... Zane regresó a casa aquella tarde, me encontró llorando en el pasillo con la ropa desgarrada. Apenas nos hizo falta una mirada para que supiera qué había pasado. —Suspira con pesar—. Fue a por él. Lo sacó a rastras de su habitación y lo obligó a montar en el coche de mi madre. Mi hermano me contó que alguien los asaltó cuando llegaron al bosque y que el ladrón mató a Bruno cuando se negó a darle su dinero. Pero sé que no es verdad. Aunque encarcelaron a Zane por omisión de socorro, sé que él lo mató. Me mintió para protegerme y cargar con toda la culpa. Para que la policía no me acusase de ser su cómplice. —Me mira con decisión—. Y quizá suene horrible, pero me alegro de que lo matase, Quinn. Porque si mi hermano no hubiese acabado con la vida de Bruno Vargas, lo habría hecho yo. Ese hijo de puta me rompió, me usó y me robó lo que me correspondía por derecho entregarle al primer hombre con el que me acostase.

—¡Eras virgen! —exclamo horrorizada.

—En cierto modo, todavía lo soy —responde con pesar—. Después de aquello, no he podido estar con nadie. Si algún tío me toca, me pongo histérica. No puedo, Quinn. Cada vez que conozco a un hombre, acabo huyendo asqueada cuando intenta darme un

insignificante beso. Estoy marcada, inservible para una relación sana y bonita. Yo nunca tendré eso.

—¡Claro que la tendrás, solo necesitas tiempo!

—Después de cuatro años, estoy perdiendo la esperanza. —Sonríe con tristeza.

—Encontrarás a tu persona, Sav. Cuando llegue el hombre indicado, en el que confíes de verdad, todos tus miedos se irán.

No responde. Se limita a encogerse de hombros y a levantarse del sofá en silencio. Después, hace un gesto con la cabeza señalando el pasillo.

—¿Nos vamos a dormir? Estoy agotada y necesito que este día de mierda se acabe de una vez.

Caminamos juntas por el pasillo de casa, abrazadas, y cuando llegamos a la puerta de su habitación, le doy un beso en la mejilla antes de dirigirme a mi dormitorio. Sin embargo, cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, escucho de nuevo su voz:

—Quinn.

—¿Mmm...? —La encaro una vez más y veo la duda en sus ojos.

—¿Por qué no me dijiste que estabais juntos?

Cierro los ojos con fuerza y suspiro, sintiéndome una amiga de mierda.

—Lo siento.

—Pensaba que siempre nos lo contábamos todo.

—Ya. Sí, es que... puede que suene a tópico y todo eso, pero... es complicado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que él y yo no... No sé lo que tenemos, Savannah. Zane y yo... Nosotros... Es que no lo sé.

—En realidad, sí que suena a tópico de manual —responde con el ceño fruncido. Después, una suave sonrisa curva sus labios—. Pero me alegro de que seas tú y no la zorra de Emma Winter. Espero que mi hermano no la cague contigo, porque no voy a conseguir otra cuñada mejor en la vida.

—Creo que es demasiado pronto para llamarme así. Ni siquiera estamos saliendo ni nada de eso. Solo... hemos..., ya sabes.

—No, no lo sé. Y no sé si quiero imaginármelo, la verdad. Pero mañana me lo vas a contar, sin pelos ni señales, ¿eh? —Frunce el ceño—. Y, sobre todo, quiero saber por qué te gusta mi hermano. A ver, que es guapo, pero... qué asquito, ¿no?

—No, Sav. Zane da de todo, menos asco. Te lo aseguro.

—Si tú lo dices... —Sonríe entre dientes.

—Venga, a dormir. ¿No estabas cansada?

—Es que este tema me interesa. No pasa todos los días que mi mejor amiga y mi hermano se líen delante de mis narices. Casi me dio un síncope cuando lo vi besarte delante de todos.

—Entonces, ya somos dos.

—Tenemos que hablar con el abogado de Beau para pedir un vis a vis y que podáis seguir morreándoos mientras él esté en la cárcel.

—Vete a la mierda —exclamo con los ojos en blanco, pero sin poder dejar de reír.

—Vale, vale, me voy a dormir. Ya te dejo tranquila para que sueñes con mi hermano. —Me lanza un beso desde la distancia—. Buenas noches, cuñada.

Niego con la cabeza, divertida, y me dirijo ahora sí a mi habitación. Aunque, cuando estoy en la puerta, me arrepiento.

—Savannah.

—¿Qué?

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Claro.

—Si Bruno Vargas siempre fue malo con vosotros, ¿por qué sigue defendiéndolo Gabriel?

—No le dijimos a nadie lo que él me hizo. Yo... me sentía avergonzada. No quería que me mirasen con pena, que me preguntasen, que me señalasen por la calle cuando supiesen que ese cabrón había abusado de mí. —Traga saliva antes de continuar—: Gabriel cree que Zane mató a su padre a sangre fría, que se cobró las agresiones de cuando éramos niños. Pero la realidad es que mi hermano no ha hecho otra cosa más que protegerme y aceptar mi decisión de mantener ese abuso en secreto, aunque para ello tuviese que romper su amistad con el hijo de Vargas.

—¿Y a ti no te dio pena alejarte de vuestro hermanastro?

—Gabriel y yo nunca estuvimos unidos. Ni siquiera cuando éramos niños. Desde el principio fue un gilipollas. —Se cruza de brazos—. Hasta ahora, me he mantenido al margen de todo, Quinn. Pero eso va a cambiar.

—¿A qué te refieres?

—Zane ha vuelto a la cárcel por culpa de otro Vargas. Así que esta vez voy a ser yo quien defienda a mi familia.

—¿Qué dices? No cometas ninguna locura. Esa gente es peligrosa.

—No voy a cometer ninguna locura. —Sonríe misteriosa—. Voy a hacer justicia.



Las siguientes dos semanas tras la detención de Zane, apenas tenemos noticias de él. La policía no deja que nadie más que el abogado lo visite y todavía no se ha decidido la fecha del juicio. Beau lo ha intentado todo para que el sheriff permita que su hermana lo vea, pero se ha negado.

La parte buena es que sabemos que está bien. Lo tienen en la unidad de detención, en una celda individual, y lo dejan salir a las zonas comunes tres veces al día con los demás reclusos. Ayer Savannah pudo hablar con él por teléfono después de su turno en la cafetería. Me lo contó con una euforia desbordante cuando llegué a casa, y me alegré muchísimo por ella, aunque yo no haya tenido la ocasión de escuchar su voz desde que se lo llevaron. Ni siquiera sé si él también se acuerda de mí o soy la única que no deja de recordar cada momento que hemos pasado juntos. Porque la maldita realidad es que no son ni las siete de la mañana y ya llevo dos orgasmos mientras me masturbo pensando en él. En sus manos sobre mi cuerpo, en sus labios devorándome, en su polla reclamando cada centímetro de mi profundidad. En lo que me hace sentir cuando estoy a su lado.

Las marcas de sus dientes están desapareciendo de mi piel. Ya casi no queda rastro de su boca en mis senos ni en mi cuello. Y no deseo que se borren. No quiero que todo lo relacionado con Zane se esfume ni se vuelva irreal.

Lo conozco hace tres meses y lo echo de menos tanto como si formase parte de mi vida desde siempre, como si fuera una pieza fundamental en ella. ¿En qué momento ha pasado esto?

Me levanto de la cama a regañadientes y me pongo la ropa de la cafetería. Mi turno empieza en una hora. Tengo el tiempo justo para desayunar y organizar la casa antes de marcharme al trabajo. Cuando salgo de mi dormitorio, descubro que Savannah sigue dormida; ella hoy tiene el día libre. Me preparo un café rápido y unas tostadas con sirope de arce, y me las como de pie mientras miro por la ventana. Ha empezado a nevar y hay previsión de que no deje de hacerlo hasta final de semana. Eso significa que las Navidades serán frías y blancas, pues ya falta poco para Nochebuena. También significa que tengo que recoger la ropa que está tendida en el jardín si no quiero que acabe empapada. Así que dejo mi desayuno a medias, me pongo un abrigo y salgo con la cesta de mimbre para la colada.

—¡Chist, chist, niña! —una voz demasiado familiar llama mi atención cuando estoy a punto de terminar. Es nuestra vecina, la señora Miller, que apoya los brazos en la valla que separa ambas propiedades. Al igual que yo, va bien abrigada, y la sonrisa que curva sus labios indica que viene en busca de cotilleos. Una enorme señal luminosa de peligro se enciende en mi mente.

—Buenos días, señora Miller.

—Ha amanecido un día horrible, ¿verdad? La nieve es un engorro.

—Depende de para qué.

—Sí, bueno, que yo sepa, en el pueblo nadie practica el esquí —responde con indiferencia y me mira de arriba abajo—. ¿Te veré hoy en la cafetería de Cooper?

—Supongo. Entro a trabajar en un rato.

—Por cierto, llevo un tiempo sin ver a tu primo por aquí.

—¿Ah, sí? —Ahí está su verdadero interés. Quiere meter las narices en la vida de Zane—. Puedo decirle que venga a saludarla.

—He escuchado algunos rumores sobre él. Las malas lenguas dicen que han vuelto a encerrarlo.

—¿No es usted mayorcita para creer todo lo que oye? —miento con tensión en la voz y termino de coger la última camiseta del

tendedero.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Adiós, señora Miller.

—¡Espera, niña! ¿Está en prisión o no?

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Qué descarada! No deberías juntarte tanto con ese criminal, estás volviéndote igual de sinvergüenza que él.

—¿Sabe qué? Métase en sus asuntos. Deje a Zane en paz y preocúpese de limpiar su jardín de matorrales. Están empezando a invadir nuestra propiedad y podrían multarla por descuidada. —La escucho proferir un grito rabioso y una enorme sonrisa se forma en mis labios—. Que tenga un buen día.

Ya está. Lo he hecho. Estoy cansada de que intente sonsacarnos información para luego ir contándola por toda la maldita Elberta. Si quiere algún escándalo, que lo busque en otra parte.

Subo con dignidad los cuatro escalones que separan la casa del jardín, notando sus despectivos ojos fijos sobre mí, y vuelvo a sonreírle con chulería antes de cerrarle la puerta en las narices. Ya a salvo en casa, suelto una suave risita y me dirijo al cuarto de la colada a doblar la ropa; sin embargo, un chillido en el salón me hace tirarla al suelo y correr alarmada.

Es Savannah. Y no sé qué le ocurre. Cuando llego, me llevo una mano al pecho al darme cuenta de que no está sola, sino con Beau, y lo abraza eufórica mientras él ríe sin parar.

—¡Dime que no me estás mintiendo!

—Nunca te mentaría, princesa.

—¡Oh, Dios, qué felicidad! —grita a todo pulmón, y da varias vueltas sobre sí misma bailando. Entonces me descubre en la puerta y suelta otro grito de alegría—. ¡Quinn! ¡Van a soltar a mi hermano! ¡Beau me lo acaba de decir!

—¿Lo dejan libre? —le pregunto directamente a Beau, con el corazón latiendo a una velocidad imposible y la respiración muy acelerada—. ¡¿Sueltan a Zane?!

—Mi abogado ha conseguido que adelanten el juicio a la semana que viene —asiente, satisfecho—. Tendrá que pagar una multa y

hacer trabajos comunitarios durante algún tiempo, pero no van a condenarlo a seguir en prisión.

Me llevo las manos a los labios y río con la misma euforia que Savannah, quien me abraza sin dejar de bailar.

—Gracias, Beau —le digo emocionada—. Gracias por ayudarlo.

—Por mi psicópata, lo que sea —bromea, guiñándome un ojo. Luego hace una señal con la mano para que aguarde un momento, y se la mete al bolsillo, de donde saca un papelito doblado—. Casi se me olvida. Zane le dio esto a mi abogado. Es para ti.

—¿Para mí? —Me tiemblan los dedos cuando cojo el papel y me muerdo los labios al darme cuenta de que tanto Savannah como Beau esperan para saber qué es. Trago saliva con el cuerpo en tensión y abro el papel tan rápido como mi nerviosismo me lo permite. Mas, cuando lo tengo desplegado frente a mis ojos, leo una única palabra escrita con la reconocible letra de Zane: «Mía».

Nada más. Una simple palabra que me hace estremecer y sonreír como una tonta, porque acaba de demostrarme que él también piensa en mí. Quiere hacerme entender que nada ha cambiado y que sigue siendo tan jodidamente posesivo y territorial como siempre. Y también muy mono a su manera.

—¿Qué pone? —pregunta Savannah dando un paso hacia delante—. ¿Qué dice mi hermano?

—Esto, él... Zane ha... —Me muerdo el labio inferior, con las mejillas sonrojadas, sin saber qué contestar. Entonces miro a Beau para que me eche un cable.

—Princesa, creo que esto no tiene nada que ver con nosotros —se inmiscuye de inmediato—. Ya sabes lo que pasa con estos dos.

—Oh —responde mientras la sonrisa comienza a aparecer en sus labios. Me da un codazo—. Eso suena a cosas románticas entre novios.

Si ella supiera...

—Oye, hablando de novios y eso —parlotea Beau con reparo—. ¿Qué hay de Riley? Hace semanas que no sé nada de ella.

—¿Riley? ¿Para qué la buscas?

—No, es que... me extraña que ya no me llame.

—Está saliendo con un tío. Con un tal Brad —le cuenta Savannah.

—No conozco a ningún Brad en Elberta.

—No es de aquí. Lo conoció una noche en el Obsidian, mientras tú pasabas de ella y te follabas a otras.

—Ah, pues... bien. Me alegro. Espero que le vaya genial con ese tal Brad.

16

Zane

El agente Preston se encarga de acompañarme a la salida de la prisión tras devolverme la bolsa con las pertenencias que me confiscaron al detenerme. Me despido con un asentimiento de cabeza de los otros reclusos, a los que todavía les queda una temporada aquí mientras esperan sus juicios, y camino por las dependencias con las manos en los bolsillos, deseando salir por fin de este puto antro.

Son las tres de la tarde del veinticuatro de diciembre y voy a poder pasar las Navidades en casa. El abogado de Beau es una maldita bestia con contactos hasta en el infierno. No solo consiguió adelantar la sentencia, sino que sobornó al juez para que mi condena fuese mucho más suave y no tuviese que volver a la prisión estatal por la agresión a un agente de la ley.

—Espero no verte por aquí en una larga temporada, Rivers —manifiesta el policía cuando llegamos a la puerta.

—Lo mismo digo. —Saco con disimulo un billete de cien dólares del bolsillo trasero de mis pantalones y se lo doy por lo bajo. Lo acepta sin rechistar, como lleva haciendo cada vez que el abogado viene a la prisión. Sobornos a cambio de buena comida y privilegios —. Cuela un par de botellas de wiski para esos cabrones y quédate con el cambio, es Nochebuena.

—Seguro que agradecen el regalo.

No respondo; me limito a asentir y a abandonar la cárcel sin mirar atrás. Después de cuatro semanas en este puto lugar, lo único que quiero es ver el cielo sobre mi cabeza.

La prisión del condado no es tan grande como la estatal. Aquí no hay zona exterior donde estirar las piernas y disfrutar de los escasos rayos de sol. Todo es más reducido y está en peores condiciones, ya que la estancia de los presos es provisional. Nada más poner un pie fuera, varios copos de nieve chocan contra mi cara. Por lo visto, voy a seguir sin ver el sol algo más de tiempo.

—¡Eh, psicópata! ¡Aquí! —Es la voz de Beau. Cuando giro la cabeza hacia mi izquierda, reconozco la camioneta de Easton mal aparcada sobre la acera y a mis dos amigos bajando del vehículo. Me premian con sus enormes sonrisas. Solo han venido ellos a recogerme. Les prohibí revelarles a Savannah el día exacto del juicio y de mi puesta en libertad. No me sale de las pelotas que la vean por aquí. Prefiero que nos volvamos a encontrar en casa.

Al llegar junto a mí, el gigante me palmea la espalda y asiente encantado, mientras que Beau se coloca enfrente con su estudiada sonrisa de futuro político.

—¿Preparado para seguir con el caos? —Me choca la mano.

—Siempre.

—A ver si la próxima vez llevas más cuidado, cabrón; me ha costado la vida sacarte antes de Navidad.

—Gracias, tío. Te pagaré hasta el último dólar que has gastado por mi culpa.

—Basta con que no dejes que vuelvan a meterte en el talego. Estábamos preocupados. Y casi te cargas a tu hermana del disgusto.

—¿Cómo está Savannah?

—Desde que supo que iban a soltarte, bastante más tranquila.

—La veré en cuanto llegue a casa. —Señalo hacia la camioneta—. ¿La habéis traído?

—Sí, Easton la echó en la parte trasera antes de pasar por mi apartamento.

—¿Por qué quieres volver en moto? —se interesa el gigante mientras abre su camioneta para poder bajarla—. Hace un frío del carajo y hay muchas carreteras cortadas.

—Necesito que me dé el aire. —Acaricio con reverencia el sillín de mi Indian y sonrío al montar sobre ella.

—No fuiste el único al que encerraron esa noche, Zane. Varios hombres de Vargas están en prisión desde que la policía hizo la redada en el almacén.

—¿Y qué hay de Gabriel? ¿Lo han pillado?

—Escapó. Lo están buscando desde entonces, pero el muy hijo de puta es resbaladizo como un gusano.

—Espero, por su bien, que no vuelva a cruzarse en mi camino si no quiere acabar degollado y sin pelotas —amenazo entre dientes. Después, meto las llaves en la moto y doy puño al arrancar.

—¿Estás seguro de no regresar con nosotros?

—Nos vemos mañana en el almacén —asiento.

Hace tres meses, cuando salí de la prisión, estuve montado en la moto los dos primeros días de libertad, recorriendo el condado de Benzie, dejando que el aire puro llenase mis pulmones, intentando compensar el puto tiempo que pasé entre rejas. Esta vez, mis ansias apuntan hacia otro lado. Hacia una persona, más bien. Hacia cierta conejita a la que no he podido sacar de mi cabeza en todo el jodido mes. A esos ojos verdes enormes que me obsesionan hasta límites que siempre creí imposibles. Quiero verla. Ya.

Quinn Granger es la droga más dura que he probado en mi vida. Siempre necesito más y eso puede llegar a ser un problema. La retendría día y noche, desnuda y abierta de piernas para mí; no dejaría que nadie más que yo pudiese verla o tocarla. La deseo de un modo tan intenso y enfermizo que sería capaz de hacer saltar por los aires su mundo hasta que no tuviera a nadie más que a mí. Hasta ser su todo.

Estos días, en mi celda, me he dado cuenta de que lo que siento por Quinn va mucho más allá del sexo y no sé si estar eufórico o muy acojonado, porque no tengo ni idea de cómo manejar esta situación. La quiero entera, la parte buena y la mala. Sus sonrisas y sus insultos. Sus lloros y sus gemidos. Su cuerpo, su sangre, su entrega incondicional. Quiero que me adore como si fuera su dios. Que su mundo se limite a mí.

He pasado todo este tiempo con sus bragas en la mano. Me he machacado la polla cientos de veces mientras las olía, las lamía, imaginaba que eran ella.

Esa conejita es mía, y quitaré de en medio a cualquiera que se atreva a respirar a su lado.

Arranco la moto cuando Easton y Beau se marchan de vuelta a Elberta. Yo también tengo intención de regresar al pueblo, pero no a casa. Quinn estará trabajando en la cafetería de Cooper hasta las cinco. Sé de memoria su horario. Doy puño a la moto y tomo la nacional, saltándome los límites de velocidad, logrando que el aire helado me congele el rostro. Me da igual. Me siento vivo, joder. Hay nieve amontonada a cada lado del arcén y muchos coches circulan con cadenas para evitar resbalar con las placas de hielo. Grito eufórico y aumento la velocidad cuando me quedan dos millas para llegar. La nieve choca contra mi rostro y me moja la piel. He echado de menos esta sensación.

Cruzo el pueblo por la carretera paralela al lago y fijo la mirada en la construcción de piedra que hay cerca del embarcadero sur. La chimenea de la cafetería de Cooper todavía tira humo, aunque a esta hora de la tarde apenas hay clientes, pues cerrarán pronto. El aparcamiento está prácticamente vacío y las pocas personas que siguen dentro se apresuran a terminar su comida para marcharse a casa antes de que la nevada se vuelva más copiosa.

Aparco la moto frente a la entrada y subo los escalones que me separan de la puerta. Nada más poner un pie en el interior, el intenso calor contrasta con el frío de mi piel. Es un lugar acogedor, de paredes revestidas de piedra y cálidos suelos entarimados. Las mesas, repartidas por todo el local, permanecen vacías a excepción de un par en las que varias parejas charlan de forma relajada. La señora Miller y otra de las viejas cotillas con las que suele pasear ocupan la que se encuentra junto al ventanal. Cuando me descubre de pie en la entrada, alza las cejas por el asombro; es la primera vez que piso este lugar. Me saluda con una sonrisa fingida mientras le propina un codazo a la arpía de su amiga para llamar su atención. Ni siquiera me molesto en devolverle el gesto; paso de largo y tomo asiento en una mesa del fondo. Solo. En silencio. Mirando a mi alrededor para localizar a Quinn entre los trabajadores.

No tardo en dar con ella. Está recogiendo una mesa que acaba de quedar libre. Todavía ignora que estoy aquí, lo que me da la ventaja

de contemplarla a placer sin que se dé cuenta.

Me muerdo el labio inferior al fijarme en su rostro. Es preciosa, joder. Delicada, elegante, femenina. El delantal verde se ciñe a su silueta, dibujando una curva sensual en su cintura. Lleva el cabello recogido en una coleta alta que me muero por soltarle, el rostro sin una pizca de maquillaje y los labios entreabiertos. Unos labios que la chupan de muerte, por cierto. Saco el teléfono y le hago una foto. Otra más. Tengo cientos, sobre todo, dormida.

Cuando se dispone a dejar el último plato en la bandeja, una servilleta resbala al suelo y se agacha para recogerla, exhibiendo ese culo redondito enfundado en las mallas negras que tan dura me ponen la polla. Llevo dos minutos observándola y ya estoy deseando enterrarme muy dentro y desbordar cada jodido agujero de su cuerpo con mi leche. ¿Cómo es posible que la haya echado tanto de menos?

—¡Ey, Bunny! ¿Qué planes tienes para esta noche?

Una profunda voz masculina llama mi atención. Estaba tan concentrado en ella que no me había percatado del tipo que se ha acercado a mi conejita. Es Bob Cooper, el nieto del dueño. Un cabrón alto y corpulento que la mira con una estúpida sonrisa de besugo. Me dan ganas de estamparle la puta mesa en la nuca.

Quinn da media vuelta y le sonríe con amabilidad, sin soltar la bandeja con la vajilla sucia.

—Voy a pasar la Nochebuena con Savannah, en casa.

—¿Y después? ¿Iréis a tomar algo al garito de Will?

—No creo, hace frío y nos apetece una sesión de peli y palomitas.

—Podríais pasaros un rato. Me encantaría verte fuera del trabajo y charlar —dice mientras le acaricia el brazo.

Tengo que aferrarme a la mesa para no abalanzarme sobre ellos y romperle los dientes por atreverse siquiera a rozarla. Lo último que necesito es que vuelvan a detenerme por otra agresión.

—Quizás otro día —responde Quinn mientras se aparta con disimulo.

Pasa por su lado con la bandeja en alto, camino al fregadero, mientras Bob se queda mirándola embobado; el muy imbécil. Lo escucho suspirar y pasarse una mano por la frente antes de

comenzar a vaciar otra de las mesas. Una que, por cierto, queda bastante cerca de la mía.

—Bob —lo llamo con sequedad.

Cuando levanta la cabeza y me descubre así de cerca, enarca las cejas y me saluda con una mueca extraña.

—¿Zane? Qué raro verte por aquí. ¿Quieres tomar algo?

—No. Ven un momento.

Puedo ver la indecisión en sus ojos al llegar a mi lado.

—¿Necesitas alguna cosa?

—De ti, nada —sentencio, echando el cuerpo hacia adelante, hostil—. Pero si me tocas los cojones, tú sí que necesitarás ayuda médica para volver a moverte.

—¿Por...? ¿Por qué dices eso?

—Has tocado algo que me pertenece.

—¿Cómo?

Lo agarro por el cuello del jersey con violencia y pego su rostro al mío, contemplándolo con una mirada vacía pero amenazante.

—No te hagas el tonto, Cooper, y presta atención: si aprecias tu vida, no vuelvas a acercarte a ella.

—¿Te refieres a... tu prima? ¿A Bunny?

—No le hables, no la mires. No existe para ti —mascullo mientras juego con el cuchillo de mi mesa, logrando que trague saliva—. ¿Te ha quedado suficientemente claro ahora?

—Sí, sí. Yo... no sabía que vosotros estabais... juntos.

—Pues ya lo sabes. —Le doy un contundente empujón al tiempo que lo suelto, provocando que se tambalee hacia atrás—. Lo mío no se toca, gilipollas.

—Pe... Perdón.

—Largo de mi vista.

—¿Zane? —Una nueva voz se filtra en la conversación. Pero esta voz es dulce y parece muy asombrada—. ¿Eres tú de verdad?

Cuando levanto la mirada, descubro a Quinn a varios metros de nosotros con una tímida sonrisa y la bandeja apretada contra el pecho. Su respiración es rápida, irregular; le tiemblan las manos y niega con la cabeza, incapaz de dar crédito a lo que tiene ante sus ojos.

—Vete de aquí, Cooper —le ordeno una última vez a Bob, que sale por patas en cuanto oye mi gruñido.

Me levanto de la mesa y camino hacia ella con una sonrisa chulesca, hasta que la tengo prácticamente fundida a mi cuerpo.

—Hola, conejita.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo...? ¿Cuándo te han soltado? —Su voz vacila, ilusionada; me parece la hostia de bonita.

—Acabo de salir.

—Savannah no me ha dicho nada.

—Mi hermana aún no lo sabe.

—¿Has venido primero a verme a mí? —La sonrisa se le intensifica.

—He venido a secuestrarte —le informo mientras agarro su coleta con una mano y tiro de ella hasta estrellar sus labios contra los míos.

Escucho un suave jadeo escapar de su garganta y paso la nariz por su rostro, oliéndola a placer, disfrutando de la mejor jodida sensación del mundo. Después, enredo la mano libre en su culo, apretándolo con fuerza hasta pegar su vientre contra mi polla. Puedo oír los cuchicheos de la señora Miller, que nos contempla escandalizada. Mañana, todo Elberta hablará de nosotros.

—Zane, nos están mirando.

—Que miren. Les daremos un buen tema de conversación.

Le como la boca con posesividad, juntando nuestros labios con un hambre insaciable. Ella responde con la misma intensidad, aferrándose a mi chaqueta de cuero con ambas manos. ¿Cómo coño he podido echar tanto de menos unos labios? Quiero devorarlos, devorarla a ella, sin dejar ni las putas migajas de Quinn Granger. Mordisqueo y tiro de ellos hasta que la escucho gemir y temblar contra mi cuerpo—. Nos largamos de aquí. Vamos.

—No puedo, todavía me queda media hora de trabajo.

—En eso consisten los secuestros, conejita. No tienes voz ni voto.

—Entonces levanto los ojos hacia el nieto de Cooper—. Eh, tú, imbécil, me la llevo. Y no se te ocurra descontarle ni un maldito dólar de su sueldo si no quieres problemas.

Entrelazo nuestras manos y tiro de ella hacia el exterior sin esperar respuesta; Bob es tan cobarde que no pondrá el menor

inconveniente. Los pocos que quedan en la cafetería nos observan estupefactos, incluida la señora Miller, a quien está a punto de desencajarse la mandíbula.

—Tengo mis cosas en la taquilla —me avisa Quinn, intentando que frenemos.

—Ya las recogerás otro día.

—Zane, mi abrigo. Hace frío fuera. —Me quito la chaqueta de cuero y la obligo a ponérsela—. Ahora el que va a pasar frío serás tú.

—Ahora mismo, lo último que me preocupa es el frío.

Vuelvo a tirar de su mano hasta que llegamos a mi moto.

Meto las llaves en el contacto y la ayudo a subir delante de mí.

—Conduce.

—¿Yo? No he llevado una moto en mi vida.

—Pues será la primera.

—Es que... ¿y si...?

—Tienes tres minutos para llegar a casa —le advierto al oído, rodeándola con mis brazos, sentado tras ella.

—¿Por qué tres minutos?

—Es lo que voy a aguantar sin follarte.

—¿Y si nos caemos? —Me mira con reparo—. No estoy segura de saber hacerlo.

—Entonces te follaré en medio del camino.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Quieres ponerme a prueba? —Sonrío con una fría amenaza que la hace estremecer—. Conduce, Quinn. Ya.

Ella traga saliva y da puño poco a poco, logrando que mi Indian avance despacio por la carretera paralela al puerto.

—Cambia de marcha para acelerar.

—¿Cómo lo hago?

—Suelta el acelerador. Ahora sujeta el embrague con la mano izquierda y presiona con el pie izquierdo la palanca de cambio. —Sonrío satisfecho al ver que lo ha hecho de puta madre—. Dale puño, conejita. Hazla rugir.

Apoyo el mentón sobre su hombro y le rodeo más fuerte la cintura con los brazos. La rigidez inicial de su cuerpo está desapareciendo;

se la ve mucho más cómoda. Así que comienzo a besarle el cuello, lamiendo con intensidad la delicada piel de su yugular. Mordisqueo, succiono, meto la mano poco a poco por debajo de su jersey para acariciar sus tetas.

—Zane... —gime, al tiempo que da un giro brusco al manillar para no salirse de la carretera.

—Mira hacia adelante.

—No puedo si empiezas a tocarme.

—El tiempo corre, nena. Te queda solo un minuto para llegar a casa antes de que te lo haga como un puto animal en cualquier lugar del camino.

Pellizco uno de sus pezones. La escucho gemir en voz alta y mover las caderas contra mi polla en busca de alivio. Gira bruscamente de nuevo para no subirse a un bordillo y niega con la cabeza.

—Vamos a estrellarnos.

—Así podré follarte antes —susurro en su oreja antes de lamerle el lóbulo y seguir sobándole las tetas. Joder, cómo me gusta tocarla. Llevo un jodido mes esperando esto, deseando tenerla para mí y hacerle todas las perversiones que se me ocurran, por muy sucias que sean. Aprieto la polla contra su culo cuando la escucho contener el aliento; voy bajando la mano por sus costillas hasta que la cuelo dentro del elástico de las mallas. Su cuerpo se estremece al notar mis dedos sobre su monte de Venus. Tiene la respiración tan errática y acelerada que soy capaz de controlarme a duras penas.

—He echado de menos este coño. Mi coño. —Le abro los labios y acaricio su clítoris con movimientos circulares, logrando que Quinn agite las caderas aún más. Está empapada por mí. Me saliva la boca solo con imaginar que meto la cabeza entre sus muslos y la devoro—. Estoy hambriento, conejita.

Quinn apoya la cabeza en mi hombro y da otro giro brusco al manillar cuando la penetro con dos dedos.

—Zane..., oh, joder —gime sin poder contenerse—. Espera, por favor. Ya llegamos.

Es cierto. Estamos a cincuenta metros de casa y es cuestión de segundos que traspasemos la valla del jardín.

Una vez cruzamos la puerta del cobertizo, pongo los pies en el suelo. No quiero que ella tenga que cargar con el peso de la Indian. Luego empujo el caballete para que la moto quede de pie y, con la mano libre, le aparto la chaqueta del hombro para mordérselo. Apenas son las cinco menos cuarto de la tarde y el cielo empieza a oscurecerse, por lo que el cobertizo goza de una inquietante penumbra que nos da cierta privacidad. Y yo no aguanto más.

Sigo follando a Quinn con los dedos sobre la moto. Tiene la espalda apoyada por completo sobre mi torso. Su rápida respiración retumba contra las viejas paredes de madera, consiguiendo que mi polla se agrande todavía más dentro de los pantalones. Mis dedos están empapados de sus fluidos. Le devoro el cuello con desesperación y succiono hasta dejarle varios moratones. Quiero que todo el mundo los vea. Pienso volver a fotografiarla y publicarlo en mis redes sociales para que no quepa ninguna duda.

—¡Oh, Zane! —gime cuando mis dedos penetran aún más profundo. Se relame los labios mientras agita los glúteos contra mi falo erguido y se toca las tetas, intentando calmar el intenso temblor que la posee.

—¿Te gusta tenerme dentro de ti?

—Dios, sí. He echado de menos esto —gira la cabeza y me mira a los ojos, insegura—. ¿Y tú? ¿Me... me has echado de menos?

—Cada puto segundo, Quinn —admito susurrándole al oído—. Pero ahora... se acabó el tiempo.

—¿Qué?

—Los tres minutos. Se han terminado —saco los dedos de su profundidad y los chupo a placer, degustando el dulce sabor de su coño. Es lo mejor que he probado en todo el maldito mes. Luego meto esa misma mano en uno de los bolsillos de mi chaqueta, la que ahora lleva puesta ella—. Voy a follarte aquí y ahora.

Saco la mano del bolsillo y le muestro unas esposas que le robé al agente Preston antes de que me dejase libre. Llevo fantaseando con hacérselo maniatada e indefensa desde que la conozco. Cierro un grillete en torno a su muñeca derecha antes de que pueda reaccionar. Después aseguro el otro en una barra del manillar de la moto, dejándola sujeta a mi bestia, recostada boca abajo sobre el

depósito de gasolina, con su culo respingón expuesto contra mi polla. Ella tira de su mano, intentando soltarse.

—Es imposible. Solo se pueden abrir con la llave —le palmeo el trasero con brío y ella gime mientras se retuerce—. Te liberaré cuando todos tus agujeros estén llenos de mí. Voy a cobrarme todas las veces que he tenido que machacármela en esa sucia prisión sin poder tocarte.

Enredo la mano en el elástico de sus mallas y las arrastro hacia abajo, junto con las bragas, dejando su culo al descubierto. Me relamo al tiempo que paso varios dedos por el filo de sus labios mayores, que brillan por lo mojada que está. Quinn agita las caderas, pidiendo más. Quiere que siga dándole placer, que no deje de tocarla. Pero no aguanto más, joder. Verla en la cafetería de Cooper después de un mes y no hacérselo allí mismo ha sido mi buena acción de hoy. Ahora quiero pecar. Quiero cometer los siete putos pecados capitales con el cuerpo de mi conejita, sin un atisbo de arrepentimiento.

Le acaricio el clítoris de arriba abajo y lo pellizco mientras me saco la polla de los pantalones. Del glande asoma una pequeña gota que utilizo para lubricarlo antes de apoyarlo contra su pequeño agujero.

—Zane —gime desesperada al notar una leve presión en su entrada. Apoya la mano que tiene libre en mi muslo y tira de los tejanos animándome a metérsela.

Así que lo hago. Se la hundo de una fuerte estocada, llenándola con mi grosor hasta el fondo, hasta que siento que su coño me abraza con fuerza y me ordeña deliciosamente.

—Joder... —Le doy otra palmada en el trasero y aprieto los dientes por el placer tan acojonante que Quinn Granger me hace experimentar—. Joder.

Me vuelvo loco. Bombeo en su interior como si mi vida dependiera de ello, con una fuerza y una intensidad que la hace gritar y pedirme que siga. Apoyo las manos en su cadera para darme más impulso, y el sonido de nuestra carne al chocar me sube al maldito cielo. No comprendo cómo he podido vivir sin esto. Sin esta conejita traviesa que se ha metido en mi vida sin permiso y que me ha vuelto un puto obseso.

Me recuesto sobre su espalda y gimo, metiéndole la polla como un salvaje. Le muerdo el cuello cuando descansa la mejilla en el velocímetro. Su aliento empaña el cristal. Es demasiado erótico. Ella, mi moto y yo. No sabía que tuviese este fetiche, pero por mis cojones que no es la última vez que jodemos aquí.

Mi mano regresa a su coño. Froto su clítoris con intensidad, logrando hacerla gemir muy fuerte. No me conformo con eso, sino que voy subiendo poco a poco y bordeo con el dedo corazón el rugoso agujero de su ano. Algún día la follaré por detrás. Es una promesa. No hay rincón de Quinn Granger que no tenga intención de reclamar. Y nadie se atreverá a impedírmelo a no ser que quiera acabar enterrado diez metros bajo tierra.

Con cada penetración, de su coño va saliendo un delicioso flujo que moja el sillín de mi moto. Y en vez de molestarme y parar de follármela para secarlo, el único pensamiento que pasa por mi cabeza es que no hay mejor bautizo para mi Indian que la humedad de Quinn.

Estoy priorizando a una tía antes que a mi bestia. En serio. Creo que esto es mucho más grave de lo que imaginaba.

Zane

El ritmo frenético de las embestidas logra que los muelles de mi cama chirríen, entremezclando su agudo sonido con el de nuestros gemidos. Llevamos encerrados en mi habitación desde que me llevé a Quinn de la cafetería de Cooper, y no hemos dejado de joder desde entonces. Follamos, descansamos el tiempo justo para recuperarnos y volvemos a hacerlo. No recuerdo haberme dado tal maratón sexual en mi vida, pero con ella podría continuar toda una puta noche y seguir teniendo ganas.

No sé controlarme.

Su cuerpo desnudo me gusta demasiado, igual que su carita de niña buena que no ha roto un plato. La forma que tiene su coño de acoplarse a mi polla. Sus súplicas, sus gemidos desesperados, su voz anhelante al pedirme más. No sé si alguien ha muerto por una sobredosis de polvos, pero estoy dispuesto a averiguarlo con ella.

Aumento el ritmo de mis embestidas, tumbado sobre Quinn, con sus piernas enredadas en mis caderas y uno de sus brazos esposado al cabecero. Su piel brillapor el sudor, a pesar de que en la calle la temperatura no supera los cero grados. Le tiembla el estómago con cada envite, sus tetas saltan ante mis ojos y no puedo evitar lanzarme a ellas para comérmelas una vez más. Es una puta diosa. Quinn Granger es lo más bonito y sexi que he visto en mi vida. Me hace perder el control, la razón y el sentido común.

—Zane..., voy a correrme —gime con desesperación, enredando el brazo que tiene libre en mi cuello.

—No, hasta que yo te lo diga.

—No voy a aguantar.

—Lo harás. —Agarro su cuello con una mano y aprieto lo justo para que se le corte la respiración durante unos segundos. Ella me observa, aunque no hay miedo en su mirada, sino que sonríe con sensualidad. Cuando la suelto, Quinn respira a trompicones, pero no se queja. No ha intentado apartar mi mano; ha aguantado sin aire el tiempo que yo he decidido. Se somete a mí y eso me pone muchísimo. Así que me vuelvo loco y se la meto con tanta fuerza que sus jadeos se convierten en gritos cuando se corre. Su coño convulsiona alrededor de mi polla en el orgasmo, todo su cuerpo tiembla por la fuerza del placer, y yo... también me corro. Me vacío dentro de ella, llenando su conducto con mi semen hasta la última gota.

Dejo caer mi peso sobre su cuerpo mientras el orgasmo me engulle y me lleva tan alto como nunca. En la mano derecha aprieto con fuerza el condón que no me he puesto, el que llevo sin usar desde que empezamos a follar. Sigue envuelto en su funda, arrugado de haber pasado por sus manos y las mías; sin embargo, ambos nos hemos olvidado de él cuando ha llegado el momento de usarlo. Lo miro de reojo y lo tiro al suelo sin darle la menor importancia. Estoy demasiado ocupado intentando no morirme mientras recupero el aliento.

Me dejo caer a un lado en el colchón, arrastrándola conmigo. Ni se me pasa por la cabeza perder el contacto con su cuerpo. A ella parece gustarle, pues apoya la cabeza en mi pecho y se acurruca, agotada. Se le cierran los ojos y no tarda ni dos minutos en quedarse dormida. La miro a placer, recorriendo cada porción de su piel gracias a la tibia luz de la lámpara de la mesita de noche. A pesar de ser la una y cuarto de la madrugada, todavía no tengo sueño. Estoy demasiado eufórico por ser libre de nuevo y por la tarde tan apoteósica que he pasado con ella.

Lo que sí tengo es hambre. Llevo sin probar bocado desde esta mañana y mi estómago ruge como el de un león. Me levanto de la cama con cuidado de no despertarla y me pongo los pantalones, con ganas de volver a recostarme a su lado. He pasado un puto mes deseando esto y ahora que estoy aquí no pienso despegarme. No me calzo; no lo veo necesario. De todos modos, solo voy a coger

algo de comida y vuelvo. Me muerdo el labio inferior al ver su mano aún esposada al cabezal y una tibia sonrisilla me curva los labios. No me sale de las pelotas soltarla. Mi conejita se queda a dormir y con el grillete me aseguro de que no pueda abandonar la cama.

Una vez salgo del dormitorio, cierro la puerta para que nadie pueda verla desnuda y camino por el pasillo hasta la cocina. Conociendo a mi hermana, seguro que habrá algo preparado. Sin embargo, cuando estoy a punto de cruzar el umbral, escucho el sonido del televisor. Savannah está tumbada en el sofá, con su pijama rosa de corazones y una manta de lana tapándole los pies. En las manos lleva una bolsa de golosinas con las que se está dando un atracón, y sobre los ojos las gafas que usa para ver de lejos. Cuando me descubre, apoyado en el marco de la puerta, sin camiseta y descalzo, enarca una ceja.

—Hola, Sav —la saludo con voz suave.

—Vaya, pero si hasta te acuerdas de mi nombre. —Se cruza de brazos y me mira con un mohín aniñado—. Pensaba que te habías olvidado de que tenías una hermana. Has salido de la cárcel y solo has ido a por Quinn. A mí que me den, ¿no?

—Sabes que no.

—Ya. —Lanza una gominola que me golpea el muslo—. Me han quedado claras tus prioridades, gilipollas. He estado un maldito mes preocupada por ti y tú me lo pagas así.

—¿Entonces no vienes a darme un abrazo?

—Que te lo dé tu novia, seguro que te gusta más.

—No seas cría, Savannah.

—Y encima de olvidarte de tu hermana, me has robado a mi amiga. Teníamos planes para Nochebuena, ¿sabes?

—Has tenido a Quinn un mes para ti sola, ahora me toca a mí.

—¿La compartiremos a partir de ahora como unos padres divorciados?

—No, pero tendrás que acostumbrarte a que pase tiempo conmigo —le advierto con seriedad.

Mi hermana frunce el ceño y se levanta del sofá, acercándose con lentitud y una mirada desconfiada.

—¿Qué quieres de ella? ¿Tus intenciones son serias?

—¿Vas a hacerme el tercer grado como si fueras su padre?

—Solo quiero asegurarme de que no vas a usarla y a dejarla tirada como a una colilla cuando te apetezca follarte a otras.

—Qué buena imagen tienes de mí —ironizo entre dientes.

—Es que siempre haces lo mismo. Te conozco mejor que nadie, a ver si te enteras. Y Quinn no merece pasarlo mal. —Me señala con el dedo índice—. Te juro que, si le haces daño, no te lo perdonaré en la vida, Zane.

—¿Has terminado ya de amenazarme? —resoplo.

—Solo cuando me prometas que te portarás bien con ella.

—¿Desde cuándo eres tan coñazo?

—Desde que a mi hermano mayor lo encerraron en una maldita cárcel. Uno de los dos tiene que ser el responsable de la familia, ¿no crees?

—Soy responsable.

—Y un kamikaze de veintiséis años, también. ¿Cómo se te ocurrió pegar a un policía?

—No es la primera vez que lo hago.

—Si tu objetivo es pasar la vida entre rejas, lo vas a conseguir.

—Sabes perfectamente que no es lo que quiero, pero tampoco voy a tolerar que Vargas esté jodiéndonos con sus mierdas.

—Gabriel pagará por todo. Lo sé. Estoy segura.

—Pues mientras no lo haga, tenemos que defendernos de él. —Me humedezco los labios y miro a mi hermana suavizando el semblante—. En el almacén de los Nyctra, me dijo que mamá vive en su casa.

—¿Está viviendo con Gabriel?!

—Desde que enterraron al hijo de puta de Bruno.

—¿Prefirió quedarse con su hijastro antes que con nosotros? ¡Yo no le hice nada, joder! ¡Soy su hija, la necesitaba!

—Lo siento, Sav.

—No tienes la culpa —me dice con voz triste—. Te has pasado la vida defendiéndome, cuidando de mí, cuando quien tenía que haber alejado a ese maltratador de Bruno Vargas de nosotros era ella. —Suspira hondo y aprieta los labios, con la mirada firme—. Me da igual. Que se quede con él. No quiero saber nada más de esa mujer.

Dejó de ser importante para mí hace cuatro años. Tú eres mi familia, Zane, junto a Quinn, los Santos y las chicas. No necesitamos a Linda Rivers para nada.

Savannah y yo pasamos media hora hablando en la cocina mientras devoro un plato de guiso que había preparado para cenar. Sé que debí ir a verla en cuanto me soltaron, pero las ansias por estar con Quinn me pudieron. Sin embargo, su enfado se pasa rápido y, en lugar de un ceño fruncido, vuelve a mirarme con su cálida sonrisa. La parte buena es que no ha cenado sola, sino con las Hoshino y su familia. La mala es que me ha amenazado con cortarme las pelotas si Quinn y yo nos saltamos alguna comida navideña más para encerrarnos a follar en mi habitación.

Me despido de ella tras la última cucharada y Savannah regresa al salón para seguir con su película. Mientras camino hacia el dormitorio, una conocida excitación se enreda en mi estómago, porque sé a quién voy a encontrar desnuda allí.

Cuando mis ojos van hacia la cama, descubro a mi conejita dormida en la misma postura de antes. Su nívea piel contrasta con el azul marino de las mantas, resaltando lo delicada que es. Su lacio cabello castaño se derrama sobre la almohada como una melosa cascada. Su rostro está en calma; su respiración, pausada, y en los labios se le dibuja una suave sonrisa. Tiene las mejillas sonrosadas, marcas moradas en el cuello por mis succiones y los pechos llenos de rojeces de mis dientes.

Perfecta y mía.

Sin embargo, cuando doy un paso hacia ella, algo en su semblante cambia drásticamente. Una temblorosa mueca de miedo se forma en sus labios. La veo agitarse sobre el lecho, patalear. Una lágrima resbala por su mejilla y se le dispara la respiración.

—No, Frank —murmura desesperada—. Por favor, yo no quería. Frank..., Frank, te lo ruego.

Sigue teniendo pesadillas con ese mafioso de Fort Wayne. Ese gilipollas no la deja en paz ni en sueños, y no me sale de los cojones que Quinn Granger nombre a otro tío que no sea yo. No voy a permitirlo.

Decidido a acabar con esto de inmediato, me dirijo a la cama con el semblante rígido y gateo por el colchón hasta colocarme entre sus piernas. Entonces, hundo la boca en su coño y comienzo a lamerla sin piedad, castigando su clítoris con lametones intensos.

Al sentir mis labios en su sexo, Quinn deja de llamar a Lucchese. En cambio, alza las caderas y jadea encantada mientras la devoro. Sus gemidos llenan de nuevo la habitación, sus manos se enredan en mi pelo y me restriega el coño por la cara, excitándome sin pretenderlo.

—Zane... —susurra, aún con los ojos cerrados.

—Sí.

—Mmm, Zane.

—Eso es. Di mi nombre. Quiero escucharlo mil veces más, hasta que explotes en mi boca. Quiero tu corrida en la lengua, conejita.

Cuando levanto la vista, me doy cuenta de que Quinn ya ha abierto los ojos y me sonrío con una tímida excitación que me vuelve loco. Paso la lengua de arriba abajo por sus labios mayores. Una y otra vez. Le succiono el clítoris y comienzo a penetrarla con dos dedos, haciéndola jadear por la sorpresa mientras se mueve contra mí. En cuestión de minutos, provocho que vuelva a tener un orgasmo. La sensación de su coño empapado y tembloroso en mi boca es la mejor que he experimentado nunca.

Cuando el placer se esfuma, relaja su cuerpo sobre el colchón, aunque una de sus manos sigue enredada en mi pelo. Me acaricia la cabeza con delicadeza y se queda en silencio mientras recupera fuerzas. Por mi parte, apoyo la mejilla en su estómago y sonrío, satisfecho por haber conseguido lo que quería. De momento. Porque tengo que pensar qué hacer para que ese hijo de puta de Lucchese deje de atormentar a mi conejita.

—¿A qué ha venido esto? —pregunta ella de repente con voz agotada. En sus ojos se refleja lo saciada que está, pero también hay cierta duda.

—Estabas soñando con ese mafioso.

—Ah. —Se muerde el labio inferior—. ¿Y no se te ha ocurrido despertarme en vez de...?

—Te he despertado, ¿no? —Sonríó con una chulería innata. Después, acaricio la cicatriz vertical que tiene al lado del ombligo—. No quiero que vuelvas a decir su nombre. Es la última vez que lo pronuncias en tus sueños.

—¿Crees que puedo controlarlo? ¿Piensas que me gusta tener pesadillas con él?

—Yo lo arreglaré.

—¿Comiéndome el coño cada vez que sueño con Frank? —Cuando me ve agudizar la sonrisa, pone los ojos en blanco—. El subconsciente no funciona así.

—Tu subconsciente hará lo que yo quiera. El único nombre que pronunciarás en mi cama es el mío.

No responde, se limita a dar un tirón de la esposa que todavía la mantiene atada al cabecero.

—¿Puedes soltarme ya?

—No.

—No estamos follando, Zane, esto no sirve de nada.

—Sirve para retenerte aquí. —Paso de nuevo un dedo por su cicatriz, pensativo, y me quedo mirándola con interés—. ¿Quién te hizo esta herida? ¿Fue Lucchese?

Se queda en silencio unos segundos, aunque finalmente suspira y niega con la cabeza.

—Es de una operación. Frank Lucchese me dio el dinero para pagarla.

—¿De qué te operaron?

—Me quitaron un riñón.

—¿Por qué? ¿Qué le pasaba?

—Nada, mis riñones estaban sanos. —Me mira a los ojos con un brillo melancólico—. Se lo di a mi padre. Estaba enfermo de lupus. Los médicos nos dijeron que un riñón nuevo lo salvaría, pero no teníamos seguro médico ni suficiente dinero para pagar. Mi padre trabajaba en el casino de Frank por un sueldo de mierda y yo dejé los estudios para ayudar en casa. —Niega con la cabeza—. La operación era demasiado cara y gastamos todos nuestros ahorros en sus tratamientos. Así que se le ocurrió pedírselo prestado a su jefe y devolvérselo poco a poco.

—¿Qué pasó con tu padre?

—Murió —me desvela con la voz temblorosa. Sus ojos comienzan a tomar un brillo aguado al recordar lo ocurrido—. Su cuerpo rechazó el riñón y varios meses después contrajo una infección que no pudo superar.

Y ahí está la pieza que me faltaba. Beau no pudo averiguar qué le ocurrió a Joey Granger al no figurar en el registro de ningún seguro médico, pero ella misma se ha encargado de darme esa información. Me quedo en silencio unos segundos, sin dejar de acariciar su cicatriz, pensando en lo jodido que tuvo que ser para Quinn verse en esa situación y lo valiente que fue al intentar afrontarla.

—¿Por qué no te ayudó tu familia?

—No tengo relación con ella.

—¿Amigos, conocidos, vecinos?

—Nuestra vecina, la señora Sullivan, nos ayudó a pagarle a Frank durante varios meses, pero era una anciana y apenas tenía dinero para subsistir. No me pareció justo seguir aceptando su ayuda. Cuando murió mi padre empecé a trabajar en tres sitios a la vez; apenas dormía, comía una vez al día, aceptaba ropa que me regalaban mis vecinos, pero aun así no pude seguir cumpliendo con las mensualidades.

—¿Cuánto dinero os prestó Lucchese?

—Seiscientos mil dólares. —Se encoge de hombros—. Matándome a trabajar, solo fui capaz de devolverle cincuenta mil.

—Es mucho dinero para una sola persona.

—A Lucchese no se lo pareció. La última noche que pasé en Fort Wayne fui a hablar con él para que me diese algo más de tiempo, pero se negó. Frank... me drogó. —Un par de lágrimas resbalan por sus mejillas y mojan su cuello—. Quiso aprovecharse de mí, anularme y obligarme a prostituirme en su casino hasta que pagase mi deuda.

Savannah me contó la historia, pero escucharla de boca de Quinn hace que una rabia devastadora incendie mi pecho. Tengo que hacer de tripas corazón para no montar en mi moto y reducir a cenizas ese puto casino con Lucchese y los hijos de puta de sus socios dentro. Voy a vengarme por lo que le hicieron.

—Lo maté, Zane —me revela entre lágrimas, con un dolor que me desarma—. Le arrebaté la pistola y le pegué un tiro en el estómago antes de que la droga hiciera efecto en mi organismo. Ni siquiera sé cómo salí del casino sin que nadie me atrapase. Ni cómo llegué a la orilla del río. Desperté desorientada, asustada y con la ropa manchada con la sangre de Frank.

—Que se joda —alcanzo a decir con los dientes apretados.

—Yo no quería que sucediese. Lo juro.

—Ya lo sé.

—Me siento una persona horrible por haber arrebatado una vida, Zane. Los primeros días no podía dormir. Sentía que yo también merecía morir para pagar lo que le había hecho a Frank.

—Y una mierda. Ese hijo de puta se lo buscó.

—A veces pienso que lo más justo sería volver a Fort Wayne y pagar por su asesinato. —Baja la vista a su regazo—. Aquí os pongo en peligro a todos. Si me encuentran, también irán a por vosotros. Y eso sí que no me lo perdonaría jamás.

—No te tocarán un puto pelo, conejita, ni a ti ni a ninguno de nosotros. —Me incorporo en la cama y tomo asiento a su lado, abarcando sus mejillas con ambas manos. En mis ojos hay fuego, una llama tan devastadora como la determinación de matar con mis propias manos a todos esos comepollas—. Ahora estás conmigo. Y antes de permitir que los hombres de ese perro lleguen a ti, reduzco a cenizas todo el puto estado de Indiana. Nadie más que yo va a tocarte. Y mucho menos una estúpida mafia del tres al cuarto.

18

Zane

El Cadillac que descansa sobre el elevador tiene el frontal destrozado, pero si Easton sigue golpeándolo lo va a dejar irreconocible. Llevamos en el almacén desde el amanecer y el gigante está de un humor de perros. No sé qué le ocurre: aparte de gruñidos, de su boca no ha salido ni una palabra. Me limpio las manos con un trapo tras escuchar otro impacto seco y salgo de debajo del Pontiac, al que estoy cambiándole los amortiguadores, con el ceño fruncido.

—East, ¿qué coño te pasa?

—Pfff... —es su única respuesta antes de asestarle otra hostia al coche.

—¿Necesitas ayuda?

—Esta mierda no quiere salir —gruñe entre dientes.

Me levanto del suelo y camino por el taller hasta llegar a su lado, junto al Cadillac. Easton huele a alcohol, como si hubiera pasado la noche arrasando él solo una licorería. Me extraña, porque no suele beber tanto. Palpo la parte interna de la pieza que se le resiste y en mis labios comienza a dibujarse una sonrisa burlona.

—¿Cómo va a salir si no le sueltas los remaches, gilipollas?

—¿Y yo qué coño sé?

—No es la primera vez que arreglas uno de estos. ¿Qué te pasa hoy?

—Casi no he dormido.

—Pero sed no has pasado, ¿eh? —Me río.

—¿Tú por qué estás de tan buen humor? Hace un frío del carajo, no han llegado las piezas para el Pontiac y Beau ha vuelto a

escaquearse.

—Beau siempre se escaquea. —Me encojo de hombros; después saco de la caja de herramientas una miniamoladora para quitar los remaches corroídos—. Y mi humor está como siempre.

—Una mierda. Desde que te soltaron del talego hace dos semanas, vienes al almacén con una puta euforia que no es propia de ti. —Enarca las cejas—. Por no hablar de que ya nunca te quedas con nosotros a tomarte una cerveza después de trabajar.

—Tengo mejores cosas que hacer.

—¿Como follarte a la amiga de Savannah?

No respondo, pero la sonrisa me traiciona.

Desde que salí de prisión, he pasado más tiempo con Quinn que con nadie. No recuerdo unas Navidades tan acojonantes y repletas de sexo.

Nos buscamos, tonteamos, nos retamos, aprovechamos cuando no está mi hermana para enrollarnos en casa.

La rapto cada noche. La esposo a mi cabecero para hacerle todas las perversiones que se me ocurren y follarla hasta acabar exhaustos. Le como el coño cuando nombra a Lucchese en sus pesadillas, cuando me despierto antes que ella y la veo desnuda junto a mí, o cuando no puedo aguantar lo bonita que se ve tumbada en mi cama. Su coño es mi comida favorita. Sin ninguna duda. Y sus labios. Y esas tetas respingonas que se ven preciosas con la marca de mis dientes.

Definitivamente, estoy obsesionado con esa mujer. Me fascina cada cosa que hace: cómo sonríe, lo unida que está a Savannah, su inteligencia y su vulnerabilidad. La tengo a mi merced para hacer con ella lo que quiera, aunque la pura realidad es que siento la necesidad de protegerla de todo lo que pueda dañarla.

Entre Easton y yo sacamos la pieza rota del Cadillac y la tiramos al montón de chatarra destinado al desguace. Seguimos trabajando en silencio, aunque, en ocasiones, escucho fuertes golpes cuando el gigante pierde la paciencia. No es sino una hora después, a las cinco de la tarde, que la persiana del almacén se abre y aparece Beau. Trae el teléfono en la oreja, un café en la mano izquierda y el rostro rebosante de tensión. Como siempre, el hijo del gobernador

Whitmer viste como un auténtico niño de papá, con pantalones chinos oscuros, camisa y americana a juego. Cuando llega a nuestro lado, se limita a saludarnos con un asentimiento de cabeza y continuar con su conversación telefónica, que parece estar poniéndolo de muy mala hostia:

—Me importa un cojón que la nieve dificulte el transporte, Nicolae. Me aseguraste que las piezas estarían en Elberta el lunes. Estamos a jueves y todavía no hay ni rastro de ellas. —Resopla y apoya la cadera en el coche en el que estoy trabajando—. Si no eres capaz de cumplir con tu palabra, me buscaré otro proveedor. Quiero las piezas mañana aquí, ¿está claro?

Cuelga sin esperar respuesta y da un trago a su café con hastío.

—Estoy hasta las pelotas de incompetentes.

—¿Tú también has venido de mala hostia?

—Llevan dándonos largas cinco días.

—Las carreteras están imposibles y lo sabes, Beau.

—A nuestro comprador le da igual cómo estén las putas carreteras. Quiere los coches la semana que viene.

—Pues dile que no puede ser —se inmiscuye Easton con voz fría—. No vamos a trabajar día y noche solo porque un ricachón tenga una pataleta.

—Los coches no estarán listos ni en broma —apoyo al gigante y me cruzo de brazos al lado de Beau.

—Entonces, a la mierda. Perderemos la venta.

—Ya habrá otro comepollas con dinero que se interese en estas joyas. No pasarán en el taller más de dos semanas sin venderse.

Beau nos mira a ambos y da otro trago a su café con el semblante demasiado serio para tratarse de él. Sin embargo, ni siquiera tenemos que preguntar; él mismo se encarga de sacarnos de dudas:

—¿A que no sabéis con quién me he cruzado al venir hacia aquí?

—Sorpréndenos —responde Easton sin demasiado interés.

—A Riley y a su nuevo novio. Me lo ha presentado. Es un imbécil que se llama Brad. —Suelta una carcajada—. Tiene nombre de pijo lameculos, ¿verdad? No sé cómo ha podido caer tan bajo liándose con ese.

—Gobernador, ¿eso son celos?

—¡Cierra el puto pico, Easton! ¿Cómo voy a ponerme celoso de ese imbécil?

—Está celoso —le confirmo al gigante con contundencia.

—¡No empieces tú también, Zane! Fui yo quien pasó de ella.

—Y ahora está con otro y a ti te hierve la sangre. —Se ríe Easton—. Jódete, se ha cansado de esperar.

—¿Y tú por qué me atacas?

—También está de mala hostia —le aviso con diversión—. Lleva toda la maldita tarde a punto de destrozar el Cadillac.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—¿Qué coño os importa a vosotros? —resopla con hastío—. Mis mierdas me las como yo.

—¿Y no tendrá nada que ver con ella, verdad? —le pregunta Beau, misterioso.

—¡No, cállate!

—¿Con ella? ¿A quién te refieres, Beau? ¿Nuestro gigante ha conocido a alguien?

—Ya la conocía.

—¡Que te calles, coño! —ruge el otro, golpeando de nuevo el Cadillac.

Cuando comprendo lo que quiere decir, abro los ojos como platos y los miro a ambos, impresionado.

—¿Te refieres a...?

—Evangeline Harrington —asiente Beau—. Ha vuelto a Elberta.

—¿Eve está aquí? —Observo a Easton, quien aprieta los dientes al escuchar de nuevo el nombre de su exnovia. El nombre de la única mujer a la que ha querido toda su vida y que lo dejó hecho mierda cuando se marchó del pueblo.

—Esa tía ya no significa nada, psicópata —comenta con desprecio—. Así que os agradecería que no volváis a nombrarla.



Dejamos el trabajo para el día siguiente y me arrastran al apartamento de Easton a tomarnos unas cervezas. De todas formas,

hasta que los rumanos no traigan las piezas que necesitamos, no podemos terminar con los coches.

Nos dejamos caer en los sofás del gigante y Beau sintoniza la repetición del partido beisbol de esta tarde, al que apenas le hago caso, pues acabo de ver algo en el teléfono que se ha llevado toda mi atención.

Quinn ha publicado algo en sus redes sociales por primera vez desde que está en Elberta. Una foto de sus pies sobre un montón de nieve y una flor blanca que ha nacido en el suelo, justo al lado. Apenas tiene reacciones, porque mi conejita solo cuenta con seis seguidores en su perfil: mi hermana, las Hoshino, mis amigos y yo. Pulso en los comentarios para ver quién le ha hablado y mis labios se curvan en una sonrisa.

yosoysavannah_ytuno: La vida siempre encuentra un hueco para brotar.

briar.hoshino25: Qué foto más brutal.

beauprestonwhitmer: Esa planta naciendo y yo muriéndome de frío.

Doy un «me gusta» a la foto y escribo también un comentario, imaginando su reacción cuando lo lea:

zane_rivers: La flor eligió bien dónde nacer, pero ese sitio ya tiene dueño.

Guardo el teléfono en el bolsillo y doy un último trago a la cerveza antes de levantarme del sofá. Paso del partido, así que camino hasta el terrario, donde mi pitón negra permanece enrollada en una rama seca. Quiero asegurarme de que no necesita nada antes de marcharme a casa. Controlo que la temperatura del termostato sea la correcta, que el sustrato esté limpio y que tenga suficiente agua. Después la saco lentamente, para no ponerla nerviosa, y la contemplo con detenimiento, asegurándome de que tiene buen aspecto. La serpiente saca la lengua y empieza a enroscarse en mi brazo.

—¿Qué hay, pequeña? —susurro, acariciando su rugosa piel—. ¿Tienes hambre?

—Es imposible que tu bicho quiera comer. Ayer aún se le notaba en el estómago el bulto del ratón que le trajiste el otro día —me avisa Easton cuando aparta la mirada de la tele.

De repente, notamos un movimiento desde la puerta de entrada. Ya no estamos solos.

—¡Hola, idiotas! —nos saluda Savannah con una enorme sonrisa. Tras ella está Quinn, que nos observa con reparo. Estoy seguro de que mi hermana la ha arrastrado hasta aquí y no se siente cómoda. Va vestida con unos tejanos claros que le hacen un culazo en el que me encantaría enterrar la polla el resto de la noche, un jersey fucsia holgado y el cabello suelto enmarcándole su rostro de ángel. Durante unos segundos, la miro con tanta intensidad que incluso me olvido de que llevo a la serpiente en las manos.

—¿Cómo coño habéis entrado? —las interroga el gigante con el ceño fruncido, dejando su botellín sobre la mesa auxiliar.

—Creo que dejé la persiana abierta.

—Joder, gobernador, ¿y si hubieran sido los Nyctra? ¿Vamos a dejar que todo el puto mundo se cuele en mi casa?

—¿Colarnos? Pero si nos ha invitado Beau —declara mi hermana como si nada, dejándose caer en el sofá. Se acomoda entre ambos y les guiña un ojo con pillería.

—¿Por qué invitas a gente sin avisarme? —Easton le da un empujón al otro.

—Quinn y yo no somos cualquiera, no seas gilipollas —se defiende Savannah—. Somos de la familia.

Mis ojos no se despegan de la conejita, que todavía permanece de pie frente a los sofás sin saber muy bien si sentarse. Incluso podría jurar que en sus mejillas hay un pequeño rastro de sonrojo que me encanta. Cuando nuestras miradas coinciden, hago un gesto con la cabeza para que venga a mi lado.

—¿Para qué las has invitado? —continúa Easton, no del todo conforme con tenerlas aquí.

—Necesito hablar con ellas sobre una cosa.

—¿Y tiene que ser en mi puta casa?

—Eres un quejica —resopla Savannah con los ojos en blanco.

Pero ya no les hago caso. Mi atención está puesta en la persona que acaba de llegar a mi lado, junto al terrario. Tan cerca que su olor se cuela por mis fosas nasales y me hace desear echarlos a todos de aquí para poder estar a solas, aunque ni siquiera sea mi casa.

Nuestros ojos coinciden una vez más y descubro que parece menos incómoda ahora que está conmigo, y eso me encanta.

—¿Qué quiere Beau de vosotras? —pregunto con voz plana, logrando que solo ella me escuche.

—Yo sé lo mismo que tú. —Se encoge de hombros—. Fue tu hermana la que habló con él por teléfono.

—Y te ha arrastrado a sus mierdas infantiles.

—Ya la conoces, Savannah no acepta un no por respuesta. Además, él quería hablar con las dos.

Frunzo el ceño y miro a mi amigo con seriedad. Sé que Beau no intentaría nada con Quinn; confío en él como si fuera mi propio hermano. Estoy seguro de que sus intenciones no son sexuales, pero aun así no me gusta que la busque.

—¿Le pasa algo? —La voz de Quinn me devuelve a la conversación. Está mirando a la serpiente con una mezcla de miedo y curiosidad, mientras el animal está enrollado casi por completo en mi brazo derecho.

—La he sacado del terrario para asegurarme de que está bien. — Levanto el brazo y se la muestro mejor—. Estaba comprobando que tiene de todo antes de regresar a casa.

—Parece... tranquila.

—¿Quieres cogerla?

—No sé. —Me mira con duda—. No tengo muy buenos recuerdos con ella, la verdad.

A mi mente regresa la imagen de Quinn tumbada en la cama, con mi pitón enredada en su cuerpo. La sonrisa se me ladea en los labios.

—Estira los brazos y relájate. Voy a dártela.

—Pero Zane...

—Shhh... A ella le gustas.

—Sí, claro, soy su amiga del alma.

—No te atacó.

—Me dijiste que no era venenosa.

—No lo es, pero podría haberte mordido de todas formas si se hubiese sentido amenazada.

Cuando pongo la pitón en los brazos de Quinn, contiene el aliento y se pone muy rígida. Mira al animal con mucho respeto, como si tuviera miedo a ser devorada. Qué puta monada, joder. La serpiente comienza a enrollarse en su cintura y ella me mira con horror.

—Respira con normalidad.

—No sé si puedo. Yo soy más de perros, la verdad.

Su respuesta me hace soltar una carcajada y abarcar sus mejillas con ambas manos, obligándola a levantar la mirada para que nuestros ojos queden fijos en los del otro.

—Acabará gustándote.

—No sé.

—Yo haré que te guste —le susurro contra su boca y capturo su labio inferior con mis dientes, haciéndola contener el aliento cuando la muerdo—. Solo tienes que dejarte llevar por mí.

—Siempre lo hago.

Otra sonrisa curva mis labios.

—Porque sabes que me excita. Me pone que te rindas a mis deseos. —La pitón comienza a enredarse también alrededor de mi cintura, juntando nuestros cuerpos hasta quedar pegados—. Es un animal inteligente. Sabe que quiero tenerte y me está ahorrando el trabajo.

—No necesitas una serpiente para tenerme. Se te da muy bien atarme a tu cabecero.

—Se me da mejor follarte, pero hasta que no lleguemos a casa, la serpiente es la excusa perfecta para amarrarte a mí y que ningún gilipollas se te acerque.

—Pero si nadie lo hace, Zane —se ríe.

—¿Y qué me dices de Bob Cooper?

—¿Bob? Es un compañero de la cafetería.

—Y le interesas. Vi cómo te hablaba cuando fui a buscarte al trabajo. —Enredo la mano en su melena castaña y tiro de ella hasta

que nuestros labios se rozan—. No me quedó más remedio que advertirle de que eres mía.

—Tú y yo solo follamos.

—¿Te parece poco?

—Me refiero a que... no somos nada. Ni siquiera le hemos puesto nombre a lo nuestro.

—Eso no me resta derecho sobre ti.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Llevarme atada a tu cintura para que todo el pueblo se entere?

—Qué buena idea.

—¡Cállate! —Se ríe y me golpea el pecho—. En Elberta piensan que somos primos. ¿Es que no te diste cuenta de cómo nos miraba la señora Miller cuando me besaste en la cafetería?

—A mí esa mujer me la suda. No voy a condicionar mi vida por lo que puedan pensar unos desconocidos sobre nosotros. —Me humedezco los labios y aprieto su trasero con ambas manos, haciéndola jadear contra mi boca—. ¿Por qué no nos vamos a casa? Aprovechemos que Savannah está hablando con ellos. Hoy quiero hacértelo en el suelo del salón.

—¿Es algún fetiche nuevo? —Sonríe, encantada.

—Estoy descubriendo que tengo demasiados fetiches cuando se trata de ti.

—¡Eh, vosotros dos! ¡Dejad de meteros mano y sentaos de una vez! —se entromete Beau desde el sofá, llamando nuestra atención.

Giro la cabeza, mirándolo con hostilidad, y le muestro el dedo corazón antes de volver a ignorarlo para centrarme en mi conejita, que se muerde los labios avergonzada por habernos convertido en el centro de atención.

—¿Qué me dices? ¿Nos vamos?

—No puedo. Le prometí a tu hermana que pasaría la tarde con ella.

—Ya es casi de noche, ahora me perteneces.

—Zane... —Se ríe y niega con la cabeza—. No quiero dejarla sola.

—Mi hermana ya es mayorcita; que se busque otra amiga. Tú te vienes conmigo. —Capturo sus labios y la beso con una intensidad que la hace jadear de pura excitación, mientras ella se agarra con

fuerza a mi sudadera para responder con todas sus ganas—. No quiero compartirme con nadie.

—Es tu hermana.

—Ni con mi hermana.

—Solo será un rato —comenta, poniendo morritos—. ¿Es que no tienes curiosidad por saber para qué nos ha llamado Beau?

—Conociéndolo, será alguna gilipollez.

—Media hora y nos vamos.

—Nos largamos ya.

—¡Zane!

—No me contradigas o te arrastro a casa y te encierro en mi habitación el resto de la semana.

—¿Se supone que eso es un castigo?

La sonrisa de Quinn se ensancha. Se pone de puntillas para darme un beso caliente e intenso que me hace maldecir y enredar una vez más mi mano en su pelo para profundizarlo y devorarla. Cuando se separa, apoyo mi frente contra la suya y la miro con fuego en los ojos.

—Veinte minutos —le concedo a regañadientes—. Ni uno más.

Al ver el brillo eufórico en sus pupilas por haberse salido con la suya, no puedo evitar sonreír y le doy otro beso, esta vez fugaz. Desenredo a la serpiente de nuestra cintura, dejando que Quinn se separe de mí. La devuelvo al terrario, a la misma rama seca de donde la cogí, y, a regañadientes, la sigo hasta uno de los sofás, donde tomo asiento a su lado. La pego a mi cuerpo para estar en contacto con ella en todo momento y contemplo a mis amigos con una hostil frialdad cuando cuchichean divertidos. Sé que les extraña que me comporte así, pues hasta la fecha solo he usado a las tías para follar y liberar tensiones. Después del sexo, nunca les he hecho ni caso.

—Ya puedes darte prisa, gobernador. No tenemos toda la noche —hablo con voz indiferente.

Beau acaba de levantarse a por otra cerveza y toma asiento a mi lado, en el brazo del sofá en el que estamos Quinn y yo. Mi hermana se gira hacia él y se cruza de brazos, esperando también una explicación.

—Quería hablar con vosotras sobre Riley.

—¿En serio? —Quinn enarca las cejas y lo mira con desconfianza.

—¿Qué quieres ahora de ella? —se inmiscuye mi hermana con el ceño fruncido.

—Que me digáis si va en serio con el gilipollas de Brad.

—¿Para qué? Tú pasaste de ella.

—Te tirabas a otras, Beau —le recuerda Quinn.

—¿Va en serio con él o no? —insiste con interés.

—No tengo ni idea, eso es cosa suya. Yo no estoy metida en su relación.

—Así que es una relación. —Apoya una mano en su mentón, pensativo—. Mierda.

—No te entiendo, en serio —resopla mi hermana—. Te pasaste dos meses pidiéndome su número de teléfono. Luego te la follaste un par de veces y pasaste de ella. ¿Y ahora te molesta que esté conociendo a otro?

—El gobernador es una mosca cojonera: ni come ni deja comer —se carcajea Easton, brindando a su salud mientras alza su cerveza.

—Quiero que la convenzáis para que vuelva a verse conmigo.

—A mí no me mires —se desliga Quinn—. Eso es cosa tuya.

—Aunque me lo pidieras por favor, ¿por qué tendría que volver a confiar en ti? —le pregunta Savannah con el ceño fruncido—. Riley está loca y es una insensata de cojones, pero le gustabas. Hizo auténticas gilipolleces para llamar de nuevo tu atención y no le hiciste ni caso.

—Bueno, yo también soy una persona y me puedo equivocar, ¿no? Me he dado cuenta de que la echo de menos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer nosotras?

—Hablad con ella. Me basta con que la convenzáis para que desbloquee mi número de teléfono. Lo demás es cosa mía.

—Y dentro de otros dos meses volverás a ignorarla —Savannah niega con la cabeza—. Te conozco, Beau. Tú no sabes estar en pareja.

—¿Crees que no soy capaz? —Me señala—. Mira a tu hermano. Es el tío más golfo de todo el estado. Si él puede conservar a una tía, yo también.

—No me metas en tus mierdas, gilipollas —resoplo y aprieto más a mi conejita contra mi cuerpo, mirándolo con seriedad—. Y si ya has terminado de decir estupideces, Quinn y yo nos vamos.

—La pobre Quinn no sabe dónde se ha metido —se carcajea el hijo del gobernador y le guiña un ojo con complicidad—. Si algún día te cansas de que el psicópata te trate como si fueras de su propiedad, acuérdate de mí, preciosa.

Una furia helada recorre mi cuerpo al escuchar esa proposición. Aprieto los dientes con rabia y levanto una pierna para darle una fuerte patada a Beau, logrando que caiga del sofá y acabe de bruces contra el suelo, a nuestros pies.

—¡Zane, joder! ¡Que era una broma! —se defiende, frotándose el costado, dolorido por el golpe—. ¿Es que estás mal de la cabeza?

—Cuidado con lo que le dices.

—Sabes que nunca te traicionaría, imbécil. ¿De verdad piensas que quiero robarte a Quinn?

—Por tu bien, que no se te ocurra ni pensarlo.

19

Quinn

Los meses de febrero y marzo transcurren en un parpadeo y, para cuando queremos darnos cuenta, estamos en pleno abril, con sus días largos y sus temperaturas suaves, llevándose consigo la densa nieve acumulada durante el invierno. En las calles hay más movimiento; los vecinos que huyeron del frío hacia sus segundas residencias regresan poco a poco, y el pueblo comienza los preparativos para su tradicional festival del Jarabe de Arce. La celebración tendrá lugar junto al lago y promete estar repleta de degustaciones, demostraciones de producción y un baile nocturno en el parque Waterfront al que, según asegura Savannah, no falta nadie.

Estoy deseando ir. Los habitantes de Elberta son una gran familia y me enorgullece que poco a poco estén empezando a verme como uno de ellos. Ya no soy la prima forastera de los Rivers que vino a pasar una temporada a su casa. Ahora solo soy Quinn; parte de su comunidad. De los suyos, aunque apenas lleve siete meses aquí.

Sonríó al recordar todo lo que he vivido desde que llegué.

Apago el fogón donde caliento la cafetera cuando el ardiente líquido borbotea y deja un delicioso olor por toda la cocina.

Tengo el tiempo justo para desayunar e irme a trabajar. Esta mañana se me han pegado las sábanas. Anoche, a Zane y a mí se nos fue un poco de las manos y apenas hemos pegado ojo. Así que estoy agotada y con el cuerpo dolorido, pero feliz.

Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí sola en mi habitación. No deja que lo haga. Me quiere en su cama, a su lado, cada noche. Y a mí me encanta dormir con él.

Su armario está repleto de mi ropa, en su cuarto de baño está mi neceser con el cepillo de dientes, perfumes y cremas, y mis zapatos guardados con los suyos en la cajonera que tiene junto a la ducha.

No sé cuándo he normalizado esta convivencia tan íntima con Zane Rivers, ni tampoco me permito pensar demasiado en por qué me siento tan cómoda. Pero la realidad es que lo estoy. Me gusta pasar el tiempo con él, por no mencionar que el sexo juntos es abrumador; una maldita locura que ni siquiera puedo explicar con palabras.

Me ayudo con un paño de cocina para no quemarme y me giro para dejar la cafetera sobre la mesa. No puedo demorarme mucho con el desayuno. En la cafetería toca inventario, y eso significa que debemos terminarlo a tiempo o tendremos que quedarnos después del trabajo y perdernos parte de la fiesta en el lago.

Sin embargo, cuando me dispongo a sentarme, un movimiento frente a mí hace que me percate de que ya no estoy sola en la cocina.

Apoyado en el marco de la puerta, vestido solamente con unos pantalones de algodón, está el hombre que lleva poniendo mi vida patas arriba desde que lo conocí.

Zane me mira en silencio.

En sus labios se dibuja una descarada sonrisa que no se molesta en ocultar, sobre todo cuando posa los ojos en mis muslos desnudos. Voy vestida con una de sus camisetas. Una que ya es prácticamente mía y que suelo usar para dormir.

Va despeinado, en sus mejillas se percibe una incipiente barbita de un par de días sin rasurar y tiene las mismas ojeras que yo por no haber pegado ojo en toda la noche. Mi psicópata particular es un puto espectáculo.

—¿Por qué no estás en la cama? —me interroga con esa voz grave y sugerente.

—Tengo que trabajar. Mi turno en la cafetería comienza en menos de una hora.

—Pero hoy no vas a ir.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque apenas has dormido.

—No me has dejado —matizo.

—Y porque no quiero que vayas. —Se aproxima con andares chulescos y planta las manos en la encimera, a ambos lados de mi cintura, atrapándome entre su cuerpo y el mueble—. Tampoco quiero volver a despertarme y no verte en la cama.

—Podría decirte lo mismo. Normalmente, nunca estás ahí cuando abro los ojos. Salvo hoy.

—No voy al taller. Nos hemos tomado el día libre.

—Qué raro.

—Terminamos el coche en el que trabajábamos y, hasta mañana, el primo de Easton no traerá un par de motos que robó cerca de Detroit.

Asiento ante su explicación y poso las manos sobre sus brazos, acariciando su piel morena y caliente.

—¿Quieres desayunar conmigo?

—No, quiero que vuelvas a la habitación.

—No puedo, Zane.

Acerca su boca a la mía y me regala un beso ardiente e intenso que arranca un jadeo de mis labios.

—Voy a llamar al gilipollas de Cooper para decirle que no te espere.

—Zane... —Río, negando con la cabeza—. Hoy toca inventario.

—Que lo hagan ellos. Tenemos la casa para nosotros solos desde ayer. —Me agarra del cuello y me obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder mordirme la yugular—. Mi hermana se quedó a dormir con las Hoshino y no regresará hasta después de terminar su turno.

—Creo que Savannah está harta de nosotros, y de escucharnos por las noches.

Zane sonrío contra mi piel y enreda sus manos en mi camiseta, levantándola hasta que las bragas quedan a la vista.

—Que se vaya acostumbrando. Me encanta follarte y no dejaré de hacerlo por nadie.

—Eres un desconsiderado y un ninfómano. —Cierro los ojos y gimo cuando desliza una de sus manos dentro de mis bragas.

—La culpa es tuya. Me vuelve demasiado loco este coño. Antes de que vinieras a Elberta, yo era un tío normal. Me has arruinado —susurra en mi oído al tiempo que comienza a masturbarme con su dedo índice y corazón. Me muerdo el labio inferior y apoyo la frente contra la suya. Me dejo hacer, disfrutando de la fricción de su mano en mi sexo, de su olor, de su polla dura y erguida apretada contra mi estómago—. Antes tenía antojos, Quinn; ahora tú eres mi necesidad. Es jodidamente enfermizo y me encanta.

Sin dejar de tocarme, se mete la mano en el bolsillo de los pantalones y saca un condón. Ese mismo condón que llevamos meses sin usar y que ya luce arrugado dentro de su funda. Lo pone en mi mano y me hace cerrar el puño para que lo sujete mientras no lo necesitamos. Después, me devora los labios y mete la lengua dentro de mi boca con un hambre que me hace temblar y responder con sus mismas ansias.

No puedo creer que vuelva a estar empapada por él después de haber pasado toda la noche follando sin parar. Tengo la vagina dolorida, los pechos muy sensibles y agujetas en los muslos, pero mis bragas vuelven a estar chorreando por Zane.

Tiene razón. Esto que tenemos es obsesivo, casi enfermizo, pero no lo cambiaría por nada.

Sus dedos están llevándome muy alto. Si sigue masturbándome así, me correré enseguida. Estoy tan metida en mi propio placer que apenas me percato de lo que está haciendo hasta que escucho un fuerte golpe en la madera del armario que tenemos detrás. Al levantar la cabeza, veo que Zane acaba de clavar un gran cuchillo en la puerta y, cuando nuestros ojos coinciden, su sonrisa es tensa debido a la excitación. Me agarra la mano derecha y me lame la palma, logrando que un agradable temblor me recorra la espalda.

—Agárrate fuerte al cuchillo, conejita —susurra muy cerca de mi boca, al tiempo que me guía la mano hasta el mango para que haga lo que me pide—. Te tengo demasiadas ganas. No lo sueltes, porque voy a joderte sin piedad. Voy a clavarme en ti y a tatuarme en este coño para que nunca olvide quién es su dueño.

Zane me arranca las bragas y se las guarda rasgadas en el bolsillo, mirándome con esa sonrisa perversa que me deja claras sus

intenciones. Pero el oscuro vicio que se refleja en sus ojos, en vez de asustarme, me pone mucho más caliente.

Con la primera embestida, el condón se me cae de la mano y acaba en el suelo, a nuestros pies. Zane lo pisa. Lo hace a conciencia y me sonrío de nuevo, agarrándose a mis caderas para volver a metérmela hasta el fondo, llenándome deliciosamente con su enorme grosor. Nunca podría cansarme de esto. De su intensidad, de su locura, de sus ganas de poseerme, porque yo siento lo mismo por él.

Rodeo sus caderas con las piernas y me aferro con todas mis fuerzas al cuchillo clavado en el armario, mientras me folla como si estuviera poseído por un turbio demonio con ansias de sexo. Pierdo la noción del tiempo y del espacio cuando todo entre nosotros se vuelve salvaje y descontrolado. Con la mano libre me agarro a él. Las embestidas suben aún más de intensidad y grito contra su boca cuando estoy a punto de correrme.

Zane me lo hace sin piedad. Su lengua se enreda con la mía y me devora hasta que ambos nos corremos con una fuerza descomunal, entre gemidos, caricias y besos húmedos y posesivos.

Nos quedamos apoyados el uno en el otro cuando todo acaba, intentando recuperar la respiración hasta que nuestros latidos se normalizan. Me suelto del cuchillo y apoyo la cabeza en su pecho al tiempo que él me abraza, aplastándome contra su cuerpo, con la polla todavía dentro de mí y una agradable molestia en los músculos de la vagina.

En cuanto sale de mi interior, me percató de que su mirada baja hasta la cara interna de mis muslos, por donde empieza a resbalar su semen. Él niega con la cabeza y me mira a los ojos, satisfecho, al tiempo que mete una mano entre mis piernas, recogiendo los restos de su corrida y volviéndola a meter dentro de mi profundidad.

—Nada de desperdiciar la comida. Esto es todo tuyo, conejita.



Media hora después, me deja a regañadientes frente a la cafetería de Cooper y me ayuda a descender de la moto. Pese a que intentó

encadenarme de nuevo al cabecero de su cama para que me quedase con él, y que a mí también me habría encantado quedarme en casa, sé que no puedo faltar. Es mi única fuente de ingresos y no quiero que me echen.

Cuando estoy en el suelo, Zane me rodea la cintura para darme un beso posesivo al que respondo con ganas.

—Si me entero de que Bob Cooper vuelve a hablarte, vendré a por él y tendrá que mear por el agujero que le deje en lugar de la polla.

—Somos compañeros. Es normal que hablemos.

—No quiero que se te acerque. Y mucho menos que intente pedirte una cita.

—Jamás saldría con él.

Zane me observa en silencio y finalmente asiente conforme con mi respuesta. Después, me agarra las mejillas con una mano y junta nuestras frentes.

—Beau, Easton y yo tenemos que ir a Jackson para entregar varios coches a uno de nuestros compradores. Quizá llegue más tarde al baile del parque Waterfront. —Me da un último beso que sabe a despedida—. Nos vemos allí. No te separes de Savannah hasta que vuelva.

No arranca la moto para marcharse hasta que no estoy dentro de la cafetería. Solo entonces, da puño a la Indian y se aleja del muelle en dirección al almacén de los Santos. Cuando su imagen es una simple mancha en el horizonte, curvo mis labios en una sonrisa serena y dejo mis cosas en los vestuarios, donde varios compañeros toman café y charlan antes de comenzar la jornada. Una vez con el delantal puesto y el cabello recogido en una coleta tirante, comienzo a disponer los manteles y los cubiertos para que todo esté listo a la hora de la apertura.

Por mi lado pasa Bob, quien apenas me saluda con un asentimiento. Desde que Zane habló con él casi no se me acerca, y no puedo remediar sentir lástima por el nieto del señor Cooper, porque sé que es buena persona.

Estoy terminando de colocarlo todo cuando unas manos delicadas se posan sobre la madera, sobresaltándome.

—¡Júrame que me has echado mucho de menos esta noche! —Es Savannah, quien sonrío de oreja a oreja, como si dormir con las Hoshino la hubiera renovado. Viste de forma similar a la mía: tejanos negros, camiseta entallada y el delantal verde de la cafetería; la diferencia es que ella lleva el cabello suelto y las mismas botas de ayer.

—Te he echado de menos —digo, devolviéndole la sonrisa.

—Mentirosa. —Me dedica un codazo cómplice—. Seguro que Zane te ha mantenido muy ocupada.

—¿De verdad quieres que conteste a eso?

—Puuaj, no. —Hace un gesto de asco—. Prefiero seguir en la inopia y no traumatizarme imaginando a mi amiga y a mi hermano haciendo... ya sabes qué.

Aprieto los labios para no reír y me cruzo de brazos, observándola con interés.

—Bueno, ¿y tú qué? Parece que dormir con Briar y Riley te ha sentado de maravilla.

Se encoge de hombros.

—Lo que de verdad me sienta bien es saber que esta noche hay fiesta en el pueblo. Espero que el señor Cooper no nos haga trabajar más horas de la cuenta. He quedado con las chicas a las nueve en la puerta del parque Waterfront.

—Todo dependerá del inventario.

—Lo sé, por eso voy a ayudar a Mary Jane en el almacén. Esta mañana Bob se está escaqueando más de lo habitual.

—Pues manos a la obra. Abrimos en cinco minutos y aún me quedan diez mesas por montar.

Savannah asiente y me planta un beso en la mejilla antes de dirigirse al almacén. Sin embargo, se detiene en seco a mitad de camino y regresa a mi lado, esta vez con la culpabilidad reflejada en sus enormes ojos grises.

—¿Qué pasa?

—No puedo, Quinn —susurra—. No puedo mentirte a ti también.

—¿Me has estado mintiendo? —Frunzo el ceño, extrañada—. ¿En qué?

Mira hacia todos lados, asegurándose de que ninguno de nuestros compañeros está cerca antes de contestar a mi pregunta.

—No pasé la noche con Briar y Riley.

—¿Ah, no? ¿Entonces dónde has estado?

—Eeem, pues... yo... —Se muerde el labio inferior y levanta la mirada hacia el televisor de la cafetería, que se encuentra frente a la pared de los servicios. Entonces, me hace una señal para que la imite.

Cuando mis ojos se posan en la pantalla, me apoyo en la mesa al ver la persona que sale en los informativos. Es Gabriel Vargas. En las imágenes aparece sin camiseta, vestido únicamente con unos pantalones de algodón, mientras la policía lo lleva esposado.

—Han pillado a Vargas —murmuro anonadada.

—Sí —responde Savannah sin más.

—¿Y qué tiene que ver esto con...? —Me llevo las manos a la boca cuando la sospecha salta en mi mente—. No, ino, Sav! ¡Dime que no has sido tú!

—Te dije que lo conseguiría, que ese hijo de puta acabaría entre rejas por lo que te hizo a ti y a mi hermano.

—Pero... ¿Cómo has descubierto dónde estaba escondido? ¿Has llevado a la policía hacia él?

—Yo... prefiero no hablar de eso, ¿vale? —Se retuerce las manos con nerviosismo. Hay algo en la historia que la incomoda—. Lo importante es que Gabriel no podrá jodernos más; ahora está encerrado y responderá ante la ley por los coches robados de su taller. El cómo lo logré es lo de menos, Quinn.

—Eso suena a que ha sido peligroso.

—Da igual. —Entrelaza nuestras manos y sus pupilas suplicantes se fijan en mi rostro—. Solo te pido una cosa: ni una palabra a mi hermano, por favor. Ya conoces a Zane; si se entera de que me expuse ante Gabriel, se pondrá histérico. Todo ha salido bien, estoy a salvo y nuestro hermanastro no volverá a molestarnos.



A las nueve de la noche, nos reunimos con Briar y Riley en la entrada de Waterfront, un amplio paraje costero a orillas del lago, con zona infantil y de picnic, del que parten decenas de senderos hacia el bosque.

Hay guirnaldas de luces sobre nuestras cabezas, un puesto de comida en el que venden perritos calientes y un pequeño escenario sobre el que un disc jockey pincha música country mezclada con éxitos más actuales.

Savannah tenía razón. Todo el pueblo está aquí. No falta nadie. Incluso ha venido gente de fuera, pues hay varias caras que no me suenan de nada.

—Bien, el plan es el siguiente —anuncia Riley en cuanto entramos—. Alguien tiene que enrollarse con el camarero para que la bebida nos salga gratis.

—¡Y un cojón! Es Aiden Moore, el de la floristería —la contradice Savannah con cara de asco.

—¿Prefieres gastarte todo el sueldo en alcohol?

—¡No pienso besar a un tipo que está a punto de jubilarse!

—¿Ni aunque te enviara un ramo de flores cada semana?

—Que te follen, Riley.

—¿Por qué no lo hace Quinn?

—A mí no me metas —me apresuro a negar con la cabeza.

—No queremos que mi hermano provoque una masacre, ¿verdad?

—¿Ah, no lo queremos?

—Riley, eres gilipollas —sentencia Briar, rodando los ojos—. Nadie va a liarse con el camarero. Papá y mamá están allí enfrente, conversando con el pastor Harrington. Si quieres ponerte en ridículo, adelante, pero no intentes liarnos en tus mierdas.

Riley se cruza de brazos, disgustada.

—Va a ser una noche muy aburrida, y para colmo Brad no ha podido venir. —Suspira y se encoge de hombros—. Ahora vuelvo, voy a la barra por bebida, aunque tenga que pagarla.

—Espera, te acompaño —suspira Briar, quien no quiere dejarla sola. No se fía de ella—. Savannah, Quinn, ¿os traigo algo?

—Un par de refrescos —pide mi amiga, sacando su cartera para darle unas monedas—. Esta ronda corre de mi cuenta.

Las vemos alejarse por la explanada, caminando entre los vecinos que bailan y disfrutan de la música. Una vez nos quedamos solas, Savannah me da un codazo cómplice y empieza a bailar, divertida.

—Qué ganas tenía de primavera. En invierno esto es muy aburrido, no hay fiestas ni bailes...

—A mí no me molesta la nieve —reconozco, encogiéndome de hombros.

—Eso es porque llevas muy poco tiempo aquí y mi hermano se encarga de mantenerte ocupada —se carcajea. Entonces, entrelaza nuestras manos y me hace girar al ritmo de la música, logrando que ambas comencemos a reír—. Después de toda una vida encerrada en este lugar, cada vez se me hace más cuesta arriba la época de frío.

—¿De verdad te gustaría irte de Elberta?

—Algún día lo haré —asiente con su mejor sonrisa—. Aparte de Zane, no hay nada que me ate al pueblo. Y yo quiero viajar, Quinn, conocer mundo.

Me hace girar una vez más; sin embargo, tenemos que frenar de golpe antes de chocar con una persona que acaba de aparecer a nuestro lado.

Cuando la reconozco, la sonrisa se me congela en los labios y adquiero un gesto tan serio y desconfiado como el de mi amiga.

Emma Winter nos mira con una sonrisilla maliciosa al tiempo que se acomoda su precioso cabello rubio sobre uno de sus hombros.

A diferencia de nosotras, que vamos en vaqueros y blusa, la exnovia de Zane lleva un vestido diminuto de color negro, con el que presume de curvas, tetas y piernas largas. Lleva el rostro maquillado con delicadeza, realzando sus preciosas facciones, y los labios pintados rojos como las manzanas maduras.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? Pero si es el nuevo juguetito de Zane —me contempla de arriba abajo con una mueca despectiva—. Qué ganas tenía de conocerte en persona y qué desilusión me acabo de llevar.

—¿Qué haces aquí, Emma? —se entromete Savannah con tensión en la voz.

—¿Qué hay, Sav? Llevamos mucho tiempo sin hablar.

—Tú y yo no hemos hablado nunca.

—Claro que sí, hace unos años, cuando tu hermano me llevaba a vuestra casa y nos pasábamos las horas muertas follando en su habitación.

—Pues cómo me alegro de que ya no lo haga.

—Nos hemos dado un pequeño descanso —declara con frescura, posando una vez más sus afilados ojos en mí—. A los hombres hay que darles un poco de libertad para que prueben mercancía de segunda antes de regresar con la persona indicada.

—¿Me acabas de llamar mercancía? —la interrogo con el cuerpo erguido y una incómoda sensación en el estómago.

—Mercancía de segunda —repite con una gran sonrisa—. Todo el pueblo comenta hasta la saciedad lo bonita que eres, pero la verdad, es que no es para tanto, Bunny. Es cuestión de tiempo que Zane se canse de ti.

—¿Y tú qué sabes lo que va a hacer mi hermano? —se entromete Savannah de nuevo.

—Ay, pequeña. Olvidas que lo conozco mejor que ninguna. Somos novios desde el instituto. Sé lo que le gusta y lo que no. Y tu prima, amiga o lo que sea, solo es una muesca más en su cama.

—¡No has sido novia de Zane!

—¿De dónde has sacado esa información?

—Nunca se ha dirigido a ti con ese nombre.

—A él no le gustan las etiquetas. —Me acaricia el brazo con falsa ternura—. ¿Verdad que Zane no es de esos? No es cariñoso, atento ni habla de futuro. ¿O es que a ti te llama novia delante de sus amigos? ¿Te ha dicho que vais en serio?

Aprieto los labios y levanto la cabeza, orgullosa, al ver que no deja de sonreír con socarronería. Pues no, Zane y yo nunca hemos hablado de ese tema, ¿y qué?

—Lo que tenga con él no es de tu incumbencia. No me conoces, no sabes nada de mí, así que te agradecería que te ahorrases esta mierda.

—Eso es un no —aclaro con frescura—. ¿Has visto? Él jamás se comprometerá con nadie. Solo folla y se lo pasa bien. Tú eres una

más, cariño, aunque te joda admitirlo. Y cuando se aburra de tu coño, regresará conmigo, como hace siempre.

—Pues qué triste que seas la que se come las sobras, Emma. — Me cruzo de brazos.

—Zane Rivers es el premio gordo de la feria. El muñeco del pastel. De sobras, nada. Y yo llevo muchos años esperando a que se dé cuenta de que estamos hechos el uno para el otro.

—¿Cómo vais a estar hechos el uno para el otro si no eres más que una fresca que se la ha chupado a toda Elberta? —Una voz a nuestra derecha, y que no conozco, se entromete en nuestra discusión atacando a Emma.

Cuando giramos la cabeza, descubrimos a una chica preciosa, de largo cabello rojo como la sangre y unos ojos azules tan brillantes como el mismo cielo. Es algo más bajita que yo, tiene un cuerpo bonito y espigado y una cicatriz en la mandíbula que casi le roza el labio. Lo mejor de todo es que mira a Emma con el mismo asco con el que lo hacemos nosotras.

—¿Y a ti quién te ha invitado, Harrington? —le responde Emma con desprecio.

—No tiene que invitarme nadie para decirte que eres una golfa y que, si no quieres que vuelva a reventarte la boca como hice hace ocho años, más vale que te largues de aquí.

Emma aprieta los labios con mucha fuerza, con ganas de responder, pero finalmente levanta la cabeza con altanería y pasa por delante de nosotras, alejándose.

Una vez nos quedamos a solas, Savannah se lanza hacia la recién llegada y la abraza entre gritos y risas.

—¡Eve! ¡No me lo puedo creer! —exclama, dando saltitos—. ¡No sabía que habías venido de visita!

—Por desgracia, no es una visita. He vuelto.

—¿Te quedas en Elberta?

—Por tiempo indefinido. Mi madre se rompió la cadera y tengo que hacerme cargo de la tienda hasta que se recupere. Aunque me huelo que es una excusa de mis padres para retenerme en el nido.

—¡Pues me alegro de que estés aquí! ¡Como en los viejos tiempos! —Después, Savannah se vuelve hacia mí y entrelaza

nuestras manos, empujándome hasta la pelirroja—. Quinn, ella es Evangeline Harrington, la hija del pastor.

—Hola. —Recuerdo haber escuchado su nombre. Es la exnovia de Easton, esa que lo dejó hecho mierda y se largó de Elberta sin mirar atrás.

—Hola, Quinn. —Me guiña un ojo cómplice—. He escuchado mucho tu nombre desde que regresé.

—¿Ah, sí?

—Eres la novedad en el pueblo y la chica que ha captado el interés de Zane Rivers. Todo el mundo habla de ti.

Algo en el semblante de Eve cambia de repente cuando mira hacia el frente. Da un paso hacia atrás y traga saliva con nerviosismo. Cuando miro en su misma dirección, descubro a Zane, Beau y Easton de pie junto a uno de los puestos de comida. Ya han vuelto de vender los coches en Jackson.

Mis ojos coinciden con los de Zane, quien me hace una señal con la cabeza para que vaya a su lado.

—Joder, yo me largo de aquí —murmura Eve con rigidez y nerviosismo.

—¿Tan pronto? ¿Por qué? —le pregunta Savannah, haciendo un mohín con los labios.

—Mi antigua equivocación acaba de aparecer en el baile. —Se refiere a Easton—. No me apetece verle la cara.

—Pues vamos a la barra y te invito a un trago —insiste Savannah, tirando de nuestra mano—. Briar y Riley están allí.

—Id vosotras, yo voy a... —Señalo a Zane con el dedo y ambas se sonríen.

—Sí, traidora, corre con mi hermano —comenta Savannah con una mezcla de diversión y cariño. Después me da un fuerte beso en la mejilla—. Pero prohibido pasar toda la noche con él, ¿eh? En un rato te quiero ver bailando y emborrachándote con nosotras.

Agito la cabeza en un contundente asentimiento y las veo dirigirse a la barra cogidas de la cintura mientras charlan y se ríen de algo que no llego a escuchar.

Sin poder dejar de sonreír, doy media vuelta para ir con Zane. Estaba deseando que apareciese en el baile. Distinguir su cuerpo

alto y fuerte en medio de toda la gente. Sentir su mirada fija en mí. Sus manos rodeándome con anhelo y posesión. Ser su centro de atención, saber que no mira a nadie más que a mí.

Me muerdo el labio inferior y apresuro el paso para llegar a su lado. Sin embargo, cuando apenas me separan unos metros de él, otra mujer aparece.

La zorra de Emma Winter.

Freno en seco cuando la veo colgarse de su brazo y tontear sin que él haga nada por apartarla. Emma le dice algo al oído que lo hace sonreír. Después asiente. Se me crisan los músculos cuando la veo dar varios saltitos ilusionados y rodearlo por la cintura para darle un beso en la mejilla.

¿Por qué lo besa? ¿Por qué deja Zane que lo toque de esa manera? ¡¿Qué cojones están haciendo?! Espera, ¿se van? ¿Solos? Ella entrelaza sus dedos con los del hermano de Savannah y lo guía por el sendero que lleva a la salida.

Zane mira hacia atrás, buscándome. Cuando me encuentra plantada en medio de la gente, sin apenas poder moverme, me hace una señal con la mano para que lo espere. Después vuelve a mirar a Emma, quien no ha dejado de hablar en ningún momento, y abandonan el parque cogidos de la mano.

20

Quinn

¿Qué mierda acaba de pasar? Se ha ido con ella. Zane Rivers ha tenido los santos cojones de largarse con su exnovia delante de mis narices. Y por la cara de felicidad de Emma, estoy segura de que tiene intención de follársela. ¿Por qué, si no, iban a marcharse si lo que quieren es tener una conversación? Trago saliva a duras penas y me llevo una mano al pecho, donde mi corazón empieza a dar golpes fuertes y desacompañados. No puedo despegar los ojos del camino por el que han desaparecido.

Busco a Beau y a Easton donde antes estaban con Zane; quizás ellos puedan explicarme qué está pasando, pero ninguno sigue en el mismo lugar. El hijo del gobernador ha desaparecido y el gigante se acerca a la barra. Acaba de apoyarse en el extremo opuesto al que ocupan Savannah y Eve. Mira a la hija del pastor con una seriedad y una rabia que no intenta disimular.

Pero ahora mismo, lo que haga Easton con su exnovia me da igual. En mi cabeza solo hay hueco para Zane. Estoy peleando conmigo misma para mantener la calma y no ir a buscarlos. Ganas no me faltan. Se la va a follar, joder. Va a tirarse a Emma Winter y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Ella tiene razón: Zane y yo no somos nada, no puedo reprocharle que se acueste con otras. Aparte de pasar las noches en su cama, no tenemos una relación formal. Nunca hemos hablado sobre ese tema y yo... creía que no me importaba.

¿En qué momento ha empezado a importar, maldita sea? ¿Cuándo he comenzado a considerar lo que tenemos como algo más que sexo? Él es la última persona de este mundo de quien debería

encariñarme. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Acabo de darme de bruces contra la verdad: estoy empezando a sentir algo muy fuerte por él. Por un tipo que no siente ni padece, al que le da todo igual, para el que solo soy una vagina con la que divertirse. Una de tantas.

Doy un paso hacia atrás, notando una gran debilidad en las piernas, y choco con alguien que baila.

—Pe... perdón —me disculpo casi sin voz.

No puedo quedarme ni un momento más aquí, en este parque, rodeada de gente, esperando a que regrese después de haber hecho mil guarradas con esa zorra. Esto no puede continuar. No puedo seguir acostándome con él sabiendo que no soy nada más que un polvo para matar el aburrimiento. Me alejo sin saber hacia dónde voy, demasiado confundida, demasiado bloqueada por la realidad. Ni siquiera noto las lágrimas hasta que percibo la incómoda humedad en las mejillas. Me las seco con el dorso de la mano, casi con rabia, y aprieto el paso hasta salir del parque por uno de los senderos que llevan al bosque. Necesito silencio, soledad. Aclarar mis ideas y dejar de mortificarme.

Cuando paso los primeros árboles, un rápido movimiento y unas risas frente a mí me sobresaltan. Al levantar los ojos, descubro a Beau besándose a lo bestia con una chica pelirroja contra un tronco. ¡Riley! ¿Pero no estaba con ese tal Brad? No tardan en percatarse de mi presencia. En vez de separarse o molestarse por la interrupción, mi amiga sonríe y se apoya un dedo sobre los labios, pidiéndome silencio. Él me guiña un ojo; ha conseguido lo que buscaba: volver a captar la atención de la pequeña de las Hoshino. A continuación, Beau tira de ella y desaparecen tras el árbol. Solo oigo su risa, pero ya no los veo.

Suspiro al volver a quedarme a solas y continúo caminando por el sendero hacia ninguna parte.

—¿Bunny? ¿Eres tú?

Al escuchar mi nombre, giro sobresaltada. Cuando descubro a Bob Cooper, respiro con un poco más de tranquilidad. En serio, necesito soledad, ¿es que va a estar todo el maldito pueblo metido en el bosque? El nieto de mi jefe me mira con una mezcla de duda y

curiosidad. Va vestido con unos tejanos claros y un jersey fino que le sienta bastante bien. Es un tipo guapo y lo sabe. Cualquiera tía sería afortunada si alguien como él se fijase en ella. Es una lástima que a mí me atraigan los psicópatas infieles con cara de demonios irresistibles y obscenos.

—Bob, ¿qué haces aquí?

—Bueno, eeeh, la verdad... —Se pasa una mano por el cabello, avergonzado—. Te he seguido.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Te estaba mirando cuando has echado a correr hacia el bosque. Parecías desesperada.

—Ya, esto... Solo quería estar sola un rato.

—¿Sola? ¿Cuando todo el pueblo se divierte en una fiesta? —Frunce el ceño al fijarse en mi rostro—. ¿Estás llorando?

Me seco las lágrimas con rapidez y niego con la cabeza, quitándole importancia.

—No, no es nada. No te preocupes.

—Es por él, ¿verdad? Por Zane Rivers.

—No quiero hablar del tema.

—Sabía que esto pasaría, Bunny. No es un buen tipo. No te conviene. Destruye todo lo que toca.

—Sí, bueno, ya. Me he dado cuenta tarde, pero al menos lo he hecho.

—Mereces a un chico que te cuide y te trate como la joya que eres. —Apoya las manos en mis hombros, dándome apoyo—. Yo estaría dispuesto si me dejases entrar en tu vida. Si me dices una oportunidad.

Abro la boca para agradecerle su interés y rechazarlo una vez más; sin embargo, no tengo ocasión. De repente, Bob sale disparado por un violento empujón y se da un fuerte golpe en la cabeza contra el árbol, cayendo al suelo inconsciente. Al levantar la vista, descubro a Zane frente a mí con una expresión rabiosa, el rostro desencajado y la respiración ruidosa. Ni siquiera me mira; se lanza hacia el cuerpo desfallecido de Bob para seguir golpeándolo con brutalidad con su puño americano.

—¡Hijo de perra! ¡Putra rata de mierda! ¡Te advertí que no te acercases a ella! —grita entre dientes, ensañándose con su cara, que ya luce llena de sangre.

—¡Zane, para! —Corro hacia él y lo agarro del brazo—. ¡Lo vas a matar!

—¡Pues claro que lo voy a matar!

—¡Solo estábamos hablando! ¡Deja de pegarle, Zane, joder! —Tiro una vez más de él y siento su mirada hostil sobre mí. Esa misma mirada que me dedicó el día que nos conocimos, cuando me confundió con una de los Nyctra.

—¡Contigo iré después!

—¿Y eso qué significa? ¿También vas a matarme cuando termines con él? —Lo encaro con su misma rabia.

—¡Ganas no me faltan! —Se incorpora y viene hacia mí con actitud amenazante hasta arrinconarme contra otro árbol. Apoya las manos a cada lado de mi cabeza y se acerca tanto que su olor herbal penetra en mis fosas nasales—. ¡Has dejado que te toque! ¡Estabas a solas con otro tío, Quinn!

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Te estás quedando conmigo, maldita sea? —trueno al tiempo que golpea con rabia el tronco sobre mi cabeza—. ¡Tú! ¡Eres! ¡Mía!

—¡Qué discurso más conveniente para ti!

—¿De qué coño hablas?

—Yo no puedo ni mirar a nadie y tú te largas a follar con Emma Winter. ¡Bravo! Eres un sucio hipócrita, Zane.

—No he tocado a Emma.

—Sí, claro. ¿Pretendes que me lo crea? —Le doy un empujón, pero no logro moverlo ni un centímetro—. Os he visto tontear en la fiesta. He visto cómo se colgaba de tu brazo y te besaba la mejilla. Y luego, oh, sorpresa, te vas con ella delante de mis narices.

—Me ha pedido que le echase un vistazo a su coche.

—¿Es así como lo llamas ahora?

—¡Estoy diciendo la verdad! Es cierto que Emma se me ha insinuado, pero le he parado los pies porque no me interesa.

—No tienes que darme explicaciones, tú y yo no somos nada.

—¡Tú y yo seremos lo que me salga de la polla! —exclama entre dientes.

—Mejor búscate a otra que acepte ser tu segundo plato, porque yo paso.

—¿De qué estás hablando, Quinn? Desde que te conozco, no he tocado a ninguna mujer más que a ti.

—No voy a tolerar que se rían de mí. Haz lo que quieras. Deja que Emma Winter vuelva a manosearte o pasa las noches en el Obsidian follando con veinte tías a la vez, me da igual.

—¿Te da igual? —ruge.

—Aunque no me lo diese, no tengo ningún derecho a quejarme, ¿verdad? —Me río con desgana y niego con la cabeza—. Tú nunca tomarás en serio ninguna relación.

—¿Te parece que mis intenciones en cuanto a nosotros son poco serias?

—¡Es que no hay un nosotros, Zane! ¡No somos nada!

—¿Por qué repites esa mierda?

—Porque es la verdad. Lo nuestro no avanza. No eres de los que pone nombre a las relaciones ni se compromete a nada.

—Un maldito nombre no va a cambiar lo que tengo contigo. Eso es lo menos importante para mí. —Me mira a los ojos, pero yo bajo la vista al suelo. Entonces, algo en él muta. Se queda en silencio unos segundos antes de preguntar—: ¿Es que para ti sí que es importante?

—Da igual.

—¡No, no da igual! ¡Mírame, Quinn! —Como no lo hago, me agarra por la barbilla para obligarme a levantar la cabeza—. ¿Para ti es importante poner un nombre a lo que tenemos?

—Puede ser.

—Bien, entonces, se lo pondremos.

—¿Qué? —Levanto las cejas, incrédula—. ¿En serio?

—¿Novios? ¿Pareja? ¿Prometidos? —sugiere con seriedad—. ¿Cuál prefieres?

—¿Te estás riendo de mí?

—¡Elige un puto nombre!

Al ver la decisión en su semblante, noto un revoloteo en el estómago.

—Mmm... Novios, creo.

—Novios —asiente—. Les diremos a todos que eres mi novia.

—Esa palabra no me sirve de nada si no vas a tomarte esto en serio.

—No puedo estar tomándomelo más en serio. Nunca me han importado las etiquetas porque yo me guío por los hechos. Y tú eres mi novia, mi prometida y mi mujer desde que te conozco.

Una sonrisa traidora curva mis labios, aunque intento permanecer seria.

—No quiero que Emma Winter vuelva a tocarte.

—Ni yo tampoco. Solo hay unas manos que deseo sobre mi cuerpo. Y da la casualidad de que son las tuyas.

—Si vuelvo a verla dándote un beso en la mejilla, quien cometerá un asesinato seré yo.

—Y yo te ayudaré a cavar la zanja.

Nos miramos durante unos segundos, hasta que finalmente otra sonrisa me ilumina el rostro.

—Pues más vale que esa zanja sea lo suficientemente grande para que quepáis los dos.

—Será tan grande que cabremos los tres. —Acuna mis mejillas mientras acerca su boca a la mía—. Ni muerto van a separarme de ti.

Se lanza a mis labios como si estuviera hambriento, devorándome con una intensidad que me desarma y me hace responder con ansiedad, agarrándome fuerte a su sudadera. Clava su erección en mi estómago, a pesar de seguir bajo la ropa. Me lame el cuello, lo succiona tan fuerte que no dudo que volverá a dejarme una marca, pero me encanta; me gusta encontrar señales que me recuerden que él ha estado ahí.

Estoy encajonada entre el tronco y Zane, quien de nuevo me come la boca y me obliga a abrir los labios para colar su lengua. Con una mano aprieta mi yugular. No llega a quitarme el aire, es una mera demostración de fuerza y control. Logra que mis bragas se empapen.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos juntos en el bosque?

—Jugábamos a Zorros y mapaches —asiento.

—Me quedé con unas enormes ganas de follarte, conejita.

Abro los ojos a duras penas y me muerdo el labio inferior mientras mi atención regresa a Bob, que continúa en el suelo con la cara cubierta de sangre.

—¿No deberíamos llamar a un médico?

—El gilipollas de Cooper sobrevivirá —asegura—. Pero pasará unas semanas con el rostro desfigurado.

—¿Y si te denuncia por agresión? No quiero que vuelvas a la cárcel.

—Por la cuenta que le trae, no abrirá el pico. —Me da bocaditos en la comisura de los labios—. Le advertí que no se acercase a ti y decidió ignorar mis amenazas. Ahora que se joda.

—No puedes pegar a todos los tíos que hablen conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien.

—¿Crees que debería disculparme con Cooper?

—¿Lo harías?

Zane guarda silencio unos segundos y asiente lentamente con una sonrisilla que no anuncia nada bueno.

—Está bien. Compensaré a ese gilipollas por haberle partido la cara, para que veas lo generoso que soy.

De improviso, me rodea con ambos brazos y me levanta en peso, separándose del árbol.

—¿Qué haces? Zane, ¿adónde vamos?

—Voy a cumplir con mi palabra, por supuesto.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Por qué nos acercamos a él?

No responde; se limita a devorarme la boca cuando estamos junto al cuerpo de Bob. Después se agacha, conmigo todavía en brazos, hasta quedar de cuclillas junto a él. No entiendo nada. De pronto me empuja hacia atrás, haciéndome perder el equilibrio. Caigo de espaldas sobre el estómago del nieto de mi jefe, con la cabeza apoyada en su ombligo.

—Zane... —Intento levantarme, pero él no me deja. Se recuesta sobre mí con una mirada penetrante, cargada de una perversión excitante. Enreda la mano en la cinturilla de mis tejanos y suelta los botones de un tirón, logrando que uno se desprenda—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Nunca. —Tira hacia abajo de mis pantalones y se lleva consigo las bragas, dejando mi vagina al descubierto. Después se saca la polla dura y enorme y me la muestra con satisfacción. En la punta del glande brilla una deliciosa gotita de líquido preseminal que me muero por lamer. Pero como me tiene atrapada entre su cuerpo y el de Bob, no puedo moverme. Por el contrario, un gemido escapa de mi garganta cuando acaricia la delicada piel de mis muslos. Ha empezado a masturbarme. Me acaricia el clítoris de un modo demencial, de arriba abajo, con los dedos índice y corazón, hasta que los pensamientos abandonan mi mente.

Embiste de repente, abriéndome con brutalidad, haciéndome contener el aliento y agarrarme a sus brazos. Esa mezcla deliciosa entre el dolor y el placer me tiene muy enganchada. Mas, cuando comienza a mecerse contra mi pelvis y a follarme sin piedad, todo mi mundo se desvanece. Para mí, solo estamos los dos en el bosque. Los recuerdos desaparecen hasta que mi cabeza empieza a rebotar sobre el estómago de Bob mientras Zane empuja con una fuerza feroz, casi agresiva, llevándome tan alto que me cuesta abrir los ojos.

—Esto... esto no está bien —gimo aferrándome a su sudadera, al tiempo que empiezo a notar que el orgasmo está a punto de llevarme con él—. No podemos seguir haciendo esto con él aquí abajo.

Zane gruñe por lo cachondo que está y me agarra las mejillas, devorándome la boca, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Estoy siendo la hostia de generoso con él, conejita —responde con una oscuridad que me eriza la piel de los brazos—. Esto es lo más cerca que va a estar este hijo de puta de follarte. Así que más vale que lo disfrute porque, la próxima vez que se le ocurra ponerte un dedo encima, aunque solo sea para quitarte una mota de polvo de la ropa, acabaré encerrado de por vida, pero a Bob Cooper no le

quedará ni una sola gota de sangre en el cuerpo cuando lo encuentren reventado en cualquier cuneta.

21

Quinn

Las siguientes semanas, mi relación con Zane se afianza como nunca creí posible. Después de nuestra discusión y posterior reconciliación en el bosque, siento que ambos remamos en la misma dirección y que él desea, tanto como yo, que esto funcione. Queremos estar juntos y me encanta lo que tenemos. Es especial, diferente a los noviazgos que había tenido hasta ahora. Nosotros no somos como el resto; Zane no es como los chicos con los que había salido antes, creo que por eso estoy tan enganchada a él. Me hace sentir el centro de su universo: única, deseada, protegida. Con él lo tengo todo, aunque nuestro «todo» no se parece ni un poco a lo que imaginaba cuando era una niña y soñaba con el hombre del que acabaría enamorándome.

A veces la vida sorprende de una forma maravillosa, y pasaría mil veces por la situación de mierda que me tocó vivir en Fort Wayne solo porque sé que él me estaría esperando en Elberta para volver a poner mi mundo patas arriba. Mis días han caído en una rutina de la que no quiero salir nunca. Por las mañanas trabajo en la cafetería, paso las tardes con Savannah y, por las noches, Zane me secuestra para follarme, desesperado y salvaje, en nuestro dormitorio.

Nuestro. Dios. Sí, ya lo considero mío también. Llevo más tiempo durmiendo con él que en mi propia cama. De hecho, no he dejado nada en mi antigua habitación; todas mis cosas están acomodadas en su armario.

—Hoy va a ser un día de mierda —resopla Savannah junto a los fogones, cuando termina de preparar el café.

Estaba tan metida en mis pensamientos que ni me acordaba de que tenía compañía. Al levantar la mirada, veo que apoya la cafetera sobre la mesa y toma asiento de mala gana. Cierro la puerta del armario, tras coger un par de magdalenas, y me reúno con ella. Ya voy vestida con la ropa del trabajo; me toca abrir la cafetería. Savannah, en cambio, todavía no se ha quitado el pijama de corazones, pues su turno empieza a las diez.

—¿Por qué va a ser un día de mierda? —pregunto sin evitar que una sonrisilla divertida curve mis labios.

—Está nublado y tiene pinta de que lloverá en cualquier momento. Cuando me largue de Elberta, pienso irme a vivir a un sitio en el que siempre haya sol. Como... California.

—¿Me dejarías sola aquí?

—Mi hermano se encargará de que nunca lo estés. —Me da un suave codazo, sin dejar de sonreír—. Es más, estoy segura de que agradecerá tener la casa para vosotros solos y poder hacer cochinadas sin que os moleste.

—Ya las hacemos, no nos molestas.

—Qué hija de puta —se carcajea mientras sirve café en su taza—. Esta tarde he quedado con las chicas, ¿te apuntas?

—¿Qué plan tenéis?

—Consolar a Riley. —Bufa—. El cabrón de Beau ha vuelto a pasar de ella. Te juro que lo asesinaría; es una pena que lo considere como un hermano.

—Todo el mundo sabía que esto acabaría pasando. Se la tiró en el bosque y ahora la ignora.

—Está supercolada por él, y eso significa que volverá a hacer gilipolleces para llamar su atención.

—Compraré helado de chocolate a la salida —me ofrezco—. Nos será útil.

—Bien. Eve se encarga de la cerveza y yo de un cargamento de pañuelos. Espero que el señor Cooper no nos haga hacer inventario y podamos llegar pronto a casa de los Hoshino.

—Seguro que tenemos que quedarnos, es miércoles.

—Intentaré que Bob convenza a su abuelo para que nos deje salir antes. ¿Me ayudarás?

—No sé, Sav. Últimamente Bob apenas me habla. —Desde el incidente en el bosque, el nieto de mi jefe huye al verme; no se atreve a estar a menos de dos metros por miedo a Zane. Con Savannah también guarda distancias, pero al menos se digna a hablar con ella. Sé que no estuvo bien que follásemos sobre su cuerpo mientras seguía inconsciente pero, joder, si dijera que no lo disfruté, estaría mintiendo.

Cuando acabamos y nos vestimos, convencí a Zane de llevar a Bob al hospital. Al despertar, él volvió a amenazarlo para que no abriese la boca. Y no lo ha hecho. No hubo denuncia y está a salvo de una nueva detención. La verdad es que no me gusta cómo hemos terminado; Bob es un buen tipo, pero prefiero su lejanía si con eso Zane sigue en libertad.

Savannah termina su café y se levanta para dejar la taza en el fregadero. Una vez lo hace, mira hacia el armario y chasquea la lengua al observar la raja en la madera donde Zane clavó el cuchillo para follarme.

—Todavía no entiendo cómo pudo resbalarse mi hermano para hacer esto.

Me muerdo los labios para no sonreír y me encojo de hombros, haciéndome la inocente.

—Ni idea. —La imito y dejo mi taza en el fregadero. Después, ojeo mi reloj para ver cuánto tiempo me queda.

Sin embargo, antes de dar media vuelta, unas fuertes manos se enredan en mi cintura desde atrás y me aplastan contra un cuerpo alto y fuerte que conozco a la perfección. Ladeo el cuello al sentir los labios de Zane sobre mi piel y jadeo encantada al notar sus dientes mordisqueando mi mandíbula.

—Buenos días, conejita —me susurra al oído, con esa voz grave y sensual que tiene al despertar.

—Buenos días.

Me gira entre sus brazos para ponernos cara a cara y sonrío al ver su torso desnudo. La suave marca de mis dientes luce esplendorosa en su pectoral izquierdo como un tatuaje. Ayer lo marqué mientras lo hacíamos. Encantada, paso la mano por la rojez y sonrío entre dientes.

—Creo que debería hacer esto más a menudo.

—Sí que deberías. —Me agarra por las mejillas y me obliga a mirarlo a los ojos—. Lo que no deberías es volver a desobedecerme.

—¿Yo? No te he...

—Te advertí que no quería despertarme y no verte en nuestra cama.

—Tú tienes la mañana libre, pero yo tengo que trabajar, Zane.

—Mi novia no tiene por qué estar sirviendo cafés para el gilipollas de Cooper. Sabes que puedo mantenerte.

—Y yo no quiero ni oír hablar de eso —lo contradigo contundente—. Tengo dos manos y muchos cojones para ganar mi propio dinero.

Sus labios se curvan en una sonrisa orgullosa, aunque enreda los dedos en mi pelo tirando con fuerza para pegarme a su boca.

—Por ahora dejaré que te diviertas en la cafetería, pero puedes estar segura de que no vas a pasarte la vida trabajando como una esclava. No necesitamos ese dinero. ¿De acuerdo? —Me lame los labios y yo cierro los ojos, disfrutándolo. Disfrutando de su lengua sobre la piel de mi boca. De la forma que tiene de reclamarme y besarme con posesión. Después, cuando el beso termina, sus ojos vuelven a los míos, esperando una respuesta que no he podido darle—. ¿De acuerdo, Quinn?

—Vale —susurro a media voz, excitada.

—Bien —asiente, encantado.

—Puaj, Zane, demasiada azúcar por la mañana —se queja Savannah a nuestra espalda—. Déjala respirar, joder.

—¿Te molesta que le dé los buenos días a mi novia, Sav?

—Lo que me extraña es verte tan acaramelado. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Si ella supiera... Entre Zane y yo hay muchas cosas, pero caramelo y azúcar no. Nosotros somos más de guindilla o pimienta.

—A mí me encanta que me dé los buenos días —lo apoyo, sonriéndole a mi amiga con inocencia. Lo que provoca que Zane gruña por lo bajo y hunda su boca en el hueco de mi cuello, comiéndome con intensidad.

—Joder, vale. Ya me habéis echado —resopla ella de nuevo—. Sois tal para cual. Me vais a provocar diabetes.

Cuando nos quedamos a solas, escapa una carcajada de mis labios.

—Deberíamos cortarnos un poco cuando esté tu hermana delante.

—¿Por qué?

—Porque parece incómoda.

—Que se acostumbre. Va a pasar el resto de su vida viendo cómo nos enrollamos. —El resto de su vida. Guau. El corazón me da un vuelco al escuchar su declaración, porque sí, eso ha sido una declaración de intenciones en toda regla. Estoy eufórica, feliz, plena. Abrazo a Zane y apoyo la cabeza en su pecho con la sensación de que este es mi lugar, con él, entre sus brazos. Sin embargo, cuando voy a responder, el sonido de su teléfono no lo permite. Lo saca del bolsillo de sus pantalones de algodón y se lo pone al oído—. ¿Qué pasa, Beau? ¿No se suponía que hoy no íbamos al almacén? Ya. No jodas, ¿Thomas ha traído el McLaren? ¿Easton lo ha visto? Vale, sí. En un rato me paso. Primero voy a llevar a mi novia a la cafetería.

Guarda el teléfono y me mira con una amplia sonrisa.

—Cambio de planes. Tenemos un coche nuevo.

—No es necesario que me lleves al trabajo. Ve con ellos. —Acaricio sus abdominales—. Me apetece estirar las piernas y la cafetería está a diez minutos.

—¿Seguro?

—Sí. —Me pongo de puntillas para darle un beso, al que él responde con una pasión brutal—. Por cierto, esta mañana me has llamado tres veces «novia», ¿sabes?

La comisura de sus labios se alza con chulería.

—Puede que esté empezando a cogerle el gusto.

Media hora más tarde le doy un último beso y salgo de casa con la promesa de cenar juntos esta noche, cuando regrese de la casa de Riley y Briar.



Tal y como vaticinó Savannah hace un rato, pequeñas gotas de lluvia comienzan a mojar el suelo de Elberta. Hay un reconfortante

olor a tierra mojada y las personas que caminan por la calle se apresuran a ponerse a cubierto.

Yo, en cambio, levanto la mirada al cielo y sonrío cuando varias gotitas heladas mojan mis mejillas. Sé que debería echar a correr y ponerme a cubierto, como hace el resto de la gente, no creo que al señor Cooper le guste que una de sus empleadas sirva las mesas calada hasta los huesos, pero me resisto a hacerlo. Desde que vivo aquí, he descubierto una rara predilección por la lluvia, la nieve, el frío... y por cierto chico peligroso, de gélidos ojos grises, que acaba de aceptar que le gusta utilizar el término «novia» conmigo.

Saludo con un asentimiento de cabeza a varias de nuestras vecinas y aprieto el paso hacia la cafetería. Eso sí, con la cabeza en las nubes y una enorme sonrisa en los labios. Así que, cuando el hombre con el que me cruzo choca con mi hombro, me limito a seguir sin mirar atrás. Pero no puedo andar más de dos pasos antes de que ese mismo hombre atrape mi muñeca y me frene de golpe. Cuando mis ojos coinciden con los suyos, frunzo el ceño; no recuerdo haberlo visto nunca en Elberta. Con los vecinos que pasaron el invierno en sus segundas residencias, me ocurre bastante a menudo.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunto al ver que no me suelta. Es un hombre de mediana edad que va vestido con un traje de chaqueta estilo ejecutivo. No demasiado alto, regordete y con unas oscuras gafas de sol cubriendo sus ojos.

—¿Me puedes recomendar un sitio donde desayunar? —pregunta con una simpática voz nasal.

—Claro. Yo trabajo en una cafetería junto al lago; si quiere acompañarme, voy hacia allá.

—Eso estaría genial, gracias.

Asiento y doy un tirón para que me suelte, pero el tipo sigue sujetándome con fuerza.

—La mano —le recuerdo.

—Oh, sí, perdona. —Se ríe—. Es que es mi primer día aquí y estoy un poco nervioso.

—¿Es usted un nuevo vecino? —Comienzo a caminar a su lado.

—No, los pueblos no son lo mío, yo soy de ciudad.

—¿Entonces está aquí por negocios?

—Podría decirse que sí.

—¿De dónde es usted?

Una sonrisa aparece en sus labios al tiempo que me vuelve a agarrar del brazo para susurrarme al oído:

—Soy de Fort Wayne, pequeña puta.

Y me empuja. Lo hace con violencia, metiéndome en un estrecho callejón donde solo hay un contenedor de basura y puertas traseras cerradas. Caigo al suelo tras otro fuerte envión y aterrizo sobre un charco de barro, manchándome el jersey. El miedo me paraliza al entender qué ocurre. Mi corazón se desboca y la adrenalina me hace actuar con rapidez; alargo la mano hacia mi teléfono, que por culpa del golpe ha acabado en el suelo a medio metro. Tengo que llamar a Zane. Necesito pedir ayuda.

Sin embargo, cuando estoy a punto de rozarlo, un pie enfundado en una bota de charol le da una patada, alejándolo. Levanto la cabeza lentamente hasta la persona que acaba de llevarse mi única oportunidad y el terror me deja petrificada en el suelo al ver su cara. Rostro ovalado de piel aceitunada y poblada barba llena de canas. Líneas de expresión muy marcadas en la boca y los ojos. Mirada vacía pero amenazante y un abundante cabello blanco algo mojado por la lluvia. En la boca lleva un cigarro a medio fumar, el cual tira al suelo y pisa con indiferencia. Viste unos pantalones de traje oscuros, una camisa con un par de botones abiertos en el pecho y los dedos de las manos llenos de anillos de oro.

—¿F... Frank? —susurro sin poder creerlo.

¡No está muerto! ¡Dios santo, no lo maté! ¡Sobrevivió! Llevo ocho meses mortificándome, teniendo unas pesadillas horribles por la culpabilidad de haber arrebatado una vida cuando en realidad no lo hice.

Tras él hay cuatro hombres más que observan la escena en silencio. Reconozco a varios de ellos. Los vi en varias ocasiones por el casino cuando acompañaba a mi padre al trabajo.

—¿Qué hay, niña? —me saluda Lucchese con tranquila cordialidad, dando un paso más hacia mí—. ¿Te has divertido jugando al escondite?

—Siento mucho lo que pasó —me disculpo con desesperación—. Frank, yo no quería hacerlo, te lo juro, me vi obligada.

—Estuviste a punto de mandarme al infierno, es verdad. —Se ríe con una falsa diversión—. Pero yo soy como la peste, difícil de erradicar.

—Me alegro de que no estés muerto. Solo quería más tiempo para pagar la deuda.

—Levanta del suelo, Quinn. Hablemos como adultos.

Suspiro algo más tranquila y me incorporo con cuidado.

—¿Me vas a dar la oportunidad de disculparme e intentar compensarte por lo que pasó?

El antiguo jefe de mi padre se queda en silencio sopesando mis palabras. Finalmente hace una mueca indiferente y asiente.

—Discúlpate.

—Lo siento. —Junto las manos, aguantando las ganas de llorar—. No sabes cuánto siento lo que pasó, Frank.

—¿Crees que tu padre estaría orgulloso de ti, pequeña Quinn? Joey Granger era uno de mis mejores empleados, por eso os presté el dinero.

—Lo sé. No me siento orgullosa por haberte disparado, pero querías... prostituirme.

—Te di la oportunidad de pagar rápido tu deuda.

—Ibas a obligarme.

—Y tú me lo pagaste haciéndome un agujero en el estómago.

Niego con la cabeza desesperada. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas.

—Te lo pagaré, tienes mi palabra, Frank. Juro que seguirás recibiendo mi dinero cada mes, pero necesito tiempo.

—El tiempo y las oportunidades se acabaron la noche en que casi acabé muerto por tu culpa.

—Quieres venganza —me tiembla la voz.

—Venganza, *vendetta*, *vengeance*. Suena bien en cualquier idioma, ¿cierto?

—Frank, por favor.

—Te creíste muy lista escondiéndote aquí. Reconozco que es el último lugar donde hubiese venido a buscarte.

—¿Cómo... cómo supiste dónde estaba?

—Lo sé desde el primer día. —Sonríe y me agarra el brazo, pegando su boca a mi oído—. Tú sola te delataste.

—¿Yo?

—Esa llamada junto al río. —Niega con la cabeza—. Querida, ¿es que no supusiste que te habíamos pinchado el teléfono?

Cierro los ojos con fuerza y me lamento por haber llamado a Savannah nada más despertar, con la cabeza embotada y la droga aún en mi organismo. Cuando tiré el móvil al río, Frank ya sabía que ella vendría a por mí y me traería a Elberta.

—¿Por qué has esperado tanto? Podrías haber mandado a tus hombres los primeros días.

—Por supuesto. Podría haberlos enviado a por ti y haber terminado con el problema. Pero esto es algo personal, niña. Entre tú y yo. No iba a dejar que nadie se llevase el gusto. Esto es cosa mía. Y el agujero que me hiciste me tuvo convaleciente un largo tiempo.

—Perdón. Lo siento. —Me tiembla el cuerpo entero y las lágrimas resbalan por mis mejillas y caen al suelo, a nuestros pies—. Tengo dinero ahorrado, te lo daré. Y cuando gane más, también será tuyo.

—Mi padre era el mejor hombre al que he conocido nunca, ¿sabes? —empieza a relatar, sin soltarme el brazo—. Él me crio con amor, honestidad y la certeza de que el perdón hace grandes a los hombres —continúa—. Si estuviera aquí, se apiadaría de ti. Me diría que errar es humano, pero perdonar divino. —Vuelve a acercar su boca a mi oído—. Lástima que yo piense todo lo contrario.

De repente, tras una leve presión en mi vientre, me ensordece el estallido de un disparo. Me tambaleo cuando un intenso dolor explota en mi interior. Un dolor sordo e insoportable. Me llevo la mano a la boca del estómago, donde mi propia sangre me tiñe los dedos de un rojo violento. Observo a Frank horrorizada, con una naciente flojedad en las piernas. Acaba de dispararme a bocajarro y estoy a punto de caer. Si no lo hago es porque él me sigue sujetando el brazo.

—Frank... —susurro sin fuerzas mientras mi visión se vuelve borrosa y la oscuridad se cierne sobre mí.

—Ojo por ojo, pequeña Quinn. —Me dispara por segunda vez, llevándose mi consciencia, aunque logro escuchar las últimas palabras que me dedica antes de dejarme caer al suelo para que me desangre—. Muérete, puta.

22

Zane

Aparco la moto en el taller y me reúno con Easton y Beau, que conversan junto al McLaren que el primo del gigante trajo hace un rato. Saco el teléfono del bolsillo de los tejanos y abro la aplicación de rastreo que instalé en el móvil de Quinn hace algunos meses, con la que vigilo cada uno de sus movimientos. Quiero asegurarme de que ha llegado a su trabajo.

Cuando el punto que marca su posición aparece en la pantalla, frunzo el ceño. Todavía está de camino. Se encuentra cruzando el callejón que une la diez con la veintiocho.

Nunca suele ir por ahí a la cafetería de Cooper, pero no le doy mayor importancia, así que me guardo el teléfono de nuevo y les choco las manos a Easton y Beau cuando llego a su lado.

—Thomas ha sido rápido con esta preciosidad —hablo sin apartar la mirada del impresionante McLaren que preside el almacén.

—Los que lo robaron pudieron adelantar el golpe. Avisaron a mi primo para que fuera a por él a Grand Rapids esta madrugada.

—Está prácticamente nuevo. —Acaricio la suave carrocería oscura con una sonrisa satisfecha.

—El tipo que lo va a comprar quiere que le cambiemos el asiento, el volante y le quitemos el alerón.

—¿Por qué modificar algo que ya es perfecto?

—Es un capricho —aclara Beau—. El ricachón no sabe en qué gastar el dinero. No ha parado hasta conseguir el coche ganador del puto Dakar.

—Hay que ser gilipollas para querer modificar esta bestia —chasqueo la lengua.

—Pues sí, pero él es el que paga. Y está dispuesto a invertir una fortuna por esta preciosidad.

Easton responde con una mofa a la que no presto atención, pues vuelvo a consultar el teléfono para asegurarme de que Quinn haya llegado a la cafetería.

Cuando entro en la aplicación, el puntito que marca su localización sigue en el callejón. Juraría que no se ha movido ni un centímetro desde la última vez. Frunzo el ceño, extrañado. ¿Está hablando con alguien? ¿Con quién?

Son las nueve y media, y ya debería estar trabajando. No es propio de ella llegar tarde; es la persona más responsable que conozco. Pero el puntito continúa estático en la pantalla y empieza a darme muy mala espina.

—... podemos empezar, ¿verdad, Zane?

No sé qué acaba de decir Beau, ni me importa. Me guardo el móvil y doy media vuelta hacia mi moto.

—¡Eh, psicópata! ¿Adónde vas?

—A por Quinn. Todavía no ha llegado al trabajo y lo que veo en el localizador no me gusta nada.

—Espera, voy contigo. A la vuelta pasamos por casa de Thomas para pagarle el porte del McLaren —anuncia Beau, subiéndose a mi moto antes de que arranque.

Dejamos atrás el almacén y a Easton cuando doy puño a la Indian y salimos disparados hacia el callejón donde todavía sigue Quinn.

Hay algo en esto que no me gusta. Espero que el hijo de puta de Bob Cooper no sea el culpable de que mi conejita llegue tarde a la cafetería, porque juro que, si descubro que es él, hoy se celebrará un funeral.

Aparco en la entrada y, nada más saltar de la moto, me ajusto el puño americano en la mano derecha, dispuesto a romper cráneos. Beau camina tras de mí, alerta. Sin embargo, al entrar en el callejón, lo encuentro vacío. No hay rastro de Quinn ni de ninguna otra persona. ¿Es que la puta aplicación está rota?

—¡Mira, Zane! ¡Allí, en el suelo! —me alerta Beau con la voz alterada.

Entonces lo veo. Tirado junto a una de las paredes hay un cuerpo. Un cuerpo femenino con la misma ropa que llevaba Quinn esta mañana. Echo a correr y se me detiene el corazón ante la estampa que se abre ante mí. Es ella. Es Quinn la que yace inconsciente sobre el firme mojado. Pero lo que de verdad me asusta es el charco de sangre que la rodea.

—¡No, no, no! —exclamo con la voz cargada de miedo al tiempo que me dejo caer en el suelo, junto a ella— ¡Eh, nena! Quinn, abre los ojos.

Tiene el rostro tan pálido como el de la misma muerte, la respiración muy débil y el jersey con un par de agujeros ennegrecidos. Al levantar la tela que le cubre el vientre, descubro los impactos de bala. El terror me hace tambalear, dejándome casi paralizado.

—Conejita... —La incorporo con delicadeza, apoyando su cabeza en mi regazo. No puedo respirar. Me cuesta la vida pensar—. Nena, por favor, abre los ojos. Mírame, Quinn. Tienes que abrir los ojos.

—¡Voy a llamar al gigante para que traiga la camioneta! ¡La llevaremos al hospital! —grita Beau, tan alterado que no puede dejar de moverse.

—¡Quinn, mírame, joder! —insisto sin apenas voz. El nudo que se ha formado en mi garganta no me deja hablar—. Estoy aquí, ¿vale? Dime algo, te lo ruego, nena. Di algo para que no me muera de miedo.

Sus párpados comienzan a temblar.

Tengo la ropa llena de su sangre y el cuerpo helado, pero al ver que empieza a abrir los ojos respiro un poco más aliviado. Está tan débil que apenas puede enfocar la mirada.

—Zane... —susurra en un hilo de voz.

—Estoy contigo, conejita —respondo con una sonrisa nerviosa—. Todo va a salir bien, ¿vale? No permitiré que te pase nada. —Le acaricio la mejilla y uno nuestras frentes, suplicando que Easton no tarde con su camioneta—. ¿Quién te ha hecho esto? Háblame. Necesito saberlo.

—Yo... él... —Está demasiado desorientada.

—Quinn, mírame, ¿quién ha sido?

—Frank —susurra antes de que sus ojos vuelvan a cerrarse.

Frank Lucchese. Tenía que haberlo supuesto. Es culpa mía, maldita sea. Ese hijo de puta no debería seguir respirando. Debí ocuparme de él hace tiempo, cuando supe lo que le hizo en aquel puto casino. Esto no habría ocurrido. La habría librado de este sufrimiento, joder.

—Quinn, no cierres los ojos —le suplico al ver que vuelve a quedarse muy quieta—. Easton viene de camino y te llevaremos a urgencias. Mírame, nena. ¡Mírame!

Ella hace un esfuerzo agónico por fijar sus pupilas en las mías. Una lágrima resbala de su lagrimal, mojando su mejilla. Incluso veo que se esfuerza por sonreírme.

—Te quiero, Zane. Estoy... Yo... estoy enamorada de ti —susurra a media voz y sus ojos se llenan de lágrimas—. Quería que lo supieras antes de...

—¡Eh, espera! —Palmeo su mejilla y niego con la cabeza, con un dolor sordo en el pecho—. Eso suena a despedida, conejita. No, ni hablar. No te vas a morir. ¡Quinn! ¡Abre los ojos! ¡No se te ocurra despedirte de mí! ¡No dejes de mirarme!

Pese a mis ruegos, no vuelve a responder. Se hunde en la inconsciencia y la desesperación me hace gritar a plena voz mientras la acuno.

—¡Beau! ¿Dónde coño está el gigante?

—No tardará, Zane. Te juro que está llegando.

—¡Llámallo de nuevo, insiste! ¡No cuelgues hasta que esa camioneta esté en este puto callejón!



Un equipo médico del hospital de Frankfort se hace cargo de Quinn en cuanto entro por la puerta con ella en brazos. Se la llevan a toda velocidad al quirófano para extraerle las balas, contener la hemorragia y transfundirle sangre, mientras a nosotros nos hacen esperar en una pulcra sala con varios sofás y una máquina de sándwiches y bebidas.

Me dejo caer en uno de los sofás, derrotado y con la ropa manchada de su sangre. Echo el cuerpo hacia adelante, con las manos en la cabeza y la mirada gacha. No puedo creer que esto esté ocurriendo; mi mente se niega a aceptar que su vida corra peligro y yo no pueda hacer nada para ayudarla.

¿En qué momento se fue todo a la mierda? ¿Cómo dejé que se fuera sola a la cafetería? Juro por todos los putos dioses que existen que, cuando se ponga bien, no volverá a pisar la calle sin mí en lo que le queda de vida. Si tengo que atarla el resto de la eternidad a mi cama, lo haré.

—¡Zane! ¡Oh, Zane, dime que no es cierto! —La voz quebrada de mi hermana me hace levantar la cabeza hacia la puerta. Savannah viene hacia mí llorando y se lanza a mis brazos, con el cuerpo tembloroso y los ojos enrojecidos—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está?

—Frank Lucchese la encontró —respondo con voz desgarrada—. Los médicos están con ella en el quirófano. Aún no sabemos nada; el doctor vendrá cuando terminen la operación.

—Dios mío. —Niega con la cabeza y me abraza de nuevo—. Mi pobre Quinn. Ella no se merece esto, joder.

—Si podemos ayudar en algo... —se ofrece Briar, que acaba de entrar junto a Riley con expresión compungida—. Lo que sea.

—No hay nada que ahora podamos hacer por ella, más que rezar —responde Easton, solemne.

Durante las seis horas siguientes, no tenemos noticias de Quinn. Nadie ha salido a informarnos. No sabemos qué están haciendo con ella ni en qué estado se encuentra. La desesperación empieza a devorarme. Soy incapaz de permanecer sentado en el sofá. Doy vueltas y vueltas por la sala, obligándome a no irrumpir en ese puto quirófano y amenazarlos a todos hasta que esté fuera de peligro.

Sin embargo, no es hasta las cinco de la tarde cuando la puerta se abre. Aparece un hombre de unos cincuenta años, con el cansancio marcado en el rostro y una impoluta bata blanca. Corro hasta él con los latidos tan acelerados como nunca creí posible. Savannah, las Hoshino y los Santos me flanquean en silencio mientras el médico comienza a hablar:

—Hemos conseguido estabilizarla —anuncia con voz suave. Dios. Respiro. Al fin respiro, maldita sea—. Pero está muy débil. Ha recibido dos impactos de bala en la zona abdominal, y las heridas ahí siempre son delicadas porque afectan a órganos y vasos sanguíneos importantes.

—¿Podemos verla? —pregunto desesperado.

—De momento, no. Aunque pudimos controlar la hemorragia, hemos decidido inducirle un coma farmacológico para que su cuerpo se concentre en mantener las funciones vitales y evite cualquier otro esfuerzo.

Una puñalada en el pecho no dolería tanto como lo que acaba de decir. Acabo de perder la poca energía que me quedaba. Me desinflo; estoy agotado y lo peor es saber que no puedo hacer nada más que esperar.

—La señorita Rivers estará monitorizada permanentemente por el equipo de cuidados intensivos y estaremos preparados para intervenir de nuevo si fuera necesario.

—Ella... ¿se pondrá bien? —pregunta mi hermana con un hilo de voz.

—La recuperación será lenta, pero confiamos en que lo superará. Haremos todo lo que esté en nuestra mano. —Centra su mirada en mí antes de añadir—: La parte mala es que no hemos podido hacer nada por el bebé.

Escuchar esa frase es como sentir que el mundo estalla con una violencia inhumana. Se me crispan todos los huesos; creo que mi corazón se ha detenido durante varios segundos.

Abro la boca para responder, pero las palabras se niegan a salir.

—¿B... bebé? —Niego con la cabeza mientras noto un horrible dolor en el pecho.

—¿Cómo que un bebé? —pregunta mi hermana, tan horrorizada como yo—. ¿Quinn estaba...?

—Embarazada —asiente el doctor—. De seis semanas. ¿No sabían nada? —Niego, tan paralizado que incluso tragar saliva me resulta imposible—. Si era un embarazo no planeado es probable que ella tampoco lo supiese. Puede que pensase que su menstruación simplemente se había atrasado.

El médico sigue hablando, nos recomienda volver a casa y descansar para coger fuerzas, pero yo apenas lo escucho. Ni siquiera me entero de cuándo se marcha. Mi cabeza trabaja a mil revoluciones. El dolor, la frustración y la rabia se mezclan en mi pecho formando un cóctel que va a explotar en cualquier momento.

Me aparto de todos y apoyo la frente contra la pared, muerto en vida, sintiendo cómo todo lo que había construido hasta ahora se desmorona por el dolor.

Por su culpa. Por culpa de esa chica de ojos verdes que un día llegó a Elberta para reventar la vida que conocía hasta la fecha. La que ha logrado que me encante estar en una puta relación de pareja y que proclame a los cuatro vientos que es mía. Quinn Granger me ha vuelto loco; me ha convertido en un yonki dispuesto a todo para mantenerla conmigo.

La he follado como a ninguna. Me ha obsesionado desde el puto primer día que la vi. Ha conseguido que incluso la idea de una jodida relación de pareja me parezca apetecible porque eso significa tenerla.

Me he enamorado.

Maldita sea, amo a esa mujer.

Y ella iba a darme un hijo.

Llevamos follando sin condón desde el puto primer día que nos acostamos y mi única emoción, al saber lo del bebé, ha sido una furia visceral porque nos han arrebatado algo que era nuestro.

El hijo de puta de Frank Lucchese ha estado a punto de quitármelo todo. De arrebatármela a ella. De dinamitar la vida que estaba construyendo con Quinn.

Una furia ciega me impulsa a golpear la pared en la que estoy apoyado mientras un grito gutural de rabia escapa de mis labios. Lo veo todo rojo. No puedo contenerme. No quiero hacerlo.

Movido por una ira sobrehumana, pateo la máquina de las bebidas que hay en la sala, tirándola al suelo y provocando un gran estruendo que asusta a los demás, quienes corren hacia mí al verme tan encolerizado.

—¡Zane, para! —me pide mi hermana, agarrándome del brazo—. ¡Cálmate o los médicos llamarán a la policía!

—¡Que la llamen! —Arranco un extintor de la pared y lo lanzo al suelo con un grito devastador—. ¡Me importa una mierda!

—¡Eh, psicópata, para ya! —interviene Beau, poniéndose frente a mí, para frenarme—. ¡Si te comportas como un gilipollas, no te dejarán entrar a verla!

—¡Pues me la llevaré a otro puto hospital! —Los aparto con brusquedad para arremeter contra otra máquina, pero alguien me sujeta por la espalda—. ¡Suéltame, gigante!

—¡Tranquilízate primero!

—¡Easton!

—¡No! ¡Piensa un poco, joder!

—¡Lo que pienso es que voy a matarlo! —grito tan enfurecido que ni yo mismo reconozco mi voz—. ¡Voy a destrozar a ese mafioso hijo de puta hasta que no quede en este mundo ni uno solo de sus huesos putrefactos!

—No puedes actuar así ahora, Zane —se inmiscuye Beau intentando tranquilizarme.

—¡Oh, pues claro que puedo! ¡Suéltame los putos brazos, Easton! ¡Me largo a Fort Wayne!

—¡No!

—¡Eh, psicópata, mírame! —insiste Beau—. ¡Es un suicidio ir solo a ese nido de mafiosos!

—¿Acaso me ves preocupado? —Sonrío con gélida indiferencia. Mi expresión es tan vacía que asusta a mi hermana.

—Tú no, pero nosotros sí. ¡Cálmate, Zane! ¡Si vas solo y sin un plan te matarán! ¡Y ella te necesita! ¡Quinn te necesita ahora a su lado!

Al escuchar su nombre, algo en mi pecho se desinfla. Aprieto los labios mientras noto que mis ojos se empañan por las lágrimas. No puedo evitar que una resbale por mi mejilla, trazando un rastro húmedo sobre mi piel.

—Me vengaré. Esto no va a quedar así.

—Y lo harás, te lo juro, Zane. Confía en mí. —Beau posa sus manos sobre mis hombros—. Deja que yo me encargue de unos asuntos primero. Después iremos a Fort Wayne para que destroces a ese desgraciado.

23

Zane

La siguiente semana, los médicos dejan ingresada a Quinn en el área de cuidados intensivos y siguen administrándole anestésicos que la mantienen dormida.

Durante los primeros días, solo se nos permite verla a través de un cristal durante un par de minutos. Nos explican que cualquier virus del exterior podría significar un peligro mortal; está demasiado débil. Así que les prohíbo a todos visitarla. A todos menos a mi hermana, claro. Savannah no permitiría que la separase de Quinn en un momento como este y yo tampoco quiero hacerlo. Sé la relación tan estrecha que tienen y agradezco su positividad, porque a veces no puedo evitar venirme abajo cuando pierdo la paciencia. Algo que ocurre bastante a menudo.

No me he movido del hospital, salvo cuando mi hermana me ha relevado para que pueda ir a casa a darme una ducha y cambiarme de ropa. No voy a dejarla sola. Y una mierda. Mi conejita no despertará en un frío hospital sin nadie al lado. No me sale de las pelotas.

Easton y Beau se encargan de los asuntos del almacén sin mí. Sé por el gigante que van mucho más lentos de lo habitual, pero se las arreglan bien; ya les tocó llevar el negocio a solas cuando estuve en la cárcel. La parte buena es que Quinn tiene mejor aspecto. Su rostro ya no luce enfermizo y ayer por la tarde me dejaron entrar en la habitación, aunque ella ni siquiera se dio cuenta de que estaba ahí. Me dio igual. Rozar la piel de sus brazos fue el chute de energía que necesitaba.

Savannah y yo hablamos con los médicos a diario, pero, cada vez que preguntamos por cuándo van a despertarla, no recibimos una respuesta clara.

Hasta ahora. Justo en el puto momento en que acabo de llegar a casa para cambiarme de ropa y comer algo.

Savannah me ha llamado eufórica, anunciando que Quinn está despierta y que van a trasladarla a planta. Creo que no he conducido más rápido en mi maldita vida. Mi moto vuela por las calles de Elberta hasta que tomo la carretera hacia Frankfort. Hacia ella. No puedo esperar más. Estoy ansioso solo de imaginar que esos ojazos verdes vuelven a mirarme.

Dejo la moto en el aparcamiento y corro hasta la recepción, donde una señora de cabello afro levanta la mirada del ordenador.

—Quinn Bunny Rivers —digo nada más apoyarme en el mostrador—. ¿En qué habitación está?

—¿Es usted familiar?

—Soy su novio. —Bufo cuando me mira de arriba abajo, dudando si darme la información—. Señora, me ve todos los putos días por aquí. Dígame dónde coño la han llevado y deje de joder.

—Planta dos, habitación doscientos veintiséis —responde con indiferencia—. Y vaya andando, esto es un hospital, no una pista de atletism...

Ni siquiera dejo que termine; echo a correr hacia las escaleras. No me molesto en esperar al ascensor, sería perder el tiempo. Cuando llego a la segunda planta, esquivo a una auxiliar con un carrito de comida y a dos ancianos con andadores hasta que veo, al final del pasillo, la puerta tras la que estará ella. Sin embargo, cuando estoy a punto de cruzarla, mi hermana sale del interior y me corta el paso agarrándome del brazo.

—Espera, Zane. Tranquilízate.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Suéltame.

—No, para. —Me mira con seriedad—. Dejaré que entres cuando termines de hiperventilar.

—¿De qué coño vas, Sav? ¡Quiero verla ya!

—Quinn acaba de despertar de un coma. Está confusa y asustada, y lo último que necesita es verte así de nervioso.

—No voy a abalanzarme sobre ella.

—Pues lo parece. —Sonríe al ver que la miro mal—. Zane, ella está deseando verte. Fuiste la primera persona por la que preguntó al despertar. —El estómago me da un vuelco y una enorme sonrisa se dibuja en mis labios—. Solo... intenta no comportarte como un primate ansioso, ¿vale?

Asiento e inspiro hondo para encontrar un poco de calma. Ella no necesita más ansiedad. Cuando estoy algo más repuesto, porque tranquilo ni de coña, entro en la habitación sin llamar. Mis ojos se posan de inmediato en la cama y en la persona que permanece recostada en silencio. Al fijarme en su rostro, descubro que está llorando. Las lágrimas resbalan por su cara de ángel y sus labios dibujan una triste mueca que me retuerce las entrañas.

Todavía no me ha visto. Mantiene la mirada gacha hacia su regazo, concentrada en algo que tiene entre las manos. Aprovecho esos segundos para disfrutar de ella: de sus movimientos, de la forma en la que traga saliva, de cómo frunce los labios. Nunca creí que echaría tanto de menos a alguien.

—Hey —susurro, dando el primer paso.

Quinn levanta la mirada y, cuando sus ojos se posan en mí, una tímida sonrisa asoma a sus labios. Parece aliviada.

—Zane —me saluda. Escuchar su voz hace que se me erice la piel.

—Toda la semana a tu lado y deciden despertarte justo cuando voy a casa a cambiarme —digo intentando bromear, aunque me sale de pena. Ella ríe y se encoge de hombros.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. —Tomo asiento en la cama, a su lado, con cuidado de no aplastar ningún tubo del gotero conectado a su brazo izquierdo. Después, le acaricio la mejilla mientras la miro encantado. Es preciosa, maldita sea. Junto nuestros labios en un suave beso al que ella responde con ganas aferrándose a mi jersey—. Bienvenida al mundo de nuevo, conejita.

—Gracias. —Vuelve a reírse.

—¿Cómo te encuentras?

—Dolorida, pero feliz de volver a verte.

—Me alegro, porque no vas a dejar de hacerlo durante el resto de tu vida. —Nos sonreímos, aunque la seriedad regresa a mis facciones al ver su vulnerabilidad—. Esto no se repetirá, Quinn. Por mis cojones que te mantendré a salvo. No permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

—Ya lo sé. Y no tengo miedo.

—¿Entonces por qué llorabas?

Quinn se muerde el labio inferior y duda antes de enseñarme lo que tiene entre las manos: una ecografía que muestra los restos de nuestro bebé. Niega con la cabeza y le tiemblan los labios.

—No lo sabía —susurra—. Te lo juro, Zane, no sabía que estaba embarazada.

—Para mí también fue un choque enterarme —admito con voz suave—. Y más cuando estaba a punto de perderte a ti también. Creí que os perdería a ambos, nena.

Ella mira de nuevo la ecografía y suspira.

—No nos cuidamos. Llevamos haciéndolo sin condón desde siempre. Este bebé ha sufrido por mi culpa.

—No es culpa tuya lo que te hizo ese hijo de puta. —La agarro por la barbilla para que me mire—. Habríamos tenido a ese niño, conejita. Lo habríamos querido más que a nuestras propias vidas.

—¿Hablas en serio?

—¿Cuándo te he mentado?

Sonríe.

—Nunca.

—Nunca —asiento—. Y no lo haré jamás.

La beso de nuevo con contención, aunque por dentro necesito arrancarle la ropa y follarla durante años para aliviar el miedo de estas dos semanas. Quiero encerrarla en mi habitación, matar a todo aquel que se atreva a mirarla. Mis ansias de protección se han vuelto locas.

Junto nuestras frentes.

—¿Quieres que te confiese algo? —Ella asiente en silencio—. Esto no entraba en mis planes, conejita. No contaba con enamorarme de ti, ¿sabes? —digo en un susurro.

Me mira ilusionada, un poco en *shock* por mi declaración, y se tapa la boca, mientras el monitor de sus constantes vitales pita como loco al acelerarse su corazón.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Que te quiero —susurro contra sus labios—. Necesito que sepas que, pase lo que pase, siempre te querré, Quinn Granger.

—¿Pase lo que pase? —Frunce el ceño.

—Esta tarde voy a ir a Fort Wayne a por Frank Lucchese.

—¡No, Zane! —suplica con un miedo atroz congelando su expresión—. Es demasiado peligroso. Frank es un monstruo. No tienes que arriesgar la vida por mí.

—Pero lo haré de todas formas.

—¡No, no! ¡Escúchame, él ya ha tenido su venganza, no volverá a por mí! Ojo por ojo, ese es el lema de Frank. ¡No necesitas hacerlo ni quiero que lo hagas! ¡Esto ya ha acabado!

—Te quiero —me limito a decir y entrelazo nuestras manos.

—¡Zane, no! ¿Por qué suena a despedida? En el callejón me prohibiste que me despidiese de ti cuando estaba malherida. ¡Ahora soy yo quien te prohíbe que lo hagas!

Su súplica me hace sonreír.

—Nadie va a volver a separarnos, tenlo muy claro —la tranquilizo—. Pero esto es algo personal y no voy a dejarlo pasar. Ese hijo de puta pagará por todo lo que te ha hecho desde que murió tu padre.



A las cuatro de la tarde, bajo de la camioneta de Easton, aparcada frente a un colosal edificio en pleno centro de Fort Wayne. Una construcción que combina el glamur clásico de Las Vegas con la sobriedad del Medio Oeste. En la fachada, una hilera de columnas de mármol negro sostiene un pórtico iluminado por lámparas doradas, que parecen suspendidas en el aire. Sobre la entrada principal, un gran frontón de cristal ahumado muestra un as de picas tallado en metal bruñido: el logotipo del casino de Frank Lucchese.

Beau sale de un Lexus todoterreno con los cristales tintados. Se acerca ajustándose las gafas de sol sobre los ojos, a pesar de que

las nubes cubren el cielo y no luce ni un rayo.

—Mis hombres me han avisado de que todo está listo —nos dice con esa sonrisa chulesca suya.

Frunzo el ceño y miro de nuevo el casino.

—Le has quitado toda la puta gracia, gobernador —gruño desencantado al tiempo que me froto un pequeño rastro de sangre en la palma de la mano—. La venganza no sabrá tan dulce.

—¿Habrías preferido improvisar y que esos cabrones te matasen de dos balazos? —replica él.

—Parece mentira que no lo conozcas. El psicópata se pone cachondo con el caos. Le habría encantado improvisar y acabar medio muerto —se ríe el gigante, palmeándole el brazo.

—Pues no me sale de las pelotas. De esta forma, es más seguro. Además, no habrá pruebas ni nadie que nos acuse y nos mande a la cárcel cuando nuestro Zane pierda la cabeza ahí dentro.

—Es que has traído a un puto ejército —resoplo.

—Los hombres de mi padre solo nos abren el camino. El resto es cosa tuya. —Da un golpe de cabeza hacia el edificio—. Además, nos ha venido bien simular una inspección policial para echar a los clientes, así no habrá víctimas colaterales.

—¿Cómo has conseguido que tu padre te preste a su equipo de seguridad? No me digas que el gobernador Whitmer se ha pasado al lado oscuro —se interesa Easton burlón.

—Mi padre no sabe nada. Ni va a saberlo. Todo en esta vida tiene un precio, y sus guardias personales también. —Nos guiña un ojo.

—Qué cabrón.

—¿Dónde tienen a Lucchese? —lo interrogo sin apartar la vista del edificio.

—Retenido en su despacho, con el resto de su gente. El gilipollas cree que la Policía ha descubierto que falta algún permiso y está intentando sobornarlos.

—Qué sorpresa va a llevarse cuando descubra la verdad —rumio por lo bajo. Me remango la sudadera, dejando los tatuajes de mis antebrazos al descubierto.

Sin decir ni una palabra más, echo a andar hacia la edificación, con mis amigos pisándome los talones.

Cruzamos las puertas giratorias y pasamos a un amplio salón, lleno de máquinas tragaperras, mesas de póker y ruletas; además de una moqueta roja tan pulcra como todo lo que nos rodea. Es un lugar elegante y refinado que me produce rechazo y furia.

Tal y como ha dicho Beau, el casino está completamente vacío, salvo por varios de los hombres del gobernador que nos indican dónde se encuentra esa rata italiana.

Subo las escaleras con los dientes apretados, deseando tener frente a mí al famoso Lucchese y librar al mundo de semejante escoria.

Atravesamos un largo pasillo hasta que nos topamos con la puerta de su despacho. Está entreabierta; un pequeño haz de luz anaranjada se filtra por la fina rendija junto al murmullo de algunas voces.

Cuando entro, seguido de los Santos, descubro una amplia habitación revestida de madera oscura, presidida por un escritorio de patas torneadas que parece bastante antiguo.

Frente a él, un hombre de pelo cano y poblada barba blanca, vestido como un gánster de los ochenta, tiene el rostro contraído por el enfado. Las aletas de su nariz se dilatan y dedica una expresión asesina a los dos guardias que Beau mandó para que lo mantuviesen retenido.

A su lado hay otras seis personas más. Dos de sus hijos, Angelo y Giovanna Lucchese, el marido de ella y tres de sus secuaces de confianza.

Perfecto.

Toda la escoria junta en un mismo lugar.

Están tan concentrados en los movimientos del cabecilla al otro lado del escritorio, que nadie más que los guardias se han percatado de nuestra entrada.

—Agentes, si me dan unas horas, yo mismo llevaré el informe al departamento de Policía —dice Frank Lucchese con exasperación, sin dejar de rebuscar entre los documentos de una carpeta—. No es necesario cerrar el casino por un simple papel. Estoy perdiendo dinero cada maldito minuto que pasa, mis clientes se irán a otras salas de juego si no abrimos pronto.

—Las putas puertas seguirán cerradas —declaro de improviso, logrando que todos los presentes se fijen en nosotros.

Frank frunce el ceño y nos mira con una mezcla de aburrimiento y cansancio, golpeando su escritorio con los nudillos.

—¿Otro agente? ¿Es que no tienen cosas más importantes que hacer que vigilar un casino que siempre lo ha tenido todo en regla?

No le respondo, me limito a sonreír y a hacerles una señal con la cabeza a los hombres del gobernador para que se marchen.

—Ya me ocupo yo. —Luego miro de reojo a Beau, quien permanece de pie a mi lado—. Tú también deberías irte. No quiero perjudicarte si las cosas salen mal.

—Estoy metido hasta el culo, psicópata. No vas a dejarme sin disfrutar del espectáculo después de lo que me ha costado planear la puta función.

—¿Qué función? ¿De qué va todo esto? —salta Frank. poniéndose en guardia—. ¿Ha venido todo el jodido cuerpo de policía?

—Papá, tranquilízate, los agentes solo hacen su trabajo —dice su hija, intentando calmar su humor.

—Es un mal día para venir de visita, Giovanna —la riñe Lucchese, resoplando—. Estoy ocupado, no tendríais que haber aparecido sin avisarme.

—Pero si tú nos has citado —comenta ahora su hijo, tan extrañado como su hermana.

—¿Yo? *Non essere sciocco*, Angelo, ¿para qué iba a citaros en el maldito casino? —bufa el otro, cada vez más enfadado.

—Vuestro padre no ha tenido nada que ver, he sido yo —declaro con voz helada, mostrando una sonrisa que los hace retroceder.

—¿Tú? ¿Y qué tienen que ver mis hijos con los papeles del casino? Esto es cosa mía, agente.

—¿Por qué piensas que soy policía, hijo de puta? —Suelto una carcajada mientras acaricio mi puño americano antes de colocármelo sobre los nudillos de la mano derecha—. El primer error de un mal líder es dar las cosas por sentadas.

Frank me mira de arriba abajo, poniéndose en guardia, al igual que sus hombres y sus hijos.

—¿Quién coño eres?

—Alguien que va a hacer que te arrepientas de haber nacido.

—Pero... la policía te ha dejado entrar...

—No son policías. —Sonríó—. Y les importa una mierda si tienes los papeles en regla o no. Ellos siguen mis órdenes.

—¿Trabajas para Mancuso? —dice cada vez más nervioso—. Le prometí a Romeo que le pagaría la mercancía en cuanto mis hombres...

—No me relaciones con la maldita mafia, gilipollas. Estás demasiado equivocado.

—¿Quién eres? —Después mira a los Santos—. ¿Quiénes sois y qué hacéis en mi casino?

—Saldar cuentas. —Y tras mi frase, meto la mano en el bolsillo trasero de los tejanos y saco una pistola con la que encañono a la hija de Lucchese directamente en la cabeza. Ella grita de terror—. Deuda número uno.

Disparo. Y miles de gotitas de sangre manchan la cara del yerno de Frank mientras su hija cae desplomada muerta a mis pies.

—¡No!

—¡Giovanna! —aúlla el marido, quien se agacha para tomar entre sus brazos el cuerpo sin vida de su esposa.

Le disparo a él también, matándolo en el acto, aunque mis ojos están fijos en los de Frank.

Sin pensar, sin sentimientos, sin piedad.

—¿Qué demonios...?! ¡Has matado a mi Giovanna, maldito asesino! —declara Frank con el rostro desencajado por la rabia y el miedo—. ¡Esto no se quedará así! ¡Id a por él! —les grita a sus hombres, quienes se miran dubitativos y no se mueven de su sitio.

—Jefe, no tenemos armas —dice el más rechoncho—. Nos las confiscaron los falsos policías.

—Es cierto, nos hemos encargado de que no tengáis ninguna posibilidad —se ríe Beau, colocándose a mi lado mientras también los encañona, al igual que el gigante.

—¿Tú no eres el hijo del gobernador de Michigan? —lo reconoce uno de los hombres de Frank.

—Ajá, ¿verdad que en persona soy más guapo que en la televisión?

—Y más insufrible —resoplo, después levanto el revólver y coso a balazos a los tres perros que trabajan para él. La sangre de sus cabezas corre por el suelo hasta que mancha los zapatos de Frank.

—¡Eh, eh, amigo! ¡Espera! —suplica Lucchese, quien levanta las manos en señal de rendición, al igual que lo hace su hijo—. No sé quién os envía, pero puedo pagaros más.

—No se trata de dinero. El dinero me suda la polla, y mucho más si es tuyo.

—Podemos llegar a un acuerdo.

—Bien, este es el acuerdo: yo os mato y vosotros os morís.

Escucho a Easton y a Beau reírse por lo bajo. Sin embargo, son los únicos que lo hacen, pues Frank y Angelo me contemplan con terror.

—¿Qué puedo hacer para arreglar esto? No sé qué problema tienes con nosotros, pero hay posibilidades y muchas opciones para que lleguemos a un entendimiento.

—¿Y a ella le diste posibilidades, Lucchese? —lo interrogo con violencia, con los dientes apretados.

—¿A... ella? —Frunce el ceño—. ¿Quién...?

—Quinn Granger. ¿Te suena el nombre?

—¿Quinn? ¿Conocías a Quinn?

—Te has metido con la mujer del tío equivocado, perro. —Levanto el arma y le meto tres balazos en el corazón a su hijo, quien cae al suelo sobre los cuerpos de sus hombres.

—¡Para, piedad, basta! —exclama Lucchese con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¡Me vi obligado a matarla!

—¿En serio? Entonces, te encantará saber que mi novia no está muerta.

—¡Me alegro, me alegro! ¡Lo juro, amigo! —miente—. ¡Ella siempre me cayó bien! ¡Es una buena chica y su padre fue el mejor trabajador de mi casino! Pero... me debía demasiado dinero, ya sabes cómo funciona esto.

—No, no lo sé, pero tampoco me interesa una mierda. Solo estoy aquí para aplastarte como a una cucaracha y hacerte sufrir tanto como ha sufrido ella. —Me humedezco los labios. Giro el revólver

sobre mi dedo índice, jugueteando con él—. Esto se podría haber evitado, Frank, ¿verdad que lo sabes?

—Todavía podemos evitarlo. Me disculparé. —Junta las manos en forma de oración y me mira suplicante—. Le perdonaré el dinero, es más, os pagaré como compensación. Seréis ricos, no tendréis que trabajar en la vida.

—Déjame pensar. —Me llevo el índice al mentón, pero no tardo en mostrarle el dedo corazón, rabioso—. Métete tu sucio dinero de la mafia por el culo, no lo necesito yo y mucho menos mi novia.

—Si me matas, mis otros tres hijos no lo dejarán pasar —me advierte desesperado, sacando su última baza—. Estamos rodeados de cámaras; ellos verán lo que ha sucedido e irán a por vosotros. Son peores que yo. Son vengativos y no permitirán que mi muerte sea en vano.

—¿En serio? ¿Tus otros hijos? —Ladeo la cabeza, observándolo con una cruel burla en las pupilas—. ¿Te refieres a Matteo, Ginevra y Adriano?

Le hago una señal a Easton con un dedo y este le lanza tres fotografías hechas con una vieja cámara instantánea.

Al verlas, un grito de dolor escapa de su garganta: son sus otros tres hijos, masacrados en sus casas junto al resto de su familia.

Una carnicería, sí señor. Me ocupé de ellos justo antes de venir al casino.

—¿De verdad pensabas que dejaríamos algo al azar, Frank? Me insultas.

—¡Eres un monstruo! *¡Dio mio, la mia famiglia!* —se lamenta, roto de dolor—. ¡No me queda nada! ¡Me lo has arrebatado todo! ¿Quieres matarme? ¡Hazlo! ¡Pégame un tiro en la cabeza y acabemos con esto.

Una suave carcajada sale entre mis dientes.

Fulmino a Frank con toda la rabia que llevo aguantando desde que encontré a Quinn medio muerta en el callejón y me giro hacia mis amigos, entregándoles la pistola.

—Llevaos mi arma e idos de aquí —les ordeno con voz helada—. Esto es entre este perro y yo.

—¿Estás seguro, Zane? —Beau me mira con seriedad.

—Esperad en el coche.

No le quito la vista de encima a Frank durante el tiempo que tardan Easton y Beau en abandonar el despacho. Cuando nos quedamos a solas, doy un paso hacia él, amenazante.

—Vamos, Lucchese, pelea. —Levanto los puños y le sonrío con furia—. Acabemos con esto como dos hombres. Sin reglas, sin piedad.

—¿Por qué pelear cuando puedes meterme un tiro en la sien?

—Porque quiero disfrutarlo, quiero sentir tu sangre correr por mis dedos, notar tus huesos quebrarse con cada golpe. Quiero que sientas tanto dolor como tuvo que soportar ella.

—¿De verdad no tienes armas?

—Ni una —asiento—. Si consigues matarme, serás libre. ¿No es un trato justo, perro?

Frank traga saliva e inspira algo más tranquilo. Sabe que de este modo tiene posibilidades de salir con vida. Solo debe derrotarme. Así que asiente y me imita: levanta los puños en alto, cubriéndose la cara con ellos.

Tuerzo la boca en una fina sonrisa, provocándolo. Y le hago una señal con la mano para que sea él quien dé el primer golpe.

—¿Quieres empezar?

Ni siquiera contesta, se lanza hacia mí sin pensarlo. Su puño sale disparado hacia mi mandíbula, pero choca con mi codo, cuando me cubro.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —me río—. Bien, porque ahora me toca a mí.

Me abalanzo sobre él como una bestia hambrienta de dolor y caos, logrando que se desestabilice. Mi puño americano golpea su mejilla y un alarido de dolor sale de su garganta.

Pero no freno ahí. Me vuelvo loco contra él. Lo veo todo rojo de ira y ansias de sangre. Le pego sin descanso, en la cara, en el cuello, en el pecho. Lo hago retroceder hasta que queda atrapado entre la pared y mis puños, encajando los golpes como buenamente puede. Entonces, la violencia aumenta y mis puñetazos van directos a su nariz, rompiéndole el hueso de un solo gancho.

Lucchese cae al suelo mareado, con la mitad de la cara llena de sangre, pero no le doy tregua, porque me agacho sobre él y sigo reventándolo a hostias hasta que la nariz acaba incrustada en su cráneo y él, muerto a mis pies.

EPÍLOGO

Seis meses después
Lago Betsie, Elberta

Quinn

El verano pasa tan rápido que apenas puedo saborearlo. Mi recuperación ha sido lenta y no me siento con ánimo de salir a la calle hasta finales de agosto. La parte buena es que ya no tengo miedo.

Sé que Frank no volverá a molestarme, ni nadie de su entorno. Están muertos. Zane me prometió que todo había acabado la noche que regresó de Fort Wayne, con la ropa cubierta de sangre y, entre las manos, un mechón de pelo blanco que le arrancó al antiguo jefe de mi padre cuando le arrebató la vida. Estoy a salvo. Nadie volverá a hacerme daño porque él jamás lo permitiría. Así que mis pensamientos y esfuerzos se han centrado en rehabilitarme.

Al principio fue duro. Algo tan cotidiano como ponerse en pie se convirtió en un reto muy doloroso, pero ellos me ayudaron. No se rindieron conmigo; nunca me han dejado sola. Todos han estado aquí, haciéndome compañía a pesar de que había miles de planes más divertidos por el pueblo. Perdiéndose festivales, rodeos, ferias... Les estaré agradecida el resto de mi vida. Son la familia que he elegido y no puedo sentirme más feliz por haberlos encontrado.

A primeros de septiembre, Savannah me convenció para ir a darnos un baño en el lago. Tras esa primera vez, hemos ido casi a diario, aunque las temperaturas ya no son tan agradables. No me importa. Aún quedan turistas por Elberta y se respira un suave aire vacacional que quiero aprovechar al máximo con ella, pero sobre todo con Zane.

El último sábado de septiembre, las chicas pasan por casa equipadas con sus bañadores, comida y toallas. Nos dirigimos a una de las playas del lago, cerca de las dunas. Es una zona tranquila, alejada del gentío que practica kayak o pesca. Llevamos tres horas aquí y todavía no nos hemos metido en el agua, sino que permanecemos sobre las toallas hablando y tomando el sol. La única que se ha animado a bañarse ha sido Briar y, cuando ha salido, no dejaba de temblar.

—Me parece que tendremos que buscarnos otro plan a partir de ahora —resopla Savannah, apoyándose sobre los codos, recostada a mi lado—. Hace fresco incluso al sol.

—Podríamos... no sé, ir a Frankfort al cine —sugiero pensativa.

—Tú lo que quieres es otra excusa para enrollarte con mi hermano y pasar de nosotras.

—Me has pillado. —Le saco el dedo corazón, haciéndola reír.

—El cine queda descartado; Eve siempre se queda dormida y no ve la película —declara Briar.

—¡Porque elegís películas ñoñas de mierda! —se defiende la susodicha.

—Si las eligieras tú, solo veríamos Rambo o algo así.

—¿Y a quién no le gusta un tío musculoso repartiendo hostias a diestro y siniestro? Me pone supercachonda el cine de acción.

—Eve, los sermones de tu padre en la iglesia te vendrían de lujo para arreglar esa mente oscura y obscena que tienes —se carcajea Savannah, empujándola.

—Pues yo creo que lo más divertido es ir al Obsidian.

—Ya habló la que faltaba —resopla Briar—. A mi hermana ni caso, ¿eh?

—No seáis mojigatas. —Riley le da un codazo a la hija del pastor—. Sé que te encantaría, Eve, no lo niegues. Nos conocemos.

—Cariño, fui novia de Easton Walker casi diez años; te aseguro que he ido a ese antro muchas veces. Regresar allí me apetece tanto como que me metan un palo ardiendo por el culo.

—Lo que os pasa es que no abrís la mente.

—Y a ti te jodió que Beau te usase por segunda vez y te diese la patada. Ahora quieres que te vea follándote a otros.

—¡No nombres a ese gilipollas! —aúlla Riley, tapándose las orejas —. Paso de él, ¿vale? No quiero saber nada de Beau Whitmer nunca más.

—Siempre dices lo mismo y luego vuelves a caer —resopla Savannah con los ojos en blanco.

—Esta vez lo digo en serio.

—Riley, que te conocemos —la contradigo, ladeando la cabeza—. Pierdes la cabeza por Beau aunque te empeñes en negarlo.

—Se me pasará —asegura—. Algún día encontraré a un tío que se obsesione conmigo tanto como Zane lo está de ti. Seré su todo.

—Pues yo huyo de los hombres posesivos —salta Eve con un resoplido—. Con un gigante hunga hunga y destructor tuve más que suficiente.

—Sí, claro, eso será ahora —se burla Savannah—. A lo mejor tú no te acuerdas, pero yo sí recuerdo cuando perdías el culo por nuestro Easton.

—En esa época era joven y tonta. He aprendido de mis errores. Ahora mi tipo de hombre es un tío sin personalidad, al que pueda manipular a mi antojo y que no me discuta nada.

—Perfecto, esta Navidad te regalo un maniquí, y arreglado —me río.

—No, en serio, chicas, discutir por todo es agotador —Eve nos mira solemne—. No quiero volver a tener una relación así.

—Sabes que a Easton lo dejaste hecho mierda cuando te fuiste, ¿verdad?

—Los dos estábamos hechos mierda, Sav. Nuestra relación era demasiado tóxica. Lo mejor fue tomar caminos separados. Igual que vas a hacer tú con nosotras.

—¡Yo no voy a romper con mis amigas!

—¡Pero te vas y nos dejas! —exclamo, haciendo un mohín triste.

—Solo serán dos años. Es mi oportunidad de viajar y valerme por mí misma.

—Pero te voy a echar mucho de menos.

—Vendré de visita. Y tendréis la casa para vosotros solos; seguro que Zane lo agradece. —Me guiña un ojo—. Podréis hacer cochinadas por todos lados.

—¿Cuándo te vas? —se interesa Eve, abrazando sus piernas con los brazos.

—En dos meses. He conseguido trabajo en un restaurante de Sarasota. Me apetece conocer Florida, pero solo me quedaré unos meses; el tiempo justo para visitar el lugar y elegir otro estado.

—En el fondo me das envidia —suspira Briar—. Estoy atascada con la carrera de Medicina y se me acaba la paciencia. Si no la dejo es por mi padre.

Savannah abre la boca para responder, pero un gritito de Riley nos hace girar la cabeza, alarmadas.

—¡Tapadme! ¡Tapadme con una toalla!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunto, confusa.

—¿Veis a ese tío de allí? ¿El rubio con cuerpazo de modelo de Versace? Es de Frankfort. Me lie con él hace unas semanas y no deja de insistir.

—Se queja de Beau cuando ella es igual de promiscua y cobarde —susurra Eve al oído de Briar.

Entre todas tapamos a Riley, porque una cosa es burlarnos de ella por actuar como una alérgica a la monogamia y otra muy diferente, negarnos a ayudarla. Por una amiga se hace lo que sea.

Cuando el tío se aleja, le quitamos la toalla de encima y nos echamos a reír. Sin embargo, de repente, el rugir de una moto en la lejanía me hace prestar atención a la carretera paralela al lago.

Reconocería ese sonido incluso con los ojos cerrados.

—Quinnie, tu caballero andante ha venido a por ti —anuncia Eve, divertida—. Cada día te recoge más pronto.

—Yo creo que no quiere que su chica salga con nosotras —se ríe Briar.

—No seáis crías, habrá terminado por hoy en el taller. —Le doy un beso en la mejilla a Savannah antes de levantarme y recoger mis cosas—. Nos vemos luego en casa.

Me echo el bolso al hombro y corro por el camino de madera que lleva hacia la salida, donde Zane acaba de detener la moto y me espera con el motor encendido.

Lleva la misma ropa de esta mañana, unas oscuras gafas de sol que se aparta de los ojos al descubrirme y una sonrisa chulesca que

le ladea los labios.

Se me acelera el corazón cuando su mirada se posa sobre mí: en el escueto bikini que me cubre el pecho, en la curva de mi cintura. Esos ojos helados provocan fuego en mi piel, me hacen arder cada vez que recorren mi cuerpo.

Cuando llego a su lado, Zane me rodea la cintura sin bajar de la moto y me abraza con fuerza para devorarme la boca con un beso caliente y brutal, al que respondo con una intensidad desmedida.

Su lengua se cuela dentro de mi boca y me reclama con posesión, mientras enreda una mano en mi cabello y tira de él, logrando que un gemido de dolor escape de mi garganta.

—¿Por qué no te has vestido todavía? —susurra contra mis labios.

—Voy llena de arena.

—Ponte algo encima antes de montar. Por hoy, los gilipollas del pueblo ya han visto suficiente de mi novia. Que no se acostumbren a mirar lo que es mío.

—¿Ya estás marcando territorio, Rivers? —bromeo.

—Te follaré aquí mismo si no me obedeces.

—Tus amenazas ya no surten efecto sobre mí.

Los labios de Zane se curvan todavía más y, de repente, noto sus manos estrujar mis glúteos hasta que jadeo con una mezcla de dolor y placer.

—No me provoques, nena, o juro que te llevo a rastras a la arboleda y te haré pagar las consecuencias.

—Mmm... ¿Como en los viejos tiempos?

—Peor, porque ahora podría hacer contigo lo que me apeteciese.

Cualquier persona en su sano juicio se asustaría con sus palabras, pero a mí me dan alas para rodearle el cuello y comerle la boca con otro beso ardiente, al que él responde mordiéndome los labios.

Desde que estoy con él, he descubierto que el miedo no me afecta igual; no me paraliza, sino que me hace arder. Ese es nuestro juego: un tira y afloja en el que le permito ser el vencedor, pero donde yo disfruto tanto o más.

Dicen que siempre hay un roto para un descosido, y tienen razón. Él está hecho para mí. Somos compatibles en todos los sentidos. Desde que salí del hospital me ha demostrado que el amor es mucho

más que palabras bonitas y caricias. Zane no es así y no quiero que lo sea, porque lo que tenemos es perfecto tal como es.

Finalmente, obedezco y me pongo una holgada camiseta blanca que me cubre hasta los muslos. Después me hago una coleta para que el viento no me enrede el pelo.

—Dicen las chicas que cada día vienes antes porque no quieres que esté con ellas.

—Mmm... Ya me van conociendo. Genial.

—¡Zane! —Me echo a reír y le golpeo en el pecho—. No puedes estar celoso de mis amigas.

—No me gusta compartirte con nadie. Ni siquiera con ellas, si las tolero es porque sé que tú las aprecias.

—A este paso acabarás encerrándome en una torre para que nadie me mire.

—Y estarías la hostia de bonita asomada por la ventana esperándome.

—Yo te esperaré donde fuera. No necesitas apartarme del resto.

—Le acaricio la mejilla—. Te elegí a ti y lo haré siempre, Zane Rivers.

—Quiero esas palabras firmadas en un documento legal.

—¿No te fías de mí?

—No me fío de las demás personas.

Suspiro y niego con la cabeza, sin poder aguantar la sonrisa. Luego le doy un rápido beso en los labios antes de preguntar:

—¿Vas a llevarme a casa?

—A casa, a nuestra habitación y a nuestra cama.

—Cualquier día acabaremos deshidratados de tanto hacerlo.

—Esa es mi intención. Follarte hasta acabar medio muerto para olvidar el miedo que pasé cuando casi te pierdo, conejita.

—Es agua pasada.

—Me cuesta olvidarlo. Te tuve entre mis brazos cuando dos putas balas hacían que te desangrases delante de mis narices. Vi cómo te apagabas sin yo poder hacer nada para ayudarte.

—No quiero que recuerdes eso, ¿vale? Frank ya no está, nadie volverá a hacerme daño.

—Que no se atrevan ni a pensarlo o haré arder todo su mundo hasta que ya no quede nadie de su estirpe con vida.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —declaro con emoción en la voz, abrazándome a él—. Eres lo mejor que me ha pasado.

—Entonces, monta en la moto y volvamos a casa —susurra, regalándome otra de sus sonrisas—. Quiero que me repitas lo enamorada que estás de mí mientras te follo toda la noche como un puto animal, y me asegure de que tú también sepas que estoy la hostia de loco por ti, Quinn Granger.

No necesito nada más. Monto tras él en el sillín de la Indian y me aferro a su cintura cuando Zane da puño alejándonos del lago hacia nuestro rincón favorito. A casa. Juntos.

A veces, no puedo evitar pensar en las vueltas que da la vida. Llegué a Elberta sin nadie en el mundo más que Savannah y con la certeza de que mi muerte estaba próxima. Ahora vuelvo a tener una familia. Tengo a las chicas, a los Santos. Lo tengo a él: al hombre del que mi corazón no pudo escapar. Mi psicópata perverso, el que me atrapó con sus amenazas y provocaciones. Al que nunca imaginé para mí, pero del que no deseo separarme jamás. El que me hizo entender que no quería salvarme y que la oscuridad no es tan terrible como todos piensan.

Me quedé con el chico malo, el que destrozaría el mundo por estar conmigo, el que incendió todos mis miedos y me enseñó a caminar sobre las cenizas. Si eso me convierte en una mala persona, en alguien sin principios ni moral, pues a la mierda. No me siento culpable. Me siento libre.

EPÍLOGO II

Dos años después

Zane

Tengo los ojos entrecerrados, pero aun así la veo sobre mí. Quinn me folla desnuda a horcajadas mientras la oscuridad de la habitación nos envuelve como una suave caricia.

Clavo las manos en su cintura y levanto las caderas para metérsela más fuerte, para incrustarme en ella y que el placer se intensifique. Una gota de sudor resbala por el medio de sus tetas y no controlo las ganas de incorporarme y lamerla. Después me meto en la boca sus pezones, los succiono con fuerza, logrando que gimta tan fuerte que el sonido retumbe por nuestro dormitorio.

Estamos en ese punto del sexo en que cualquier pensamiento lógico es imposible. Solo podemos tocarnos, mordernos, besarnos con una intensidad salvaje mientras mi polla sigue encajada en su coño estrecho y empapado.

Tras otra fuerte embestida, mi mano sube lentamente por su estómago hasta que se apoya en sus tres cicatrices, ahora perfectamente curadas: la de la operación de riñón y las marcas de los balazos. Después la miro a los ojos. Los de ella permanecen cerrados debido al placer. Mi conejita es lo más bonito y delicado que he visto jamás. Es imposible que llegue a cansarme nunca de esto, de nosotros.

—Quinn, mírame —gimo después de aumentar la velocidad.

Ella abre los ojos a duras penas, pero en ellos se refleja el estado de excitación en el que se encuentra. Se acaricia los pechos mientras me mira provocadora. Sé lo que quiere y tengo toda la intención de dárselo. Con un movimiento brusco la hago girar en la cama y me

coloco encima, entre sus piernas; entonces le devoro la boca y me clavo con brutalidad con un golpe de caderas.

—¡Oooh, Zane! ¡Sí!

—Esto es lo que te gusta, ¿eh, conejita? —susurro contra sus labios mientras me vuelvo completamente loco follándola—. Te gusta tan duro que, cuando se me va de las manos, en vez de quejarte, tu coño me premia empapándome. Estoy tentado a probar hasta dónde eres capaz de aguantar.

—Hazlo. ¡Dios, Zane, hazlo!

—Joder —gruño tan cachondo como nunca. Esta mujer quiere matarme; es demasiado buena para ser real—. Tú lo has querido, nena. Ni se te ocurra lloriquear cuando no puedas aguantarlo.

Levanto una de sus piernas y me la coloco sobre un hombro. Después alargo la mano hacia el cajón de mi mesita de noche, pero ni siquiera me da tiempo a buscar, porque un llanto enfadado nos interrumpe a mitad del polvo.

—Zane, el bebé —me avisa, palmeando mi brazo, pero estoy tan caliente que sigo follándomela sin descanso.

—Deja que llore un poco.

—¡Zane! —Se echa a reír y niega con la cabeza—. Lo hemos despertado. No sabemos follar en silencio.

—¿Es demasiado pronto para mandarlo a dormir a otra habitación?

—Solo tiene ocho meses.

—Ya es un hombre de los pies a la cabeza.

Ella ríe de forma nasal y me empuja para que me quite de encima. No me queda más remedio que hacerme a un lado y contentarme con ver a Quinn caminar desnuda por la habitación hasta que se cubre con una bata de satén.

Si ese niño fuera otra persona, estaría degollado a mis pies por atreverse a molestarnos y hacer que mi conejita se aparte de mí, pero como es nuestro hijo y lo quiero más que a mi propia vida, me limito a imitarla, acercándome a la cuna para verlo.

Joey Samuel Rivers es la alegría de la casa desde que nació. La mezcla perfecta de ambos: un muchachito con muy mal genio y una

curiosidad innata, de cabello negro como la noche y unos ojazos verdes como los de su madre.

Quinn lo toma en brazos. Besa su mejilla regordeta mientras lo acuna y le da de mamar. Hay algunos con suerte, joder. El que tendría que estar devorando a mi mujer soy yo, y no nuestro hijo. Pero juro que me cobraré esta interrupción en cuanto este jovencito vuelva a dormirse.

—¿Te hemos despertado, cariño? —pregunta ella con una ternura que me hincha el corazón.

Voy hasta ellos y beso la cabecita de nuestro hijo, que mama con los ojos abiertos y me agarra la nariz en cuanto tiene ocasión, haciendo reír a Quinn. ¿Se puede ser más feliz? Estoy seguro de que no. No necesito nada más si tengo a mi mujer y a nuestro pequeño Joey conmigo. Ellos son mi todo. La razón de que haya sentado la cabeza y sea mucho más cuidadoso con las ilegalidades y la agresividad. Si la Policía me separase de ellos, sería capaz de masacrar a todo el jodido cuerpo, y mi familia no se merece sufrir por mi culpa.

Abrazo a Quinn por la espalda y apoyo el mentón en su hombro mientras disfruto de la panorámica de su pecho pálido al descubierto mientras nuestro hijo se alimenta de él.

—¿Crees que nos dará tiempo a terminar lo que hemos empezado? —le susurro al oído, logrando que la piel de su cuello se erice.

—Ahora no, esta noche. Tu hermana vendrá en media hora a cenar y todavía no hemos metido el pavo en el horno.

—¿Por qué no llamamos a Savannah y lo dejamos para mañana?

—Zane, no podemos hacer eso. —Se ríe—. Además, ya sabes que tu hermana no viene sola.

—Pfff... —bufo con rabia—. ¿Por qué tiene que traer a ese gilipollas?

—¿Porque es su novio, quizás?

—No me gusta.

—A ti no te gustaría aunque fuese el rey de Inglaterra.

—No me gusta porque es él. Te juro que, si no le he metido tres tiros en la nuca, es por mi hermana.

—Y porque en el fondo tampoco quieres hacerlo, Zane. —Quinn se da la vuelta entre mis brazos y me mira a los ojos, con gesto conciliador—. Júrame que intentarás ser amable.

—No puedo jurarte eso.

—Júralo.

Maldigo entre dientes y no me queda otra opción que hacer algo parecido a un asentimiento, aunque en el fondo sé que voy a estar deseando abalanzarme sobre él toda la puta noche.

—Esta jugarreta me la vas a pagar. Tú y mi hermana.

—Hasta en las mejores familias hay diferencias entre cuñados.

—Venga, no me jodas —rumio entre dientes.

Sin embargo, tras otra suave carcajada, Quinn señala a Joey, que acaba de quedarse dormido de nuevo. Lo deja en la cuna con cuidado y se gira hacia mí con un movimiento sensual de caderas.

—Y, dime, señor Rivers..., ¿cómo quieres que te pague el mal trago que supondrá obligarte a cenar con un miembro de tu familia política? —Se suelta el lazo del albornoz y su cuerpo desnudo vuelve a quedar al descubierto—. Resulta que he hecho cuentas... y creo que nos da tiempo a divertirnos un ratito más. ¿Qué me dices?

No digo nada; simplemente sonrío con el hambre reflejada en mis pupilas. Me lanzo hacia ella y la rodeo por la cintura para volver a llevármela a la cama. Esta conejita traviesa tiene el poder de lograr que cualquier enfado se me olvide en cuestión de segundos. Y en vez de verlo como una debilidad, lo siento como una victoria. Porque cada puto día de mi vida que me despierto a su lado, tengo más claro que ella es la indicada. Esa mezcla de fuerza, vulnerabilidad y ternura que se ha tatuado en mi alma para siempre.

Mi Quinn. Mi mujer. Mi todo.

GRACIAS:

A mis lectoras más fieles. Esas que siempre me acompañan y apoyan, da igual el seudónimo o el subgénero en el que me embarque. Sois increíbles.

A Lidia, María y Erika, simplemente gracias por estar ahí y por el apoyo incondicional. Tengo unas lectoras 0 que son la leche.

A mi familia: mi mayor apoyo y la fuerza que me mantiene atada a la realidad. Suerte la mía de teneros.

A mis niñas de redes sociales, en especial a Brenlis, Jime, Sora, Leire y Ara. Chicas, os estaré eternamente agradecida por vuestro apoyo y por la gran labor que hacéis compartiendo y dando alcance a los escritores que tanto lo necesitamos.

Y por último, pero no menos importante, a ti, querid@ lector@. Gracias por la oportunidad, por entrar en estas páginas y caminar conmigo por los rincones más sombríos del amor. Abrazar a personajes imperfectos, decisiones cuestionables y pasiones que queman muy adentro.

Nos vemos en la siguiente historia.

Dalia Cross